

ENRIQUE JOVEN

*El*  
**TEMPLO**  
*del*  
**CIELO**



Año 1618. Un grupo de misioneros jesuitas viaja a China y, con ellos, parte de un extraño pergamino enviado por Johannes Kepler que podría contener el secreto de la piedra filosofal. En Lisboa, una carraca atestada de comerciantes, fugitivos, buscadores de fortuna, soldados y gente de toda clase y condición parte hacia los enclaves portugueses en India y China. El destino final es Macao, la puerta de entrada en el casi inaccesible imperio chino. Entre el pasaje, el grupo de misioneros jesuitas cuidadosamente escogidos y cargados de objetos de culto religiosos.

Es considerada como una *precuela* de la anterior *El castillo de las estrellas*, en lo que en un futuro, y según palabras del autor, quizá constituya una trilogía cuyo nexo de unión sea el *Manuscrito Voynich*.

**Lectulandia**

Enrique Joven

# **El Templo del Cielo**

ePub r1.0

Pesas5802 06.02.16

Título original: *El Templo del Cielo*  
Enrique Joven, 2013

Editor digital: Pesas5802  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mi pequeña hija Silvia, que ya domina con soltura la única pregunta que  
todos debemos hacernos siempre:

«¿Por qué?»

## Introducción

La novela que el lector tiene en sus manos arranca con el viaje de un reducido número de jesuitas europeos a las lejanas tierras de China en el año 1618. Este viaje terminaría encumbrando como astrónomo imperial y mandarín —cargo exclusivo de los funcionarios chinos— al alemán Johann Adam Schall von Bell. Este seguía los pasos del italiano y también jesuita Matteo Ricci, y él, a su vez, abrió el camino al flamenco Ferdinand Verbiest, que también alcanzaría el más alto honor de astrónomo imperial, cargo que seguiría siendo desempeñado por jesuitas hasta la primera disolución forzosa de la Compañía de Jesús. Matteo Ricci, Adam Schall y Ferdinand Verbiest encarnan el Ideal jesuita que buscaba la conversión de las masas al catolicismo, provocando la admiración por su saber e influencia entre las clases superiores.

Se trata, por tanto, de una novela histórica, puesto que reales son sus principales protagonistas, cuyas numerosas vicisitudes son recogidas por el único personaje ficticio que aparece a lo largo de la narración, testigo epistolar —siguiendo la norma jesuita— de todo lo que aconteció. En este primer viaje también aparecen otros personajes menos ilustres pero igualmente cautivadores, como el médico alemán Johann Schreck —más conocido como Terrentius—, que buscó ampliar sus horizontes de médico cirujano abrazando interesadamente la causa jesuita. Su vida fue novelada en el estupendo libro *El amigo de Galileo*, cuyo autor es el italiano Isaia Iannaccone. Schreck no solo fue amigo del astrónomo pisano, sino que además mantuvo una fluida correspondencia con su compatriota Johannes Kepler, quien le enviaría a China sus ya insuperables tablas de efemérides astronómicas años después. La llegada de esta magna obra científica fue demasiado tardía para Johann Schreck y Adam Schall, pero por contra exitosamente aprovechada por Verbiest.

Al lector avezado no se le escapará a estas alturas de la introducción el paralelismo que puede establecerse en la época, los personajes y situaciones con aquellos que constituyen el núcleo principal de mi anterior novela, *El castillo de las estrellas*. En Praga, y en la corte de Rodolfo II, se juntaban en el año 1600 el genio del danés Tycho Brahe y el prodigio matemático del alemán Johannes Kepler, sucediéndose el uno al otro en el puesto de matemático imperial del Sacro Imperio Romano, cuya principal tarea era elaborar las mencionadas efemérides astronómicas que honrarían en su nombre al emperador bohemio: las llamadas *Tablas Rudolfinas*. Asociar a estos los nombres de los excelentes astrónomos jesuitas Adam Schall y Ferdinand Verbiest no es muy descabellado. Incluso, yendo aún más lejos, no estaban muy desparejados en cuanto a carácter y excentricidades el propio Rodolfo II y su homólogo chino el emperador Wanli, uno de los últimos de la dinastía Ming, obsesionados ambos desde sus respectivos encierros por la búsqueda de la piedra filosofal o las predicciones astrológicas, desatendiendo por completo el gobierno de sus súbditos.

El otro elemento principal de *El castillo de las estrellas* era el llamado *Manuscrito Voynich*, libro de autor y fecha desconocidos y traducción imposible. Parafraseándome a mí mismo, y recordando las notas que escribí como adenda a esa novela, «por un azar no conocido el *Manuscrito Voynich*, Tycho Brahe y Johannes Kepler se cruzan en la Bohemia de principios del siglo xvii, bajo el reinado del emperador Rodolfo II». Esa casualidad —de vínculos desconocidos pero tan posibles como medianamente probables— me sirvió para enhebrar buena parte de las historias que se encerraban en el libro, y cómo no, con los jesuitas como actores principales, guardianes del *Voynich* desde que este desapareciera de la corte bohemia hasta el siglo xx. El manuscrito llegó a las manos del sabio Athanasius Kircher en Roma, en la misma época de las apasionantes misiones jesuitas en China. No en vano Kircher publicó en el año 1667 su famosa obra *China illustrata* gracias en gran medida a la prolija correspondencia recibida de la vida y milagros de los astrónomos jesuitas.

Sin embargo, aun cuando existe cierta continuidad en la temática tanto histórica como astronómica entre ambas novelas, y aunque el propio *Manuscrito Voynich* aparece de nuevo en las páginas de la que tienen hoy en sus manos —y lo hace lógicamente con otra denominación distinta a la que recibió en el siglo xx—, no veo preciso alertar de la necesidad de la lectura de *El castillo de las estrellas* para comprender completamente la narración que les ofrezco. Aunque a la novela *El templo del Cielo* podría perfectamente aplicársele el término «precuela» —anglicismo inexistente hasta la fecha en nuestro diccionario pero cuyo significado ya no escapa a casi nadie—, no me gustaría referirme a ella con este horrisono término. Aunque algo hay de ello. Si bien la lectura de *El castillo de las estrellas* es recomendable —e incluso moderadamente lucrativa para mí—, la nueva novela es una entidad independiente que puede leerse sin referencias previas. De esta forma, doy cumplida cuenta de dos objetivos en principio contrapuestos. El primero, satisfacer las peticiones de muchos lectores de *El castillo de las estrellas* que me demandaban una continuación de la historia. Aquí, en cierto modo, la tienen, siempre y cuando hayan tenido la paciencia y la memoria de no olvidarme durante más de cinco años. El segundo objetivo, puramente personal, era, paradójicamente, desmarcarme de esa primera novela y escribir una narración primordialmente histórica. Esto no quita para que, quizás en un futuro cercano —y espero que en bastante menos tiempo—, siga atendiendo amables peticiones de lectores y cierre el círculo abierto con *El castillo de las estrellas* en una novela definitiva. Las trilogías tienen su encanto.

Pero, de momento, espero que disfruten conmigo de las singulares peripecias de este grupo de astrónomos jesuitas en la China imperial del siglo xvii.

Como yo, la mayoría de los pasajeros de la nao *Nuestra Señora de Jesús* nunca antes han rodeado el cabo de Buena Esperanza, nombre con el que este lugar fue rebautizado cándidamente por el rey Juan II de Portugal. Los navegantes portugueses siempre tuvieron la fe y la esperanza de poder llegar a la India circunvalando África hacia el este —de ahí el nombre—, pero hubo que esperar al justamente afamado Vasco de Gama para conseguirlo. Aunque para mí, y supongo que igualmente para casi todos mis compañeros de travesía, el antiguo nombre de cabo de las Tormentas —el que le diera su descubridor en 1488, el también portugués Bartolomé Díaz—, se ajusta mucho mejor a la realidad.

Navegamos con destino a Goa, en la India. Partimos de Lisboa el 16 de abril de este año del Señor de 1618, de la playa de Restelo, donde a orillas del Tajo se alza imponente la nueva Torre de Belém. De este incierto viaje solo Dios sabe cuál será el final. Casi todos los pasajeros permanecemos amarrados a los mástiles o al maderamen del barco, a cualquier cosa que parezca firme si es que algo en esta carraca merece tal adjetivo, tal es la fuerza de los embates de las olas. El capitán del navío y comandante en jefe de la expedición, don Cristóbal de Noronha —que parecía un hombre equilibrado y sensato, avezado y curtido en estas lides—, hizo repartir sogas y cuerdas a tripulación y pasajeros y luego desapareció, supongo que a emborracharse en su camarote. No es él quien dirige ahora los movimientos de la nao *Nuestra Señora de Jesús*, sino el piloto, también como nosotros amarrado —en su caso al timón— y cuyo nombre me es desconocido. Parece ser natural esta práctica, la de delegar en los peores momentos de navegación el gobierno del barco al más experto entre los inexpertos, al héroe anónimo armado de brújula, cuadrante y astrolabio sobre cuyas espaldas pesará la responsabilidad de salvar de quedar hechas jirones en las rocas las más de quinientas almas agolpadas a bordo.

Quizá no sea una carraca el mejor navío para afrontar un temporal, pero sí el más adecuado para transportar gran cantidad de mercancías y personas en una travesía tan larga como la que intentamos llevar a cabo. Nuestro objetivo primero es alcanzar la India y, más tarde y siempre con la ayuda de Nuestro Señor, llegar hasta las costas de Macao en China. Ni castellanos ni aragoneses gustan de usar estos barcos, pero cosa distinta son los genoveses o portugueses. Los veintitrés jesuitas que nos hemos unido a esta expedición —formada por cinco carracas: *Buen Jesús*, *San Carlos*, *Santa Ana*, *San Mauro* y *Nuestra Señora de Jesús*, que es la mayor de ellas— navegamos juntos en el mismo barco, y nos hacemos cruces pensando en la suerte de los viajeros de las carracas menores. Siguiendo la decisión papal del año 1494 firmada en Tordesillas hemos embarcado en nave portuguesa. Según este acuerdo de los dos grandes imperios marítimos católicos, el español y el portugués, quien viaje hacia el oeste con dirección a América, el Pacífico o las Filipinas debe hacerlo en buque español, mientras que el viajero con dirección este —hacia la India, Macao o Japón—, lo hará

bajo bandera lusa. La ruta más segura para llegar a Goa partiendo de Lisboa, y siempre que los vientos acompañen a los barcos, pasa por seguir la costa occidental africana hacia el sur y rodear el cabo de Buena Esperanza. Si finalmente lo conseguimos, los monzones deberían llevarnos a Goa antes de octubre.

En el puerto de Lisboa la reluciente nao *Nuestra Señora de Jesús* tenía un aspecto poderoso. Su casco redondo fabricado en teca india mostraba su gran calado y destacaba su imponente castillo de proa, con varios puentes superpuestos. Igual aspecto presentaba el alcázar de popa, con su temida dotación de cañones, imprescindibles por la cada vez más frecuente amenaza de los piratas ingleses y sobre todo holandeses. Barcos similares a este pueden mover dos mil toneladas y llevar hasta mil personas, pero el nuestro —aun con su admirable prestancia y sus veintiocho cañones— no es de los mayores. La capacidad de los buques, además, ha sido limitada con buen juicio por el rey Sebastián de Portugal a raíz de la tragedia del *San Luis*, barco en el que más de la mitad de las mil ciento cuarenta personas anotadas a bordo perecieron debido a fiebres y enfermedades provocadas por la suciedad y la asfixia. La falta de espacio es uno de los grandes problemas de las expediciones a Oriente, lo que unido a la inexperiencia de las tripulaciones y a la imprecisión en los métodos de navegación hace que las catástrofes marítimas sean frecuentes a poco que las condiciones climatológicas se tuerzan. Ahora la nao *Nuestra Señora de Jesús* no es más que una cáscara de nuez brincando en medio de un océano embravecido. La noche se cierra y la altura de las olas parece aumentar con la oscuridad, rompiendo contra el casco del barco con un ruido atronador. Que el Señor tenga piedad de todos nosotros y mañana sigamos a flote.

Al este, las primeras luces del sol naciente marcan nuestro destino. Veo dibujadas las sonrisas en las caras de mis compañeros cuando hago este comentario, algunos de ellos —como los padres alemanes Terrentius y Adam Schall— tan amigos de la astronomía como enemigos de la astrología. Lo peor de la travesía del cabo ya ha pasado, y tanto tripulantes como pasajeros comienzan a deshacer los nudos de sus amarres y a estirar sus maltrechos miembros. La normalidad vuelve a la nao *Nuestra Señora de Jesús*, y ya se hace difícil ponerse de nuevo en pie y dar unos pasos sin tropezar con personas o bultos. La sobrecarga roza lo insensato, tal es la avidez de los armadores portugueses. Si todo va bien y el barco alcanza su destino sin mayores percances —y en esto de los percances el mal de la piratería supera al de las tempestades y epidemias, incluso considerando que estos dos últimos contratiempos se produjeran en el mismo viaje—, los beneficios serán enormes. Sobre las cubiertas se amontonan baúles, cajas y fardos con los contenidos más dispares para su venta o intercambio en el Lejano Oriente. Nuestro bien protegido equipaje es quizás uno de los más singulares: se trata de docenas de cajas conteniendo centenares de libros, muchos de ellos religiosos pero la mayor parte de temática científica, que son ansiosamente esperados por nuestros hermanos en Goa y Macao. Estos volúmenes son fundamentales en la estrategia para la conversión al cristianismo de los habitantes

de China. También instrumentos tales como sextantes, esferas armilares y relojes, muy admirados por los mandarines y los hombres de letras orientales. Y un telescopio de factura holandesa perfectamente empaquetado que trae consigo el padre Johann Terrentius Schreck, construido al modo y manera de los usados por su amigo, pisano como yo, Galileo Galilei. Junto a los equipajes y mercancías, los enseres y víveres necesarios para la travesía: barriles con galletas, cebollas, manzanas, guisantes o garbanzos; pescados y carnes salados. También se embarcaron en Lisboa algunos animales, principalmente gallinas ponedoras, pero son pocas las que han sobrevivido, y quizá ninguna consiga poner un huevo en Goa. Pareciera que por cada una de ellas que se asfixia o es sacrificada por un marinero sin escrúpulos, una docena de ratas ocupa su lugar en el barco. Su número y voracidad comienza a ser preocupante, así que el comandante ha organizado concursos periódicos de caza con premios en forma de ración extra de comida para aquellos marineros más hábiles en el lanzamiento de cuchillos o arpones. La sustitución de unos animales por otros no hace sino empeorar el hedor imperante en todo el barco, y los baños de las cubiertas con vinagre —para evitar las temidas enfermedades que, por el momento, nos han respetado— hacen que el aire, especialmente en la sentina, sea absolutamente irrespirable. Casi todos hemos optado por colgar nuestras hamacas en la cubierta exterior y dormir allí siempre que la pertinaz lluvia lo permite.

La codicia de los armadores no termina en el hacinamiento de personas y mercancías dentro de los barcos. Muchas veces —y nuestra expedición en este aspecto no es diferente a otras anteriores— la tripulación ha sido reclutada entre los propios viajeros que no disponen de dinero suficiente para pagar el pasaje y que buscan en las lejanas tierras de Asia la fortuna que se les niega en su Portugal natal. Con nosotros viajan un buen número de campesinos, zapateros, curtidores, lacayos y gente sin oficio ni saber alguno. Incluso ladrones, timadores y toda calaña de criminales que huyen de la justicia. Entre ellos pocos alcanzaban a distinguir antes de embarcar babor de estribor o proa de popa. Con frecuencia venden su exiguo espacio en el camarote a los mercaderes o a los viajeros más ricos para obtener algo más de dinero. Y el escaso sitio disponible mengua hasta el mínimo con la inclusión a última hora de prostitutas para la marinería y amantes de los oficiales, habitualmente miembros de la pequeña aristocracia portuguesa. Además nunca faltan unos cuantos polizones. Con respecto a ellos, diez en total en la nao *Nuestra Señora de Jesús*, describo aquí que nos tienen especial afecto, puesto que gracias a nuestra intervención —aunque principalmente a la divina— se libraron de ser arrojados al mar, que no era otra la intención del comandante cuando fueron descubiertos. Cristóbal de Noronha aceptó que permanecieran a bordo siempre y cuando los jesuitas repartiéramos nuestras raciones con ellos. Por supuesto, también hay un buen número de soldados y artilleros pagados por el rey portugués que compensa así los regalos y tasas exigidos al armador. En total, emprendimos viaje seiscientas treinta y seis almas en Lisboa. Hasta el momento, solo seis personas han perdido la vida en la

travesía, tres de las cuales ya embarcaron enfermas. Un número casi increíble para los peligros que conllevan estas largas navegaciones.

Por todo nos consideramos muy afortunados. En un principio habíamos sido asignados a la pequeña carraca *Buen Jesús*, que formó parte de la expedición del padre Matteo Ricci en el año 1578. Este navegó junto a Michelle Ruggieri —él y sus compañeros fueron los primeros jesuitas autorizados a viajar al interior de China—, si bien afortunadamente Dios quiso que nuestros predecesores lo hicieran también en la nao principal de la expedición, la *San Luis*, más cómoda después de su reforma tras la tragedia referida y además muy bien armada, tanto que fue capaz de repeler el ataque de buques piratas franceses y holandeses a la altura de las Islas Canarias. Otros jesuitas que sí han viajado en la *Buen Jesús* hablan de condiciones terribles: camarotes toscos y rotos con el espacio justo para permanecer tendidos, por lo que el simple acto de dormir es imposible. Sus crónicas lo explican de forma terrible: los pasajeros eran víctimas fáciles de los piojos y las chinches, de dolores insoportables en encías y dientes, la cabeza entera parecía explotar; no se salvaba de la podredumbre general la tinta de los libros y el óxido en navajas y cuchillos, incluso el agua dulce se convertía en puro veneno.

Una vez rodeado el cabo de Buena Esperanza, y con excelentes vientos a favor, la parte más complicada del viaje hacia Goa y Macao parece superada.

Mi nombre es Paolo Arrighetti. Soy el menor de una familia de tres hermanos nacida en Pisa. Nicola, catorce años mayor que yo, estudió astronomía con Galileo Galilei en Florencia y su devoción por él es absoluta. También la de mi hermano mediano Andrea, que, como Nicola, estudió matemáticas con el sabio pisano. Incluso nuestro primo Filippo —cuyo futuro en el campo de las leyes se augura espléndido— ha sido alumno suyo. En cambio yo, nacido con el siglo en el año 1601, no he disfrutado de esa oportunidad. Al contrario, dada mi condición de hijo menor y ya menguada en exceso la escasa fortuna familiar, fui enviado por mi padre a Roma, a estudiar con los jesuitas. Mi estancia en el Colegio Romano fue asombrosamente breve, quiero pensar que debido a mi habilidad con las matemáticas y a mi innata intuición en las observaciones astronómicas. Nunca pensé que mi solicitud para viajar a Oriente —a India, China o Japón— sería considerada, teniendo en cuenta mi juventud y el gran número de voluntarios excelentemente preparados. Voy a cumplir dieciocho años.

Antes de partir de Roma hacia Lisboa, donde me embarcaría en la nao *Nuestra Señora de Jesús*, dispuse del tiempo necesario para reunirme con mi familia en Pisa. Fueron días de discusiones intensas al amor de la lumbre, disfrutando de los guisos de mi madre y las chanzas de mi padre, entusiasmado por el espectáculo que sus hijos le brindamos, enzarzados como estábamos en una lucha dialéctica en la que se pretendía dirimir qué organización celeste es la correcta: si el nuevo sistema heliocéntrico propuesto por el polaco Nicolás Copérnico y defendido a capa y espada por nuestro ilustre vecino Galileo —compañero de juegos infantiles de mi padre—, o bien el

antiguo sistema de Ptolomeo y Aristóteles, con la Tierra en el centro del universo, dogma oficial de la Santa Iglesia Católica. Solo han transcurrido dos años desde que el Santo Oficio convocó a Galileo para exponer y definir su concepto de sistema copernicano como una hipótesis —y no como un hecho demostrado— en equivalencia con la de Ptolomeo, pero el duro carácter de Galileo se negó a ello. El resultado ha sido nefasto para él: la teoría copernicana ha quedado condenada y su censura ratificada por el papa Pablo V y la misma Inquisición. Nada que hacer a pesar de los intentos y la actitud conciliadora del cardenal Roberto Belarmino.

Belarmino no es santo de la devoción de Nicola y Andrea. Le achacaban debilidad de carácter por no haberse atrevido a luchar contra la presión de los dominicos y librar de la hoguera a Giordano Bruno. Me opuse con fuerza a las razones de mis hermanos. Roberto Belarmino es un hombre modesto, cardenal a pesar de sus deseos, y uno de los jesuitas de mente más preclara. Cualquier otra persona al frente de los procesos de la Inquisición relacionados con los sistemas celestes hubiera sido fatal para Galileo, que bien podría haber terminado ardiendo como el loco de Bruno. Defendí también delante de mi familia al ya fallecido Christopher Clavius, padre de la reforma del calendario gregoriano, maestro de matemáticas y astronomía en el Colegio Romano de muchos jesuitas como el padre Matteo Ricci. Me consta que el genio intelectual de Clavius admiraba a Galileo, al que quería ver explicando su teoría en nuestro Colegio; en el fondo, ya no podía seguir manteniendo el geocentrismo de Ptolomeo por más que enseñara lo contrario en sus clases. Johann Terrenz Schreck, un médico alemán que también estudiaba en el Colegio Romano y que sobresale por su erudición en casi cualquier campo del saber, es de la misma opinión que yo. Schreck, al que algunos llamamos con respeto a su edad y sapiencia como a él le gusta, Terrentius, viaja conmigo hacia China. Es buen amigo de Galileo. En la medida de lo posible, no me separo de él.

Los veintidós jesuitas que me acompañan han sido elegidos por el padre Nicolás Trigault, siempre bajo la aprobación final del padre general de la Compañía de Jesús, Mutio Vitelleschi. Trigault es, a pesar de su relativa juventud, un hombre sensato y experimentado. Y uno de los pocos que ha vuelto de China. La misión que el padre Nicolás Longobardo, superior jesuita en esas tierras, le ha encomendado es la de procurador. A Trigault le ha correspondido la difícil tarea de encontrar recursos humanos y materiales en Europa para volver a China y fortalecer y reimpulsar la misión jesuita de evangelización. Viajó a Oriente por primera vez en 1610 y se estableció en Nanjing al año siguiente. Pero Longobardo lo eligió para regresar casi de forma inmediata a Europa, donde ha pasado los últimos tres años viajando de norte a sur, estimulando vocaciones y buscando ayuda financiera y material. Trae consigo valiosos tapices donados por María de Médicis, ornamentos de iglesia, cuadros religiosos y relicarios regalados por Isabel de España, así como una cantidad ingente de libros que le han procurado personalmente en Roma nuestro general Mutio Vitelleschi y el mismísimo papa. El propio Trigault, durante su viaje de regreso a

Europa, tradujo del italiano al latín las experiencias vividas en China por el padre Matteo Ricci que, bajo el título de *De Christiana expeditione apud Sinas*<sup>[1]</sup>, se están publicando en toda Europa con una gran acogida. Trigault ha llegado a contar con más de cincuenta candidatos a voluntarios entre los jesuitas de la Compañía, especialmente entre las comunidades del norte de Europa, pero las suspicacias de los portugueses —responsables de la travesía— le han obligado a dejar a un buen número de aquellos atrás en beneficio de las vocaciones lusas. Finalmente, el grupo está formado por diez portugueses que seguirán viaje hasta Japón, bajo la tutela del desconfiado padre Gabriel de Matos; cinco de los Países Bajos, entre los que incluyo al propio Nicolás Trigault, nacido en Flandes; tres paisanos italianos, tres alemanes y un bohemio.

De entre todos ellos he trabado pronta amistad con el grupo de astrónomos, formado, por un lado, por el jesuita bohemio Wenceslas Pantaleón Kirwitzer que, para sorpresa del resto, se declara sin tapujos abiertamente copernicano, y Giacomo Rho, nacido en Milán y siete años mayor que yo, que pese a su aparente torpeza está dotado de una facilidad para el cálculo matemático que raya con lo increíble. Y por otro, los ya mencionados sabios alemanes Johann Terrentius Schreck —antes médico que astrónomo, pero igualmente capaz en ambas materias y en muchas otras— y el frecuentemente airado Johann Adam Schall von Bell. De mis escasas conversaciones con él me ha quedado clara su postura firmemente ptolemaica, aunque con derivas hacia el esquema celeste propuesto por el danés Tycho Brahe, que sigue manteniendo la Tierra en el centro del universo pero con el Sol girando alrededor de ella arrastrando al resto de planetas en su movimiento. Terrentius no se pronuncia abiertamente delante de Adam Schall —a pesar de hablar el mismo idioma, no parece haber nada en lo que estén de acuerdo—, pero me ha confiado discretamente su agrado por el modelo defendido hasta el extremo por su amigo Galileo. Mi juventud e inexperiencia hacen que no me pronuncie en mis preferencias astronómicas con ellos como lo hago delante de mis hermanos, pues temo perder su estima. Además, soy el único del grupo que no es sacerdote, sino un modesto escolástico. Tengo que añadir que, además de la ayuda que pueda prestar a mis compañeros en China con mis magros conocimientos en astronomía, me ha sido encomendada directamente por el padre superior Vitelleschi una tarea adicional no menos importante: transcribir y transmitir con absoluta discreción todo aquello de lo que sea testigo en este, presumo, largo viaje. Deberé hacerlo con regularidad y sin cortapisas ni medias tintas, de tal forma que los hermanos y padres de la Sociedad en Europa puedan conocer con celeridad —si es que realmente la presteza es algo que pueda lograrse en este tipo de campañas tan lejanas como inciertas—, las vicisitudes y los progresos evangelizadores de sus hermanos en Cristo destinados en Asia. Y, como es habitual en este tipo de correspondencia para garantizar la seguridad, el envío habrá de ser duplicado, utilizando los dos caminos posibles: el primero por México en los galeones españoles que zarpan de Manila, y el segundo por Goa en las carracas

portuguesas que salen de Macao, en trayecto inverso al que ahora mismo seguimos.

Espero con toda mi alma que Nuestro Señor Jesucristo me dé las fuerzas suficientes para llevar a cabo con éxito esta ardua misión a lo largo de los años que dure mi estancia en la lejana China.

Parece que el viento afloja un poco. —Terrentius me distrajo de mis propios pensamientos—. Estaría más a gusto trabajando en cubierta, con la luz natural —añadió.

—Como queráis, padre —contesté levantando la vista de uno de los libros en chino que Nicolás Trigault nos había repartido. Las lecciones comenzaron casi nada más salir de Lisboa—. ¿Os ayudo a subir vuestras plumas y tintas?

—Te estaría muy agradecido si lo haces, mi querido Paolo. No consigo acostumbrarme a estos vaivenes del barco, y dondequiera que uno ponga el pie se termina pisando involuntariamente a alguien —aceptó Johann Schreck—. Así evitaremos derramar las tintas, que andamos escasos de ellas.

Terrentius se encontraba trabajando en las ilustraciones de un libro sobre plantas y animales del Nuevo Mundo, principalmente aquellos recogidos por Francisco Hernández de Toledo, médico de la corte del rey Felipe II de España. Hernández había embarcado con rumbo a América en compañía de su hijo en el año 1571, en una misión científica que duraría siete años y fruto de la cual había publicado el tratado *Botánica y fauna de la Nueva España*. Ahora Terrentius lo traducía al latín por encargo de la Academia de los Linceos romana con el título *Rerum medicarum Novae Hispaniae thesaurus*. El padre Schreck reproducía cada grabado con una meticulosidad absoluta.

—Ojalá pueda yo algún día escribir una obra tan magnífica como esta que Francisco Hernández dedicó a la botánica mexicana —dijo con entusiasmo para después aclarar—: pero sobre las plantas chinas. Se dice que algunas de ellas tienen unas propiedades medicinales increíbles, capaces de curar casi cualquier mal —añadió Terrentius al tiempo que se levantaba de su banco con un buen montón de papeles—. Por ejemplo, muchos hablan y no paran de la raíz carnosa de una planta a la que llaman *ginseng*, que es capaz de resucitar a un muerto.

—Eso suena a herejía —fingí escandalizarme mientras recogía sus plumas y pinceles cuidadosamente.

—Para ser más precisos, solo parece capaz de resucitar alguna parte muerta del cuerpo —añadió, sonriendo con malicia y abriendo la puerta del camarote.

Entendí la broma y sonreí también yo. Le iba siguiendo los pasos hasta que, al final de la escalera, se volvió hacia mí.

—Paolo, alcánzame por favor también ese manuscrito que he dejado encima de la mesa. Quiero echarle un vistazo a la luz del sol.

Volví sobre mis pasos para recoger el manuscrito. Era la cosa más rara que había visto nunca, apenas una veintena de páginas de pergamino, algunas dobladas sobre sí mismas. Los dibujos parecían esquemas astronómicos, aunque también había una gran cantidad de grabados de plantas exóticas que nunca había visto antes. Y mujeres desnudas, la mayor parte en estado de gestación. Lo más extraño de todo era la

lengua en la que estaba escrito. No era ni latín ni griego, ni tampoco se parecía a ningún lenguaje europeo. Al menos, yo no recordaba haber visto en la biblioteca del Colegio Romano letras ni caracteres similares en libro alguno.

—Paolo, ¿subes ya?

—Perdón, padre Terrentius —le grité desde abajo—. Ya voy.

Nos sentamos en un lugar resguardado de la brisa en la proa del barco; de la brisa y de la gente que iba y venía. Aquello más parecía un día de mercado que la cubierta de una carraca después de un día de tormenta. No pude evitar preguntarle acerca del manuscrito.

—Padre, ¿qué es esto? —inquirí, al tiempo que le entregaba el montón de páginas apergaminadas.

—Eso me gustaría saber. Y no solo a mí. También a Kepler.

—¿A Kepler? —pregunté sorprendido—. ¿Al famoso astrónomo?

—Al mismísimo Johannes Kepler, matemático imperial del Sacro Imperio Romano, considerado la mayor autoridad sobre cuestiones celestes que uno puede encontrarse hoy en día en toda Europa.

—Con el permiso de Galileo —repliqué—. A pesar de su tozudez y sus errores, Galileo está haciendo descubrimientos fabulosos con sus telescopios, por ejemplo las fases de Venus, las montañas de la Luna o la extraña forma de Saturno —comencé a enumerar—. Por no mencionar las cuatro lunas de Júpiter.

—Lo sé, y yo admiro más que tú a tu paisano, Paolo. Y le conozco bien. Pero créeme si te digo que no he hablado con persona de mente más brillante que Johannes Kepler. Galileo tiene los instrumentos, pero Kepler tiene las explicaciones. Y eso es lo que realmente importa.

—Padre, ¿realmente entendéis algo de lo que pone aquí? —pregunté, volviendo al extraño manuscrito que teníamos entre las manos.

—Ni una palabra —reconoció con un gesto de tristeza—. Hablo y escribo con fluidez en alemán, italiano, portugués, español, francés e inglés. Por supuesto que todos mis textos y traducciones están en latín o griego. Y también domino, si me permites la inmodestia, las lenguas de los primeros cristianos: hebreo y arameo. Pero nada se parece a esto.

—Tal vez Nicolás Trigault... —sugerí.

—Le he enseñado el manuscrito al padre Trigault, como sugieres. Pero ni tan siquiera él es capaz de afirmar si se trata de una lengua oriental. Quizás el padre Nicolás Longobardo, que lleva ya más de veinte años viviendo en China, haya visto estos extraños caracteres en alguna parte. Desde luego no se trata de ideogramas chinos conocidos —añadió.

—No, no lo son. Aunque mis progresos en el aprendizaje del chino van despacio —admití con vergüenza.

—Todo llegará, ten paciencia —me consoló, para luego volver a manifestar su extrañeza en relación con el manuscrito—. Y echa un vistazo a esto.

Terrentius había seleccionado una lámina que contenía una extraña planta de grandes hojas y gruesas raíces, con una flor en forma de racimo. A su lado puso uno de sus propios dibujos.

—Mira —me pidió, señalando y moviendo su dedo índice entre ambos ejemplares—. El parecido es enorme. ¿Cómo es posible que una planta que solo se ha visto en el Nuevo Mundo aparezca ya dibujada en este antiguo códice? ¿Quién la puede haber pintado?

Obviamente no tenía respuesta para eso, así que guardé silencio y dejé que Terrentius siguiera con sus explicaciones.

—Johannes Kepler me envió estas páginas desde Praga. Son solo una parte del manuscrito completo. No sabe exactamente cómo llegaron hasta una de las bibliotecas de la corte, solo que el emperador Rodolfo II estaba obsesionado por comprenderlas.

—¿Por qué? —demandé a Terrentius una explicación más extensa.

—El emperador Rodolfo tenía un gran interés en cualquier libro relacionado con la alquimia y la astrología; quizá para conseguir la fortuna que demandaba su arruinado imperio, quizá para anticiparse a tiempos mejores. Este manuscrito tiene el aspecto de ser un grimorio.

—¿Sigue reinando Rodolfo II? —pregunté, no muy seguro de conocer bien los continuos cambios en los gobiernos de los pequeños reinos europeos. La descomposición del imperio español y el propio cisma de la Iglesia Católica están convirtiendo la vieja Europa en un rompecabezas de monarcas, identidades y religiones.

—No, Paolo. Su primo Leopoldo le obligó a ceder el poder en el año 1608, y cuatro años más tarde su hermano Matías asumió el trono que estaba vacante a su muerte. Su propia familia lo declaró loco.

—Supongo que intentar comprender este galimatías no le ayudó mucho —interrumpí a Terrentius, volviendo a pasar las páginas del manuscrito.

—Quizá no fuera esa la principal razón de su locura, pero seguro que ayudó. Kepler me contaba en una de sus cartas que sus bibliotecas eran inmensas, llenas de libros y de instrumentos relacionados con la magia, la astrología o la búsqueda de la piedra filosofal, mezclando lo antiguo y esotérico con las nuevas ciencias naturales. Que hospedaba a cualquier charlatán que tuviera algo diferente que ofrecer. Y que financiaba proyectos imposibles, vaciando aún más las ya de por sí exiguas arcas de su pequeño imperio.

—Pero entonces el propio Kepler, ¿no se aprovechó del emperador Rodolfo para conseguir una pensión vitalicia como matemático imperial? —objeté.

—No es así, jovencito —me cortó en seco Terrentius—. Johannes Kepler es el continuador del trabajo astronómico más importante que pueda imaginarse: la compilación y puesta en orden de los datos de Tycho Brahe. Más de cuarenta años de precisas observaciones. Fue el mismo emperador quien ofreció a Tycho Brahe este

trabajo, con el fin de que las predicciones astrológicas fueran totalmente exactas.

—¿Tildáis de vulgar astrólogo al gran danés Tycho Brahe, al mejor astrónomo sobre la Tierra desde los tiempos de Ptolomeo?

Adam Schall había aparecido de repente en cubierta acompañado del padre bohemio Pantaleón Kirwitzer. Hizo uso de su sorna y carácter habituales, tan difíciles de soportar para quien no lo conociera. Terrentius no se inmutó.

—¿Astrólogo decís? —dijo Schall—. Yo utilizaría mejor ese calificativo con vuestro amigo el italiano Galileo Galilei. Nuestro santo cardenal Belarmino ya no sabe qué hacer para bajar del burro a ese engreído, al que no le impresiona ni el olor a carne quemada cuando se pasea por el Campo dei Fiori romano.

—Giordano Bruno no era más que un hereje loco —intervine, con el mismo argumento usado en las peleas dialécticas con mis hermanos.

—Rodolfo II también financió las *Tablas rudolfinas* a Tycho Brahe y a su discípulo Johannes Kepler —continuó Terrentius ignorando por completo la aparición vociferante de su compatriota Adam Schall y mi último comentario—, y fue además el primer gobernante en Europa en recibir un ejemplar del maravilloso *Sidereus Nuncius* de Galileo. Y yo nunca he dicho que Tycho fuera un astrólogo, padre Schall. —Se volvió para mirarlo al decir esto—. Al contrario, Tycho Brahe fue lo suficientemente inteligente como para convencer al emperador de que financiara sus gastos, bastante excesivos por otra parte.

—¡Qué no hubiera hecho Tycho Brahe con uno de estos! —exclamó ya más calmado Adam Schall, dando por bueno el fin de la discusión y señalando el cajón que contenía el telescopio transportado por los jesuitas hacia China.

—Solo Dios lo sabe —contestó Terrentius—. Aunque quizá Dios le castigara por su pecado de gula —añadió con cierto tono de burla.

—¿Qué queréis decir? —bramó Schall nuevamente enrojecido de ira.

—Como sabréis, Tycho Brahe murió de una afección en la orina. No pudo miccionar de tan harto como estaba de comida y, sobre todo, bebida —explicó Terrentius.

—¿Ahora lo llamáis borracho? —gritó Schall—. ¿Astrólogo borracho? Estáis perdiendo el norte, amigo Terrentius. Medid vuestras palabras con la misma precisión que Tycho Brahe midió los cielos.

—Por favor, padres —habló por primera vez Kirwitzer—. Que no llegue la sangre al río. Por lo que yo sé, Tycho Brahe asistió a un banquete de un noble de la corte de Praga, y la etiqueta obligatoria en esos actos impide a un invitado levantarse antes de que lo haga el anfitrión. Si de algo pecó Tycho Brahe —añadió Kirwitzer mirando a Terrentius—, fue de buena educación.

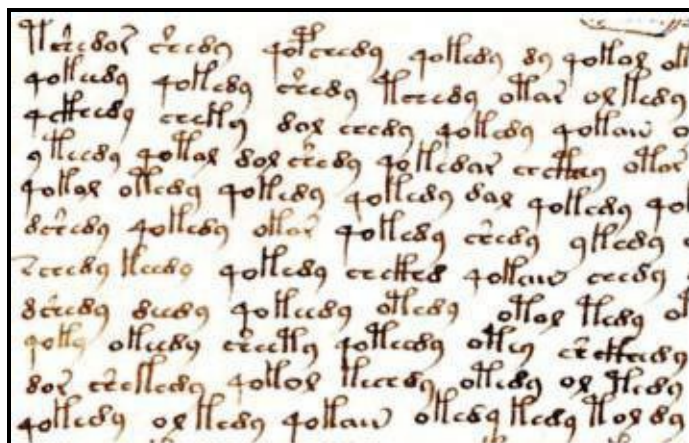
—Esa misma buena educación estoy echando a faltar aquí, y esta vez no me estoy refiriendo a vos, padre Schall.

Terrentius se había incorporado de repente y recogido a toda prisa tanto sus dibujos como el extraño manuscrito. A nuestro lado, un marinero había comenzado a

orinar copiosamente y los meados salpicaron las preciosas páginas. Las cuestiones relacionadas con la higiene no se respetaban en el barco, a pesar de los constantes ruegos del médico del navío. Los inexpertos marineros, que subían en una embarcación por vez primera, a menudo vomitaban por causa de los movimientos del barco y el hedor terrible que desprendían los desechos guardados en la sentina provocaba nuevos vómitos y desmayos tanto de la tripulación como del pasaje. Los lugares destinados para evacuar —meras perchas mal aparejadas colgando de forma inestable a ambos lados del barco— habían dejado de ser empleados casi desde el principio de la travesía, tal era el peligro que encerraba su uso.

—Perdonen vuestras ilustrísimas —se disculpó el desarrapado tripulante como buenamente pudo—. Pero es que si no me lo hago encima.

—Eso debería haber hecho Tycho Brahe —volvió a gritar Schall—. Mearse y cagarse encima pero haber vivido solo unos años más para usar un telescopio como Dios manda.



Fragmento ilustrativo de escritura del Manuscrito Voynich. Ubicación casual.

La tensa charla terminó en ese mismo momento. Los padres Adam Schall y Pantaleón Kirwitzer volvieron a su camarote, discutiendo entre ellos sobre la importancia de Nicolás Copérnico, aunque por lo que pude escuchar mientras se alejaban, el padre Schall no daba su brazo a torcer y no quería oír ni una palabra de situar al Sol en el centro del universo, por más que Kirwitzer le insistiera en que estudiara cuanto antes *De revolutionibus orbium coelestium* (*Sobre las revoluciones de las esferas celestes*), la obra maestra de su casi compatriota polaco. Kirwitzer apremiaba al padre Schall porque no estaba muy seguro de que el ejemplar que traía —el libro recientemente prohibido por la Santa Inquisición como consecuencia del juicio a Galileo—, no le fuera a ser requisado por los dominicos en Goa.

En cuanto al manuscrito de Terrentius, este me siguió explicando que le había sido enviado por Johannes Kepler con la esperanza de poder encontrar algún sentido al extraño lenguaje en el que estaba escrito. Kepler confiaba en su políglota amigo, una eminencia conocida entre los jesuitas que, además, se disponía a partir hacia China. El astrónomo había encontrado cierta similitud en los rasgos de los caracteres

con unos libros escritos en Manchuria, al norte de China, que se guardaban en una de las bibliotecas de la corte praguense. Y especulaba con la posibilidad de que el manuscrito hubiera sido traído hasta Europa en alguna de las expediciones de Vasco de Gama. Pero no tenía más información, salvo la proporcionada por el propio emperador Rodolfo, que le confesó haberlo adquirido a una pareja de extranjeros —posiblemente ingleses— y haber pagado una cantidad obscenamente elevada por él. Esto habría ocurrido en torno al año 1600. Rodolfo no había dudado un instante la compra, y más teniendo protegido bajo su manto al más prestigioso matemático y astrónomo de su tiempo, el danés Tycho Brahe. La traducción del ejemplar era parte del trato por el cual Brahe recibiría una pensión anual y el cargo de matemático imperial, junto con el encargo de la elaboración de las *Tablas rudolfinas*. A la muerte de Brahe, al año siguiente y en las circunstancias ya reseñadas, Johannes Kepler —entonces ayudante de Tycho— fue llamado por el emperador para continuar con ambas tareas en las mismas condiciones que las ofertadas a su maestro. A pesar de la muerte de Rodolfo II en el año 1612, Kepler se vio en la obligación de terminar el trabajo. También su orgullo personal —que le había llevado a desentrañar el misterio de la órbita retrógrada de Marte a partir de los datos de Tycho— estaba en juego.

Como compensación por este favor, Kepler se había comprometido a enviar a Johann Terrenz Schreck a China un ejemplar de sus *Tablas rudolfinas* en cuanto estas estuvieran terminadas, para lo cual ya faltaba muy poco según el propio astrónomo. La amistad, devoción y admiración entre ambos personajes era patente.

La aparente fortuna que, hasta esos momentos, nos había acompañado en la travesía llegó a su fin de forma inesperada al día siguiente. El capitán se acercó discretamente al padre Trigault y le pidió que lo acompañara al camarote del médico. Al cabo de unos minutos, nuestro procurador se asomó y requirió la presencia de Johann Terrenz. Cuando salieron, las caras hablaban por sí solas. Terrentius me pidió papel y pluma y redactó a toda prisa una serie de ordenanzas que Cristóbal de Noronha acató y distribuyó como propias. Según me refirió al ir escribiendo, el inexperto médico había confundido con simple escorbuto —muy frecuente debido a la mala y escasa comida en este tipo de viajes— lo que podía ser un brote de peste bubónica. Eran ya una docena de personas, entre marineros y pasajeros —además del propio galeno— los afectados por síntomas similares: fiebre, dolor de cabeza, escalofríos e hinchazones, especialmente en las ingles. Algunos habían comenzado a delirar. De forma inmediata se izó una bandera amarilla de advertencia al resto de barcos de la flota expedicionaria: cuarentena.

Terrentius, experimentado cirujano, optó por sajar los bubones de los enfermos, procediendo después a limpiar con vinagre todos los humores que se desprendían de estos. El primer fallecido fue el propio médico del navío, que se negó en redondo a esta intervención, ya que la consideraba una práctica judía. Terrentius ordenó además quemar las ropas de los enfermos, lavar dos veces todos los enseres de estos y aislarlos por completo en la popa del barco dentro del alcázar que contenía los

cañones. Solamente él y los demás jesuitas tendríamos acceso a los contagiados, turnándonos en las labores de alimentación, limpieza de heridas y, en la peor de las suertes, la triste tarea de colocar la mortaja a los cadáveres que serían arrojados al océano Índico. Por supuesto, de igual o mayor importancia entre nuestras obligaciones estaba la de prestar ayuda espiritual a los enfermos, consolándolos, escuchando sus últimas voluntades y administrándoles los sacramentos. Terrentius pasaba sin descanso entre las hileras de camastros, tanto de día como de noche, y su aspecto cada vez más demacrado nos hacía pensar al resto de jesuitas que él mismo, de un momento a otro, podía caer también enfermo. Sabíamos del peligro que entrañaban epidemias como esta a bordo de un barco, y sabíamos que frecuentemente en estas situaciones morían más hombres de los que llegaban a puerto, tal era la virulencia de sus estragos. Ricci dejó escrito que estas muertes eran el tributo anual que la Sociedad de Jesús debía pagar al océano. La peste finalmente se llevó consigo a cinco de los veintitrés jesuitas: a Johann Alberich, primo del padre Nicolás Trigault; al italiano Paolo Cavallina y a los flamencos Quentin Cousin, Hubert de Saint Laurent y Jean Decelles. Sus cuerpos fueron arrojados al mar el 8 de agosto de 1618, solo trece días después del inicio de la epidemia. Además fallecieron otros cuarenta pasajeros de la nao *Nuestra Señora de Jesús*. Considerando la virulencia con la que se había desatado el brote de peste, y teniendo en cuenta el enorme número de pasajeros de la embarcación, todos estuvieron de acuerdo en que las acciones preventivas emprendidas por el padre Johann Schreck, *Terrentius*, habían sido milagrosas. Esto nos proporcionó un reconocimiento añadido hacia nosotros durante el resto del viaje.

Los jesuitas tenemos un reglamento propio para este tipo de travesías con tres obligaciones principales. La primera es la oración, con el fin de poder soportar con entereza los sufrimientos del viaje. La segunda es la de cuidar nuestra propia salud, ya que esta es necesaria para el buen fin de las misiones asignadas en Asia. Y la tercera ayudar a los demás pasajeros, tanto en el aspecto físico como en el espiritual. Normalmente, los jesuitas partimos hacia Asia desde Lisboa en grupos de diez o doce, aunque en esta ocasión el número —por mor del ímpetu de Nicolás Trigault y las imperiosas y específicas necesidades en la misión de China— es algo superior. De estos, un tercio suelen ser ya sacerdotes y dos tercios escolásticos —como en mi caso— y coadjutores. Dentro del barco uno de los sacerdotes actúa como superior, de igual forma que lo haría en uno de nuestros colegios. En esta expedición este papel corresponde, cómo no, al propio padre Nicolás Trigault. Asimismo se establece un sistema rotatorio de obligaciones, que para los sacerdotes incluye principalmente la predicación y la confesión entre los pasajeros. Para el resto de nosotros se reservan tareas tales como la supervisión de provisiones, cocina y enfermería. Aquellos que sean duchos en portugués deberán además adoctrinar a los marineros, con frecuencia poco habituados a la convivencia durante largos periodos de tiempo en espacios tan reducidos y amigos de resolver cualquier discusión con el uso de la espada. En relación con esta tarea y con la debida autorización del capitán —y el respaldo

añadido del retén de los ociosos soldados a bordo—, conseguimos nuestro objetivo de refrenar sus violentos impulsos y, además, erradicar del barco los juegos de dados y naipes, así como las apuestas que frecuentemente desencadenaban las peleas. También nos deshicimos de un buen número de libros obscenos escritos en una babel de idiomas.

Aprovechándonos de la renovada predisposición hacia nosotros de los viajeros, organizamos también más eficazmente la vida religiosa a bordo de la nao *Nuestra Señora de Jesús*. Así, cada tarde nos reuníamos en cubierta para cantar las letanías de los santos, invitando a los demás a unirse a nosotros. En sábados y días festivos entonábamos las letanías a la Virgen, y de forma individual varios sacerdotes decían misa regularmente para pequeños grupos, reservando para las grandes festividades las misas solemnes. En estas ocasiones aprovechábamos para exhortar a marineros y pasajeros a recibir el sacramento de la confesión. Aún tuvimos que hacer frente a varias tormentas antes de alcanzar las costas de la India y, en esos momentos difíciles, el número de fieles que solicitaban la confesión aumentaba de tal forma que mis compañeros no daban abasto, tal era el temor que los elementos les infundían. Para calmar la ansiedad se rezaba en voz alta, dedicando oraciones tanto a los santos del día como a aquellos que daban nombre a nuestras embarcaciones. En la más virulenta de estas tormentas —una tempestad junto a las costas de Madagascar que amenazaba con arrojarnos a sus escarpadas rocas— se organizó una procesión en cubierta, en la cual hubimos de colgar del palo mayor nuestras reliquias sagradas —incluida la más milagrosa de ellas, la cabeza de santa Gerasina, así como también la de san Bonifacio—, consiguiéndose así aplacar las olas y los vientos que azotaban nuestra embarcación. Por lo demás, seguíamos individualmente nuestros propios rituales de devoción, entre los que destaca la recomendada lectura de los *Ejercicios espirituales* de nuestro padre fundador, Ignacio de Loyola, así como poemas piadosos como los escritos por Jacopone de Todi, la Santa Biblia y el *Martyriologium romanum*.

El 4 de octubre de 1618 alcanzamos por fin el puerto indio de Goa.

El primer europeo que llegó a Goa fue el portugués Vasco de Gama en el año 1498. El gran navegante había avistado primero la ciudad de Calicut, en la provincia de Kerala, abriendo así el camino marítimo hacia la India. Estableció la primera fortaleza europea en la ciudad de Cochín en 1503, con el fin de controlar las rutas para el comercio de las especias. Unos años después, en 1510, el almirante Alfonso de Albuquerque derrotó al sultán de Bijapur y estableció allí una colonia permanente como posesión portuguesa. Los portugueses la han convertido en una ciudad espléndida. Hay iglesias, palacios, colegios, una catedral casi terminada —que será dedicada a santa Catalina de Alejandría—, elementos fortificados y edificios oficiales sobre un dibujo semejante al de las grandes poblaciones europeas. Como Matteo Ricci reseñó en una de sus cartas fechada en 1587, Goa tiene un tamaño similar o algo mayor al de mi Pisa natal, con cerca de doscientos mil habitantes, y es el lugar ideal para que mercaderes de todos los credos y lugares consigan buenas ganancias. Sin embargo, hoy en día las cosas no parecen tan fáciles para algunos goanos. La llegada del Santo Oficio y el duro control que desde él ejercen los dominicos —en absurda pugna religiosa con el resto de congregaciones que aquí tienen iglesias, como son agustinos, franciscanos y, por supuesto, los jesuitas—, ha hecho que muchos residentes, especialmente los judíos, hayan tenido que convertirse, por las buenas o por las malas, al cristianismo.

Pero el alma de Goa es de los jesuitas. Y lo es gracias al espíritu vivo de Francisco Javier. Aquí llegó como nuncio apostólico el 6 de mayo de 1542, siendo Goa la capital de las colonias portuguesas en la India, y aquí comenzó a predicar la doctrina cristiana por toda Asia. El principio y el final de su apostolado están en Goa, donde sus restos incorruptos descansan en la recientemente levantada basílica del Buen Jesús. Aunque murió a las puertas de China —en la isla de Shangchuan diez años después, lugar de encuentro de mercaderes chinos y portugueses—, su cuerpo fue trasladado posteriormente de vuelta a Goa. Su antebrazo derecho, aquel con el que bautizaba y bendecía, fue extraído del sepulcro por orden de nuestro anterior general, el padre Claudio Acquaviva, y colocado hace cuatro años en un relicario de plata en la principal iglesia jesuita de Roma, IL Gesù. Delante de esta sagrada reliquia hice mi promesa de fidelidad. Me convertiría en seguidor de los pasos del gran Francisco Javier. Se espera que muy pronto el papa lo eleve a los altares, ya como santo, junto con nuestro fundador, Ignacio de Loyola.

Al encontrarme frente a los restos de Francisco Javier, *Apóstol del Oriente*, no pude sino estremecerme de emoción. ¿Qué nos empuja a hacernos misioneros? Tal vez sean las historias de heroísmo y superación que escuchamos en los refectorios durante las comidas, en las que se nos presentan continuamente ejemplos de virtudes, modelos a imitar. Desde su beatificación en el año 1609 muchos jesuitas han visto

claros signos de la voluntad de Dios en su destino, tal y como los viera Francisco Javier años atrás. Seguir sus huellas en Asia, no importa si aquí nos espera el martirio. Los que hemos sido llamados sabemos de la dificultad que tendremos para llevar a cabo nuestras misiones apostólicas sin protección alguna, sin la ayuda de soldados ni de nobles, desprotegidos frente a la hostilidad indígena. Solos como estuvo él.

Salí de la basílica del Buen Jesús y me dirigí a la vieja iglesia de san Pablo para continuar con mis oraciones, a la vez que seguía contemplando la magnificencia de las construcciones en Goa. Con sus tres enormes naves y un espléndido altar mayor —embellecido con una grandiosa pintura que representaba la conversión del mismo san Pablo—, pude venerar también allí la cruz que había donado el antiguo general de la Compañía, el valenciano Francisco de Borja. Una cruz que se decía hecha de la misma madera que la santísima cruz verdadera.

Una voz amiga interrumpió mis oraciones.

—Paolo, ¿te importa que me siente contigo?

Reconocí por el marcado acento a Nicolás Trigault.

—Al contrario, padre —respondí sonriendo—. Agradecía al Señor la fortuna de estar aquí. Supongo que parte de las razones las conocéis vos —me atreví a inquirir con humildad.

Trigault sonrió a su vez.

—Hemos hecho una buena elección contigo, Paolo. Estamos seguros de ello.

—Pero si tengo escasamente dieciocho años... Apenas acabo de terminar mis dos años de noviciado —argumenté, con la vehemencia propia de mi edad.

—Esa es una de las razones, mi buen Paolo. Tu juventud —comenzó a explicar con agrado el padre Trigault—. Normalmente los voluntarios han de esperar entre cinco y siete años para ser seleccionados, pero contigo hicimos una excepción.

—¿Por qué? —insistí—. Casi no tengo estudios todavía.

—Los suficientes para embarcar, Paolo. Tus profesores en el Colegio Romano enseguida se dieron cuenta de tu formidable capacidad de aprendizaje, de tu extraordinario carácter, de tu entrega y esfuerzo. No siempre se elige a los más sabios; muchas veces hay que escoger a los más aptos. Razones, insisto, tenemos para ello.

—*Multi sunt enim vocati pauci autem electi...* —susurré, como intentando justificarle.

—Y tú eres uno de los elegidos entre muchos —repitió y completó Trigault—. Queríamos a alguien muy joven para una misión que juzgamos tan larga como importante.

—¿Estáis al tanto de mi conversación con el general Vitelleschi?

—Fui yo quien le pedí que te convenciera. Y que hiciera uso de su autoridad, incluso.

—¿Convencerme? —pregunté asombrado—. ¡Si yo lo estaba deseando!

—Tanto mejor, Paolo. Pero supongo que no se te escapa que, tal vez, nunca regreses a tu Italia natal.

—Hace tiempo que asumí de buen grado ese riesgo. Al poco de entrar en el Colegio Romano como novicio sentí esa llamada de la que tantos hablan. Nunca agradeceré lo bastante a mi padre el haberme enviado a estudiar con los jesuitas. Y a vuestras ilustrísimas su elección, sean cuales sean las razones que les han impulsado a fijarse en este humilde pisano. —Seguía sin aclararme esta cuestión, y este era casi el último intento de sonsacar algo más al procurador Trigault. Esta vez fue más explícito.

—A tu juventud se une tu fortaleza, una gran devoción y una inteligencia despierta fuera de lo común. Al igual que el padre Matteo Ricci, otros jesuitas posteriormente enviados a China como el ahora superior Nicolás Longobardo o yo mismo hemos visto la necesidad de dotar a nuestra comunidad allí de hombres duchos en cálculo, matemáticas y astronomía de forma permanente. Por lo menos dos al mismo tiempo. En la corte imperial china —prosiguió de forma más detallada de lo que yo esperaba— tienen grandes dificultades con su antiguo calendario, que es fuente de numerosos errores y problemas. Algunos de los hombres más ilustrados cercanos a la corte, y que conocieron y admiraron al padre Ricci, apuestan por nosotros para su reforma antes que por los musulmanes, que trabajan en ello desde hace décadas.

—Pero ¿y la evangelización? —interrumpí.

—Una cosa llevará a la otra, joven Paolo. Si conseguimos entrar en los selectos círculos del poder y la cultura china, y convertimos al cristianismo a personas tan cultivadas, cuánto más fácil no será hacer lo mismo con la gente llana. El mismo Francisco Javier siguió esta senda de evangelización en Japón, convirtiendo a numerosos samuráis. Ahora, la comunidad cristiana en aquel país es numerosísima.

—De ahí que viajen los padres Adam Schall, Giacomo Rho y Pantaleón Kirwitzer —me atreví a continuar yo.

—Sí. Y no te olvides de tu querido Johann Schreck. He notado que sois casi inseparables.

—Admiro la sabiduría del padre Terrentius.

—Fue nuestra primera elección, aunque no sin reparos. El padre general —y me agradó su claridad cuando dijo esto— sabe que los deseos de Johann Schreck de viajar a China son más científicos que evangelizadores. Su tardía vocación no engaña y él tampoco lo ha ocultado en ningún momento. Pero es un buen cristiano y un formidable erudito. En su contra juegan su delicada salud y su edad, tal vez demasiada para un viaje tan largo y complicado. De momento —añadió recordando el peligrosísimo brote de peste durante la travesía— ya ha cumplido con creces. Pero las sustituciones no son fáciles en Asia, y teníamos que prever, Dios no lo quiera, que el frágil Terrentius pudiera fallar. Los padres Giacomo Rho y Pantaleón Kirwitzer son jóvenes brillantes y a su lado no tardarán en ponerse a su nivel. También tú.

—¿Y el padre Adam Schall von Bell? —seguí preguntando ya con total confianza al padre Trigault—. ¿No os parece demasiado... arrogante?

—Me sorprende tu franqueza. Y me gusta, Paolo. Anótalo todo tal y como lo veas, lo escuches y lo sientas.

Pensé que demoraba o evitaba responder a mi pregunta.

—¿No queréis contestarme, padre Trigault? Si tengo que actuar como escribano, tendré que saberlo todo. O casi todo —expuse con más atrevimiento del debido.

—Por supuesto —contestó—. Verás: según nuestras referencias, que escrupulosamente hemos elaborado y además guardado sobre todos y cada uno de los candidatos en nuestros archivos, Adam Schall tiene un talento que va más allá de lo brillante en cálculo y astronomía, buen juicio y una salud de hierro, pero su experiencia es limitada y temperamentalmente es colérico e inmaduro para su edad. Su ironía en ocasiones nos descoloca.

—Entonces, ¿a qué se debe su elección?

—Básicamente, a que lleva camino de convertirse en un astrónomo prodigioso. Puede incluso que a la altura de su compatriota Johannes Kepler. Estoy seguro de que los chinos quedarán impresionados con él.

—Ojalá sea así —expresé mis buenos deseos al tiempo que me di cuenta de que la conversación se estaba prolongando en exceso para ser un primer encuentro en privado. No quería pecar de inquisidor—. Tal vez deberíamos volver a la residencia —zanjé—. Está amenazando lluvia.



El colegio jesuita de San Pablo en Goa resulta sorprendente para todos los recién llegados. Ha sido ampliado una y otra vez con gran sentido de la proporción y la utilidad, de tal forma que todas las dependencias, capillas, colegios mayores, incluso las propias tahonas, lavanderías y establos están en el lugar adecuado y tienen el tamaño preciso. Nos ha causado una excelente impresión, y aun habiendo leído las comparaciones que del mismo dejó escritas el padre Ricci —que lo describió como «un jardín de numerosas y bellas flores»—, no deja de admirarnos. Según el padre Trigault, este de Goa es el mejor colegio de los que ha levantado la Compañía, opinión compartida por todos los superiores que han llegado hasta aquí desde otras provincias. Su comparación con nuestra residencia en Milán es merecida, e incluso la supera en cuanto a condiciones de limpieza y pulcritud, ya que aquí la mano de obra —los siervos se encuentran por doquier— es muy abundante, liberando de las tareas más ingratas a los hermanos y padres jesuitas, que pueden dedicar así su precioso tiempo a asuntos de más enjundia e interés.

Nicolás Trigault y yo alcanzamos juntos el claustro, y allí el padre procurador se despidió de mí para dirigirse a la biblioteca. Dudé entre subir a mi habitación —las celdas eran mucho más austeras que el resto del edificio pero igualmente impolutas—

y dedicar un par de horas al estudio o, por el contrario, seguir paseando entre los palmerales hasta la hora de la cena. Entonces vi al padre Schall. Estaba tumbado sobre la hierba entre dos grandes troncos de palmera, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados. Por un instante me asusté, pues su aspecto era tal cual el de un hombre esperando su féretro. Pisé deliberadamente una rama seca para que su sonido lo sacara del trance en el que se encontraba.

—Fideos —dijo muy serio.

Me quedé perplejo.

—Es la comida del miércoles —añadió como si yo fuera a comprenderlo—. Y guisantes el viernes —siguió con su extraña conversación, para luego espetarme directamente—: ¿Sabes qué hay de comer el sábado, jovencito?

—¿Qué interés puede tener eso, padre Schall? —inquirí algo molesto por el tono de la pregunta.

—¿Lo sabes o no lo sabes? —insistió levantando enérgicamente la voz.

—No, no lo sé —admití francamente asustado. Tampoco sabía si aquel extraño alemán se estaba volviendo loco o ya lo era, por mucho que Trigault le augurase un extraordinario porvenir como astrónomo.

—Te lo diré yo, mozalbete —volvió a bajar la voz, complacido—. Hay previsto servir albóndigas de carne.

—Me gustan —comenté por mi parte.

—No se trata de saber si te gusta la comida o no —volvió a bramar Adam Schall —, sino de si eres capaz de recordar listas de cosas, tan largas como sea preciso. ¿No has leído como yo lo que ha escrito el cocinero a la entrada de sus fogones?

—Mañana hay pisto de huevos —contesté sin terminar de entender su fijación por los alimentos.

—¿No recuerdas nada más? ¿Solo mañana? —volvió a gritar y a ponerme nervioso con su estentórea voz.

—¿Arroz con verduras? ¿Tal vez el jueves? —dudé. Estaba a punto de echarme a correr y refugiarme como un niño entre las faldas del hábito del padre Terrentius, o incluso en las de Trigault. Pero me quedé inmóvil. Y, sobre todo, estupefacto.

—Mi buen y tierno amigo —dijo ya más calmado Schall levantándose del suelo al tiempo que se limpiaba las briznas de hierba que habían quedado entre los pliegues de su propio hábito—. ¿Aceptarías una enseñanza que no provenga de ese pavo real de Johann Schreck?

—Por supuesto, padre Schall —contesté, relajándome ligeramente—. Pero os ruego que respetéis al padre Terrentius, como él hace con vos —añadí con cierta rabia y temor.

—Le respeto más de lo que crees. Y le admiro enormemente. Mucho más de lo que él mismo pueda pensar. Pero el ingenio se aguza con la ironía, así como la inteligencia se fortalece con el entrenamiento. ¿No has participado en concursos de retórica o de dialéctica en tus años de estudiante?

—Demasiado joven todavía para eso —respondí, lamentándome—. Apenas he pasado unos meses como escolástico después de terminar el noviciado y hacer los primeros votos. Mi exiguo saber no va más allá de unos magros conocimientos en filosofía griega y natural, lógica y metafísica, así como las necesarias lecciones de teología moral y el estudio de los Evangelios.

—¿Nada de matemáticas? —protestó enfurecido.

—Un poco sí —respondí con miedo—. También he recibido lecciones de trigonometría y cálculo con los *Elementos* de Euclides y de astronomía con los trabajos de Sacrobosco y Aristóteles. Su *De Caelo* es de lectura obligatoria.

—Poca cosa es no saber más del sistema clásico de Ptolomeo y los descubrimientos de Tycho Brahe. Eso te hace más vulnerable a las fantasías de Copérnico y Galileo. No te dejes influenciar demasiado por lo que te puedan decir Johann Schreck y Pantaleón Kirwitzer.

—Quiero aprender tanto como me sea posible y lo antes posible —dije de forma conciliadora para luego añadir—: ¿Y esa lección que me habéis prometido, padre Schall?

—Sea. ¿Sabes cómo el padre Matteo Ricci asombró a las mentes más preclaras de los chinos más ilustrados?

—Tengo entendido que gracias a su vasta cultura, su exquisita educación y su carácter cercano y amable —contesté. Adam Schall no se percató de mi propia ironía.

—Y por su prodigiosa memoria —añadió él—. Era capaz de recordar cientos de ideogramas chinos y repetirlos de memoria, incluso cambiando el orden y comenzando por el final.

—¿Cientos de esos... palitos? —pregunté con incredulidad.

—Miles —confirmó Schall—. El padre Ricci construía lugares en su memoria, como si fuera un gran palacio, en los que guardaba la información que más tarde quería recuperar. Para hacerlo recurría a la mnemotecnia.

Lo miré con cara de no comprender nada. Adam Schall prosiguió su explicación con una claridad que antes solo creía capaz en mi admirado Terrentius.

—Es el arte o procedimiento de asociación mental para facilitar el recuerdo de las cosas. Nos será muy útil en China, donde cualquier cargo público está condicionado a la superación de unos exámenes muy rigurosos, que exigen de un esfuerzo mental descomunal. El padre Ricci ganó justa fama como preparador de algunos candidatos entre un grupo de notables. Yo ya te he puesto un ejemplo de cómo hacerlo.

—¿De veras lo habéis hecho?

—Yo he sido capaz de recordar la lista del cocinero y tú no. Es un ejemplo muy sencillo. Asigna primero a cada día de la semana un número.

Hice mentalmente lo que me indicaba.

—Bien. Ahora asocia ese número de forma grotesca con la comida. Cuanto más grotesca sea tu imaginación, más fácil te será recordarlo después.

Empezaba a comprender y me atreví a pensar en voz alta:

—El miércoles es el día tercero —le interrumpí—. Un tres puede ser una serpiente...

—O unos fideos. Así de fácil —sonrió por primera vez Schall al hablar—. Luego pensé que un cinco tiene la forma de un hombre con un saco. Un saco lleno de guisantes. Un hombre con la barriga en forma de albóndiga puede ser perfectamente un seis. Y así puedes seguir tanto más lejos cuanto más practiques.

—Increíble —dije, sin poder contenerme.

—Y eso es todo, Paolo. Por cierto —añadió antes de marcharse a su celda—, el arroz con verduras es el lunes.

Verduras delgadas como el número uno, me quedé pensando.

Con el fin de recuperarnos de la penosa y larga travesía, así como de progresar en el aprendizaje del chino y aclimatarnos al nuevo continente, Nicolás Trigault ha dispuesto que partamos en primavera. Además, las noticias que han llegado de Macao son preocupantes, y la prudencia aconseja demorar nuestro viaje a China. El padre Trigault nos ha explicado la nueva y difícil situación, dado que a su salida de Asia rumbo a Europa todo parecía ir por buen camino. Pero desde hace dos años —y de forma tanto más virulenta en el último—, los jesuitas residentes en China han tenido bien que esconderse en las casas de influyentes chinos conversos, bien que refugiarse de nuevo en Macao. Algunos de ellos han sufrido persecuciones, cárcel y duros castigos físicos. El causante de esta debacle es un conocido enemigo de la religión cristiana, el viceministro de ritos de Nanjing, de nombre Shen Que. El cargo más grave que nos imputan es el de enseñar astronomía al modo occidental, lo que amenaza con corromper las ancestrales tradiciones chinas. Argumenta también que, al vestir como los chinos ilustrados, no nos diferenciamos de ellos, aun siendo extranjeros. Que celebramos reuniones secretas, ganamos conversos con sobornos y confundimos a la gente llana con nuestra palabrería. Incluso que practicamos la alquimia, lo que nos permite obtener la plata necesaria para nuestros objetivos, adquiriendo con ella casas y haciendas. Además, dice que espiamos por cuenta de los portugueses e incluso que hemos levantado una residencia junto al palacio imperial, un lugar sagrado próximo a donde reposan los restos del fundador de la dinastía Ming en Nanjing. Por si eso fuera poco, utilizamos las palabras «cielo» y «grande» para ubicar y describir a nuestro Dios, y esas palabras están reservadas en exclusiva al gran emperador.

Por todo ello Shen Que ha conseguido que se expulse a los jesuitas de las grandes ciudades chinas, cuando no directamente encarcelarnos para no perjudicar el orden social. Así, los padres Sabatino de Ursis y Diego de Pantoja fueron llevados en jaulas a Cantón y de allí a Macao, con el fin de ser expulsados completamente de China. Otros, como el padre Alfonso Vagnone o Álvaro Semedo han estado en prisión en Nanjing. Nicolás Trigault cree que ya solo permanecen en China ocho sacerdotes jesuitas, y ninguno de ellos puede ejercer su labor misionera, arrinconados como están.

Esta desagradable circunstancia ha propiciado que el superior jesuita de Goa pretendiese que fijáramos nuestra residencia en la India como poco durante dos años, añadiendo que, al menos en los casos de Pantaleón Kirwitzer, Giacomo Rho y yo mismo podríamos completar nuestros estudios en el colegio jesuita goano. Trigault se ha opuesto tajantemente, arguyendo además que trae de Roma la separación administrativa de facto de la provincia del este de Asia. No solo los jesuitas destinados en China no dependen ya de la provincia de India, sino que de ahora en adelante tampoco lo harán de la japonesa, teniendo completa independencia. Al final, tras mucho hablar y sopesar, Trigault ha cedido solo en permitir dejar atrás al padre Kirwitzer, que ayudará en Goa a terminar un importante conjunto de observaciones astronómicas cometarias al padre Antonio Rubino. Inmediatamente después de concluido este trabajo —y el padre procurador parecía decididamente firme en su postura—, Pantaleón Kirwitzer viajará también a Macao para reunirse con el resto de nuestro grupo.

En el devenir diario esperando que llegue la fecha de partida solemos dedicar buena parte de la jornada a profundizar en nuestro aprendizaje del chino. Poco a poco empiezo a entender su escritura, y Trigault se esfuerza uno a uno con la pronunciación, los tonos y las expresiones más habituales. Es fundamental para todos que, antes de llegar a China, comprendamos y repitamos al menos el conocido como Tianzhu shiyi o «El verdadero significado del señor del cielo», el primer catecismo redactado en chino por el padre Ricci en 1603. También ocupa buena parte de nuestro tiempo el análisis y estudio de la astronomía china, sobre todo su calendario. En los anuarios de la Sociedad hemos encontrado numerosas referencias en relación con la pretensión de reformarlo y hacerlo más preciso. Especialmente Terrentius ha buceado en cuantas cartas y escritos han enviado nuestros hermanos en China. Justo después de la muerte del padre Matteo Ricci en Beijing en 1610, los astrónomos chinos y musulmanes del colegio imperial erraron gravemente en la predicción de un eclipse. Achacaron el error a los fallos del sistema tradicional que se ven obligados a usar. Un íntimo amigo del padre Ricci, el ilustrado Xu Guangqi —convertido al catolicismo y bautizado con el nombre occidental de Pablo, y con el que Ricci traduciría más tarde al chino los famosos *Elementos* de Euclides—, logró persuadir al ministro de ritos para que hiciera la petición al emperador Wanli de encargar las necesarias correcciones a los jesuitas. La respuesta de Wanli fue afirmativa. Y los padres Sabatino de Ursis y Diego de Pantoja —ahora tristemente expulsados— se pusieron a la tarea con el propio Xu Guangqi. Pero no consiguieron ir más allá de los primeros cálculos, debido a los obstáculos que los propios y celosos funcionarios del colegio imperial —temerosos de perder sus puestos como astrónomos oficiales— les pusieron en el camino. El emperador Wanli canceló de inmediato los trabajos para evitar males mayores.



—Primero hay que entender cómo piensan. Luego quizá podamos entender cómo hablan y el último paso será comprender cómo escriben. No será fácil —comentó en voz alta Terrentius, al tiempo que cerraba uno de los libros chinos que utilizábamos en las lecciones.

Era un día cualquiera cerca ya de la Navidad en Goa.

—Pues si resulta difícil para vos, que sois una eminencia en cualquier tipo de lengua —dije, imitando el gesto de Terrentius al cerrar mi propio libro en chino—, imaginaos cómo se puede sentir un lego como yo.

—Recuerda usar siempre que puedas los palacios de la memoria —terció Adam Schall, que insistía una y otra vez en utilizar trucos mnemotécnicos para recordar los ideogramas chinos—. Como el padre Matteo Ricci.

—Por una vez no os llevaré la contraria en el consejo, Adam —añadió Terrentius—. Son utilísimos. Por cierto, ¿ya habéis leído el *De revolutionibus* de Copérnico como encarecidamente os recomendó Pantaleón?

—Lamento deciros que no he podido tener el placer —contestó con sorna Adam Schall—. Para mi desgracia el padre Kirwitzer se lo prestó al padre Rubino, que tuvo la poca inteligencia de abandonarlo encima de una de las mesas de la biblioteca. La mala fortuna hizo que un dominico que pasaba casualmente de visita por allí le echara el ojo. Ahora debe de estar reducido a cenizas.

—Lo que decís es muy serio, Adam —intervino Terrentius con semblante preocupado—. No solo que se registre nuestra biblioteca sino que además podamos vernos implicados en actos de desobediencia al papa. Ese libro está incluido en el *Index* de libros prohibidos desde el mismo año 1616.

—No os preocupéis en exceso, Johann. El Santo Oficio no es aquí tan meticuloso como en Roma. ¿Acaso Copérnico era judío? —preguntó Schall cambiando de nuevo a su tono sarcástico—. Pues si no lo era no tenéis qué temer. Y tampoco Kirwitzer. Con esta humedad tan terrible aquí solo arden bien los judíos.

—No es para tomárselo a broma —insistió Terrentius.

—No lo hago —negó Schall—. Aunque pueda parecer lo contrario me preocupo por la integridad física y mental de cualquiera de nosotros, sea Paolo, Rubino, Kirwitzer o vos mismo, Johann. Leer a Copérnico no es saludable por muchas razones, la menor de ellas es la amenaza de la Inquisición. Y ya que hablamos del Santo Oficio —añadió—, supongo que tendréis bien guardado de las miradas dominicas ese galimatías lleno de mujeres desnudas.

Terrentius se quedó turbado por un instante. En ningún momento había ocultado el antiguo manuscrito, incluso había comentado con Nicolás Trigault y Giacomo Rho el posible contenido del mismo. Estaba seguro de que Adam Schall también lo habría visto alguna vez sobre cualquiera de las mesas en las que lo había ido dejando, y examinado sus extrañas páginas. Quizá se percatara de él durante aquella charla sobre Tycho Brahe que mantuvieron en la cubierta de la nao *Nuestra Señora de Jesús* un

día de calma. Pero lo que realmente le azoraba era su propia torpeza. En efecto, eran numerosos los grabados que representaban a mujeres desnudas —aunque siempre en estado de gestación, nada especialmente excitante para las miradas limpias—, y eso entraba dentro de la categoría de lujuria, pecado capital por excelencia y condenable de inmediato para cualquier inquisidor de mediano fuste. Y no digamos para uno de alto, con hábito dominico y celo antijesuita.

—Está en lugar seguro —contestó, haciendo firme propósito de llevar a término la tajante afirmación esa misma noche—. Y no solo tiene grabados de mujeres, sino también dibujos de extrañas plantas que no he conseguido reconocer, raros medallones y unas cuantas láminas que parecen cartas astronómicas. O astrológicas, más bien.

—Eso suena atractivo —se interesó repentinamente el padre Adam Schall—. ¿Sabéis quién es el autor y por qué cifró los textos?

Por segunda vez en menos de un minuto la turbación invadió a Terrentius. Cifrado. ¿Cómo había podido estar tan ciego? Se había dejado llevar por la carta de Johannes Kepler en la que se refería al manuscrito como un compendio de saberes, tal vez alquímico, escrito en un lenguaje oriental, variante desconocida del chino o del manchú. Pero no se había planteado en ningún momento que el libro pudiera estar simplemente cifrado. Incluso ambas cosas. Adam Schall era demasiado inteligente como para seguir manteniéndolo al margen de ese trabajo.

—Adam —pidió exquisitamente Terrentius—, ¿podríais ayudarme con él? Estoy totalmente desorientado.

El ego de Adam Schall debió de crecer hasta hacerse del tamaño de toda China cuando escuchó decir esto a su compatriota. Johann Schreck casi siempre hablaba desde el púlpito de maestro jesuita.

—No puedo escaparme de Goa, y cuando lo haga será rumbo a Macao con vos a mi lado —contestó un sonriente Adam Schall—. Pongámonos a ello como buenos amigos. Yo me meteré en el pellejo del sobrio Tycho Brahe y vos en el de vuestro admirado Johannes Kepler.

—Precisamente fue Johannes Kepler quien me hizo llegar el manuscrito. No tiene autor conocido —añadió Terrentius—. Lo más que pudo contarme acerca de su origen era que, tal vez, hubiera llegado a Europa en alguno de los viajes por Asia de Vasco de Gama. Y que quizá se trate de un manual alquímico.

—¿Alquímico? Pues al final tendrán razón los chinos cuando piensan en nosotros como en el mago Merlín —bromeó Schall—. Sabía de vuestra amistad con Galileo pero ignoraba vuestras buenas relaciones con Kepler. Sois hombre de recursos e influencias, amigo Johann.

—Me enorgullezco de mis amigos, amigo Adam.

—Gracias, Johann. Ya puestos en ello, ¿le habéis recordado a Kepler su obligación de completar y ordenar el fabuloso legado de Tycho Brahe?

—Está casi listo. Y una de las primeras copias de las nuevas tablas astronómicas

será para nosotros. Podéis estar seguro, Adam.

—Me sorprendéis continuamente, y eso me encanta —dijo un muy sincero Adam Schall—. Trabajaremos en ese manuscrito todo el tiempo que nuestras obligaciones y el padre Trigault, por supuesto, nos lo permitan. Y si hay que descifrar algo os propongo que añadamos al grupo al padre Giacomo Rho. Su cabeza es capaz de ordenar números a una velocidad como nunca antes había imaginado.

—Giacomo ya está trabajando en el manuscrito —rio involuntariamente Terrentius.

—Viejo zorro —se unió a sus risas un feliz Adam Schall.

Las malas noticias no solo estaban llegando a Goa desde China. Las provenientes de Japón eran aún peores. Un edicto de Tokugawa Hidetada —actual sogún, cargo que detenta el poder militar casi absoluto en nombre del emperador— había prohibido también el cristianismo en el imperio del Sol Naciente. Si en China la prohibición afectaba a las cinco residencias y otras tantas iglesias que los jesuitas teníamos en el interior del país, en Japón estas eran más de ciento veinte. Lo que ha seguido a estas prohibiciones es una avalancha de cristianos buscando refugio, que van a parar primero al enclave de Macao —a salvo de momento de expulsiones inmediatas—, y más tarde a Goa como lugar seguro. No era fácil la decisión de navegar contracorriente.

Sin embargo, Nicolás Trigault estaba decidido a ello.

Embarcamos en la misma carraca, debidamente reparada, que nos había traído hasta Goa, la *Nuestra Señora de Jesús*, un soleado día de primavera. Y después de varias semanas de tranquila navegación, sin temporales ni piratas que pudieran hacer fracasar la segunda y más corta etapa del viaje, arribamos a Macao el 22 de julio de 1619. Nuestra llegada ha sido considerada por los hermanos jesuitas residentes en Macao, así como por los refugiados, como un acontecimiento salvador. No solo no se va a abandonar China, sino que la propia misión —con la ayuda humana y material recién llegada— se reorganizará para adaptarse a las nuevas circunstancias. El padre procurador Nicolás Trigault llega con siete nuevos sacerdotes —y este humilde escolástico pegado a ellos—, dinero para las arruinadas residencias, valiosos presentes para los mandarines amigos de los jesuitas y otros cercanos al emperador Wanli, una gran cantidad de objetos para el culto donados principalmente por la aristocracia y casas reales europeas y, lo más importante, casi siete mil libros que serán usados para impresionar a los chinos más ilustrados. Los siete sacerdotes jesuitas son los portugueses João Frois, Simão da Cunha, Rodrigo de Figueiredo y Francisco Furtado —que, en otras condiciones más propicias, hubieran continuado camino a Japón—, y los ya conocidos astrónomos Adam Schall, Johann Terrenz Schreck y Giacomo Rho.

Macao es nuestra puerta para entrar en China.

Las costas de la provincia marítima sureña de Guandong fueron testigo de los primeros intentos de los extranjeros —no solo de los jesuitas, sino en general de cualquier otro europeo—, de residir en el interior de este gran imperio que es China. En la isla de Shangchuan, a solo catorce kilómetros de distancia de la costa, había muerto de necesidad esperando un salvoconducto mi admirado Francisco Javier. Tomó su relevo el padre Melchior Nunes Barreto, quien navegó en 1555 hasta la ciudad principal de Cantón acompañando a una embajada comercial portuguesa. Nuevamente fuimos rechazados por la intransigencia de los mandarines de Guandong, que hacían cumplir inflexiblemente las leyes Ming acerca de la

prohibición para los extranjeros de residir en China. Ni siquiera lo logramos por las bravas, como intentó en solitario el español Juan Bautista Ribeira, que fue expulsado por los chinos y más tarde desautorizado en su acción por el general de la Sociedad. La solución para forzar la estancia en China habría de llegar como consecuencia de los intereses comerciales de los portugueses, a los que, aun expulsados de Cantón, se les permitió residir y usar Macao para sus negocios con los chinos. Tanto Macao —una reducida península con apenas una pequeña franja de tierra fronteriza de trescientos metros en la provincia de Guandong más un par de islas, Taipa y Coloane—, como la gran ciudad de Cantón más al norte, se levantan en las orillas del río de la Perla. En el año 1552 ya pudieron los portugueses realizar tratos comerciales en Macao, aunque solo desde sus barcos y nunca desde almacenes o negocios en la orilla. Pero en 1557, habiendo acordado el pago de una elevada renta en concepto de uso del enclave costero, los lusos se establecieron de forma permanente. Años más tarde el papa Gregorio XIII daría el impulso para fundar en 1576 la diócesis católica de Macao, e incluso los chinos permitieron la creación de un senado occidental para manejar todos los asuntos referidos a los intercambios comerciales, siempre bajo la moderada supervisión de las autoridades locales chinas. Aunque no se trata de una transferencia de la soberanía de la ciudad, en la práctica los portugueses ejercen un control casi absoluto en el lugar. Podríamos decir que aquí estamos a salvo del capricho del mandarín de turno. Es mucho dinero portugués el que entra en las magras arcas imperiales como para ser escrupuloso en exceso con unos pobres religiosos inofensivos.

La China que nos encontramos hoy los jesuitas —regida por la dinastía de emperadores Ming desde el año 1368, como me apunta Terrentius según voy resumiendo la historia de este maravilloso país— es un lugar en verdad complicado para una misión evangelizadora cristiana. Los misioneros aquí no solo tenemos que enfrentarnos a una gran y antiquísima cultura, sino además a una entidad política sólida, aislada y encerrada. El emperador vive recluido en su Ciudad Prohibida, y el propio imperio ha sido amurallado en toda su enorme extensión. China es más que un país o un imperio: es un mundo encerrado en sí mismo, que solo mantiene el mínimo contacto posible con otros reinos. Para los chinos fuera de sus fronteras no existe otra cosa salvo bárbaros. Y de ningún modo están dispuestos a contaminarse.

Terrentius me hace notar que, en la actualidad, la dinastía regente Ming no pasa por su momento más vigoroso. Demasiado anclada a su espléndido pasado, su cultura está quedando obsoleta, y el agotado calendario imperial es solo uno de sus graves problemas. Hay amenazas de invasión por parte de los manchúes en el norte del país, la corrupción de la corte —controlada por los eunucos, una casta tan extraña como perniciosa, como bien describió el padre Matteo Ricci en sus crónicas— es escandalosa, y el desánimo de la enorme población causa continuas revueltas, principalmente durante las épocas de hambruna, que acontecen cuando las cosechas no son abundantes. Terrentius no sabe precisarme el número pero parece que Ricci

calculó que en China pueden vivir casi doscientos millones de almas. El Hijo del Cielo, que es como aquí denominan al emperador, no parece ser amado por su pueblo. Wanli hace años que ni despacha con sus funcionarios ni recibe ningún tipo de visita. En las audiencias públicas su silla imperial permanece siempre vacía.

Nicolás Longobardo —superior de la provincia jesuita en China— nos recibió con una gran alegría. Especialmente efusivo estuvo con su querido Nicolás Trigault, a quien había encargado la misión de procurador. Su vuelta, con aires renovadores y el barco cargado de sacerdotes, regalos, dinero, libros y por encima de todo ilusión, volvió a dibujar una sonrisa en la cara del veterano misionero. Hace más de veinte años, desde 1597, que este siciliano ejerce su apostolado en Asia. Y desde 1610, el año en el que murió el padre Matteo Ricci, dirige la misión.

—Me siento tan feliz y tan cansado a la vez —nos habló a todo el grupo— que no sé cuál de las dos sensaciones dominará a la otra.

—No digáis eso, padre Nicolás —le contestó su tocayo Trigault—. Tenéis mucha vida por delante.

—Ojalá tengáis razón, mi buen Trigault. Hubo momentos en los que pensé que no volvería a veros. Han sido unos meses muy difíciles en China.

—Siempre ha sido difícil vivir aquí —concedió Trigault—. Desde que el padre Alessandro Valignano llegara a Macao con aquellas ideas tan audaces. Era el año... ¿1578? —preguntó.

—En efecto, en septiembre de ese mismo año ese napolitano tozudo y brillante llegó a China como visitador de la Compañía, aunque ya antes había pasado por la India. Y de aquí partió hacia Japón, dejando todo bien pensado para arrancar la misión. Primero fundó esta casa jesuita en Macao y más tarde lo dispuso todo para que fuera posible entrar en el continente.

Todos nosotros conocíamos en mayor o menor medida la historia de la misión jesuita en China, especialmente Terrentius, meticuloso hasta el extremo en cualquier asunto. Pero el oír de primera mano cómo había empezado todo nos complacía en extremo, y nadie quiso dejar de escuchar al superior provincial. Además, a partir de ese instante ya todos estábamos sujetos a su autoridad; si bien juzgamos como más que llevadera esta obligación desde el momento en que conocimos a Nicolás Longobardo, dado su carácter abierto y afable.

—El padre Valignano sabía que la clave de todo estaba en el aprendizaje del chino. Suponía, con buen criterio, que si a los toscos portugueses que apenas se hacían entender con intérpretes se les había permitido llegar hasta aquí, qué no harían las autoridades chinas con hombres ilustrados, conocedores de las costumbres locales y hablando su misma lengua. Seguramente —añadió— no pondrían objeciones a su entrada en el imperio.

—Fue entonces él quien sugirió adaptarse al entorno —interrumpió brevemente Terrentius, aunque conocía de antemano la respuesta.

—Tanto aquí como en Japón la Sociedad de Jesús ha practicado lo que muchos

han dado en llamar exactamente así: adaptación. También lo llamamos acomodación. Las órdenes mendicantes como los franciscanos y los dominicos siempre nos han repudiado por esto. Pero los resultados ahí están. —Sonrió el superior—. Volviendo al padre Valignano, este, dándose cuenta de los enormes obstáculos existentes para relacionarnos con los nativos, sugirió que algún padre jesuita con capacidad suficiente como para comprender y aprender el chino viajara desde la ciudad india de Goa hasta Macao.

—El padre Matteo Ricci —interrumpí yo torpemente, llevado por el entusiasmo de la narración.

—No, joven muchacho. El padre Michelle Ruggieri.

Enrojecí de vergüenza. Hice el firme propósito de no volver a abrir la boca hasta que no hubieran terminado los mayores.

—No te venza el apuro, Paolo —dijo Longobardo, dirigiéndose a mí—. La fama del padre Ricci fue tal que muchas veces nos olvidamos de que el primer jesuita en conseguir el permiso para entrar en la China continental fue Michelle Ruggieri. Dedicó tres años aquí en Macao a aprender a leer y hablar su lengua, no sin gran dificultad, y no le importó juntarse con niños y estudiantes chinos para repetir lo mismo que ellos hacían a diario. En el año 1580, y ya con la confianza suficiente en el equipaje, intentó lo que ya habían intentado sus predecesores: viajar a Cantón, al norte del río, en compañía de comerciantes portugueses. Pero a diferencia de los otros, el padre Ruggieri se dirigió a los sorprendidos mandatarios locales, los mandarines, en su propia lengua. Esta habilidad le valió para fijar su residencia en Cantón y servir de intermediario entre comerciantes portugueses y chinos, al tiempo que comenzó a trabar amistad con importantes mandarines, como el propio gobernador de la provincia de Guangdong. Se dice que el regalo de un reloj al gobernador, algo de enorme valor para el ilustrado mandarín, le abrió las puertas del imperio continental. En el año 1582 se le permitió residir en la capital de la provincia de Guangdong, Zhaoqing. Y además se le dio la autorización para que otros dos jesuitas establecieran con él una misión ya en el interior del país.

—Uno de aquellos padres fue, obviamente, Matteo Ricci —ayudó Nicolás Trigault en la historia a un aparentemente fatigado Longobardo—. Ricci y Ruggieri permanecieron seis años allí, continuando sus estudios sobre la lengua china y pensando en la mejor manera de introducir el mensaje religioso cristiano a los chinos.

—Así es —afirmó Longobardo—. Juntos escribieron el primer catecismo en chino, así como el primer diccionario de traducción del chino al portugués. Hasta que en el año 1588 el padre Ruggieri fue enviado a Roma por su superior el padre Valignano. Ya no volvería a China.

—Quizás a nuestro joven escolástico Paolo le interese saber el porqué —intervino repentinamente Adam Schall, hasta entonces absorto y silencioso y ahora en apariencia displicente y malicioso.

—No sé a qué historia podéis hacer mención, padre Schall —contestó un

sorprendido Longobardo.

—Si me permitís, os la referiré con el mismo detalle con que a mí me fue contada —contestó Adam Schall, evitando la furibunda mirada de Terrentius, seguramente conocedor como él de la auténtica historia. Un leve movimiento de cabeza de Longobardo fue tomado como signo afirmativo por parte de Schall, que prosiguió—: Entre los jesuitas que arribaron a China para fortalecer la misión se encontraba un imprudente español, el padre Alonso Sánchez. Su encargo era abrir el camino para la invasión española del imperio Ming.

—Exageráis —intervino Terrentius—. Nunca se pudo probar que el padre Alonso Sánchez siguiera órdenes del emperador Felipe II.

—Tal vez porque no tuvo éxito. O no tuvo suerte. Lo que sí que está probado —prosiguió un vehemente Schall— es que Ruggieri fue llamado a Roma para preparar con el papa una misión embajadora que pudiera ser recibida por el emperador chino Wanli, una vez abiertas confiadamente las puertas del continente y conocida la debilidad tanto del Imperio chino como del propio emperador.

—Pero el papa murió, y tres más después de él en rápida sucesión, así que esa disparatada idea que plantea el padre Schall no tiene visos de ser real —completó Terrentius—. Por lo que sé, también el padre Ruggieri enfermó y se retiró para dedicarse a la oración en la ciudad siciliana de Salerno, donde murió.

—Así es la historia jesuita en China —terció Nicolás Trigault, para luego continuar—: Bien, amigos, creo que ya es suficiente por hoy. Nuestro superior necesita descansar de tantas emociones, y nosotros tenemos que hacer lo propio. No es momento ahora de entrar en política, que tiempo tendremos de hablar de las cosas humanas y de las divinas. Quizás al bueno de Paolo le interesará más saber del inmenso legado del padre Matteo Ricci que de las inconfesas ambiciones expansionistas de los españoles.

—El padre Trigault me ha leído el pensamiento —dijo Longobardo levantándose—. Lo dejamos aquí por hoy. Nos esperan días intensos.

A pesar de la prohibición que recae sobre nosotros en la China continental, la persecución no tiene efecto en Macao. Podemos incluso pasear con absoluta tranquilidad por sus abarrotadas calles, con sus mezclados colores, aromas y sabores, sus variopintos mercadillos llenos de tenderos y artesanos y la increíble diversidad de sus habitantes. Se pueden contar unos quince o veinte chinos por cada occidental, principalmente portugueses pero también judíos, asimismo hay un gran número de esclavos negros traídos para trabajar aquí desde otras colonias portuguesas, hindúes o incluso árabes. De entre los chinos, los más privilegiados son los traductores, unos quinientos según ha calculado Terrentius, que no quiere dejar ningún cabo suelto en los planes de reentrada. La península está aislada del continente en sus trescientos metros por una muralla fuertemente vigilada por soldados, que solo los propios chinos pueden cruzar —dos veces por semana como máximo— y aun así les es necesario un salvoconducto firmado por el mandarín local. Hay tres iglesias

principales —cada una perteneciente a una congregación religiosa distinta: jesuita, dominica y franciscana— y una iglesia menor —propriadamente una capilla— de los recién llegados agustinos. Además hay un gran hospital con su fundación benéfica y, por supuesto, la recientemente levantada catedral de la diócesis dedicada a san Pablo.

El comercio es fundamental en este enclave, y del éxito o del fracaso de las transacciones de los portugueses dependen en gran medida las opciones evangelizadoras de las órdenes religiosas. Normalmente, y si exceptuamos los casos de naufragio o piratería —y parece ser que ahora se cierne de nuevo la amenaza holandesa sobre Macao—, los beneficios para los nobles de la corona portuguesa dueños de las flotas de naos y carracas son inmensos. El negocio es tan sencillo como próspero. En China se utiliza la plata como metal de intercambio, tan escasa como valiosa en el imperio. Sin embargo, en Japón es abundante y se extrae a granel. Por el contrario, en Japón hace falta seda en abundancia, y China la produce en grandes cantidades. Chinos y japoneses son enemigos irreconciliables, como así ellos mismos cantan: «Mientras el sol y la luna den luz, los chinos y los japoneses no podrán vivir bajo el mismo cielo ni beber la misma agua». Al no tener ningún tipo de relación comercial directa, necesitan que alguien haga de intermediario entre ambos imperios. Si bien algo de este ventajoso comercio portugués se ha desviado hacia Filipinas y está ya en manos españolas, el trasiego de mercancías aquí es tan enorme que la economía no corre peligro en Macao.

Además, y gracias al fundador de la misión jesuita en China, Alessandro Valignano, nosotros mismos hemos sido partícipes de este negocio, no sin graves críticas y acusaciones desde Roma, provenientes principalmente de los dominicos. El padre Valignano, que viajó de Macao a Japón, estableció una red de almacenaje de sedas y otros valiosos productos entre este enclave chino y el japonés de Nagasaki, ciudad que era considerada de alguna forma casi como propiedad de los jesuitas. De esta manera tenía control sobre excedentes y precios, equilibrando el mercado. En el Concilio de Trento nuestros detractores consiguieron prohibir estas prácticas, bajo amenaza de excomunión, por considerarlas inmorales. Esto, con ser más que discutible, no consiguió poner punto y final al comercio gestionado por los jesuitas. Nuestro anterior general, el padre Claudio Acquaviva, ha reavivado las inversiones con la aquiescencia papal, basándose en sólidas razones: los jesuitas no tocamos materialmente las mercancías, no pisamos tierra china —no hay comercio, entonces— y, la más importante, es necesario el dinero para la financiación de las misiones y la ayuda a los pobres que aquí son multitud.

Ahora, tras la reciente prohibición imperial a los jesuitas de entrar en el continente chino, todo queda en el aire. Lo que una vez fueron buenas razones para acogernos, ahora se han vuelto en nuestra contra. El padre Matteo Ricci dejó escrito que los chinos abrían los brazos a los jesuitas por tres motivos principales: su interés por nuestras matemáticas y nuestra astronomía —clave en nuestra reentrada, si es que conseguimos llevarla a cabo—, su entusiasmo por la mnemotecnica —que tanto me ha

enseñado el padre Schall von Bell, y que tan útil les resulta especialmente en los difícilísimos exámenes para entrar en la selecta burocracia china—, y la creencia de que podíamos convertir otros metales vulgares en la valiosa plata. Esta última superstición, la alquímica, no es de extrañar que haya calado entre la población, puesto que los chinos nos han visto durante años almacenar y cargar grandes cantidades de plata en gruesas barras provenientes del comercio de la seda con Japón, ignorantes de dónde procedían. El padre Ricci también habla en sus cartas de que él mismo era considerado por los ilustrados como una especie de alquimista, pero que prefería que fuera así antes que desvelar que su propio dinero provenía de aquí, de Macao, lugar que detestaban los chinos continentales.

La constatación de que el bello Macao se ha convertido en la práctica en un enclave extranjero independiente está haciendo que los chinos ilustrados le sean hostiles. El carácter de estos —aunque el padre Valignano lo describiera en sus crónicas de Macao de forma muy positiva, alabando su gusto por el aprendizaje, su indumentaria pulcrísima, la timidez de sus mujeres o la prohibición de usar armas en lugares públicos en comparación con la extrema belicosidad japonesa— fue puesto en entredicho en algunos aspectos por el propio padre Ricci, que remarcó especialmente su naturaleza pusilánime. Esta y otras opiniones acerca de la debilidad de carácter china puede que hubieran animado en su momento al emperador español Felipe II a emprender —como bien había especulado el padre Adam Schall— la conquista del imperio Ming. Ahora, el declive de ambos imperios —especialmente en lo económico—, desaconseja cualquier aventura bélica de este tipo. Sin embargo, no todo fueron palabras críticas de Ricci en relación con la naturaleza de los chinos. Más bien al contrario, prodigó toda suerte de alabanzas hacia aquellos entre los que vivió y murió feliz. Si bien los consideraba pusilánimes, amén de lujuriosos —otra característica que el padre Ricci rechazaba con gran dureza—, admiraba las dimensiones y la diversidad de China, la gran variedad de sus cultivos —tanta que solo echó a faltar olivos y almendros—, sus huertos amorosamente cuidados, sus jardines primorosos, la excelencia de sus porcelanas, el hábil uso del carbón y el bronce, sus pinturas, tintas y caligrafía y todo lo relacionado con su escritura, que le fascinaba. Incluso su ética, basada en las enseñanzas del antiguo sabio Confucio, le resultaba apropiada y compatible con las enseñanzas del cristianismo.

Durante estos días continuamos con nuestros estudios. En mi caso, estoy casi por completo dedicado al aprendizaje del chino hablado y escrito, tan distinto del italiano y del latín. Los padres Terrentius y Schall, dada su formidable capacidad intelectual, se permiten dedicar también algunas horas al extraño envío de Johannes Kepler. Hoy me he encontrado al padre Terrentius absorto en la bien surtida biblioteca de nuestra residencia de San Pablo.

—Buenos días, Paolo. No te he oído entrar —dijo, levantando la cabeza y haciendo parpadear con rapidez sus enrojecidos ojos—. Siéntate conmigo si quieres.

—Todavía no ha amanecido, padre Terrentius —contesté tomando una silla y

acercándola a la suya—. Si bien no tardará en hacerlo.

Me miró extrañado. No se había acostado en toda la noche y había perdido la noción del tiempo.

—Cada día estoy más intrigado con este manuscrito —se excusó, volviendo a inclinarse sobre los papeles. Tenía tres libros abiertos al mismo tiempo—. Mira esto. —Me señaló varios grabados de plantas—. Recordarás que estoy trabajando en una traducción del tratado *Botánica y fauna de la Nueva España*, que escribiera el erudito español Francisco Hernández, médico personal de Felipe II.

—Ajá —contesté—. Recuerdo que habíais encontrado similitudes entre las plantas de aquel y las que aparecen en el libro enviado por Kepler.

—En efecto. Hay tres muy parecidas. Y de las tres dice Hernández lo mismo. —Me miró como si yo supiera el qué—. Son excelentes medicinas tomadas en las dosis correctas, pero...

—¿Pero? —inquirí.

—Pero altamente tóxicas si se ingieren en exceso. Puro veneno. Mira ahora esta lámina del manuscrito —me señaló el extraño libro.

—Parecen raíces de mandrágora —dije, pues conocía la extraña planta tan frecuentemente usada en rituales de brujería.

—Posiblemente lo sean. Como médico y botánico puedo decirte que la mandrágora, tomada en pequeñas dosis, es excelente para las úlceras y las purgas, pero principalmente se utiliza para anestesiar el dolor intenso, paliar las convulsiones e inducir al sueño profundo. Es muy útil cuando hay que realizar amputaciones, por ejemplo. Sin embargo —añadió el experto cirujano—, si se administra una cantidad mayor de la necesaria lleva al enfermo al delirio, la locura y a una muerte horrorosa. Ahora fíjate en estos grabados chinos.

Terrentius me mostraba unas páginas de papel de seda llenas de dibujos, rodeados estos por todas partes de caracteres chinos de los que yo tanto luchaba por comprender. Para Johann Schreck, el padre Terrentius, no parecían tener ya secretos.

—Este es el libro más completo de medicina china. Se llama *Bencao Gangmu*, y ha sido escrito por el sabio chino LI Shizhen. Contiene todas las plantas que supuestamente tienen propiedades beneficiosas en la medicina china. Hay casi dos mil hierbas, raíces y frutos descritos aquí. Este sabio ha recopilado en treinta años el contenido de más de ochocientos libros, así como su propia experiencia. El primer ejemplar vio la luz en los años en los que el padre Ricci vivió en China.

La cantidad de información que contenía era enorme. No me extrañaba que Terrentius hubiera pasado la noche en vela, entusiasmado con aquellos volúmenes inabarcables.

—De momento, he encontrado otras dos nuevas similitudes. Y apenas he comenzado a leer. Aquí y aquí —me dijo, y señaló dos dibujos. El segundo me resultaba familiar y se lo hice notar.

—Parece... ¿anís?

—Lo parece en su forma, sí. Y también en su sabor. Nuestro sencillo anís es muy corriente en las tierras mediterráneas, como la tuya, y también lo es en Asia. Pero esto que te estoy señalando no es una planta, sino un fruto con forma de estrella. Verás que LI Shizhen hace dos comentarios.

Yo veía dos columnas de caracteres chinos, pero no entendía el significado de ninguna. Con la consiguiente vergüenza, lo reconocí.

—Yo te lo aclaro, Paolo. LI Shizhen distingue entre dos plantas parejas. A la primera, a la que llama variedad china, le concede un gran valor medicinal, y explica que es idónea para hacer bajar las fiebres más altas. Pero a la segunda, a la que denomina variedad japonesa, le atribuye un poder insano, capaz de causar graves problemas tanto en los riñones y en la vejiga como en los principales órganos digestivos, pudiendo provocar la muerte en pocas horas, después de grandes dolores y padecimientos.

—Son muy parecidas. Casi idénticas —dije.

—¿Y qué te parece esta? —Terrentius me mostraba ahora una página del manuscrito.

—No podría distinguirla de las anteriores —reconocí con gran asombro.

—Pues bien, joven Paolo. Sea lo que sea este antiguo legajo, y esté escrito en el lenguaje que sea, me empieza a quedar claro que la parte que dedica a la botánica es muy, pero que muy peligrosa —dijo Terrentius cerrándolo con mucho cuidado, como si temiera que los dibujos de las plantas pudieran por sí mismos exudar su veneno—. Tenemos que comentárselo a los demás cuanto antes.



Adam Schall no daba crédito a lo que Terrentius le mostraba.

—¿Me estáis diciendo, Johann, que este antiguo grimorio está lleno de venenos? ¿Que en él aparecen plantas del Viejo Mundo, del Nuevo Mundo y de este continente tan aislado como cerrado durante siglos a los ojos occidentales? —bramó lleno de excitación.

—Así parece, Adam —contestó Terrentius.

—¿Qué podremos esperar entonces, por ejemplo, de las páginas que dedica a la astronomía?

—No lo sé, pero tenemos mucho trabajo por delante con los diagramas astronómicos, y también con el resto de diagramas. Si estos dibujos siguen el mismo criterio común que la parte dedicada a las plantas, podrían mezclarse conceptos occidentales y orientales, amén de otros más antiguos de quién sabe dónde. Es muy importante que, más pronto que tarde, nos familiaricemos con la antigua astronomía china. Y también con la moderna, por supuesto.

—Astronomía china antigua y moderna, para ellos es casi la misma cosa —ironizó Adam Schall—. Esta gente no ha mirado al cielo desde que inventaron los palillos para comer el arroz.

—Sabéis que no es del todo así, Adam —le recriminó Terrentius—. Además, si tienen problemas con sus cálculos, es mejor para nosotros. Ese calendario obsoleto es nuestra gran oportunidad para volver a ganarnos su confianza.

—¿Tan importante es el contenido de ese viejo manuscrito? —terció el superior Longobardo, atento a la conversación.

—Sincera y humildemente, no lo sé —contestó Terrentius—. Quizá me esté comenzando a obsesionar con él.

—Es un desafío intelectual para nosotros, padre Longobardo —ayudó a Terrentius con voz conciliadora un melifluo Adam Schall—. Resolver un jeroglífico como este nos daría la confianza necesaria como para enfrentarnos con cualquier problema intelectual que se nos planteara en China.

—Entonces no deja de ser un pasatiempo como otro cualquiera —dijo de forma algo despectiva Nicolás Longobardo—. ¿No estaréis pecando de vanidad?

—No, no. Por favor, no lo entendáis así —Terrentius volvió a tomar la palabra, temeroso de que el padre superior pudiera prohibir trabajar sobre el manuscrito—. Es también parte de un intercambio de favores. Mi buen amigo Johannes Kepler, del que seguramente habéis oído hablar, pues se ha convertido en el mejor astrónomo europeo, necesita la traducción. Si somos capaces de proporcionársela, nos podrá ser de mucha ayuda. Está terminando de compilar unas nuevas tablas de efemérides astronómicas a partir de los datos del danés Tycho Brahe, las más precisas que puedan encontrarse. Cualquier conjunción planetaria, cualquier ocultación y, por supuesto, cualquier eclipse podrán predecirse en cuestión de minutos con un margen de error mínimo. Imaginaos lo que sería capaz de concedernos un emperador chino,

entronizado como el verdadero Hijo del Cielo, si pudiese hacerse valer ante sus súbditos con un conocimiento semejante. Un emperador infalible gracias a nosotros.

—Tal vez exageráis respecto a esto último, padre Schreck —replicó Longobardo—. Y vuelvo a notar vanidad en vuestras palabras. No obstante, si así es vuestro deseo, podéis continuar indagando en su contenido. Respecto a la pregunta que me hicisteis el otro día —el superior se refería al posible lenguaje de los textos del manuscrito—, prometo buscar algunos ejemplares de libros antiguos escritos en variedades ininteligibles para mí de chino y manchú, y así podréis comparar ideogramas y caracteres. En un primer vistazo, no he reconocido nada familiar en los que me habéis mostrado, pero ya sabéis de la gran cantidad de dialectos en las escrituras asiáticas y de su complejidad. Tal vez si aún viviera el padre Ricci —se lamentó— os sería de mucha más utilidad que yo.

—Todo lo que podáis facilitarme me será de una gran ayuda. Estoy seguro —agradeció Terrentius, enormemente aliviado.

—Entonces no os interrumpo más —se levantó Longobardo—. Voy a seguir con mis asuntos. Estoy esperando noticias de nuestros amigos chinos conversos, los ilustrados amigos del padre Ricci, y de sus consejos para recomenzar la evangelización. Y seguro que todo pasa por corregir ese dichoso calendario.

La vida en China del padre Matteo Ricci fue fascinante. Casi siempre las historias que de él se cuentan se quedan cortas, o no hacen suficiente justicia a su proverbial capacidad de adaptación —la cualidad esencial a la que aludían los padres Longobardo y Terrentius— y a su excepcional inteligencia, unida a un inusual sentido de lo útil y lo práctico. No son pocos los que creen, dentro y fuera de la Sociedad, que difícilmente los europeos hubiéramos podido romper las murallas chinas —los prejuicios son mucho más firmes que las rocas— de no haber sido por él. Sin embargo los jesuitas nos vemos abocados nuevamente a una difícil etapa de rechazo por parte de los chinos. Tal vez por eso mismo el estudio de su vida y su obra, de su forma de proceder, de su manera de afrontar los problemas, son una guía de más valor si cabe para dar nuevos pasos en la dirección correcta hacia un nuevo intento de evangelización.

Durante estas primeras semanas voy acumulando toda la información que sobre él pueden proporcionarme los otros padres jesuitas aquí en Macao. Como punto de partida he vuelto a leer, cómo no, su famoso diario sobre China que ha recopilado, ordenado, traducido y puesto en las imprentas de media Europa nuestro procurador. El libro, elaborado por el padre Nicolás Trigault a partir de docenas de notas, cartas y escritos —la mayor parte de ellos en italiano— que Matteo Ricci dejó en Beijing a su muerte, es una descripción pormenorizada de la cultura, la historia, el arte, el lenguaje, las costumbres, las religiones, los pueblos y las ciudades, la arquitectura, la agricultura, la técnica, la filosofía, la política, la administración, el gobierno y cualquier cuestión que el padre Ricci observara y estudiara en China. Algunos lectores europeos lo han comparado con los *Viajes de Marco Polo*, pero la mayoría de los que disfrutan con su lectura están de acuerdo en que *De Christiana expeditione apud Sinas* es una auténtica obra magna del saber acerca de este casi desconocido imperio, y no un mero libro de viajes como el antes citado. Es una forma inmejorable de conocer cómo es realmente China antes de que podamos entrar en el continente. Por eso mis propios lectores verán cuán frecuentes en mis cartas son las citas a los escritos de Matteo Ricci. Todo resulta más fácil de comprender así. Los jesuitas que aquí estamos sabemos que la mejor forma de volver a rehacer el camino de entrada en China pasa por hollar en las mismas pisadas que él dejó marcadas en el sendero.

Matteo Ricci nació en la pequeña población de Macerata, muy cerca del mar Adriático, en el año 1552. Dicen que su familia era acomodada y gozaba de buena reputación, y que su padre pretendía que, como él, estudiara leyes. También cuentan que su vocación religiosa le hizo escaparse de casa para hacerse jesuita primero y misionero después, y que esa fue la causa de una pretendida desavenencia con su progenitor que duraría gran parte de su vida. No parece desprenderse esto de sus cartas, muchas de ellas dirigidas con gran cariño a su propio padre. Teniendo en cuenta la complicada comunicación epistolar entre Italia y Macao, y mucho más con

el interior de la propia China, cualquier elucubración acerca de este asunto es pura anécdota. Sí es cierto que el joven Matteo estudió en el Colegio Romano de los jesuitas, especialmente teología pero también leyes, así que no tuvo por qué contravenir necesariamente la voluntad de su noble padre. También puso gran esfuerzo en el estudio de matemáticas y astronomía, sintiendo gran admiración por su maestro, el padre Christopher Clavius, con quien también intercambiaría frecuentes cartas. De su vida en Europa cabe mencionar que, tras ingresar como jesuita en 1571, pidió ser destinado a las misiones de Asia en 1577. Solo un año después viajaría desde Lisboa a Goa. Allí, tras cuatro años de estudios y habiendo sido ya ordenado sacerdote, partiría en 1582 hacia Macao.

Ese mismo año se enfrasca en el estudio de China, tanto de su lengua como de sus costumbres. La oportunidad se la brinda —como nos narraba el superior Nicolás Longobardo— el padre Michelle Ruggieri, que lo lleva consigo a la recién fundada misión en Zhaoqing en 1583. Durante cinco años ambos trabajan codo con codo, y a ellos se debe la elaboración del primer mapamundi que contenía no solo el Viejo y el Nuevo Mundo, sino también a China en su centro, todo dibujado según la más comprensible cartografía occidental para admiración de los eruditos orientales. El padre Ruggieri, como ha quedado escrito, fue enviado de vuelta a Roma, y el padre Matteo Ricci tuvo que afrontar una primera expulsión de Zhaoqing en 1589. Su ya incipiente fama y sus amistades entre algunos poderosos ilustrados chinos le permitieron establecer de nuevo la misión en la ciudad de Shaoguan, en el norte de la misma provincia de Guandong.

Ayudado por sus influyentes amigos chinos, Matteo Ricci viaja por el interior de China y llega a donde ningún otro lo había hecho antes: Nanjing, la antigua capital del sur del imperio. El visitador Alessandro Valignano, consciente de la gran valía de Matteo, le nombra superior de los jesuitas en China el año 1597 y le pide algo muy especial: alcanzar la corte de Beijing y entrevistarse con el emperador chino, Wanli. En el fondo subyace la idea de Francisco Javier: si somos capaces de convertir a los más importantes, los demás no tardarán en imitarles. O en el peor de los casos, obedecerles. Pero las intrigas de palacio son demasiado complicadas como para poder ni tan siquiera acercarse a la Ciudad Prohibida. Todavía en esas fechas Matteo Ricci infravaloraba el poder real. Y no llegaba a comprender totalmente el carácter chino...

Un criado me avisa de que el padre Terrentius quiere verme con urgencia, así que dejo para mejor ocasión la narración de la prolija vida en China de nuestro maestro y precursor Matteo Ricci.

En la biblioteca alguien rugía.

—Johann, esto no es suficiente.

Era Adam Schall quien gritaba, al tiempo que agitaba un par de folios del manuscrito. Por primera vez vi a Terrentius fuera de sí.

—Adam, os guste o no, es lo que hay. Solo veinte páginas.

—Necesitamos el manuscrito completo —volvió a hablar Adam Schall—.

Giacomo cree haber encontrado un patrón común en la estructura de los textos, pero es imposible desmenuzarlo con tan pocas páginas.

Terrentius se mesaba los cabellos. Parecía estar ocultando algo.

—Antes de hacer o decir nada, quiero que me especifiquéis hasta dónde habéis llegado en vuestras deducciones.

Se hizo la calma durante unos instantes. Fue el padre Giacomo Rho quien habló, mucho más sosegado que los dos alemanes.

—Por descontado, padre Schreck, que no descartamos el origen oriental del manuscrito. Hemos observado que muchas palabras tienen solo una sílaba; dos o tres a lo sumo. Esto no ocurre en los lenguajes occidentales. Podría pensarse en un lenguaje nuevo, exótico, basado en tonalidades pero, en este caso, escritas. Como el chino hablado, sin ir más lejos, si pensamos en él como si fuera una música. Por el aspecto de los caracteres —añadió— habríamos de comparar lo que vemos aquí no solo con las variedades de chino que existen en todo el imperio, también con el tibetano por sus dibujos y con el birmano por sus trazos. Los dialectos manchúes también son excelentes candidatos. Carecen de artículos y de conjunciones, así como de numeraciones.

—Sugerís una mera transcripción sonora —acotó Terrentius, más calmado y parcialmente convencido—. Es la hipótesis en la que vengo trabajando desde que recibí el sobre enviado por Kepler. Él mismo pensaba que era un extraño dialecto y no un texto cifrado —se excusó a sí mismo haciendo esta afirmación—. Si un sabio como él no ha podido dar con las claves, si es que las hay, es que no se trata de un conjunto de anagramas o algo parecido.

—Veo que tenéis en mucha estima a Johannes Kepler —intervino el padre Adam Schall—, por eso quizás os dejáis llevar por razones más subjetivas que objetivas. Como este no es mi caso —añadió con su habitual sorna—, ni comulgo con sus ideas copernicanas, bien puedo dudar de sus palabras.

—¿Adónde queréis ir a parar? —preguntó Terrentius tan intrigado como intrigante, pues saltaba a la vista que Schall guardaba para sí información valiosa.

—Veréis, mi querido Johann. Si dejamos de lado por un instante la hipótesis del origen oriental del manuscrito, y razones tenemos para ello, el horizonte se hace mucho mayor. Esto complica la traducción, en efecto, pero también nos permite indagar otras posibilidades.

—¿Qué razones habría para rechazar el origen oriental? —quiso saber Terrentius en primer lugar.

—Una evidente: en ninguna de las ilustraciones que contiene este manuscrito aparecen motivos chinos ni orientales. Los rasgos de las mujeres son occidentales, hay castillos y fortalezas y fosos y puentes, incluso baños, que recuerdan a los de nuestras tierras. También escudos que parecen nobiliarios con animales como el águila o el león, cuando aquí son mucho más frecuentes entre la nobleza los dragones, las serpientes y las grullas, por ejemplo. No hay nada, salvo los propios

caracteres de los textos, que recuerde ni a China ni a Oriente.

—Es solo una pequeña parte del libro, recordad —objetó Terrentius.

—Por eso mismo, y por las razones esgrimidas por Giacomo, no hemos descartado de plano vuestra hipótesis. Vuestra y de Johannes Kepler —añadió en forma en exceso burlesca el padre Adam Schall. Terrentius se mordió la lengua. Quería saber más—. De ahí que hayamos comenzado los trabajos siguiendo dos hipótesis más. Por una parte, el padre Giacomo Rho, como experto calculista, está analizando los posibles métodos de cifrado conocidos para recomponer el texto.

—Aunque de momento sin grandes resultados —tomó la palabra Rho—. Estoy intentando aplicar en primer lugar los métodos del gran bresciano Giovanni Battista Bellaso, publicados en Italia en el año 1553. Básicamente consiste en ordenar un alfabeto, supongamos que latino, deslizándolo las letras tantas veces como nos indique una palabra clave, a menudo contenida en el propio texto. Añadir una clave es una modificación muy sencilla, y compleja de resolver, al conocido cifrado de Johannes Trithemius, que se explica en su excelente libro *Polygraphia*. Usando solo *Polygraphia*, las traducciones son costosas pero relativamente fáciles, puesto que si consideramos solo las veintiséis letras latinas y movemos una cada vez, solo tenemos veintiséis posibles cifrados.

—Supongo que ya lo habéis intentado —preguntó Terrentius.

—En efecto. En equivalencia con los caracteres latinos, asigné los veintiocho caracteres diferentes que aparecen en las páginas del manuscrito. Y fui realizando de forma sucesiva primero las sustituciones del cifrado y posteriormente las reasignaciones al latín. Sin resultados.

—Lo hizo sin pluma ni papeles, solo de cabeza —quiso remarcar un ahora entusiasmado Adam Schall.

—Eso es muy fácil —le quitó importancia Giacomo Rho—. Ni siquiera es necesario recurrir a la mnemotecnia para hacerlo: solo hay que cambiar letras por números. Pero por el contrario estoy completamente perdido para aplicar el método de Bellaso. Necesito las claves —añadió compungido.

—¿Y la otra hipótesis? —preguntó Terrentius dirigiéndose esta vez a Adam Schall.

—Trabajo en ella yo mismo. Y también, como el padre Rho, estoy apoyándome en los magníficos trabajos de Johannes Trithemius, querido compatriota de ambos. En este caso —levantó en alto un pesado libro— en su maravillosa *Steganographia*.

—¿Estáis loco, Adam? —gritó Terrentius—. Ese libro tardó solo tres años en ser incluido en el *Index* del Santo Oficio desde que se publicara en Fráncfort en 1606. ¡Es un libro de magia y brujería para conjurar espíritus!

—Estamos en China, amigo Johann, no lo olvidéis. Aquí en Macao bastante tienen los dominicos con aguantar el tipo, no están mucho mejor que nosotros. No van a montar una hoguera en las narices de los mandarines.

—¿Qué es la esteganografía? —pregunté ingenuamente. Giacomo Rho y Adam

Schall se miraron de manera cómplice. Querían dejar que fuera Johann Schreck, mi estimado Terrentius, quien me lo explicara.

—He leído ese libro por simple curiosidad —reconoció—, y buena parte del mismo me resultó escandalosa. Sin embargo, hay algunas ideas sugerentes. En especial la primera y principal, querido Paolo. Es una técnica que sirve para enmascarar mensajes, pero no mediante el cifrado como han explicado los padres Rho y Schall, sino mediante el ocultamiento. En pocas palabras, se trata de esconder el mensaje a transmitir dentro de otro mensaje portador, que no tiene ningún sentido aparente.

Puse cara, como venía siendo habitual, de no entender nada.

—Te lo explico muy fácilmente.

Terrentius tomó una hoja de papel y le hizo cinco agujeros en sitios dispares. Luego la apoyó sobre otra en blanco y, con su pluma, escribió en cada hueco las letras de mi nombre, P-A-O-L-O. Al levantar el primer papel, mi nombre era legible, pero algo desordenado.

—Y ahora viene el mensaje portador —añadió.

Terrentius rellenó la segunda hoja de papel, la que contenía mi nombre, con letras al azar hasta que no cupieron más.

—¿Qué pone aquí? —me preguntó. Pero no esperó mi respuesta—. Imposible saberlo de no tener el primer papel con los agujeros marcando los lugares con las letras de tu nombre —dijo—. Tan fácil y tan complicado a la vez.

—Excelente explicación, Johann —dijo Adam Schall—. Por todo esto necesitamos el libro completo. Si estamos ante un mensaje cifrado, Giacomo tendrá que hacer uso de algunas claves, quizás el propio título del libro o el nombre del autor, que son de uso frecuente. Si por el contrario en el manuscrito se esconden mensajes de tipo esteganográfico, como yo creo, la mayor parte de estos garabatos no son más que basura. Y los de interés solo se revelarán siguiendo instrucciones que, tal vez, también puedan hallarse en el resto del volumen.

—Y supongo que también querríais añadir que, incluso en el caso de tratarse de un libro alquímico chino, o lo que fuere, será necesario encontrar rastros de cultura oriental en sus símbolos, dibujos y diagramas —añadió Terrentius, visiblemente superado en sus argumentos—. Bien, pues si eso os tranquiliza, sabed que ya había pensado en ello.

—¿Tenéis el resto del manuscrito y no lo habéis compartido con nosotros? —vociferó Adam Schall—. De ser así, no contaréis con mi ayuda ni un minuto más.

—Espero seguir contando con la ayuda de todos y cada uno. El cuerpo principal del manuscrito llegará en unas semanas, o en unos pocos meses en el peor de los casos, a Goa.

—Pero ¿por qué? —pregunté intrigado.

—Me hice las mismas preguntas que tan bien ha explicado el padre Adam Schall, Paolo. No aparecen símbolos de la cultura china, no hay estructura en el lenguaje, las

plantas y diagramas son contradictorios y, en algunas ocasiones, imposibles. Cuando me di cuenta de ello en Roma, antes de partir hacia Lisboa, le pedí más explicaciones en una carta a Kepler. A pesar de su amistad, supuse que por prudencia no estaba compartiendo conmigo todo lo que sabía. Me contestó que no podía conseguirme el resto del libro, que el emperador Rodolfo II no había confiado en nadie y que no estuvo dispuesto en momento alguno a compartir con otros el presumible hallazgo de la piedra filosofal. Quería saber cómo traducirlo, pero no permitiría que nadie salvo él llevara a cabo la traducción final. En el momento de morir legó el libro, que guardaba bajo su propio lecho, a su amigo y médico personal, Jacobus Sinapius.

—¿Cómo podrá llegar hasta vos? —seguí preguntando ante el asombro de los padres Rho y Schall.

—Jacobus Sinapius de Praga resulta ser un buen amigo mío y un antiguo escolástico jesuita. Experto en medicina natural y botánica, a menudo hemos intercambiado pareceres y conocimientos. Me envió el libro discretamente a Lisboa, pero llegó allí una vez habíamos embarcado. He juzgado prudente que me lo envíen en la próxima expedición portuguesa que salga hacia Goa. Es solo un préstamo y respondo por él.

—¿Y luego podéis hacerlo llegar hasta aquí? —preguntó Rho.

—Sí, pero como os dije no en un plazo breve de tiempo. Dejé sobre aviso al padre Pantaleón Kirwitzer. Vendrá con él cuando termine sus trabajos de astronomía cometaria.

—¡Por Dios, Johann! Espero que tenga más cuidado con este ejemplar que el que tuvo con el panfleto copernicano —rio y gritó a la vez Adam Schall—. Entre tanto seguiremos trabajando con lo que tenemos hasta que llegue.

—Gracias, Adam. Gracias a todos —terminó Terrentius.

Y dimos por finalizada la reunión. Aunque yo presumo que, aunque mi admirado Terrentius se haya sincerado con nosotros, no lo ha hecho totalmente.



Las semanas se van convirtiendo en meses a la espera de noticias en Macao. Pero las ilustres amistades cultivadas por el padre Matteo Ricci —del que sigo haciendo anotaciones, cada vez más sorprendido de su inteligencia y capacidad de persuasión— comienzan a dar sus frutos. El superior Nicolás Longobardo nos ha hablado con gran entusiasmo de los que fueran sus tres grandes amigos, a los que aquí han rebautizado con el nombre conjunto de los tres pilares del cristianismo en China. Son *Pablo* Xu Guangqi —convertido y bautizado en 1603—, *León* LI Zhizao —en 1610— y *Miguel* Yang Tingyun. De este último hemos recibido ya su invitación y protección, por lo que algunos se disponen a partir discretamente hacia Hangzhou, capital de la provincia costera de Zhejiang, territorio situado más al norte que Guandong. Podemos empezar a pensar con prudencia en retomar nuestro apostolado en el interior de China. Irán a Hangzhou, entre otros, el propio padre Nicolás Longobardo, el procurador Trigault y mi maestro Johann Terrentius Schreck. La presencia de este ha sido reclamada con gran insistencia por Yang Tingyun, sabedor de lo importante que es para nuestra misión comenzar a impresionar en la corte con la erudición de los jesuitas, puesto que el recuerdo de Matteo Ricci podría debilitarse e incluso apagarse por la sucesión de acontecimientos que se están desencadenando. De no poca importancia es la progresiva pérdida de influencia del viceministro Shen Que, el causante de nuestras desdichas, pero no puede compararse esta con la degradación y el vacío de poder que se llena de pútrida ambición dentro de la Ciudad Prohibida de Beijing, donde el actual emperador Ming, Wanli, languidece víctima a partes iguales de su edad y de su incapacidad ya conocida para gobernar. Yang Tingyun, nuestro benefactor, ha entusiasmado con su carta a Terrentius. En ella narra, con absoluta pasión no exenta de humildad, su conversión del budismo al cristianismo, y cómo desde su importante puesto de inspector —obtenido después de haber superado con una extraordinaria brillantez los exámenes imperiales con solo treinta y cinco años—, puede hacer frente a las ambiciones y el odio anticristiano del propio viceministro Shen Que, del que se dice que podría retirarse de la política precisamente a esta misma ciudad de Hangzhou. Nicolás Trigault me cuenta que él mismo asistió a la conversión de Miguel Yang Tingyun tiempo atrás, el año de su llegada a China —1611—, después de quedar impresionado por el respeto de los cristianos hacia sus ancestros. Fue en el funeral católico del padre de su amigo, el ya converso León Li Zhizao, donde se dio cuenta de cuál era la religión verdadera. Convencido por este, fue capaz de rechazar a su concubina para recibir el bautismo —la situación era inaceptable para los jesuitas, aunque costumbre común entre los ilustrados y nobles chinos—, e incluso con su ejemplo ha sido luego capaz de convertir al cristianismo a más de cien allegados entre familiares y amigos, tanto es el respeto que le profesan.

La llegada de la noticia de la muerte del emperador Wanli en Beijing nos ha cogido a todos por sorpresa mientras realizábamos los preparativos para el viaje del

primer grupo. Según la comunicación oficial del gobernador de Guandong, así como las muchas noticias que los mandarines locales están difundiendo —y también nuestras propias fuentes, especialmente las cercanas a Miguel Yang Tingyun—, el fallecimiento tuvo lugar hace una semana, en concreto el 18 de agosto de este año del Señor de 1620. El reinado de Wanli ha sido el más largo en la historia de la dinastía Ming, me apunta Terrentius, algo confundido por la noticia, cuya cabeza se encuentra ya más en la ciudad de Hangzhou que en la de Macao. Wanli ascendió al trono chino sucediendo a su padre Longqing a los nueve años, y ha permanecido en él durante cuarenta y ocho.

—Posiblemente los años más penosos, duros y tristes para el sufrido pueblo chino —me cuenta Terrentius—. Ya era emperador cuando el padre Matteo Ricci llegó a China. Ni siquiera tuvo el respeto y la cortesía, quizá las mayores virtudes de este noble pueblo, de recibir en audiencia a uno de los sabios más importantes durante su reinado. El padre Matteo Ricci permaneció largos años esperando en la capital a que llegara el momento. Con respeto y cortesía, como había aprendido de sus años de integración y convivencia.

—De acomodación, como bien decís habitualmente —completé a Johann Schreck. El padre Nicolás Longobardo entraba en la biblioteca en ese instante y se unió a nuestra charla.

—Puede que ahora cambien algo las cosas, pero lo dudo mucho. De todas formas, habrá que esperar nuevos acontecimientos —comentó—. El emperador estaba dominado por sus eunucos, su burocracia y, sobre todo, por sus vicios. Que no eran pocos.

—Irónicamente su reinado era conocido como «el de los diez mil años». O las diez mil calendas, según como hagamos la traducción. Imagina, Paolo —siguió Terrentius fijándose en mí.

—Calendas, claro —dije, y por una vez no tuve que avergonzarme—. El primer día de cada mes. Importantes en el calendario gregoriano, que quizá podamos promocionar en la corte. Estoy estudiando tanto como me es posible.

—Ahora no es el asunto que nos ocupa. Ni los años bisiestos ni los meses intercalares que tantos problemas les causan en sus predicciones —interrumpió el superior Longobardo cambiando el sentido de la conversación—. Tal vez deberíamos llamar a los demás y analizar la situación. Yo llevo muchos años aquí y algo conozco de lo que se cuece en la capital del imperio. Desconfío de los burócratas, pero muchísimo más de esa casta de alimañas que forman los eunucos. Si de algo tenía miedo el padre Matteo Ricci era de estos últimos. De su avaricia y maldad sin límites.

Me quedé sorprendido por el duro comentario de Nicolás Longobardo.



A la llamada del superior fueron apareciendo poco a poco en el refectorio —lugar

que escogió para la reunión— los demás hermanos jesuitas en Macao. Después de contarnos a todos lo que ya, en menor o mayor medida, conocíamos, abrió el turno de palabra. Invitó primero a Nicolás Trigault a trazar una semblanza del emperador fallecido. El padre Trigault se levantó y después de carraspear varias veces —quizá para dar más importancia al acto— habló:

—Wanli comenzó su reinado con una prosperidad nunca vista hasta entonces en China. Con diecinueve años se deshizo de su estricto mentor Zhang Juzheng que, en la práctica, gobernaba y administraba el imperio, hay que decir que con austeridad y buen juicio. El entonces joven y dinámico Wanli, aun habiendo defenestrado a quien durante años había sido su maestro, demostró en sus inicios como gobernante que tenía destreza, diligencia y decencia en los temas de Estado. Despachaba a diario con sus ministros, y su pericia en los asuntos militares fue tal que defendió China con éxito de los ataques mongoles y ayudó sin reparos a Corea durante la invasión japonesa comandada por Toyotomi Hideyoshi. Corea, siendo como es un pueblo agradecido, siempre estará en deuda con Wanli. Y le guardará eterno reconocimiento por su apoyo frente al tirano japonés.

—Toyotomi Hideyoshi, el auténtico demonio —intervino por unos instantes Nicolás Longobardo—. Recordemos aquí a los veintiséis mártires cristianos de Japón, crucificados por orden suya el año 1597 en Nagasaki. Entre ellos a nuestro amado hermano Pablo Miki, el primer religioso jesuita oriental, cuyos restos descansan precisamente en Macao.

—Su brutalidad no tuvo límites, padre superior —acotó la voz erudita de Terrentius—. Para evitar problemas de sucesión al nacer su segundo hijo, y habiendo muerto el primero con solo tres años, ordenó a su sobrino y hasta entonces heredero legítimo que se suicidara. Y no solo a él. Todos sus familiares fueron obligados a seguir la orden, y quien no lo hizo o no pudo fue asesinado. Incluyendo más de treinta mujeres y niños.

Los murmullos de espanto invadieron el refectorio. La voz calmada de Longobardo pidió silencio.

—Por favor, padre Trigault. Continúad. Volvamos al emperador Wanli.

—Pero todo lo que hasta entonces había sido buen juicio y prosperidad para China se tornó en locura y pobreza. El emperador se fue corrompiendo por el excesivo poder y las riquezas, extorsionando a su pueblo, cegándose con la obsesiva idea de construir para sí la mayor tumba que jamás un emperador chino hubiera tenido. Los últimos veinte años han sido la ruina para China. En todo este tiempo no ha concedido audiencias en palacio, ni ha despachado con sus ministros, ni ha atendido a los asuntos de Estado. Y sus bajas pasiones eran desmedidas —Trigault añadió esto último casi en susurros.

El siempre vehemente padre Adam Schall no quiso dejar la narración inconclusa:

—Lo que nuestro buen procurador quiere decir es que el otrora prudente emperador Wanli se había convertido en un monstruo —dijo, sin sentir el más

mínimo pudor—. Comía como un cerdo, bebía como una ballena, se atiborraba de opio y sus excesos con las mujeres son, por vergüenza, inconfesables. Hacía años que no era capaz de levantarse por sí mismo, tal era su gordura.

—Así es, lo habéis descrito de forma cruda pero exacta —volvió a tomar la palabra Nicolás Trigault—. En cuanto a la estabilidad del imperio, que es lo que finalmente nos interesa, es muy delicada. Los manchúes poco a poco se adentran por el norte de China, y los ejércitos chinos, mal preparados y peor dirigidos, cosechan derrota tras derrota.

—¿Qué está previsto para la sucesión, Terrentius? —preguntó el superior Longobardo.

—El elegido es Taichang, el hijo de su segunda y legítima mujer, la emperatriz Xiao Jing. Pero será emperador con muchos problemas.

—Explicaos algo más, por favor —rogó Longobardo.

—El emperador Wanli había elegido en un principio como sucesor al tercer hijo tenido con su concubina favorita, Lady Zheng. Y esta elección era firmemente apoyada por los intrigantes eunucos, que veían en él a un títere fácil de manejar. Pero las presiones de los ministros y los mandarines ilustrados, que todavía sienten y aman China, hicieron que Wanli desistiera de su primera intención y aceptara como heredero al legítimo Taichang. El problema es que este ha sido educado tardíamente para la difícil empresa que se le viene encima, y también es acusado de haber provocado el desinterés de su padre en la política china y, por tanto, de su desgobierno. Al ceder en este importante asunto, el débil Wanli consideró que ya podía desentenderse de cualquier otra cosa que no fuera su propio interés personal de enriquecimiento, vanidad, gula y lujuria.

—Además —terció Trigault—, sigue latente la guerra abierta entre la casta de los eunucos que controlan la Ciudad Prohibida y los ilustrados. Hace apenas tres años, un asesino enviado y adiestrado por dos eunucos al servicio de la concubina Lady Zheng intentó acabar con la vida del heredero, el entonces príncipe Taichang. Con los manchúes a las puertas del imperio, con el pueblo muriendo de hambre y con los gobernantes locales abusando de los impuestos y las tasas y esclavizando a los campesinos, el panorama se presenta desolador.

—Mala cosa, entonces —sentenció Longobardo—. Malos tiempos para todos. Por eso ahora más que nunca tenemos que volver allí.

De esta reunión dos cosas me han impresionado enormemente. La primera, sobre la que tengo que ponerme a trabajar de inmediato para comprenderla en su integridad, es el papel que juega en palacio la llamada casta de los eunucos. De los escritos del padre Ricci deduzco que tienen un gran poder, pero quizá sea este incluso mayor de lo que Ricci llegó a conocer e incluso imaginar. La segunda es la sensación de enorme inestabilidad del Imperio chino. Una fragilidad que parece transmitirse desde los débiles juncos que los nativos utilizan tanto para la navegación fluvial como para construir los más altos palacios. Fragilidad unida a fatalidad. Viéndoles encorvados

arrastrar sus magros enseres junto con sus miserias no puedo sino sentir lástima por ellos. Condenados a vender a sus hijos, cuando no a matarlos, para poder subsistir, parecen enfrentarse a la vida con una resignación absoluta. Ahora más que nunca — como bien dijo nuestro superior Longobardo— tiene que llegar a ellos el mensaje de Nuestro Señor Jesucristo.

Al poco tiempo de entrar en China el padre Matteo Ricci ya describía detalladamente en sus cartas cómo era la vida en el imperio gobernado por Wanli. Contaba, por ejemplo, el inmenso terror que sentían sus habitantes hacia el emperador. Aunque este se hallaba encerrado en sus estancias, los magistrados celebraban igualmente las audiencias públicas con un boato y pompa dignos del papa de Roma. Grandiosidad es la palabra más adecuada. Ricci acudió en 1601 invitado a Beijing para postrarse ante una silla vacía en el salón de audiencias de la Ciudad Prohibida. Más de treinta mil personas cabían allí, vigiladas por otros tres mil guardias imperiales. Los palacios de la Ciudad eran colosales, con enormes vigas de cedro sosteniendo sus enormes estructuras y piedras angulares de un tamaño tal que para moverlas se necesitaban enormes carretas tiradas por más de cien animales. De entre todas las inmensas construcciones que Wanli había emprendido, sin duda la más ofensiva para su pueblo era la de su propia tumba. Antes de cumplir los veinte años había comenzado a planearla, y no dudó en consultar a los europeos —en este caso a los padres Diego de Pantoja y al propio Matteo Ricci, obviamente a través de intermediarios—, acerca de cómo se celebraban los funerales de los reyes en Occidente. De Pantoja, español, preparó una respuesta adecuada detallando cómo había sido el entierro del emperador Felipe II, considerado el hombre más poderoso sobre la Tierra, por supuesto sin contar China. Felipe II había muerto en septiembre del año 1598 y, según las crónicas, su cuerpo había sido introducido en tres lujosos cajones: el primero un ataúd de plomo, el segundo un féretro de madera, y finalmente ambos fueron colocados dentro de un sepulcro de piedra del magnífico monasterio de San Lorenzo del Escorial en las cercanías de Madrid. Tal fue el interés que presentó Wanli por este hecho que los jesuitas le regalaron un libro que contenía una serie completa de detallados grabados del grandioso monasterio de San Lorenzo. Por desgracia para los jesuitas, y también para el emperador, que no tuvo noticia de ello, uno de los traicioneros eunucos que participaron en la intermediación se apropió del precioso y carísimo regalo.

La vida del triste Wanli en palacio era de un absoluto aislamiento. El emperador se encerraba con sus eunucos, sus concubinas, sus pájaros exóticos —el padre Valignano consideró en su día la posibilidad de regalarle un avestruz, ave desconocida en China, para ganarse su afecto—, sus árboles y flores y sus pequeños tesoros mecánicos, principalmente autómatas y relojes traídos por los portugueses. El padre Ricci escribió que no solo el pueblo tenía auténtico temor por su emperador sino que este sentía pánico de sus propios súbditos, por lo que el miedo era recíproco. Para evitar ser asesinado no asistía ya a las audiencias, no salía de palacio si no era en secreto —y aquellos que conocían el plan de salida pagaban con su vida para prevenir que se desvelase la maniobra de distracción—, y el propio carruaje que transportaba su deforme cuerpo era camuflado en una procesión de un centenar de carruajes

similares, por lo que resultaba imposible saber en cuál de ellos viajaba Wanli. Los eunucos eran los encargados de la intendencia dentro de palacio: organizaban los actos, decidían si un ministro debía o no ser recibido, despachaban con los funcionarios y preparaban los espectáculos, las comidas, las fiestas y orgías para el emperador. Y, por supuesto, fuera de palacio eran los intermediarios con los burócratas y mandarines.

Estos últimos despreciaban a los eunucos. Alcanzar un puesto dentro de la burocracia china significaba tener que superar unos durísimos exámenes imperiales, y eso podía ser un esfuerzo de años. Sin embargo, un eunuco no necesitaba de méritos especiales para poder entrar en la Ciudad Prohibida e ir ascendiendo en importancia e influencia. En principio, alcanzar el honor de servir al emperador solo estaba reservado a los más sabios, expertos e inteligentes, pero estas virtudes no eran incompatibles con la ambición de poder o riqueza. El uso de eunucos como sirvientes en China —y en este asunto Terrentius me ha sido de nuevo de gran ayuda— viene de muy antiguo. Dos son las razones principales para ello. La primera es evidente: utilizar criados castrados para servir y proteger a las mujeres y concubinas de los emperadores sin el riesgo de tener hijos ilegítimos. Esta primera razón impulsaba no solo a los emperadores a conseguir eunucos, sino también a muchos nobles y mandarines. La segunda razón tiene un aspecto mucho más práctico. Al no poder tener descendencia, los eunucos no pueden formar familias ni favorecer a sus hijos, evitándose así, en cierta medida, la corrupción y el favoritismo. De esto podría suponerse que son personajes solitarios que viven aislados dedicados a sus funciones dentro de palacio, pero la realidad dista mucho de ello. Se han convertido en una auténtica casta que gobierna el imperio, gracias en gran medida a la dejadez del incapaz Wanli.

El origen social de los eunucos es otro aspecto de importancia, me remarca Terrentius. En un tiempo, se castraba a los delincuentes y criminales para convertirlos posteriormente en esclavos. Pero aun cuando el número de castraciones fuera elevado, resultaban insuficientes en períodos de gran demanda como el actual. Se calcula que unos dieciséis mil eunucos han llegado a vivir dentro de los palacios de la Ciudad Prohibida bajo el reinado de Wanli. En la última gran selección, se aumentó en tres mil el número de ellos, pero la cantidad de solicitantes superaba los veinte mil, tal era la desesperanza. Y es que la procedencia de la mayoría de ellos es humilde, de muy baja extracción social. Es una práctica muy frecuente, sobre todo en períodos de hambre —por desgracia abundantes en los últimos años—, que los campesinos vendan a sus hijos a traficantes de esclavos, a menudo eunucos ellos mismos. Estos procederán después a la mutilación. Otras veces son los propios familiares los que acuden a los barberos con sus niños, con la esperanza de que, una vez desposeídos de sus atributos masculinos, conseguirán prosperar, bien en la corte si son afortunados, bien al servicio de algún noble o mandarín. En cualquier caso, esquivarán el hambre y la necesidad si sobreviven a la emasculación. Pero los eunucos más inteligentes

suelen provenir de la automutilación. Jóvenes ambiciosos en busca de fortuna sacrifican sus órganos sexuales —algunos de ellos incluso pueden haber tenido ya descendencia, hecho que, por supuesto, ocultarán a sus amos para no contravenir una de las razones de su contratación— y se ofrecen al mejor postor. Al no ser niños, su aprendizaje es más rápido, como también mayor es su fuerza. Además, el mismo hecho de automutilarse es considerado un acto de valor en sí mismo, lo que aumenta su precio.

—Si quieres, puedo explicarte las técnicas —siguió hablando Terrentius, que parecía encontrar un interés especial en esta, para mí, bárbara costumbre.

No estaba yo muy convencido de poder digerir semejante explicación, pero Terrentius prometió hacerlo de una forma sencilla y limpia, como buen cirujano que era.

—Y no como esos barberos que, con más frecuencia de la que sería deseable, desangran a los desafortunados niños que caen en sus manos —concluyó—. Por desgracia, he asistido ya en estos meses a un par de ellos, cuyos padres han acudido hasta aquí cuando poco o nada podía hacerse frente a unas hemorragias imparables.

Los detalles eran estremecedores, pero aguanté impertérrito. El barbero o, en el mejor de los casos, cirujano, ata fuertemente el pene y los testículos del niño con una venda, comprimiendo el conjunto todo lo que es capaz. La ley ordena que, antes de asestar el corte con el cuchillo, se pregunte a los padres —o al propio joven si este ya es mayor de edad y tiene voluntad para discernir—, si se quiere seguir adelante. Son escasas las ocasiones en las que los llantos y gritos del niño echan atrás a los padres, tal es la necesidad. El corte es seco y la hemorragia enorme. Para detenerla hay gran variedad de ungüentos y hierbas, pero lo más importante es evitar que se cierre el orificio de la uretra. En caso contrario el niño no podrá orinar y morirá con dolores insoportables. Esto se consigue bien con una pequeña cuña hecha de estaño, bien insertando unos tubitos de bambú. Además el niño deberá caminar tanto como le sea posible, y no puede beber líquido alguno durante días. Una vez curada la herida se retiran los insertos y, si todo ha ido bien, la familia podrá ofrecer a su hijo a los otros eunucos para conseguir un empleo.

—Es terrible, padre Terrentius, que estas cosas ocurran aquí en China.

—No solo aquí. Esta costumbre también se practicaba en Babilonia y Grecia, y hoy en día en los pueblos árabe y turco. Ni siquiera Europa se libra de ella.

—Y... ¿qué se hace con los restos? —pregunté con tono ingenuo más por curiosidad que otra cosa—. ¿Los entierran?

—No es una pregunta tonta, Paolo. El cirujano debe entregarlos a los familiares para que los guarden. En muchos casos, estos piden al propio cirujano que sea él quien los conserve de forma adecuada.

—¿Y para qué?

—Si el eunuco es afortunado y progresa en la escala de poder dentro del Palacio Imperial, será requerido para mostrar sus genitales antes de confirmarse el ascenso.

Es la tradición.

—¿Y tanto es su poder? ¿Tanto como dejó escrito el padre Matteo Ricci?

—Parece ser que sí. No es la primera vez que los eunucos parten de palacio con el beneplácito del emperador para cobrar nuevas tasas, extorsionar o simplemente saquear a los habitantes. Y mucho más fácil con los mandarines y letrados mirando hacia otra parte, más preocupados de preservar su propio puesto y, en ocasiones, la misma vida. Los ha habido especialmente famosos e influyentes, como Matang, del que el padre Ricci habla con frecuencia en sus escritos, o el mismo Gao Cai, que convenció de forma imprudente al emperador Wanli para enviar una numerosa expedición de observadores a Filipinas. Gao Cai pensaba que en la isla de Luzón había montañas de oro y plata, y que los españoles conocían la forma de convertir vulgares metales en los mencionados metales preciosos. Wanli era un ferviente y convencido alquimista, y apoyó la idea de su eunuco. Los españoles, sorprendidos de la expedición china, pensaron lo peor, que no era otra cosa que la amenaza de una invasión. Así que atrocemente pusieron fin a la vida de casi veinte mil chinos indefensos en el año 1603.

—Eso debió de ser espantoso —comenté sobresaltado.

—Lo fue. Y creó muchos problemas al padre Ricci, que bajo ningún concepto quería que se asociara la matanza española en Luzón a las acciones evangelizadoras de los jesuitas en China, por muy católicos que fueran.

—¿Lo consiguió? —pregunté.

—Digamos que sí, pero más por la propia pugna entre eunucos y mandarines que por sus propias precauciones. La corrupción en la corte era ya de tal magnitud que los unos se robaban a los otros, y todos ellos a su vez a los comerciantes y a la gente del campo, con impuestos y chantajes más abusivos de los que ya de por sí tenían que padecer. Wanli no se preocupó mucho de los veinte mil chinos aniquilados en Filipinas por culpa de su ambición.

—¿Puede ser la alquimia tan peligrosa, padre Terrentius? —le pregunté de nuevo con ingenuidad—. No me refiero a los procedimientos químicos que conlleva, o a su relación con la brujería o incluso con el Maligno. Me pregunto si la avaricia que produce provoca que las almas se conviertan en monstruos.

Johann Schreck, mi querido maestro Terrentius, se me quedó mirando. Tardó en reaccionar. Sabía que en unos días íbamos a separarnos, y aunque previsiblemente nos reuniríamos en poco tiempo, nada podía darse por seguro en aquel enorme y desgobernado Imperio chino.

—Lo es, mi buen Paolo. Por eso me preocupa tanto este manuscrito que traigo desde Roma. Plantas venenosas y potencialmente mortales, conjunciones astrales imposibles y diagramas que bien pudieran explicar los métodos buscados durante tanto tiempo para conseguir transmutar los metales. O quizás algo más. Si Wanli hizo casi cualquier cosa intentando desvelar este secreto, sin importarle nada la vida de sus súbditos, otros reyes y emperadores no han sido mejores que él. Rodolfo II de

Bohemia se sumió en una depresión similar, abandonando a su pueblo y dedicando todo su tiempo a estas quimeras. Uno parece el reflejo del otro, como si el océano Índico fuera un gran espejo en el que ambas imágenes pudieran verse al mismo tiempo.

»La alquimia va más allá del propósito de transformar metales. Así como el oro es un metal imperecedero, algunos tienen la creencia de que también es posible encontrar la inmortalidad terrena combinando de forma precisa algunas raras plantas y entrenando el propio cuerpo. Estas supuestas recetas para la vida eterna, que los mismos chinos conocen como *yangsheng*, son mencionadas en extraños libros chinos que me voy encontrando. Algunos hablan de una especie de alquimia interna, o *neidan*, mediante la cual el cuerpo se domina y se transforma de manera similar a como lo haría el plomo en el matraz del alquimista avezado. Hay métodos para regular el control de la respiración, el latido del corazón, la meditación o la impasibilidad ante el más extremo dolor físico, por ejemplo. Pero los chinos también trabajan sin descanso la propia alquimia externa o *waidan*, que busca la conversión de metales impuros en nobles.

—¿Creéis vos, padre Terrentius, que el manuscrito enviado por Kepler puede contener estos secretos? —pregunté fantasiosamente.

—La vida humana es perecedera, y solo Dios puede disponer de ella. A todos nos llega la hora de la muerte, y Nuestro Señor decide en su infinita sabiduría cuál es. Es nuestro sentido de la existencia sobre la Tierra. Pero en Oriente las creencias son otras y tenemos, al menos, que comprenderlas. Aunque sepamos cuál es el verdadero Dios y tengamos la obligación de propagar su verdad hasta el fin del mundo. Aquí los acontecimientos, al igual que las cosas, siguen un proceso natural que se repite de forma cíclica. El ciclo de la vida comprende nacer, crecer, madurar, enfermar y morir. Y todo ello con los lapsos naturales del día y la noche, las estaciones o los ciclos en su calendario cósmico. Incluso el más antiguo y famoso libro oracular chino, que se supone escrito mil doscientos años antes de la llegada de Nuestro Señor, el llamado *I-Ching* o *Libro de los cambios*, es con frecuencia asociado no solo a las artes adivinatorias y usos morales, sino también a la producción de elixires.

—No he oído hablar de él —dije, fascinado.

—Es tan extraño como venerado, especialmente por su antigüedad. Contiene sesenta y cuatro hexagramas formados a partir de ocho trigramas, con una variedad de significados inimaginable. Tendrás tiempo de examinarlo porque, además, forma parte de los Cinco Clásicos confucianos, los textos esenciales de obligado estudio y análisis para los aspirantes a ilustrados.

—Volviendo a nuestro particular libro, tal vez en realidad Kepler solo esté interesado en la parte de los grabados astronómicos. Creo que, a diferencia de su maestro Tycho Brahe, ni estudiaba ni practicaba alquimia.

—Tal vez sea así, pero su inusual interés por encontrar significado al manuscrito no me queda claro, y más habiendo muerto ya su mentor, el propio emperador

bohemio Rodolfo II. La parte astronómica —continuó Terrentius— es escasa en estas veinte páginas que tengo. Lo más significativo son dos diagramas circulares que contienen las figuras de Piscis y Capricornio rodeadas de una treintena de mujeres desnudas en miniatura sujetando una estrella cada una. Supongo que en el resto del libro, si no es robado por los holandeses o se pierde en el mar, podremos encontrar el resto de diagramas zodiacales. El padre Adam Schall está analizando al detalle el sentido de estos y otros diagramas menores, intentando reconocer estrellas o patrones conocidos de constelaciones o posiciones planetarias.

—¿Llevaréis el manuscrito con vos hasta Hangzhou, padre Terrentius?

—Lo haré, sí, pero los padres Rho y el propio Adam Schall lo están copiando tan al detalle como les es posible, sobre todo aquello que estiman pueda ser de utilidad. Así podremos trabajar todos al mismo tiempo e intercambiar pareceres cuando nos reunamos de nuevo en Hangzhou.

—Que espero sea muy pronto —dije con un pesar mal disimulado.

—Lo será, no me cabe duda.

A los dos días partía de Macao hacia el interior del continente la primera expedición jesuita —y Terrentius con ella— desde que el ya fallecido emperador Wanli firmara el edicto promovido por el viceministro Shen Que. El vacío de poder favorecía nuestros intereses. El chino Miguel Yang Tingyun, buen amigo de la Sociedad, les esperaba con los brazos abiertos en Hangzhou.

Taichang ha sido coronado emperador de la China en Beijing el día 28 de agosto. Este nombramiento nos da grandes esperanzas, pues los más antiguos en la misión ven en él, aunque inexperto, a un hombre con la habilidad e integridad necesarias para rescatar al país de la corrupción en la que se encuentra inmerso. De forma inmediata ha comenzado la reorganización de su gobierno. Sin embargo, casi cada día recibimos noticias de la capital a cual más inquietante. Solo nueve días después de su coronación el emperador ha enfermado súbitamente. Se anuncia oficialmente su muerte el día 26 de septiembre de este fatídico año de 1620.

—Malditos eunucos —exclamó el padre Rho, tan comedido en la mayoría de las ocasiones—. No han esperado ni un mes para envenenarlo.

—Las noticias que llegan de Beijing de nuestros cristianos hablan de una gran revuelta en palacio —comentó el padre Adam Schall—. Los eunucos han pretendido hacerse con el poder y que Lady Zheng asumiera la regencia. Pero los ministros del gobierno apoyados por los burócratas han conseguido hacerse fuertes y expulsar a la antigua concubina de Wanli de las dependencias imperiales. Varios eunucos han sido ejecutados, entre ellos el médico que atendió a Taichang. Aunque seguro que esto no los detendrá.

—Parece que los burócratas también han conseguido elevar al trono al hijo mayor de Taichang, que será coronado como el emperador Tianqi, el decimoquinto en la dinastía Ming.

—Pero solo tiene quince años —se quejó el padre Schall.

—No muchos más tiene Paolo y lleva camino de convertirse en un erudito —dijo Giacomo Rho, poniéndome como ejemplo de precocidad.

—Las diferencias entre Paolo y este nuevo zoquete chino son como de la noche al día —protestó de nuevo Adam Schall, que involuntariamente había alabado mis esfuerzos en el estudio, cosa que agradecí más por venir de quien venía que por la comparación en sí misma—. Los mismos aduladores oficiales de la corte dicen de él que no ha tenido suficiente tiempo ni para aprender a leer ni tampoco a escribir...

—¿Un emperador analfabeto? —se extrañó Rho.

—Un auténtico zoquete, ya os lo digo yo —volvió a machacar Adam Schall—. Parece que lo único que sabe hacer son figuritas de madera. Esto cada día va a peor, camino del abismo. Pero no nos amarguemos la existencia antes de tiempo —cambió Adam Schall el sentido de su conversación, aunque sin abandonar su característico tono burlón—. Estamos hablando de un nuevo Hijo del Cielo, nada más y nada menos. ¿Tú qué sabes de estas cosas, Paolo?

Adam Schall se estaba dirigiendo a mí. Me sorprendió la pregunta y no supe qué decir.

—Vamos, Paolo —me animó Schall con una afabilidad desconocida en él—. Mientras el padre Johann Schreck esté lejos, me ha sido encomendada tu formación. No me defraudes.

El padre Giacomo Rho asintió.

—En efecto, joven Paolo —dijo—. El padre Johann Schreck dejó dicho que fuera el padre Adam Schall quien se hiciera cargo en su ausencia de la vigilancia de los progresos en tus estudios.

Todavía sorprendido por la revelada tutoría, acerté a hilvanar unas cuantas frases al respecto.

—Desde tiempos inmemoriales, para los emperadores chinos y para sus oficiales el mandato del cielo era la medida de su poder. Al emperador se le denomina por tanto Hijo del Cielo, como bien habéis dicho, padre Schall.

—¿Y qué responsabilidades conlleva? —me preguntó, como si él mismo no supiera la respuesta.

—Se supone que el emperador debe conocer lo que va a ocurrir en el cielo. De tal forma que elaborará por anticipado un calendario preciso en el que cualquier evento significativo quedará previsto. Por ejemplo, los eclipses de sol y los de luna, los meteoros y los cometas, pero también otros tales como terremotos, inundaciones, sequías o hambrunas. Cuantos más errores cometa, menos fiable será para su pueblo, y su virtud y capacidad para dirigir a sus súbditos quedarán en entredicho.

—Muy bien, Paolo, excelente aunque breve explicación —dijo Schall—. Imagínate la situación ahora, con un carpintero que no sabe ni dónde tiene la mano derecha salvo para agarrar los palillos de la comida, lo felices que se van a sentir casi doscientos millones de almas descarriadas.

—Estas creencias se remontan muy atrás, hasta la época del legendario

emperador Yao —completó Giacomo Rho con el beneplácito de Schall—. Según el canon que lleva su nombre y que está contenido en el comienzo del *Shangshu*, que es uno de los cinco textos clásicos usados por el confucionismo como base de sus estudios, el emperador regula el calendario de tal manera que los eventos celestes puedan predecirse. Con el fin de ordenar todo el imperio o, más literalmente si queremos, «todo bajo el Cielo», las sucesivas dinastías chinas han necesitado de las técnicas astronómicas más precisas.

—Ahí es donde entramos nosotros, supongo —dije, muy interesado.

—Básicamente sí —continuó Adam Schall, ansioso por intervenir activamente—. El calendario, realizado con la precisión necesaria, organizará la vida política y económica así como los rituales religiosos, pues estos demuestran la autoridad del emperador sobre los ciclos de las cosechas, por ejemplo. Cuándo sembrar y cuándo recoger no es un tema sin importancia si se trata de alimentar a esta ingente población. Y tampoco lo es su poder simbólico en relación con la eficacia militar si, como ahora sucede con los feroces manchúes a las puertas de China, existen serias amenazas externas de invasión.

—Las matemáticas y la astronomía son la clave para preparar los calendarios y, a partir de ellos, los horóscopos —dijo Rho—. Pero desde hace mucho tiempo los calendarios anuales se realizan de forma rutinaria, gran parte de las veces por oficiales de bajo rango y con mínimas habilidades para el cálculo. La mayor parte del esfuerzo de la llamada Oficina para el calendario astronómico, dependiente del Ministerio de Ritos, se preocupa de interpretar los presagios. A partir de estas interpretaciones se establecen los días más propicios para las tareas diarias, como las relacionadas con la agricultura, o para las ceremonias en la corte, como pueda ser una coronación o un funeral, por ejemplo.

—Todo esto suponiendo que se tiene un calendario fiable —volvió el turno de palabra al padre Adam Schall—. Y el chino no lo es en absoluto, empeñados desde hace más de trescientos años en utilizar un calendario lunisolar. Así, un año chino ordinario tiene doce meses lunares, lo que supone unos 354 días. Para ajustar este ciclo lunar al solar de 365 días se debe intercalar un mes cada dos o tres años, el llamado así precisamente: mes intercalar.

—Un gran retraso respecto a nuestro calendario solar gregoriano, en el que basta con añadir un día cada cuatro años con unas normas muy simples —le quitó la palabra Giacomo Rho, a quien el asunto de los calendarios le apasionaba.

—Toda una bendición del Señor —siguió hablando Adam Schall— que hayamos sido los propios jesuitas, con el genio del padre Christopher Clavius a la cabeza de la reforma, los que justamente ahora disponemos del calendario más exacto jamás elaborado. Los jesuitas hemos contribuido a situar correctamente la celebración de nuestra Pascua, y el papa Gregorio XIII, y con él todos los países católicos, adoptaron nuestro calendario promulgándolo como oficial y único válido desde el año 1582.

—Algo que están muy lejos de conseguir aquí —zanjó el padre Giacomo Rho—.

Al menos mientras no nos dejen intervenir. Hasta entonces seguirán intentando ajustar su *Shoushi li*, el sistema astronómico que se calculó alrededor de 1280, cuando todavía se interesaban algo por las matemáticas. La actual dinastía Ming lo adoptó como propio a partir del año 1368.

—Desde entonces se están mirando el ombligo, suponiendo que sus barrigas se lo permitan —volvió Schall a la carga aludiendo a la obscena obesidad del emperador Wanli y a la prematura y ya conocida del recién ascendido al trono Tianqi—. Los errores se han ido acumulando a lo largo de estos tres siglos, y tuvieron que ser nuestros predecesores, los padres Michelle Ruggieri y, cómo no, Matteo Ricci, quienes les hicieran percatarse de su enorme problema. Muchas de las primeras conversiones al cristianismo aquí en China se lograron gracias a las matemáticas. El mismo Ricci, que llegó a la capital Beijing en el año 1601, siguió manteniendo correspondencia con su maestro en el Colegio Romano, el padre Clavius, dándose cuenta ambos de lo serio del problema del calendario Ming. El padre Matteo Ricci tenía la esperanza de que se empleara en la corte a matemáticos jesuitas para hacer las correcciones necesarias y, además, estaba al tanto de que astrónomos extranjeros podían llegar a trabajar en la Oficina para el calendario astronómico. Una vía directa para llegar hasta el gordo borracho del emperador Wanli.

—Parcialmente lo consiguió —recordó Rho—. Pero ahora tanto los padres Sabatino de Ursis como Diego de Pantoja, que empezaron las tareas de reforma, han sido expulsados, como todos los demás. Hay que volver a empezar —terminó.

Han transcurrido meses desde que nuestro superior Nicolás Longobardo, el padre Johann Terrenz Schreck, el procurador Nicolás Trigault y el padre portugués Álvaro Semedo abandonaron Macao para reunirse con Miguel Yang Tingyun en la ciudad de Hangzhou. Ya hemos entrado en la primavera del año 1621. Las noticias que nos llegan de ellos son pocas. Apenas pueden salir de la noble casa de nuestro amigo converso y, si lo hacen, a menudo son insultados y atacados por grupos incontrolados de chinos, si bien la débil violencia que utilizan tiene la única finalidad de intimidarles.

En cada una de las escasas cartas que me llegan de Hangzhou mi maestro Terrentius no deja de insistirme en la importancia de mis estudios. Confía plenamente en el padre Adam Schall para que supervise mis avances y, además, me recuerda la importancia de un correcto aprendizaje del chino y de los estudios astronómicos, imprescindibles ambos para progresar y hacernos valer cuando consigamos entrar en el continente. Una y otra vez me pone el ejemplo del padre Matteo Ricci, cuya vida y obra sigo recomponiendo a diario ayudado por la enorme cantidad de documentos que sobre él se encuentran guardados aquí en la biblioteca de la residencia jesuita de Macao.

Durante su estancia en Shoguan, Matteo Ricci entabló amistad con un tal Wang Hunghui, a la sazón ministro de ritos de Nanjing, un alto oficial del imperio. Percatado del gran saber en astronomía y matemáticas de nuestro jesuita, enseguida pensó en él para llevar a cabo la reforma del calendario nacional. Esta petición no era totalmente desinteresada, pues Wang Hunghui pretendía ascender a ministro de ritos en la capital, y nada mejor para ello que el mérito incontestable de conseguir un calendario por fin exacto. El ilustrado propuso llevar a Ricci a Beijing con él donde, el 17 de septiembre de 1598, habría de tomar parte en la audiencia oficial para festejar el cumpleaños del emperador Wanli. Matteo Ricci realizó este primer viaje a la capital del norte con otros jesuitas —Lazzaro Cattaneo y Diego de Pantoja— y se acogió a la hospitalidad de Wang Hunghui. Pero sus expectativas de conocer al emperador se vieron pronto defraudadas. La abierta hostilidad entre los oficiales honestos y los corruptos eunucos que controlaban la corte impidieron cualquier tipo de acercamiento. Ricci decidió entonces, aconsejado por sus cada vez más numerosos amigos, viajar a Nanjing, la antigua capital o capital del sur. Esta ciudad maravilló a Matteo Ricci, que la definió como la mayor y más bella ciudad del mundo entero. Nanjing está poblada por numerosos y grandes edificios tanto nobles como plebeyos, decenas de templos y pagodas, y cruzada por innumerables puentes, goza además de un espléndido clima. También la elegancia y maneras de sus habitantes cautivaron a Matteo Ricci. Todo ello era reminiscencia de su espléndido pasado, pues hasta el año 1420 —en que los Ming trasladaron la capital del imperio a Beijing—, Nanjing había sido el centro del universo chino.

De entre todos los ilustrados con los que el padre Matteo Ricci hizo amistad en aquellos años en Nanjing, sin duda fue *Pablo Xu Guangqi* —que alcanzó el grado de *jinshi* académico imperial en el año 1604— uno de sus principales colaboradores. Y es todavía hoy nuestra mejor carta de presentación de cara a emprender la reforma del calendario chino. Los primeros pasos que Ricci dio en esta dirección durante su larga estancia en Nanjing fueron la construcción de algunos instrumentos astronómicos como esferas armilares, relojes, globos, cuadrantes y sextantes. Esta frenética actividad, unida a su formidable conocimiento en matemáticas y a su cada vez más extendida fama, hicieron que se propagara el malestar entre los numerosos miembros de la Oficina Imperial de Astronomía de Nanjing, temerosos de perder sus puestos. Pero las miras de Ricci no estaban puestas allí, sino en la capital Beijing y en su corte. Muy al contrario, Matteo Ricci pudo admirar en Nanjing la gran calidad de los instrumentos que allí se utilizaban, contruidos en la época del brillante astrónomo Guo Shoujing; este, por ejemplo, había fabricado en el año 1276 una esfera armilar hidráulica con la que era posible fijar fácilmente la posición de una estrella. La debilidad de la astronomía china tanto en los años de Ricci como en los actuales no radicaba en la precisión de sus instrumentos —algunos de excelente factura y singular ingenio—, sino en el abandono de la propia ciencia astronómica, que languidecía bajo el reinado de la dinastía Ming.

A comienzos del año 1600 Matteo Ricci volvió a intentar —esta vez respaldado y aconsejado por un buen número de ilustrados con los que trabajó y trabó amistad en Nanjing— la aventura de alcanzar la corte en Beijing. Empezó el viaje a la capital acompañado del padre Diego de Pantoja y de un extraño eunuco que los guiaría por las rutas fluviales sacando un buen provecho económico de ello. Así fue hasta que los viajeros alcanzaron en julio de ese año la ciudad de Lintsing, donde fueron abandonados y quedaron a merced de los caprichos del también eunuco conocido como Matang, un importante recaudador de impuestos de gran influencia dentro de la corte. Matang conocía que los jesuitas llevaban valiosos regalos al emperador, así que los retuvo en Lintsing bajo el pretexto de que era necesaria una autorización de Beijing para poder continuar. La respuesta desde la corte fue tan decepcionante como obvia: se hacía necesaria una relación detallada de los regalos. Por causa de este celo imperial transcurrieron seis largos meses, sin que pudiera desbloquearse la situación.

Matang conocía y odiaba la fama de Matteo Ricci, y este la inteligencia pero también la vileza y el poder del eunuco. Enrocados en una situación sin salida, y temiendo Matang alguna reacción furiosa proveniente de palacio por su tardanza, obligó a los jesuitas por la fuerza a mostrarle sus pertenencias y obsequios. Dos objetos causaron su perplejidad. El primero fue un crucifijo. La figura de un hombre muerto, desnudo, ensangrentado y clavado a una cruz fue entendida interesadamente por Matang como un mal presagio, y acusó a los jesuitas de querer hechizar al emperador y provocar su muerte. Diego de Pantoja intentó desvelar como pudo la identidad de la figura en la cruz, explicando al poderoso eunuco que aquel era el Dios

verdadero, creador del cielo y de la tierra y a quien todos —incluso los chinos— debían adorar. Era Nuestro Señor Jesucristo, hecho hombre, muerto y resucitado, que había ascendido a los cielos. Matang se enfureció con la explicación, puesto que solo al emperador correspondía el poder sobre los cielos. Por fortuna, Matteo Ricci fue mucho más inteligente que su compañero de viaje. A sabiendas de que un martirio a las puertas de Beijing sería una insensatez, convenció a Diego de Pantoja de que era inútil explicar un misterio tan profundo a gente tan ignorante, y contó a Matang y a los soldados que lo acompañaban que el crucificado no era sino un santo que había sido martirizado por defender su religión. Y mostró a este una dulce imagen de la venerada Virgen María. Sin embargo, Matang no se dejó convencer por las nuevas razones y tanto Ricci como Diego de Pantoja temieron lo peor. Pero el segundo objeto hizo olvidar el problema con el crucifijo. Un extraño manuscrito escrito en caracteres en apariencia manchúes o tibetanos, ilustrado con grabados astrológicos, extrañas plantas, curiosas edificaciones, mujeres desnudas saliendo y entrando de lo que podían ser tinajas, estanques comunicados por enormes tubos y una serie de textos agrupados que, por su distribución y tamaño, tenían el aspecto de recetas alquímicas.

El eunuco Matang requisó el libro de inmediato.

En esa fecha del 9 de enero de 1601 los padres Matteo Ricci y Diego de Pantoja fueron autorizados a viajar y entrar en Beijing, lugar al que llegaron el día 24 del mismo mes. Una vez allí, se alojaron a las afueras y enviaron un memorial a palacio con el fin de presentar sus respetos y regalos al emperador. El más valioso de ellos era un ingenioso y bellissimo reloj europeo de resortes, algo que aquel nunca había visto. Fue aceptado de inmediato por Wanli, que quedó maravillado de su maquinaria. Pero a los pocos días dejó de funcionar. Como ninguno de los oficiales ni los eunucos más preparados fue capaz de volver a ponerlo en marcha, el emperador permitió al astuto Matteo Ricci entrar en palacio, escoltado por dos mandarines y montado en un lujoso palanquín de mármol adornado por dos leones de bronce. Ricci tendría que explicar a los eunucos cómo hacer funcionar de nuevo el valioso reloj. Este hecho permitió que los propios eunucos entregaran por fin al emperador Wanli el resto de los regalos —un cuadro de la Virgen supuestamente pintado por el mismo san Lucas, un breviario romano, un relicario en forma de cruz, dos prismas de vidrio, otros dos relojes de factura inferior pero de aspecto más impresionante y una espineta—, junto con la carta de presentación del sin par jesuita. En este memorial el padre Ricci explicaba al emperador que provenía de un país extranjero y que había llegado a China tras tres años de viajes, que había aprendido chino en distintas ciudades durante sus quince años de estancia, llegando a hablarlo y comprenderlo con perfección, y que era un monje de una religión diferente pero verdadera, varón completo sin mujer ni hijos, cuyos conocimientos de astronomía, geografía, cálculo y matemáticas había puesto a disposición de un buen número de ilustrados y mandarines chinos y se llenaba de felicidad al poder ofrecer directamente por fin su

sabiduría al propio emperador.

Las crónicas sobre el viaje del padre Matteo Ricci a Beijing continuaban, pero ya mis ojos se cerraban a causa del cansancio. Sin embargo, algunas preguntas martilleaban mi cabeza. ¿Qué libro exactamente había robado el poderoso eunuco Matang al padre Matteo Ricci? Por la breve descripción que había encontrado, uno muy parecido —quién sabe si el mismo— al que ahora intentábamos descifrar. Y sobre todo, ¿cómo había llegado ese manuscrito a poder del padre Ricci y por qué este quería regalárselo al emperador chino Wanli?

Durante el tiempo que empleo en el aprendizaje del chino y en profundizar en el conocimiento de la vida del padre Matteo Ricci —tal y como me había insistido el padre Terrentius—, los padres Adam Schall y Giacomo Rho pasan largas horas encerrados en la biblioteca estudiando cualquier pergamino o libro relacionado con la astronomía oriental que llega a sus manos. Al mismo tiempo que estudia y traduce, Schall dicta a Rho, menos avezado en la lengua china, para que lo transcriba todo. Una vez revisadas estas notas ya en latín, el padre Schall me invita a que las lea y me una a ellos en el aprendizaje de la ciencia astronómica en China.

—Son ya muchas semanas de estudio, Paolo —me ha confesado hoy—, y cada día que pasa me doy cuenta del enorme retraso de los orientales en el conocimiento de los cielos. Todos los textos son muy antiguos, apenas unos pocos ilustrados se dedican a la observación nocturna, y solo parecen preocupados en las predicciones y los augurios.

—Tenéis razón, Adam —completó Rho—. A pesar de las buenas tablas estelares que confeccionaron en la antigüedad, y al excelente registro de algunos hechos anómalos, bien parece que solo estén interesados en eclipses y cometas.

—Sí, querido Giacomo. De entre todo este mar de papel, apenas esos datos sobre las sorprendentes estrellas novas han capturado mi atención. En occidente solo el gran Tycho Brahe consiguió contemplar una de ellas, en la constelación de Casiopea.

El padre Adam Schall se refería a la famosa estrella nova que el astrónomo danés había observado desde su isla y observatorio de Hven. Una estrella que había aparecido repentinamente en el inmutable cielo aristotélico la noche del 11 de noviembre del año 1572, y fue más brillante que Venus durante todo un mes. Desvaneciéndose lentamente, apenas dos años más tarde había desaparecido por completo.

—También Johannes Kepler vio una —le corrigió con voz prudente Giacomo Rho—. En octubre del año 1604.

—No me vengáis con Kepler otra vez, que bastante tenemos con ese galimatías que nos está sorbiendo los sesos —respondió vehementemente Adam Schall—. Esa estrella que citáis ni con mucho alcanzó el brillo de la de Tycho Brahe, y ahí tenéis clara prueba de cómo Nuestro Señor acompasa el brillo de sus estrellas novas con el brillo de sus sabios. Y no es que desprecie a mi compatriota, bien lo sabéis, pero los trabajos de uno no son comparables con los del otro.

Al citar Adam Schall a Johannes Kepler y también el manuscrito del padre Terrentius recordé mi propio hallazgo biográfico en las cartas del padre Matteo Ricci. Juzgué prudente no compartirlo con Adam Schall antes que con Johann Terrentius. Esperaría a que estuviésemos todos juntos; no podía faltar mucho tiempo para ello.

—Las estrellas novas, ese gran misterio —continuó el alemán con su perorata—. Si no se las han inventado, y no veo razones para ello puesto que los chinos, aunque simples, parecen honestos en cuanto a cuestiones científicas se refiere, han sido capaces de guardar las posiciones de hasta tres de ellas en unos mil años de observaciones. Apuntad por favor, Giacomo, las fechas, según las voy calculando —ordenó a Rho, que anotaba cuidadosamente todo lo que Adam Schall le indicaba—: En el año de Nuestro Señor 185, en el 1006 y en el 1054. Esta última parece que fue especialmente brillante. Dicen los chinos que podía verse de día durante casi un mes, y de noche más de dos años...

—Lo he anotado, Adam. Si os parece, apunto también los años 393 y 1181. Hay menciones a fenómenos similares.

—De acuerdo, Giacomo. Hacedlo así. Y ahora, Paolo —dijo, mirándome y cambiando el asunto de la conversación—, convendría que repasáramos entre los tres algunos conceptos generales de esta astronomía tan antigua.

Ordené mis propios papeles y comencé, no sin temores.

—Según el padre Matteo Ricci —carraspeé— los sabios chinos más antiguos creían que la Tierra era plana y que el cielo era un dosel o toldo sobre ella, separados a una distancia de unas veinticinco mil millas, aunque no explican de dónde sale ese número. También que, a diferencia del modelo de Ptolomeo, inspirado por el gran Aristóteles, que sitúa la Tierra en el centro del universo y a los planetas y el sol girando en esferas fijas alrededor de ella, no cuentan más que una esfera celeste, en lugar de diez. Que las estrellas se mueven en el vacío y no saben lo que es el aire. Y que durante la noche el sol se esconde detrás de una montaña cerca de la Tierra...

—Qué derroche de imaginación —ironizó Adam Schall—. Continúa, Paolo.

—Además hacían girar excéntricamente el sol sobre China, de forma que al acercarse era de día y de noche cuando se alejaba. Este modelo tan primitivo sobrevivió hasta el siglo II de nuestra era —proseguí—, pero ya antes se habían percatado de que así no había manera de explicar que el sol transitara por el horizonte, el orto y el ocaso.

—Pero si tenían una montaña solo para eso... —volvió a bromear el padre Schall. El padre Giacomo Rho, quizá para dar más seriedad a la conversación, continuó poniendo en común los fundamentos de la antigua astronomía china.

—Como bien dice Paolo, una Tierra y un cielo planos no les servían. Así que los curvaron en dos semiesferas. Todo ello antes de terminar comprendiendo y aceptando que tenían que ser esferas completas. Esto no ocurrió hasta el citado siglo II, en gran medida gracias a los estudios del sabio Zhang Heng.

—Por lo que he leído —interrumpió momentáneamente el padre Schall— nos

encontramos ante uno de los grandes eruditos chinos.

—Así es, Adam —confirmó Rho—. Zhang Heng formuló la llamada hipótesis del cielo envolvente, o *Hun Tian*. En ella el cielo es como un huevo de gallina, y la Tierra es la yema de dicho huevo. El cielo es grande y la Tierra está en el centro, sola y pequeña. Además de esta teoría, Zhang Heng catalogó más de dos mil quinientas estrellas, agrupando muchas de ellas en más de cien constelaciones, y construyó nuevos instrumentos para medir la posición de las mismas como precisas esferas armilares.

—Estamos ante el Ptolomeo chino —dijo Schall.

—Podríamos denominarlo así —aceptó Rho—. Sin embargo, conforme la astronomía china se hace más precisa, se aleja de la nuestra. Y esto es un problema muy gordo.

—¿A qué os referís, padre Rho? —pregunté.

—A que resulta endiabladamente complicado cotejar estrellas de catálogos orientales y occidentales. Por no hablar de las constelaciones. Apenas la Osa Mayor, para ellos un Gran Carro del Emperador, se puede identificar en ambas culturas. Los chinos consideran que las constelaciones están agrupadas en treinta y una regiones: a tres de ellas las llaman *sanyuan*, o recintos, y al resto *hsiu*, palabra que podríamos traducir como residencias o mansiones. Hablan también de que la esfera celeste está atravesada por un camino rojo y otro amarillo, el primero correspondería al ecuador celeste y el segundo a la eclíptica en la que transitan los planetas. El camino rojo rodearía el corazón del cielo, y en él se grabarían las posiciones de las veintiocho *hsiu*. Además existe un tercer anillo, el camino blanco, que se cruza con el amarillo, la eclíptica, en un ángulo de cinco grados por el que transita la luna. Esto da una aproximación bastante buena para explicar los eclipses lunares y solares...

—Continuad, por favor —rogó el padre Schall, francamente interesado.

—Las cuatro áreas en que se divide la eclíptica reciben los sugerentes nombres: Dragón Azul al este, Tigre Blanco al oeste, Tortuga Negra al norte y Pájaro Rojo al sur. Además tienen un punto cardinal más que nosotros: el centro. Esto no deja de ser una preciosa imagen poética, aunque no resulta práctico para nuestros cálculos. El principal problema al que me refería antes tiene que ver con los sistemas de coordenadas utilizados, tanto en sus anotaciones como en el diseño de sus instrumentos.

—Explicaos un poco más —volvió a rogar impaciente Adam Schall.

—Veréis. Desde muy antiguo, los astrónomos griegos y posteriormente los europeos, como el gran Tycho Brahe, referencian las posiciones estelares según la eclíptica, puesto que en ella se mueven los planetas que son el principal motivo de estudio.

—Nuestros cuerpos errantes, sí, los planetas. Lo más práctico es seguir su posición referida a las constelaciones zodiacales —apunté yo.

—Pero a los chinos no les interesa demasiado que Marte o Venus cambien

anormalmente el sentido de su movimiento en sus esferas. Solo quieren saber de eclipses y poco más —siguió explicando Giacomo Rho—. Así que sus referencias son polares y ecuatoriales. Y os puedo asegurar que no resultan sencillos los cálculos para relacionar unas coordenadas y otras. Me está llevando semanas rehacer los números para identificar las estrellas que aparecen en sus mapas. Y más aún, los chinos aparentemente no dividen el año para sus cálculos astronómicos en 360 grados...

—¿Qué decís? —preguntó de forma imperiosa Schall.

—Que se confunden los conceptos más básicos. Nuestro año trópico es el tiempo necesario para que el sol recorra los 360 grados de la eclíptica, es decir, en dar una vuelta completa a la Tierra. Y este tiempo es de 365,24 días en los cálculos clásicos chinos.

—Me estáis volviendo loco con tantos números, padre Rho —interrumpí asustado.

—No tengas apuro, Paolo. Lo que quiero decir es que sus globos celestes y sus instrumentos astronómicos utilizan 365,24 grados para una circunferencia en lugar de 360. Así de simple y así de complicado, puesto que las anotaciones cambian por completo también en este aspecto —me aclaró de forma paciente Giacomo Rho.

—¡Eso puede explicar algunas cosas! —exclamó excitado Adam Schall—. Si me dais una semana de tiempo creo que podré ofreceros una primera explicación de los extraños diagramas astronómicos que copiamos del manuscrito del padre Johann Terrenz. Ojalá pronto podamos reunirnos con él —añadió, visiblemente emocionado.

Me quedo absorto con la sensación de que todavía tengo mucho que aprender para estar a la altura de estos grandes hombres.

Aunque el padre Matteo Ricci fue autorizado en el año 1601 a residir en Beijing por orden expresa del propio emperador chino Wanli, la creencia en Europa de que ambos habían trabado una estrecha amistad no es cierta. El padre Ricci nunca consiguió ver al emperador. De hecho nadie más que los eunucos podía. Estos persistieron —con el pérfido Matang al frente— en sus esfuerzos por conseguir que los padres jesuitas Ricci y De Pantoja fueran expulsados de la corte, pero tuvieron que desistir de su empeño, tal fue la admiración que el emperador Wanli mostró por los regalos recibidos. Más bien al contrario, casi desde el principio fueron tratados con unos privilegios inusuales para unos extranjeros. Su único recibimiento oficial dentro de palacio fue calificado por el padre Ricci como simple charada, puesto que la masiva audiencia a los embajadores y comerciantes extranjeros se realizó con una pompa absurda delante de un trono vacío desde muchos años atrás.

Los últimos nueve años de la vida de Matteo Ricci, que transcurrirían ya íntegramente en la capital del imperio, Beijing, fueron los más fructíferos de su estancia en China. A los pocos meses de haberse establecido en una cómoda residencia sufragada por el propio emperador ya había trabado relaciones de amistad con los oficiales e ilustrados más prominentes de Beijing. A ello ayudó el círculo de

amistades que se había granjeado durante su estancia en la antigua capital, Nanjing. En algunas ocasiones era tal la cantidad de visitas o invitaciones que tenía que atender que apenas disponía de tiempo para comer, de modo que se veía obligado a esperar a la noche. O, por el contrario, tenía que almorzar varias veces en el mismo día si así se lo pedían los sucesivos anfitriones. En algunas fechas determinadas, como en el reputado Año Nuevo chino, podía recibir más de cien invitaciones. La cortesía china obligaba a aceptar y corresponder a todas y cada una de las visitas. La vida social resultaba agotadora para su salud.

Una de las principales razones de su éxito entre los ilustrados chinos fue su prodigiosa memoria, basada principalmente en el ingenioso uso de los métodos mnemotécnicos. Beijing, como capital del imperio, era el lugar donde se realizaban los exámenes más rigurosos y exigentes para alcanzar el título de *jinshi*, y de esta manera entrar a formar parte de la selecta burocracia china. Muchos de estos miles de estudiantes candidatos, algunos hijos, familiares o amigos de ilustrados, acudían a la residencia del padre Ricci para mejorar sus técnicas de memorización y estudio. A todos atendía y ayudaba el padre Ricci, aunque ello le causara una gran fatiga, y a todos hablaba también de la auténtica religión y el auténtico Dios. La gran estima conseguida entre la selecta clase ilustrada de la capital no pasó desapercibida para el visitador jesuita Alfonso Vagnoni, que escribió sobre Ricci desde Nanjing en 1605. Dijo que los chinos consideraban que no podía haber en Europa hombre alguno que superara al padre Ricci en sabiduría, tal era su reputación. Y aunque este hacía lo imposible por quitarles esa idea de la cabeza, ellos pensaban que lo decía por simple modestia.

El número de conversos al cristianismo en Beijing durante la vida del padre Ricci fue pequeño, pero muy importante por la posición social de los mismos. Quizás uno de los más conocidos y celosos guardianes del cristianismo en China sea LI Yingshi, bautizado por Matteo Ricci como LI Pablo. LI Yingshi se une a los tres llamados pilares del cristianismo chino que ya mencioné: LI Zizhao, Xu Guangqi y Yang Tingyun. LI Yingshi había sido un héroe militar en la guerra librada en Corea contra Japón años atrás, y recompensado por ello con una pensión vitalicia que sus herederos cobrarían a perpetuidad. Más tarde se convirtió en geomántico y astrólogo. En el primero de estos quehaceres, LI Yingshi era un reputado practicante del llamado *feng-shui* —palabras que podemos traducir literalmente como «viento» y «agua», antiguo arte chino consistente en interpretar los cambios en la naturaleza y el cielo con el fin de mejorar la energía vital o *qi*, principio básico de la antigua medicina china. Y de esta forma conseguir, por poner ejemplos sencillos, la mejor orientación y distribución para una vivienda o un palacio, o la disposición óptima para un enterramiento. En este último ejemplo, y si esta disposición es la adecuada, los chinos creen que influirá positivamente en la fortuna de sus descendientes. Qué no sabrá o habrá leído Terrentius sobre todo esto, me pregunté. El padre Ricci nunca prestó especial interés por estas prácticas, aparentemente. Consideraba el *fengshui* como una

tonta superstición.

Pero yo hice una pausa para leer algo más de *feng-shui*. Curiosamente, su relación con la astronomía es muy estrecha. Según los geomantes, la localización idónea para colocar al difunto debe ser aquella en la que se tenga una Tortuga del lado que provengan los vientos más intensos; al lado opuesto el Fénix —o Pájaro Rojo—, y el Dragón en el lugar donde se acumule la niebla matinal. También se hace necesario encontrar al Tigre. Estos animales no son otros que las cuatro áreas en las que la eclíptica celeste —el camino de los astros— quedaba dividida, y que tan bien había explicado el padre Giacomo Rho.

Se me hacía tarde, así que volví a repasar la relación del padre Ricci con LI Yingshi. Aunque se habían conocido en Nanjing, nuestro jesuita consiguió su conversión en Beijing el día de san Mateo de 1602, con una alegría extraordinaria. Una vez cristianado, tanto él como Diego de Pantoja trabajaron durante tres días completos en su enorme biblioteca, con el fin de identificar aquellos libros que pudieran considerarse herejes o merecedores de prohibición según la norma católica. LI Yingshi consintió en quemar en su propio jardín decenas de estos libros, la mayor parte relacionados con el arte de la adivinación y la conjura de espíritus, para así demostrar su auténtica conversión al cristianismo. El padre Ricci lamentó entonces haber aceptado en Nanjing aquel antiguo ejemplar, compendio de herbolario, manual astrológico y saberes alquímicos, que el ahora converso LI Yingshi le había recomendado regalar al emperador Wanli, un entusiasta de estas materias. Al enterarse LI Yingshi de que el manuscrito le había sido robado al padre Ricci por el eunuco Matang, se llenó de preocupación. Ambos estuvieron de acuerdo en que hubiera sido mejor para todos que hubiera ardido con el resto de grimorios.

Aquello era de una importancia enorme para nosotros.

Los días siguientes proseguí con la lectura de las últimas cartas y escritos sobre el padre Matteo Ricci de forma casi automática. El 3 de mayo de 1610 cayó repentinamente enfermo. Su amigo LI Zhizao, con el que había traducido muchos trabajos de ciencia y matemáticas occidentales al chino, y que también había ayudado a convencer al emperador Wanli para que fueran los jesuitas los encargados de la reforma y correcciones del calendario oficial, hizo llamar a los mejores médicos de Beijing. Sus esfuerzos fueron inútiles y el día 11 de mayo el padre Matteo Ricci entró en la eternidad a la edad de 58 años. Inmediatamente tras su muerte, LI Zhizao y Diego de Pantoja escribirían un memorial al emperador solicitando que, dados los grandes méritos del sabio de Occidente Li Madou —el nombre chino que utilizaba Matteo Ricci—, este pudiera ser enterrado en tierra china. Era una petición sin precedentes, puesto que si un extranjero moría en el interior del continente, sus restos se trasladaban a Macao. Sin embargo, el Ministerio de Ritos apoyó la petición secundada por un gran número de ilustrados y oficiales chinos, y el emperador Wanli la aceptó. De esta forma, el 1 de noviembre de 1611 el cuerpo del gran Matteo Ricci fue transportado a un mausoleo levantado por unos monjes budistas cerca de una de

las puertas de la muralla oriental de Beijing, donde hasta hoy descansa.



A la hora marcada por el padre Adam Schall nos dirigimos a la biblioteca. El padre Giacomo Rho apuraba el paso, impaciente por saber qué nos iba a contar el furibundo pero inteligente astrónomo; si por fin algo de aquel extraño manuscrito escrito con caracteres ininteligibles que había traído a China el padre Terrentius tenía algo de sentido. Por mi parte, yo intentaba no perder su paso por los largos corredores de nuestra residencia en Macao, pero guardaba un prudente silencio. No podía apartar de mi cabeza la valiosa información encontrada mientras estudiaba el legado del padre Matteo Ricci, aunque seguía decidido a mantener el hallazgo en secreto hasta compartirlo en primer lugar con mi maestro Terrentius.

El padre Schall ya estaba allí. Junto a su mesa, dos sillas vacías —lógicamente para nosotros—, y un montón de papeles llenos de letras y números perfectamente ordenados escritos con su preciosa y menuda caligrafía.

—Pasad y sentaos —dijo—. Es todo más complicado de lo que yo mismo pensaba, y he tenido que hacer algunas suposiciones digamos que... aventuradas. Ni siquiera me atrevería a decir que lo que os voy a contar es cierto. Es tan solo una teoría y como tal quiero que la toméis, la juzguéis y la rebatáis, si así os parece.

Adam Schall miraba solo al padre Giacomo Rho mientras decía esto, como si yo fuera invisible, pero no me sentí ofendido en absoluto. Al contrario, me consideraba un privilegiado al poder compartir el resultado de sus indagaciones.

—No sois vos dado a muchas especulaciones, sino más bien a hechos probados y demostrados —habló Rho.

—Esta vez haré una excepción. Si me equivoco siempre podré decir en mi descargo que el padre Johann Schreck me obligó a ello —bromeó un aparentemente contento Adam Schall—. He centrado mis cálculos en los diagramas menores que copiamos del manuscrito de Terrentius —era la primera vez que Schall se refería a mi maestro por su apodo—, y pasado por alto de momento los posibles dibujos de Capricornio y Piscis, que además no pintan nada en la astronomía oriental. Me estoy refiriendo a estos dos diagramas con una figura estelar central.

Nos tendió uno de los dibujos copiados. En efecto, la figura central bien podían ser el sol o la luna, o también una estrella cualquiera. A su alrededor había tres círculos concéntricos, con palabras escritas en el extraño dialecto. Y doce divisiones dobles en cada una de ellas.

—Bien —continuó—. Aquí va mi primera suposición. Este diagrama es una clave. Y me apostaría un barco hasta arriba de arroz a que en el resto del manuscrito hay otros como este.

—Una clave, ¿de qué? —me atreví a preguntar.

—Esteganográfica, por supuesto —me contestó Adam Schall—. Fíjate en que

cada división tiene una palabra y una estrella. Y la figura central parece representar algo similar a una ruleta. Los brazos de esta ruleta estelar habrían de apuntar a algo en los círculos exteriores, poblados de caracteres.

—Los premios —dije ya más tranquilo—. Como en las atracciones de los feriantes.

—Algo así, joven Paolo. Lo más lógico —siguió con la explicación— es que los nombres correspondan a las doce divisiones del año chino. O veinticuatro, porque los brazos son dobles. Su calendario es lunisolar, más corto en días pero igualmente dividido, como en Europa. Las palabras a encontrar serían *lichun*, *yushui*, *jingzhe*, *chunfen*... y otras tantas hasta terminar con *dongzhi*, *xiaohan* y *dahan*. Su significado, por si tenéis curiosidad, tiene que ver con el comienzo de la primavera, el agua de lluvia, el despertar de los insectos... así hasta el solsticio de invierno, los fríos menores y los fríos mayores. Veinticuatro alegorías en total.

—Permitid que rumie vuestro razonamiento en voz alta, Adam —interrumpió Giacomo Rho—. Queréis decir que un giro del astro central señalaría unos determinados caracteres de texto en los círculos exteriores...

—Así es, mi inteligente amigo —concedió Schall—. Realmente, serían tres giros de los círculos alrededor del astro, puesto que tenemos tres círculos de palabras. Con las tres sílabas señaladas se formaría una palabra, que en buena lógica tendría que darnos algún tipo de equivalencia de los caracteres de este extraño lenguaje con el chino tradicional. Al menos los nombres. Otra cosa que se me antoja hartó difícil —añadió Schall— es hacer una correspondencia entre palabras silábicas al estilo occidental y diagramas orientales. Pero esto es una cuestión aparte.

—¿Y cuántos grados hay que girar? —le apremié.

—Si me dejáis aventurarme con otra arriesgada suposición, creo que para eso hay que tener en cuenta la naturaleza del astro central.

—Es mucho arriesgar —dijo Rho—. Si es el sol, podíamos pensar en solsticios, equinoccios, eclipses... Y también en estos últimos si pensamos en la luna, con todas sus fases. Un trabajo interminable.

—Tenéis razón, Giacomo. Por eso os pedí una semana de tiempo, para analizar solo los supuestos más razonables. O los más curiosos.

—¿Curiosos? —pregunté yo.

—Sí, los más curiosos. Sobre todo para extranjeros como nosotros. ¿Qué es lo que más nos ha llamado la atención de la astronomía china? —preguntó.

—Sus anotaciones de cometas y estrellas novas. Hay muchos datos desconocidos en Europa. Muchos siglos sin observaciones —contestó Rho.

—En efecto. Hice la prueba con algún cometa y con alguna de las novas. Y aquí vino mi golpe de suerte. Probé con la más famosa de ellas, aquella que apareció en el año 1054 de Nuestro Señor. Anoté sus coordenadas polar y ecuatorial para hacer girar el mismo ángulo los dos primeros círculos.

—¿Y qué ocurrió? —inquirí, ya completamente fascinado con la explicación.

—Nada hasta que no giré el tercer círculo, el de la fecha. El día de la aparición.

—¿Y qué pudisteis leer? —me impacientaba demasiado.

—Nada tampoco —rio a la vez que me palmeaba la espalda Adam Schall—. Fue frustrante, Paolo. Pero el padre Rho hizo que cayera en la cuenta de mi error. Tenía que usar 365 grados para la fecha y no 360 como en los círculos previos. Además —y nos señaló el dibujo del diagrama con su pluma—, aquí aparecen unos trazos que, inequívocamente, parecen indicar que es un círculo mayor.

En efecto, las palabras escritas no cerraban los círculos, sino que estaban separadas por un pequeño espacio con unos trazos verticales. El padre Adam Schall nos midió con un compás este espacio y nos hizo ver que la relación correspondía perfectamente con los cinco grados que sobraban.

—Y ahora sí, Paolo. Ahora sí encontré algo de sentido. Todas estas hojas de anotaciones que veis no son sino intentos de traducción. Y, en efecto, entresacando del texto únicamente los caracteres señalados por las doce puntas del astro, una vez girados los tres círculos según la posición de la nova, he conseguido reproducir con una buena aproximación los nombres de los meses chinos. Al menos, los diagramas comunes a los conceptos de las veinticuatro alegorías.

—Pero eso es... ¡fantástico! —gritó Rho—. Ahora no queda más que una sustitución directa de caracteres en el resto del texto para saber qué significa.

El padre Adam Schall cambió su sonrisa por una mueca de desencanto.

—Eso pensaba yo, pero no hay sentido en nada de lo que he sustituido. Tan solo los nombres de los meses. Supongo que gran parte del texto son, como imaginaba, palabras sin sentido alguno para ocultar algún tipo de mensaje o conocimiento que, por ahora, sigue estando oculto. Y además resulta imposible una equivalencia directa entre caracteres latinos y chinos. Pero la parte más enigmática viene a continuación —continuó—. Y si os soy sincero, me ha dejado completamente perplejo.

—Hablad —rogué, tan parco en palabras como siempre.

—He repetido el proceso con el segundo diagrama, pero esta vez a la inversa. Una vez conocidos los meses que han resultado del diagrama anterior, he girado los círculos de este segundo hasta hacer coincidir los caracteres.

—Excelente idea, Adam. Espero que también con buenos resultados —Rho expresó su entusiasmo, tan intrigado como yo.

—Demasiado buenos, Giacomo. Girando el círculo externo la fecha del astro resultó ser el 11 de noviembre. La única nova con esa fecha es la de 1572.

—¿Esa no es la fecha de aparición de la nova de Tycho Brahe? —pregunté sin dar crédito a lo que oía.

—En efecto, mi perspicaz pupilo. Pero las coordenadas de la estrella no encajan en absoluto. A no ser que...

El padre Adam Schall se quedó pensando, con la misma mueca en la cara que tenía aquel día en el que lo encontré repasando en los jardines de nuestra casa de Goa sus trucos mnemotécnicos.

—Por favor, Giacomo —abrió los ojos—, tomad papel, pluma y tinta y trabajad también vos por un instante. Haced estas operaciones por mí —le rogó.

El padre Rho garabateó con rapidez unos cálculos. Le dictó el resultado al padre Schall, que a su vez no tardó más de un par de minutos en hacer una nueva correspondencia de caracteres.

—Por Dios Santo —exclamó—. Encaja a la perfección.

Adam Schall había pedido al calculista Giacomo Rho que convirtiera las coordenadas orientales en eclípticas, que son las usadas por los astrónomos europeos como Tycho Brahe.

—Una nova oriental y una nova occidental —murmuró sorprendido, para después continuar—: Coordenadas orientales y occidentales en los mismos diagramas. Y además... anotadas anticipándose a su aparición. ¿Cómo puede contener este libro tan antiguo una predicción estelar tan exacta?

—Es la misma paradoja que la encontrada por el padre Terrentius en la sección de herbolario del manuscrito —recordé algo ya sabido por Schall y Rho, que seguían boquiabiertos—. Mundos aislados que alguien ha puesto juntos de forma sorprendente.

—Parece magia —se atrevió a decir el padre Rho.

—No digáis eso, que os quemarán vivo. Más bien parece obra del mismísimo Satanás —volvió a su buen humor inicial Schall, para terminar con una alusión al padre Terrentius—. Esperad que se entere de todo esto el amigo de Galileo y Kepler, porque las sorpresas no acaban aquí.

—¿A qué os referís ahora, Adam? —preguntó Giacomo Rho.

—A las sílabas —contestó Schall sin levantar la vista de los papeles—. Por lo que veo, tanto da que utilice la equivalencia de los meses chinos como la de los meses latinos. De las doce palabras, al menos ocho tienen una terminación idéntica que podemos asociar a la latina «-ius», por lo que es bastante simple de traducir: *Ianuarius, Februarius, Martius, Aprilis, Maius, Iunius, Julius, Augustus*. Sobre todo porque las posiciones relativas de los meses coinciden.

—¿Y entonces? —quise obtener una conclusión clara por parte de Adam Schall.

—Entonces pareciera que de este enigmático lenguaje podría derivarse cualquier otro, porque en nada se parecen chino y latín, y sin embargo aquí en este dibujo son intercambiables —me contesta asombrado el padre Schall—. Una lengua tan simple en número de caracteres como tan poderosa en su forma como para poder generar cualquier otra a partir de ella.

—El tronco principal —acotó Rho.

—En ese supuesto, una lengua madre —aceptó Schall.

Recogimos papeles y tintas y nos fuimos sin decir una palabra más. Estupefactos.



Página denominada 67r del Manuscrito Voynich, mostrando la, posiblemente, imagen de contenido astronómico más conocida y popular de todo el libro.

Acabamos de entrar en el año 1622. La llegada del padre Pantaleón Kirwitzer a Macao nos ha llenado de alegría. A falta de noticias alentadoras desde la ciudad de Hangzhou, donde los nuestros siguen prácticamente encerrados en la casa del noble converso cristiano Yang Tingyun, volver a ver al padre Kirwitzer ha sido todo un acontecimiento. Presenta muy buen aspecto, y después de una tranquila travesía desde Goa hasta Macao, nos ha faltado tiempo para abordarle. Se le nota feliz, satisfecho de su estancia y sus trabajos con el padre Antonio Rubino en la India.

—No os podéis imaginar cuánto he aprendido con el padre Rubino. Y lo interesante de sus observaciones —comenzó a contar en cuanto se hubo instalado, ya recuperado del cansancio por el largo viaje en barco.

—Aquí, en Macao, yo mismo he podido anotar las evoluciones de un cometa realmente espectacular, Pantaleón —le interrumpió Adam Schall emocionado—. La noche del día 26 de noviembre su fulgor llenaba el cielo. Todos pudimos contemplarlo.

—Seguramente se trata del mismo bólido estelar que nosotros empezamos a estudiar el día 14 de noviembre en Goa. Mirad.

El padre Kirwitzer mostró orgulloso un cuaderno de campo con unos preciosos dibujos de cometas realizados con gran maestría por él mismo, rodeados de precisas y detalladas anotaciones. Sin margen para la confusión, los dos hablaban del mismo cometa. Kirwitzer siguió con sus explicaciones.

—He recopilado suficientes datos como para publicar un ensayo sobre estos cometas vistos en Oriente. Estoy ansioso por empezar con él. Ya no me cabe ninguna duda de que no estamos hablando de meros fenómenos atmosféricos, como los rayos o las auroras. Cruzan el cielo alejados a distancias enormes de nosotros, mucho más allá de la luna.

—Veo que seguís por fin las enseñanzas del maestro Tycho Brahe. —El padre Schall le dio una palmada con gran satisfacción, recordándonos las famosas y magníficas anotaciones cometarias llevadas a cabo por el astrónomo danés desde su peculiar observatorio real.

—Por lo menos en lo que se refiere a los cometas, el astrólogo borracho sabía lo que se hacía —bromeó Kirwitzer, trayéndonos a la memoria aquella lejana discusión a bordo de la nao *Nuestra Señora de Jesús*, en la que el propio Adam Schall y mi maestro Terrentius se habían enfrentado dialécticamente.

La mención al padre Johann Terrentius Schreck hizo recordar algo al padre Schall.

—Muy bien, Pantaleón —rio también—. Y cambiando de tema, ¿dónde lo escondéis?

La cara del padre Kirwitzer transmitía una total confusión. Después de unos instantes de reflexión, reaccionó.

—Supongo que os referís al ejemplar de *De revolutionibus* de Nicolás Copérnico, aquel que me fuera confiscado por el celoso dominico.

—No, Pantaleón. Ya sabéis a qué me estoy refiriendo. —Adam Schall torció el gesto, y su mirada se hizo más inquisitiva que la del propio inquisidor mencionado.

Por supuesto que el padre Kirwitzer sabía a qué se refería el padre Schall. No podía disimular su turbación, pero tampoco podía saber si nosotros estábamos al corriente de las pesquisas de Terrentius y su ya obsesivo libro de Kepler. Así que ganó tiempo empezando por el final.

—¿Y el padre Johann Schreck? ¿Cuándo creéis que podremos reunirnos con él y los demás?

—Sigue en Hangzhou, junto con los padres Longobardo, Nicolás Trigault y Álvaro Semedo. Todavía no han conseguido que el mandarín local les otorgue los permisos para volver a abrir la pequeña iglesia. —Giacomo Rho se unió a la conversación, desviando por unos minutos la atención de Schall, que seguía impaciente esperando una respuesta positiva por parte de Kirwitzer—. Celebran misa diaria en la casa de Miguel Yang Tingyun, el que fuera gran amigo del padre Matteo Ricci. Pero les está prohibido predicar, así como intentar cualquier tipo de acercamiento a Beijing. Allí, en la ciudad imperial, todo sigue revuelto y no pasa un día sin que se produzcan nuevos roces entre los eunucos dominantes en la Ciudad Prohibida y los oficiales y burócratas. Y en el centro del barullo, el nuevo emperador Tianqi, un jovencito sin otra pretensión que comer en abundancia.

—Un zoquete en toda regla, Pantaleón. Y ese eunuco al que llaman Wei Zhongxian, una víbora —comentó el padre Schall, intentando ganarse la confianza, en apariencia dubitativa, del recién llegado.

—No he oído hablar de él. A Goa las noticias de China llegan tarde y mal —dijo el padre Kirwitzer, demandando más información.

—Llevamos pocos meses desde la subida al trono de Tianqi, el hijo de Taichang. Que solo pudo gobernar un mes.

—Pensamos, como tantos otros, que fue envenenado en la corte por los propios eunucos —completó Rho la información aportada por Schall.

—Esa chusma... —volvió a menospreciar Adam Schall a los eunucos, para a continuación sorprenderme con su comentario—: Primero fue el zorro de Matang, que tanto daño intentó hacerle a nuestro bien amado Matteo Ricci. Y ahora su amigo Wei Zhongxian. O algo más que amigo.

—¿Qué queréis decir con eso, padre Schall? —pregunté yo, entrando por primera vez en la conversación, tan prudente en mis silencios como lo estaba siendo Kirwitzer.

—Se dice que Matang fue un eunuco tardío. Es decir, que no se hizo cortar los genitales hasta bien entrada su juventud. Y que antes de eso tuvo numerosas amantes. Dicen también que Wei Zhongxian es su propio hijo y, a juzgar por sus vilezas, bien podría serlo.

—Wei Zhongxian es un rufián que huyó de la justicia por sus trampas y deudas en el juego. Su nombre real es Wei Si —continuó Rho, tan bien informado como Schall en este escabroso asunto—. Al igual que su presunto padre, Matang, también se mutiló él mismo los genitales para entrar en la corte y huir de los acreedores y los jueces. Hay quien dice por Cantón que, en realidad, los perdió estando ebrio. Un jugador furioso aprovechó la ocasión para azuzarle sus perros. Consiguió escapar de los animales, pero no entero.

—Y este diablo controla ahora lo que pasa en palacio. Su primer trabajo allí era el de cuidar a la siniestra niñera del que ahora es el emperador Tianqi. Ahora son íntimos amigos, y Wei Zhongxian y Madame Ke llevan camino de conseguir el poder absoluto en la corte. De momento —puntualizó Schall—, el primero ha hecho ejecutar y encarcelar a varios oficiales, y de la segunda dicen que ha apartado y encerrado a todas las mujeres del harén del emperador, y que posiblemente ya todas hayan muerto de sed y hambre en su encierro.

—Todo esto que me contáis es terrible —dijo el padre Kirwitzer, vivamente impresionado.

—Por eso es difícil saber cuándo vamos a poder entrar en el continente chino con algunas garantías de seguridad. Por el momento —continuó el padre Schall—, la única noticia positiva para nuestros intereses en este sinfín de atrocidades que se cometen en palacio es que nuestro feroz enemigo Shen Que, el antiguo viceministro de ritos que consiguió del emperador Wanli nuestra prohibición, ha caído en desgracia. Por lo menos mientras no se corte cola, coleta y lo demás que le cuelga —ironizó Schall, y los demás no pudimos sino reírnos con él.

—Eso significa que quizá pronto podamos viajar a Hangzhou —deseó Kirwitzer en voz alta.

—De momento tenemos que seguir aquí. Así lo quiere el superior Longobardo y así lo recomiendan los padres Nicolás Trigault y Johann Schreck en sus cartas. Por cierto, Pantaleón —dijo Adam Schall—, os guardamos algunas de ellas dirigidas personalmente a vos.

El padre Schall le tendió un pequeño paquete que guardaba bajo llave en uno de los cajones del precioso escritorio de madera con incrustaciones de marfil que había en la biblioteca. Prácticamente todas las cartas estaban remitidas por Terrentius. Se adivinaba en la expresión del padre Kirwitzer el deseo de terminar cuanto antes con la conversación, para así poder leer lo que el maestro Terrentius le había escrito. Pero Adam Schall se adelantó a sus pensamientos.

—Pantaleón —dijo—. El padre Terrentius nos hizo partícipes de las vicisitudes conocidas del manuscrito enviado por Johannes Kepler. Estamos trabajando todos juntos con la intención de comprenderlo, pues creemos que puede contener información de gran valor, si bien aún no sabemos su naturaleza. —Kirwitzer lo miró con desconfianza—. Sabemos que traéis con vos la parte principal del manuscrito, remitida por el médico personal del emperador Rodolfo II de Bohemia al propio

padre Johann Schreck, pues ambos son buenos amigos. La necesitamos. Estamos haciendo grandes avances con los diagramas astronómicos y es imprescindible cotejar los resultados con el resto de dibujos relacionados. Por favor, confiádnoslo —rogó Schall extrañamente calmado.

—Dejadme primero que lea esto —contestó Kirwitzer, agitando el pequeño paquete de cartas—. No me cabe duda de vuestra sinceridad, y a buen seguro que el padre Schreck me pondrá al corriente de todo lo que me habéis contado aquí. Pero permitidme la prudencia, Adam.

Se hizo un breve silencio. Pero demasiado largo para la impaciencia del padre Schall.

—No, no os la permito. Ni un segundo más —gritó encolerizado—. Estamos perdiendo demasiado tiempo como para andarnos con parsimonias. ¡Entregadme el manuscrito!

—Lamento deciros —replicó calmadamente Kirwitzer—, que el manuscrito quedó en Goa. Las prisas y los nervios por el viaje —continuó, a sabiendas de que no creíamos ni una sola de sus palabras— me hicieron cometer este irreparable descuido. Perdonad.

Nos quedamos atónitos con la negativa. El padre Schall salió dando un portazo.

A instancias del padre Adam Schall, no hemos hablado de nuestros hallazgos en el manuscrito con el padre Pantaleón Kirwitzer. Este, a su vez, evita cualquier tipo de alusión al mismo. Siguen pasando los días y mientras esperamos la orden de partida hacia Hangzhou, hemos vuelto a centrar nuestros esfuerzos —yo en especial, el más retrasado en el aprendizaje junto con el propio Kirwitzer, que progresa en solitario con la nula ayuda del ofuscado padre Schall— en el estudio del chino. Para ello sigo lo más fielmente posible el método utilizado por el padre Matteo Ricci, quien reconocía que la lengua china es bien diferente del griego o del alemán, por ejemplo, ya complicadas de por sí. Ricci explica en sus escritos que la ambigüedad de muchas palabras hace que estas se puedan interpretar de muchas formas, a menudo radicalmente diferentes, y que la manera de distinguirlas es por su pronunciación. Hasta cuatro tonos diferentes al menos. La única forma posible de evitar malentendidos en los asuntos importantes consiste en escribir a la vez que se habla, porque todas las letras son diferentes. Tienen tantas letras como palabras, y tantas palabras como cosas tienen que designar, así que podríamos contar cincuenta mil, o más. Por poner un número, a buen seguro que ridículamente pequeño.

El padre Matteo Ricci describe el lenguaje chino como una estructura monosilábica, y con esta idea en mente recopiló junto con el también sacerdote jesuita Lazzaro Cattaneo un diccionario chino-portugués ya en el año 1598, en el que latiniza las sílabas chinas. Este hecho me dio que pensar. Si, como había contado el padre Giacomo Rho y puesto en común con Adam Schall, las palabras monosilábicas eran más que frecuentes en el manuscrito enviado por Kepler a Terrentius, la idea del origen oriental de estos textos cobraba fuerza. No estaríamos pensando en palabras y

frases convencionales al modo occidental, sino en meros patrones tonales para transcribir el lenguaje hablado. Se me ocurrió que yo tal vez podría sugerir —en su momento y siempre con el padre Terrentius delante— una interpretación hablada, o quizá cantada, del extraño manuscrito. Tal vez leído en voz alta tuviera más sentido que el mero análisis de los trazos de tinta sobre las páginas de pergamino. Pero ¿qué sonidos asignaríamos a cada sílaba? Tal vez también hubiera alguna relación con la propuesta sonora de organización del universo que propugnaba el propio Johannes Kepler en su reciente *Harmonices Mundi* (*La armonía de los mundos*). No había tenido tiempo de leer la obra antes de partir desde Lisboa hacia Oriente, pero tenía entendido que Kepler intentaba explicar los movimientos de los planetas según las proporciones de los poliedros perfectos asociados a estos, y dichas proporciones se ajustarían a distintas escalas musicales. Ya antes que nadie el griego Pitágoras había hablado de la música de las esferas celestes, en cada una de las cuales giraba engarzado un determinado planeta emitiendo un sonido especial en sus movimientos. Sonidos que en las noches claras podrían incluso escucharse con un tono singular característico y una frecuencia que variaría con su velocidad en el giro respecto al astro central, que para Kepler no es otro que el sol. Según este, solo en momentos muy concretos todos los planetas habrían tocado juntos, en completa armonía. Quizás una vez en toda la historia de la humanidad, en un instante que no podría ser otro que el primero de la creación divina.

Puede que me estuviera alejando de mi propósito principal, que no era otro que el del aprendizaje de la lengua china. Intentando apartar de mi cabeza los pensamientos musicales relacionados con el extraño manuscrito enviado por Kepler a Terrentius, volví al padre Ricci y a sus originales métodos de memorización y comprensión de estos complejos lenguajes orientales. Ricci también habría estudiado cuidadosamente la formación de los ideogramas que, aunque tan numerosos como conceptos o cosas que existen, podían subdividirse con facilidad en partes componentes, cada una con un significado independiente. Aquí Matteo Ricci recomendaba fervientemente el uso del aprendizaje mnemotécnico, puesto que una frase en chino podía recordarse con gran rapidez asociando los ideogramas a una serie de imágenes. Y a ello ayudaba, con gran ventaja frente a otros lenguajes occidentales, el hecho de que los chinos no utilizan ni artículos, ni género, ni número, ni modos ni tiempos verbales, y menos todavía las engorrosas declinaciones. El padre Ricci reconoce que su gran salto en la comprensión del chino vino de la traducción de los llamados Cuatro Libros —los clásicos confucianos: el *Analectas*, *El libro de Mencio*, *El justo medio* y *La gran enseñanza*—, lo que le permitiría posteriormente y durante su larga estancia en Beijing impartir clases de técnicas de estudio y memorización de estas y otras obras confucianas imprescindibles en los complicadísimos exámenes a *jinshi* o burócrata imperial. Su habilidad en el uso de la memoria y su capacidad para recordar cientos de caracteres o ideogramas chinos —en cualquier sentido de la lectura, como bien me había contado aquel día en Goa el padre Adam Schall—, habían otorgado al padre

Ricci una sin par fama como el hombre, tal vez, más inteligente sobre la faz de la Tierra a ojos de los eruditos chinos.

La espera comienza a hacerse eterna aquí en Macao.

Mientras tanto, las noticias que nos llegan de Beijing confirman que el poderoso eunuco Wei Zhongxian ha defenestrado a nuestro enemigo el viceministro Shen Que. Después de varias derrotas de sus soldados en la frontera norte del imperio —con la consiguiente pérdida del control de varias importantes ciudades chinas—, y con la constatación cierta de que la invasión manchú se está produciendo de forma imparable y vertiginosa, Wei Zhongxian lo ha desterrado a su ciudad natal, que es precisamente Hangzhou, donde nos aguardan nuestros hermanos. A pesar de todo Shen Que puede considerarse afortunado. Mucha peor suerte ha corrido el también oficial Xiong Tingpi, destacado militar y enemigo irreconciliable de la casta de los eunucos. A la derrota de su ejército, completamente aniquilado por las tropas manchúes, ha seguido este pasado mes de marzo la pérdida de la provincia de Quangning. Wei Zhongxian ordenó su inmediato arresto y ejecución. Ha sido descuartizado vivo, siguiendo la ancestral costumbre china. Terrible costumbre, por cierto. Gran parte de su familia y allegados han sido también ejecutados, aunque de forma menos dolorosa.

Todo resulta tan triste y desesperanzador que no vemos motivo de alegría en la caída del odiado Shen Que. El Imperio chino se encuentra al borde del abismo. Y los jesuitas seguimos bloqueados, unos en Hangzhou y el resto en Macao, más seguros que los primeros bajo la protección portuguesa.

Aunque la protección es relativa.

Hoy día 23 de junio nos ha despertado una estruendosa salva de artillería proveniente de la costa. Asomados a las ventanas de nuestra residencia, hemos contado hasta trece navíos con bandera holandesa, junto con otros dos buques más de sus aliados ingleses. Sin duda son piratas a sueldo pagados gustosamente por ambos países buscando hacerse con el control del enclave de Macao, que tantos y tan buenos beneficios comerciales deja a los portugueses. Al frente de la flota se encuentra un tal Cornelius Reijersen, almirante holandés, que ha conminado al comandante de la guarnición portuguesa que protege Macao a la rendición incondicional de la ciudad.

El padre Bruno, que actúa en funciones de superior jesuita durante la ausencia de Nicolás Longobardo —quien sigue en la ciudad interior de Hangzhou ajeno a estos acontecimientos imprevistos—, ha sido llamado a consultas junto con otros prohombres de la ciudad por el comandante portugués Lope Sarmiento de Carvalho. Bruno nos ha pedido que le acompañemos. Quiere contar con la opinión de los padres Adam Schall y Giacomo Rho, recién llegados de Europa, y a mí me ha pedido que actúe como escribano, pues conoce como cosuperior cuál es mi principal misión en tierras chinas. Hago acopio, por tanto, de abundante tinta y papel, y me apresuro junto con mis hermanos hacia el cuartel general donde ya nos esperan el resto de convocados.

—Nos han dado un plazo de veinticuatro horas, ilustrísimas —comenzó a explicarnos Lope Sarmiento—. Transcurrido ese tiempo, y si no hemos abandonado en la playa las piezas de artillería y los mosquetones, abrirán fuego a discreción para posteriormente tomar la ciudad a sangre y fuego.

—Poco queda pues por hacer —musitó el superior dominico, cuyo nombre no pude anotar pues no me había sido presentado—, salvo rezar y encomendarnos a la divina providencia. Y a Nuestra Señora, por supuesto. Pediremos que se respeten nuestras iglesias y nuestras reliquias.

—¿Es que no tenéis sangre en las venas, fray? ¿No esconden esos hábitos mortecinos un poco de valor? —le preguntó indignado el padre Adam Schall para luego, tras mirar al padre Bruno que le concedía con un gesto de cabeza su tácita aprobación, dirigirse a Lope Sarmiento—. ¿Con qué contamos, amigo Lope?

—Nuestras fuerzas se reducen a sesenta soldados venidos de Portugal que lucharán bajo mis órdenes hasta morir —contestó Lope Sarmiento—. Además podemos contar con unos noventa macaenses, quizá no tan preparados como mis hombres pero igualmente válidos si la paga es adecuada.

—Por dinero no ha de ser —replicó Adam Schall, a sabiendas de que una pequeña fortuna era custodiada en nuestra residencia, fruto de las últimas y productivas transacciones de seda entre Japón y China. Dinero que seguía guardado, esperando ser utilizado para la reapertura de nuestras iglesias en el interior del continente.

—¿Qué sugerís, padre Schall? Por vuestra energía más bien parecéis soldado que fraile —dijo Lope Sarmiento visiblemente emocionado.

—Junto a nuestro colegio se encuentra el punto más alto del enclave, la colina de los desamparados. Propongo llevar nuestra artillería hasta allí y abrir fuego.

—Agradezco vuestro entusiasmo, pero en el fortín no hay más allá de cuatro piezas de artillería, cañones que llevan mucho tiempo sin usarse. No cuento ahora entre mis hombres con artilleros.

—Por una vez empuñaremos con una mano la cruz y con la otra la espada, todo sea por llevar el mensaje de Nuestro Señor a los más necesitados —arengó el padre Adam Schall—. Haced que suban esos cañones hasta lo más alto de la colina, comandante. Dios proveerá.

Durante las horas siguientes se desató una frenética actividad en nuestra residencia. Mientras los soldados de Lope Sarmiento transportaban y montaban las piezas que conformaban la cañonería, tanto el padre Bruno como los padres Adam Schall y Giacomo Rho se afanaban en buscar entre los libros de nuestra biblioteca algún manual de artillería que pudiera servir para nuestros propósitos.

—Esto nos puede valer —dijo Rho anotando algunos números que no comprendí—. He encontrado una descripción bastante cuidadosa de la trayectoria que siguen los proyectiles según cómo es colocado el tubo del cañón sobre su cureña. Distancia al enemigo, peso del proyectil, pólvora necesaria, inclinación del tubo, dirección del

viento.

—Vamos, Giacomo, no disponemos de más tiempo —apremió el padre Schall—. Están sonando disparos de fusiles en la playa.

En efecto. Sin haber transcurrido por entero las veinticuatro horas de plazo prometidas por el almirante holandés, casi ochocientos hombres estaban desembarcando de unos treinta botes lanzados al mar desde los buques principales. Prácticamente sin oposición, salvo por algunos mosquetes de los soldados de Lope Sarmiento, las tropas invasoras avanzaban por la playa y se disponían a adentrarse en la ciudad. El Macao portugués parecía tener sus horas contadas. Subimos la colina tan rápido como nuestras piernas nos lo permitieron, sin detenernos para cobrar aliento. Una vez allí el padre Schall organizó la defensa en apenas unos minutos.

—¡Fuego! —gritó Adam Schall al tiempo que prendía la mecha del primero de los tres cañones que habíamos conseguido recuperar.

El cañonazo se perdió en el agua. El padre Rho frunció el ceño.

—Usad la cabeza, Adam —dijo.

Ante la mirada extrañada de todos los que allí estábamos, el padre Giacomo Rho hizo cambiar por completo la orientación del segundo de los cañones a los dos macaenses que nos ayudaban. El proyectil disparado describió una trayectoria casi inverosímil, para ir a caer justo encima de un enorme barril de pólvora que los holandeses estaban bajando de uno de los botes. La explosión que siguió fue atronadora. Con la mayor parte de su munición agotada y sin posibilidad alguna de reponerla, la confusión se extendió entre los holandeses. Sin tiempo para recuperarse del impacto, el comandante Lope Sarmiento saltó sobre ellos con sus soldados portugueses, a los que se unió un buen número de mercenarios macaenses —muchos más de los que el militar había calculado en un principio—, y un improvisado batallón de esclavos negros portugueses tan fieros como eficaces en el uso de las armas de filo. La confusión se transformó en pánico, y los soldados invasores retrocedieron hacia el mar sin orden alguno, convencidos de que nuestras defensas les superaban en número y fuerza. Muchos de ellos se ahogaron en su intento de alcanzar los botes. Pocas horas después, los buques daban por finalizado el asedio y se alejaban de las costas de Macao.

El milagro se había producido.

Nuestra heroica defensa de la ciudad de Macao ha tenido consecuencias inesperadas, desencadenando los acontecimientos que tanto ansiábamos ver llegar. Tan fuerte ha sido el eco de nuestros cañones que estos se han escuchado incluso en la capital del imperio, Beijing. Allí, los oficiales responsables de la defensa del Imperio chino frente a los ataques manchúes han encontrado un argumento más en sus peticiones al emperador Tianqi —ya totalmente anulado por el poder del influyente eunuco Wei Zhongxian—, para clamar por la utilización de las baterías de cañones occidentales, hasta ahora desconocidas en China. Incluso Wei Zhongxian ha tenido que ceder y dar su aprobación al plan. Los ilustrados cristianos conversos LI Zhizao y Xu Guangqi han movido los hilos necesarios para ello. Desde el Ministerio de la Guerra se ha hecho llegar un memorial urgente al emperador para que los jesuitas defensores de Macao seamos invitados a Beijing y asesoremos al ejército en materias militares. Esto, en la práctica, significaría que la prohibición que todavía recae sobre nosotros de viajar y predicar por el interior del continente chino quedaría virtualmente anulada. *En* el memorial, redactado entre otros ilustres oficiales por los propios LI Zhizao y Xu Guangqi —que han viajado desde Nanjing hasta Macao para comunicarnos la noticia y elaborar con nosotros un plan de entrada eficaz en el continente—, se argumenta que los jesuitas somos hombres íntegros, llenos de virtudes y grandes conocimientos, principalmente en el campo de las matemáticas. Estos saberes permitirían manejar ciertos instrumentos bélicos —como los propios cañones— de forma apropiada y ventajosa en la guerra contra los manchúes.

—Pero... —protestó el padre Adam Schall— Nosotros somos unos completos ignorantes en el arte de la guerra.

—Los hechos no lo demuestran, mi buen Adam —le replicó un siempre sonriente y afable LI Zhizao—. Además, se trata de conseguir una razón de peso para obtener la sanción imperial que os permita permanecer en el interior del imperio. Una vez allí será muy sencillo dejar de lado la espada en favor de la pluma.

—Nuestras matemáticas se aplican en los cielos, no en el campo de batalla —se unió a la protesta del padre Schall el certero Giacomo Rho—. No tenemos madera de soldados. Y desde luego que no hemos venido hasta China para convertirnos en artilleros.

—Como bien ha dicho el gentil LI, el resultado de vuestra gesta con los portugueses os convierte en los mejores candidatos a expertos militares que el emperador Tianqi pueda encontrar —habló el sabio Xu Guangqi—. Por no hablar de la airada posición en la que podría quedar ese eunuco ambicioso —dijo, refiriéndose a Wei Zhongxian—. Es la mejor oportunidad que tanto unos como otros tenemos. Ese cañonazo llovió del mismo cielo como un cometa.

—Estimados amigos LI y Xu —les interrumpió ahora Adam Schall, con su

característico tono de seriedad—. Sabemos de vuestra larga y sincera amistad con el padre Matteo Ricci, de memoria imborrable para nosotros y ejemplo de virtud y sabiduría. Conocemos vuestros trabajos en cálculo, astronomía, matemáticas y filosofía. Alabamos vuestra conversión a la verdadera fe y os profesamos un enorme afecto y un agradecimiento infinito. Pero lo que nos pedís es imposible. No podemos aceptar un trabajo de artilleros. Hemos venido aquí, y vos mejor que nadie lo sabéis, para ayudar en la reforma del calendario chino. Y, una vez llevada a cabo esta tarea, lograr la conversión del propio Hijo del Cielo que, impresionado, se sentirá en deuda con nosotros. Junto con el emperador toda China abrazará el cristianismo.

Li Zhizao y Xu Guangqi se miraron en silencio por unos instantes. Fue el primero el que tomó de nuevo la palabra, con la misma voz afable que había utilizado durante toda la conversación.

—Mi buen padre Adam Schall —dijo—. A buen seguro que nuestro añorado Matteo Ricci estaría orgulloso de vos. Él quería para China los mejores matemáticos jesuitas, y estoy seguro de que no los hay mejores que vos y el padre Rho. Pero las cosas en China no funcionan así. Y menos ahora, cuando la corrupción, el desorden, el hambre y la desesperación hacen mella en el desgraciado pueblo chino. El mismo imperio que ahora conocemos podría desaparecer, tal es la fuerza con la que los invasores manchúes nos atacan, y tal es nuestra debilidad e impericia para detenerlos. No hay tiempo para la religión. Ni siquiera —añadió bajando aún más su ya de por sí débil voz— tal vez haya tiempo para nuevos calendarios. Aquel que levanta su cabeza para mirar al cielo no se percata de la espada enemiga que se acerca para cercenar su cuello.

—No creía que las cosas estuvieran tan mal —reconsideró el padre Schall, visiblemente afectado por los argumentos de Li Zhizao.

—Creedme si os decimos, y no os sintáis ofendidos por ello —era Xu Guangqi quien hablaba—, que vuestra percepción de la situación a buen seguro se queda corta, tamaña es nuestra calamidad. Necesitamos de vuestra sabiduría y de vuestro ingenio para salir de ella. Con ellos y con la ayuda de Nuestro Señor este pueblo tan necesitado de fe volverá a levantarse, y entonces volveremos a estudiar y trabajar en nuestros cielos. No os quepa duda, Adam.

—Sea —concedió el padre Schall, que parecía haber asumido él personalmente cualquier tipo de decisión, a pesar de estar presentes en la reunión tanto el padre Bruno como el propio Giacomo Rho. Y yo mismo, claro está, tomando como era habitual las anotaciones para confeccionar estas cartas—. ¿Cuál será el siguiente paso?

—En China las cosas funcionan muy despacio, ya os habréis percatado de ello desde vuestra llegada —contestó Li Zhizao—. De momento esperaremos la respuesta de la corte, que presumimos será positiva. El emperador Tianqi firmará cualquier cosa que el ambicioso Wei Zhongxian le ponga delante. A él también le conviene. Por mucho que nos odie a los oficiales, si el imperio cayera lo arrastraría consigo en su

caída. Luego vendréis con nosotros directamente a la capital, a Beijing. Lo haréis vos, padre Schall, junto con Giacomo y el joven Paolo. No estoy seguro de si debería venir también el padre Kirwitzer.

—¿Y nuestros hermanos jesuitas en Hangzhou? —preguntó Schall—. Llevan meses esperando poder salir de la residencia del noble Miguel Yang Tingyun.

—Haremos lo posible por que se unan a nosotros en el camino hacia la capital, aunque veo difícil conseguir los permisos para ellos. El memorial que se ha enviado solo menciona a los jesuitas artilleros de Macao, para nada se habla del resto. Es más, para el emperador y su intrigante eunuco su presencia en Hangzhou es desconocida. Tampoco se ha levantado de forma oficial la prohibición que hiciera el anterior emperador Wanli. Sería peligroso salir a la luz antes de tiempo. Lo más prudente es esperar.

—Pero... ¿y el padre Johann Terrenz Shreck? Seguramente habréis oído hablar de él. Es el mejor de todos nosotros —preguntó un casi implorante y sorprendido Adam Schall. Yo también temía por mi maestro.

—Sí, cómo no —contestó LI Zhizao—. El superior Nicolás Longobardo me ha escrito maravillas sobre él. Pero os vuelvo a pedir prudencia. El padre Schreck se reunirá con nosotros, pero a su debido tiempo.

No pudimos disimular los gestos de decepción, que se convirtieron en sorpresa cuando el propio LI Zhizao cambió el curso de la conversación.

—Por lo demás, ilustrísimos amigos, nos gustaría saber si conocéis algo acerca de un antiguo manuscrito que se dice protege los secretos más profundos del saber humano, y que incluso podría contener la fórmula para la conversión del más humilde de los metales en la más pura de las platas.

—Wei Zhongxian ha ordenado ejecutar a otros diez matemáticos este mismo mes —completó la información Xu Guangqi—. Los rumores acerca de su obsesión con este extraño libro han traspasado los muros de la ciudad prohibida. No se detendrá hasta comprenderlo.

Nos miramos estupefactos. Hasta que el padre Adam Schall reaccionó recuperando su caústica sorna.

—Los asuntos diabólicos los negocia el padre Kirwitzer en persona —dijo—. Si queréis podemos hacerlo llamar.

—Por favor —rogó educadamente LI Zhizao, sin entender el sentido de la chanza.

Pantaleón Kirwitzer acudió con rapidez. No abrió la boca salvo para saludar con el debido respeto a los ilustres visitantes y poco añadió, por más que los dos chinos le rogaron una y otra vez que algo contase si algo sabía. Con extrema educación y paciencia, Xu Guangqi terminó la conversación:

—Creo que lo mejor será que el padre Kirwitzer se una también a nosotros en el viaje a Beijing.

—Yo también lo creo —dijo el padre Schall, más irónico si cabe que en su intervención anterior—. Las torturas en la corte tienen justa fama de hacer hablar

incluso a los mudos. No me extrañaría que nos encontráramos allí algún dominico copiando las depuradas técnicas orientales.

Tras un mes de estancia en Macao y una vez aceptado el memorial en la corte, nuestros amigos conversos chinos han decidido que ya es hora de partir con ellos hacia la capital Beijing, donde los sucesivos emperadores Ming —desde Yongle en el año 1404— han establecido su residencia oficial en la llamada *Zi Jin Cheng*, o Ciudad Púrpura Prohibida. El término *Zi* se refiere a la Estrella Polar, púrpura, fija —todas las demás giran en torno a ella— y situada en el centro del cielo como el mismo emperador, del cual este es hijo. La palabra *Jin* denota su carácter prohibido —nadie entra ni sale sin permiso expreso del emperador, o al menos del eunuco de turno que lo engatuse—, y el término *Cheng* significa de forma literal «ciudad amurallada». El viaje lo haremos, como es natural aquí en China, siguiendo mientras podamos las rutas fluviales. Es curioso, como bien escribió el padre Ricci, que los chinos tienen un gran temor a las aventuras marítimas, y apenas recorren pequeñas distancias adentrándose en las aguas del océano, muy al contrario de sus eternos enemigos japoneses. Sin embargo, parecen haber concentrado todos sus saberes en hacer navegables las rutas fluviales interiores, aprovechando los enormes ríos. En sus orillas se agolpan millones de personas, y pareciera que toda la vida en China se desarrollara a su alrededor. Matteo Ricci expresó su sorpresa por ello, y no sin exageración afirmaba que, posiblemente, vivían tantos chinos en el agua como en tierra. Una enorme Venecia. Llevamos con nosotros una buena parte de los libros traídos desde Europa, unos dos mil. Otros tantos de ellos fueron con Trigault, Longobardo y Terrentius a Hangzhou, y el resto quedarán en Macao por ahora. De momento, seguimos sin ver el misterioso libro supuestamente traído por Pantaleón Kirwitzer desde Goa según las indicaciones del mismo Johann Terrentius Schreck.

La preparación del viaje ha sido exhaustiva a la par que prudente. Dado que los ríos son la principal y casi única manera de recorrer grandes distancias en el interior del imperio, los oficiales y mandarines tienen buen cuidado de que las rutas fluviales más importantes no sean conocidas en modo alguno por los extranjeros, y de esta forma prevenir una posible invasión militar de un ejército enemigo. Llegar a Beijing desde Macao implica cruzar casi todo el imperio, de ahí las continuas reticencias de los mandatarios chinos a cualquier tipo de expedición que pudiera desvelar su secreto a ojos extraños. El itinerario trazado por Xu Guangqi y LI Zhizao pasa por remontar el río Perla hasta Cantón y luego proseguir por el río Bei hasta la ciudad de Shaozhou. Desde allí seguiremos un único recorrido por tierra, pasando por la ciudad de Nanxiong. Al llegar a Ganzhou el río Gan nos dirigirá hasta Nanchang y el gran lago Boyang, cerca de la confluencia con el inmenso río Yangtsé, que nos llevará hasta la antigua capital del sur, Nanjing. Desde allí alcanzaremos Zhenjiang y con ella el Gran Canal. Tomaremos este con rumbo al norte, hacia la nueva capital Beijing, al contrario que nuestros hermanos, que navegando por el mismo Gran Canal fueron hacia al sur para recalar en la mucho más cercana ciudad de Hangzhou, junto

al mar de la China Oriental.

Otro aspecto importante del viaje es el de la vestimenta. Por primera vez desde nuestra llegada a Oriente vamos a desprendernos de nuestros hábitos y enfundarnos ropa china. Esto es así porque de ninguna forma —a pesar de contar con los salvoconductos oficiales pertinentes— queremos llamar la atención en este viaje tan largo. No siempre las órdenes del emperador llegan a todos los mandarines a tiempo, de tan grande y vasto que su territorio es. También en ocasiones son malinterpretadas o tenidas por falsas. No conviene tentar ni a la suerte ni al diablo. Los mandarines tienen la mano muy larga y la paciencia muy corta, y basan completamente su autoridad en el enorme temor que ejercen sobre la población. Un mandarín caprichoso puede acabar cada día con la vida de más de veinte personas, y por ello ser solo objeto de una censura moderada desde la corte —si es que esta llega alguna vez—, y únicamente en el caso de que haya cometido una flagrante equivocación. Normalmente las muertes no ocurren como consecuencia de una ejecución directa, sino como el resultado fatal del método clásico del castigo por apaleamiento. Las víctimas, a menudo falsamente acusadas por vecinos o enemigos de cualquier banalidad —robar unas frutas o un poco de arroz—, son golpeadas en los muslos con un gran palo de madera diez, veinte o treinta veces, con tal crueldad que ya en los primeros golpes pierden la piel y la carne, padeciendo una agonía horrible. La antedicha prudencia aconseja evitar pasar por ello y confundirnos entre la población, pues para los chinos los jesuitas seguimos siendo unos extranjeros a los que el sagrado emperador ha prohibido salir de Macao. Una vez más, seguiremos los pasos del padre Matteo Ricci en cuanto al sentido común. Estamos dejando crecer nuestras barbas y el cabello, que debe caernos hasta las orejas. Nuestra indumentaria es similar a la que utilizan las personas instruidas, al modo y manera de la que visten Xu Guangqi y LI Zhizao: las túnicas son de seda púrpura con sus dobladillos rematados por unas llamativas bandas de un palmo de ancho confeccionadas con seda de color azul. Las bocamangas de la túnica tienen un estilo semejante al veneciano, con el mismo adorno que la túnica, y cuelgan abiertas de la misma. Una gran faja también púrpura ciñe la túnica que, por lo demás, nos cuelga de forma cómoda y agradable. Los zapatos son también de brocado de seda.

Nuestra primera embarcación tiene un tamaño imponente si la comparamos con los débiles y pequeños juncos que se apiñan en las orillas, como corresponde a dos oficiales del prestigio y rango de Xu Guangqi y LI Zhizao. Podría decirse que es casi una casa flotante, con grandes camarotes centrales de altos techos y luminosas ventanas, bellamente adornados con pinturas y numerosas plantas ornamentales. Hay varias estancias más propias de un palacio en tierra que de un barco, como una amplia cocina en la que se trabaja día y noche, un salón repleto de hamacas para el descanso de los viajeros o incluso un dispensario, y en absoluto se corresponde con, por ejemplo, la carraca que nos condujo a través de medio mundo desde Lisboa hasta Goa primero y Macao después. Si no fuera por su aparente fragilidad ante las

inexistentes olas, bien podría decirse que uno de estos barcos no tendría el más mínimo problema en cruzar los mares como los navíos portugueses o españoles.

La primera parte del viaje ha transcurrido sin incidentes dignos de narrar en estas cartas. Hemos alcanzado la antigua capital de Nanjing en el plazo previsto y esta es, tal y como la describió el padre Ricci, una ciudad maravillosa. Durante estas semanas apenas nos hemos alejado más allá de lo estrictamente necesario de las sucesivas embarcaciones —que Xu Guangqi y Li Zhizao alquilan o compran a los distintos eunucos, pues son estos los que controlan casi en exclusiva el tráfico por los ríos y canales chinos cobrando tasas exorbitantes para los pobres súbditos del emperador—, pero en Nanjing nos hemos permitido un pequeño descanso para visitar la ciudad, siempre camuflados al máximo con nuestros atuendos chinos de ilustrados y siempre en la segura compañía de Xu Guangqi o de Li Zhizao, cuando no de ambos. Con especial cariño y admiración hemos visitado el Templo del Cielo que, como reflejara el padre Ricci en sus extensas cartas, se encuentra hoy desposeído de la importancia de antaño —una vez trasladada la capital imperial a Beijing, donde se ha construido una réplica mayor en tamaño, esplendor y lujo si cabe—, pero sigue siendo magnífico. Levantado en un bosque y rodeado de murallas circulares para simular la forma del cielo, sus cuatro naves principales están soportadas por columnas de madera tan grandes que dos hombres juntos no son capaces de abarcarlas, y su altura es proporcional a su grosor. Hasta el año 1420 el emperador realizaba aquí su ofrenda a los cielos dos veces cada año, para rogar por la bondad de las cosechas —en la ceremonia del solsticio de verano—, y como agradecimiento por los frutos obtenidos —en la más importante segunda ofrenda, la del solsticio de invierno—, vistiendo de forma especial para estas dos ocasiones y absteniéndose de comer carne durante varios días. A ningún chino fuera de la corte y de los burócratas se le permitía el acceso. Además, las ceremonias habían de ser perfectas. El más pequeño de los errores constituía un mal presagio cuyas consecuencias todo el imperio sufriría el año venidero.

Como había hecho años atrás el padre Ricci, yo también me recreé en esta visita. La Tierra estaba representada por un cuadrado en la cultura china, y el cielo por un círculo, y ambos elementos entraban en conexión en distintos lugares del templo. Este al completo estaba rodeado por dos murallas concéntricas que representaban igualmente ambos conceptos complementarios. La nave o salón principal, llamado propiamente *De la oración para las buenas cosechas*, tenía una estudiada disposición en sus columnas. Las cuatro internas representaban las estaciones, las doce intermedias los meses del año, y las doce exteriores las horas chinas en las que se divide el día. Como bien me recordó el padre Adam Schall —tan impresionado como yo por la proeza arquitectónica del llamado Templo del Cielo—, cada hora china equivalía a dos occidentales, y la columnata en su conjunto representaba el año solar al completo. Y en el exterior, todos los tejados de las naves eran azules recordando el color del cielo.

Nuevamente embarcados y navegando por el río Yangtsé alcanzamos pronto la ciudad de Zhenjiang, y con ella el Gran Canal chino, la magna obra concebida en su origen por el antiguo emperador Fuchai Wu casi quinientos años antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Esta enorme vía fluvial fue construida en su mayor parte por la dinastía Sui hacia el año 600 después de Cristo, con el fin de unir y comunicar el norte y el sur del ya entonces enorme Imperio chino. La gran cantidad de barcos de todos los tamaños que abarrotan este Gran Canal —la principal vía de comunicaciones en la China oriental—, apenas es abarcada a simple vista. Van de orilla a orilla ante nuestros ojos, apiñándose a la espera de que las esclusas que controlan los distintos niveles del agua les permitan el paso. En ocasiones tienen que apartarse —en el peor de los casos, forzosamente obligados—, si la embarcación de un noble burócrata o de un eunuco de la corte pide paso con urgencia, sea fingida o no. Algunos, los más pequeños, zozobran con frecuencia por efecto de las corrientes formadas en el cierre o apertura de las esclusas. Nuestras miradas hacia las orillas se clavan en las miríadas de chinos que se mueven como pequeñas hormigas, transportando mercancía desde o hacia los barcos, remolcando embarcaciones cargadas hasta los topes utilizando enormes sogas tiradas a la vez por docenas de ellos o, simplemente, esperando tristemente sentados en las orillas un eventual trabajo con el que poder llevar a su familia una mísera comida diaria. El sufrimiento de estos trabajadores de los canales —a los que llaman *culíes*—, y cuya única actividad durante toda su vida consistirá en subir y bajar una y otra vez de los barcos con todo tipo de carga en condiciones inhumanas, nos ha impresionado vivamente.

—Paolo —me distrajo de mis pensamientos el padre Adam Schall—, ¿puedes venir un momento aquí arriba?

Me encontraba leyendo a la luz de las velas en uno de los camarotes. El barco se mecía lentamente, y a esas horas de la noche los remeros chinos descansaban. El viento era tan débil que no podía tensar las velas, así que la embarcación estaba prácticamente inmóvil en mitad del Gran Canal. Todavía quedaban varias jornadas de viaje hasta Beijing, pues hacía apenas dos días que habíamos sobrepasado la ciudad de Pizhou. Supuse que el padre Schall querría que tomara algunas notas para que las añadiera a mis cartas a Roma; solía hacerlo a menudo sin importarle la hora ni el hecho de importunarme. Recogí mis útiles para llevarlos conmigo. Adam Schall apenas dormía tres horas cada noche y una sola durante el día, de tanto que pensaba y estudiaba. Según él, la costumbre hacía el método y eliminaba la necesidad. En esta ocasión, sin embargo, no se trataba de apuntar reflexiones del viaje ni de anotaciones acerca de esta o aquella cuestión relativa a nuestra misión en China. En la cubierta y de forma muy discreta estaban hablando los padres Adam Schall y Giacomo Rho con nuestros amigos chinos, LI Zhizao y Xu Guangqi.

—Acércate, Paolo —se dirigió a mí el padre Schall— y déjame algo de papel y tinta.

Los dibujos que trazó sobre el fino papel de seda chino eran bosquejos de los

diagramas astronómicos del manuscrito de Terrentius. Luego explicó detalladamente todo lo que Giacomo Rho y él habían averiguado de su significado.

—Estos hallazgos no tienen por qué ser ningún secreto para vuestros ojos, amigos LI y Xu —dijo Schall, y continuó—: La extraña relación entre astronomía oriental y occidental también se repite en las páginas dedicadas a las hierbas curativas, y eso lo comprobó de forma fehaciente el padre Johann Schreck, experto médico y botánico. Es una lástima que no esté ya con nosotros.

—Y estos dibujos decís —preguntó LI Zhizao, obviando los buenos deseos de Schall—, que han aparecido en un libro tal vez escrito en Europa y que un famoso astrónomo allí envió parcialmente al propio padre Johann Terrentius Schreck para pedirle ayuda en su traducción.

—Así es, al menos en la parte de la historia que Terrentius nos quiso o nos pudo contar —afirmó Schall.

—Eso no es posible —negó de palabra y con la cabeza Xu Guangqi—. Si estamos hablando del mismo libro, eso no es posible. El propio *Ignatius* Qu Taisu, pocas semanas antes de ser encarcelado y ejecutado en el penúltimo arranque de ira del eunuco Wei Zhongxian, me dijo que el libro en el que trabajaban él y otra docena de matemáticos del más alto rango *jinshi* era único, y que Wei Zhongxian lo había recibido de su padre, el también medio eunuco Matang.

—Tal vez no sea el mismo libro. ¿Ese Matang no tuvo alguna relación con el padre Ricci? —intervino en ese momento Giacomo Rho.

—En efecto, así es —contestó LI Zhizao—. Fue uno de sus principales enemigos. Lo recuerdo como si fuera ayer.

—El libro pertenecía al padre Matteo Ricci —interrumpí, ante la sorpresa de todos.

—¿Qué dices, Paolo? —me preguntó el padre Schall sin poder disimular su asombro. Yo mismo también estaba asombrado de mi propia intervención. Había roto la promesa que me había autoimpuesto de no hablar de ese asunto sin que antes tuviera conocimiento el padre Terrentius, pero tal y como se estaban desarrollando las cosas, y con mi maestro aislado en la lejana ciudad de Hangzhou, decidí cambiar de idea.

—Es un dato que encontré en uno de los escritos de los muchos que se guardan en nuestra biblioteca de Macao. El libro, en realidad, había pertenecido a su amigo el también ilustrado LI Yingshi, y estaba destinado a ser uno de los regalos de presentación ante el emperador Wanli. Fue requisado a las puertas de Beijing por el eunuco Matang, que algo de interés vería en él —añadí.

—Y tanto —exclamó Xu Guangqi—. Estamos hablando de un libro extraordinario.

—¿Por qué es tan extraordinario? —Hice esta pregunta animado por la gran importancia que había tenido mi revelación—. Parece que no es otra cosa salvo un grimorio para conjurar demonios, o hacer predicciones a buen seguro que fantasiosas.

Si además está cifrado con algún método antiguo desconocido, seguirá siendo incomprensible para todos, y tal vez por siempre.

—Hay otras razones que tanto tu edad como tu escasa preparación desaconsejan que conozcas —contestó secamente LI Zhizao, poniendo mi amor propio a la altura del suelo—. Y ahora, dinos todo lo que sepas. Nosotros conocimos a LI Yingshi, y este sabio no daba una puntada sin hilo.

—No sé mucho más —dije, arrepentido de haber abierto la boca—. El padre Schreck recibió parte de este libro, si es que hablamos del mismo ejemplar, de manos del famoso astrónomo alemán Kepler, que a su vez lo recibió del emperador europeo Rodolfo II para que lo tradujera. Este también pensaba que se trataba de un compendio esotérico para formular entre otras cosas de menor importancia la transmutación de los metales.

—¿Y el resto de vuestro manuscrito? —ahora LI Zhizao se dirigió al padre Adam Schall.

—Quizá lo tenga el padre Kirwitzer —confesó el padre Schall, no muy convencido de sus palabras—. Ya os dije en Macao que es él quien se ocupa de los asuntos diabólicos —recuperó su ironía.

—Habréis revisado ya sus pertenencias, supongo —preguntó Xu Guangqi.

—¿Por qué habría de hacer semejante cosa? —contestó con otra pregunta airadamente Adam Schall—. Somos sacerdotes jesuitas, no ladrones, por mucho que me disguste su actitud. No conozco las razones por las que Pantaleón Kirwitzer oculta el libro, si es que realmente lo tiene como nos indicó el padre Terrentius, pero en cualquier caso si su deseo es que este llegue sin más obstáculos a manos del propio Terrentius, amén.

—¿Y si os dijera que de no hacerlo así vuestras vidas pueden correr un grave peligro? —habló LI Zhizao con una mueca de amenaza.

—No os atreveréis —bramó Adam Schall—. Para nosotros esas páginas no son más que un mero pasatiempo. Si los chinos quieren seguir perdiendo el tiempo con esa quimera de la plata y las riquezas, allá ellos.

—No somos nosotros los que amenazamos, Adam. Vamos camino de palacio, donde las cosas son muy distintas. Un mal paso —dijo LI Zhizao— y sois hombre muerto. Ya han corrido rumores en la Ciudad Prohibida de que los jesuitas dominan la magia y las artes ocultas, de que consiguen cuanta plata desean. El padre Matteo Ricci nunca lo desmintió. El propio Wei Zhongxian sospecha que puede haber otros libros escritos de forma similar, o simplemente copias del suyo. Si se entera de que es así en realidad, vuestra vida no vale más que la de un triste culí.

—¿De qué lado estáis? —preguntó el padre Adam Schall.

—La duda nos ofende, ilustrísimo padre Schall von Bell —contestó LI Zhizao con la aquiescencia de Xu Guangqi—. Siempre del lado de Nuestro Señor Jesucristo. Del vuestro, por descontado.

—Entonces no sigamos con la conversación —zanjó Schall—. Cuando el padre

Terrentius llegue a Beijing y podamos reunirnos, a buen seguro que muchas de estas cuestiones podrán aclararse. Hasta entonces os recomiendo que guardemos discreción con este asunto.

—Estamos de acuerdo —asintió LI Zhizao—. Pero tened cuidado. Todos tenemos que tener mucho cuidado. Y no estaría de más que el padre Pantaleón Kirwitzer también lo tuviera.

—Se lo diré —terminó Schall—. Pero os prohíbo terminantemente acercaros a sus pertenencias sin su consentimiento.

—Somos ilustrados imperiales chinos, Adam, no vulgares eunucos cortesanos. Tenéis nuestra palabra.

Beijing no tiene la magnificencia de Nanjing, pero toda la vida política y social del imperio se concentra en la nueva capital. Hoy, día 25 de enero del año 1623, hemos alcanzado nuestro destino, y queda todo por hacer. Xu Guangqi y LI Zhizao han dispuesto que nuestra residencia sea la misma que en su día alojara al padre Matteo Ricci, una cómoda villa cerca de la puerta suroeste, la llamada Ciudad del Norte. Nuestra primera sorpresa al llegar allí ha sido encontrarnos con nuestro superior, el padre Nicolás Longobardo, que lleva varios días esperando nuestra llegada. Según nos ha contado, el mandarín de Hangzhou había recibido órdenes expresas desde la corte para que el principal de los jesuitas se uniera al grupo de expertos militares, de tal forma que incluso nuestra jerarquía de mando —ya que de cuestiones con militares se trata— se respete también en China. Por supuesto que el padre Longobardo aceptó de inmediato la invitación y remontó el Gran Canal tan pronto como pudo, escoltado por soldados del imperio. Nos ha tranquilizado respecto a los demás: Semedo, Trigault y, sobre todo, Terrentius. Todos están bien de salud y trabajan a conciencia en la traducción al chino de importantes obras occidentales, especialmente aquellas de cuestiones científicas y religiosas. La más ambiciosa de las primeras ha sido comenzada por el propio Terrentius con la ayuda de un ilustrado chino residente en Hangzhou, de nombre Wang Zheng. En ella, Johann Schreck describe los principales ingenios mecánicos de los italianos Agostino Ramelli y Vittorio Zonca, así como los del francés Jacques Besson; nuevos pozos para extraer el agua, imprentas, molinos y toda clase de aparatos que podrían maravillar a la selecta y cultivada burocracia china. El padre Longobardo nos ha contado que la intención de Terrentius es titular este libro como *Yuanxi qiqi tushuo luzui*, o *Diagramas y explicaciones de las maravillosas máquinas del lejano oeste*. Todos han recibido con gran alegría las noticias de nuestro viaje a Beijing, y bromeado acerca de la proverbial puntería del padre Giacomo Rho y el valor mostrado ante los holandeses por Adam Schall. No hay mención alguna en sus palabras al manuscrito de Kepler, y tampoco hemos estimado oportuno atosigar a nuestro superior en China en relación con este tema, que nunca ha sido de su agrado.

Una vez cómodamente instalados en la antigua residencia pequinesa del padre Matteo Ricci han comenzado las visitas. La primera ha sido una larga entrevista con

un comité formado por los miembros más importantes del Ministerio de la Guerra, que esperaban ansiosos nuestra llegada a la capital. Eficazmente aconsejados por Xu Guangqi y LI Zhizao, hemos departido con ellos durante varias horas, siempre en un clima de confianza mutua y exquisita educación que nos ha sido de gran agrado. Su principal cuestión era conocer si veíamos posible conseguir cañones portugueses en un corto plazo de tiempo, y también si nosotros éramos expertos en su manejo. Hemos respondido de forma afirmativa a la primera pregunta —a buen seguro que el comandante de Macao, Lope Sarmiento de Carvallo, en deuda de amistad con nosotros no pondría objeción alguna—, y negativamente a la segunda, alegando que no somos maestros en el arte de la guerra, sino en el de predicar nuestra religión. Sin embargo, para tranquilizar a nuestros amables interlocutores, y temiendo que una respuesta contradictoria pudiera hacerles cambiar su idea de aceptarnos en Beijing, hemos añadido que no sería difícil conseguir que fueran los propios soldados portugueses los que aleccionaran a los soldados chinos en el uso y manejo de la artillería. El comité ha quedado muy satisfecho con nuestras respuestas y nuestra estancia en Beijing parece, por el momento, asegurada.

La más importante de las entrevistas programadas tendrá lugar dentro de tres días. Hemos sido citados en uno de los más lujosos palacios anejos a la Ciudad Prohibida, aquel en el que tiene su residencia el poderoso eunuco Wei Zhongxian. A la cita solo acudiremos el padre Adam Schall y yo mismo. Wei Zhongxian no quiere ver por allí a ningún influyente oficial burócrata, y tanto Xu Guangqi como LI Zhizao han respirado aliviados, pues tampoco tenían deseo alguno de reunirse con el intrigante eunuco. Sin embargo, nos han aleccionado largamente sobre cómo debemos tratarlo. Bajo ningún concepto, le han remarcado una y otra vez al padre Schall, debe enfurecerse.

De lo contrario, podría no volver nunca de allí.

Cómodamente sentados en un primoroso palanquín portado por ocho sirvientes chinos nos dirigimos a nuestra cita con el famoso eunuco, del que dicen que tiene el gobierno del imperio en sus manos. El padre Adam Schall está de muy buen humor, y no parece asustado por las advertencias de nuestros amigos ilustrados chinos. Una vez en palacio, esperamos sentados en un bellissimo salón decorado con un gusto exquisito. Apenas diez minutos después de nuestra llegada, la presencia de Wei Zhongxian fue anunciada por uno de sus sirvientes, eunuco como él.

El aspecto físico de Wei Zhongxian es peculiar. Aunque más alto que yo —que soy tenido por un joven de complexión fuerte y buena estatura, y que aquí en China sobresalgo en más de una cabeza a la mayoría—, camina despacio y muy encorvado, arrastrando ruidosamente los pies. Su cabeza fuertemente poblada de cabello recogido a la manera tradicional china contrasta con su cara, sin pelo y muy arrugada. Tiene grandes la papada y los mofletes, que le caen de manera grotesca, no pudiendo disimularlos de forma alguna por carecer de barba. También sus manos son blandas y todo su cuerpo es extrañamente desigual y obeso. Después de saludarnos con la

tradicional reverencia, nos ha hablado con una voz fuertemente atiplada, que resulta muy estridente y desagradable. No es precisamente la voz de un niño, más bien parece la voz del diablo.

—Os esperaba —dijo parsimonioso frotándose sus gruesas manos.

Como viene siendo habitual desde que pisé China, nuevamente he sido ignorado por mi juventud: Wei Zhongxian se dirige exclusivamente al padre Adam Schall. Doy por supuesto que piensa que yo no soy otra cosa que un criado, por lo que doy un paso atrás para permanecer en un discreto segundo plano.

—Así que vos sois el famoso monje guerrero —continuó, mirando fijamente a un hierático Adam Schall, que en ningún momento quería parecer desafiante.

—Me limité a poner mis escasos conocimientos en ingenios militares al servicio del rey de Portugal y, por descontado, del emperador de la China.

—No teníais por qué hacerlo. Nadie os lo había pedido. Aquello no parecía precisamente un agradecimiento. El padre Schall no contestó a la primera provocación y dejó que el eunuco Wei Zhongxian continuara con la conversación.

—Nos vendrán bien esos cañones y sus artilleros portugueses. Nos gusta mucho la pólvora, lo habréis notado. Incluso nos convendría importar también a los oficiales de aquel país. Los nuestros, ya lo sabréis, son cobardes e ineficaces.

—Eso sería pedir demasiado, estimado Wei Zhongxian —habló ahora Schall—. No hay mejor oficial ni mejor soldado que el que defiende la propia patria.

—Quizás en vuestros países sea así, pero aquí los soldados no aman al emperador, y sus oficiales prefieren emborracharse o apostar antes que estudiar los mapas y las estrategias. Lo peor de todo —continuó— es que nuestros enemigos son tan feroces como inteligentes, y lo saben.

—¿Los manchúes? —preguntó de forma intencionadamente ingenua Adam Schall.

—Ahora son los manchúes y los tártaros, pero años atrás fueron los japoneses, y mañana podrían ser los españoles, si se apercebieran de nuestra debilidad. Pero hoy tenemos que hacer frente a los primeros que habéis mencionado —dijo, con un gesto de desagrado—. Desde hace cinco años las incursiones de las tribus manchúes nos acosan desde el norte del imperio, y están penetrando en nuestra tierra sin encontrar casi oposición. Estamos a su merced.

Sus palabras parecían sinceras. Con un emperador adolescente y casi analfabeto, alguien tenía que asumir la defensa de la unidad de un imperio tan vasto como el chino. ¿Por qué no él?

—Las noticias que tenemos los europeos de vuestros problemas son escasas, a la par que imprecisas —dijo Adam Schall.

—¿Podéis ponerme un ejemplo de ello? —demandó Wei Zhongxian.

—Por ejemplo, se dice que los caballos tártaros comen la carne de los chinos muertos a su paso, y que hasta en la menor de las incursiones al menos cien mil chinos son asesinados cada vez, sin un ejército que los defienda.

—No estáis tan desencaminado, mi querido monje —contestó Wei Zhongxian—. Pero os quedáis corto tanto en la crueldad del enemigo como en el número de sus víctimas. Por no hablar de la impericia del ejército.

—¿Y unos pocos cañones podrán cambiar el curso de la guerra?

Wei Zhongxian miró fijamente a los ojos del padre Schall. Luego sonrió.

—Solo unos ingenuos como esos oficiales burócratas podrían creerlo. De hecho, los días del imperio están contados.

No se inmutó lo más mínimo cuando dijo esto. Me había confundido con él. «Nunca te fíes de un eunuco», había dejado escrito el padre Ricci.

—Entonces —continuó Schall, levantando progresivamente la voz con el consiguiente peligro—, ¿para qué nuestra presencia en Beijing? Los jesuitas fuimos vetados en China por intentar cambiar las cosas, arriesgando nuestras vidas para llevar las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo al alma de todos y cada uno de los chinos. Ya no me cabe la menor duda —dijo, con su voz ya casi en grito y su rostro enrojecido—, de que vuestras desgracias son un castigo del Altísimo para haceros pagar por vuestros pecados, el menor de los cuales es el haber expulsado de esta tierra a los mensajeros de los Evangelios.

—Sois hombre de carácter —respondió Wei Zhongxian sin cambiar el gesto—. Pero no os pongáis así. Los jesuitas fueron expulsados por el celo de un estúpido burócrata, Shen Que, que logró hacer creer al emperador Wanli que los vuestros eran una especie de brujos. Consiguió llegar hasta el cargo de gran secretario imperial aquí en Beijing hace apenas dos años. Por fortuna, una vez demostrada su incapacidad en los asuntos militares y de Estado, el nuevo emperador Tianqi dispuso su destierro a su tierra natal de Hangzhou, de donde nunca debió salir. Pronto se pudrirá con sus antepasados. Y eso debería alegraros —sonrió el eunuco de forma maliciosa.

—¿El nuevo emperador Tianqi averiguó todo eso él solito? —Adam Schall era ahora quien utilizaba imprudentemente la ironía—. ¿Antes o después de la cena?

—Por mucho menos de lo que vos habéis osado decir cualquier chino recibiría ochenta azotes —contestó Wei Zhongxian—. Y creedme si os digo que es difícil sobrevivir a más de cuarenta. Pero me hacéis falta, monje guerrero. Esto puede que conteste a vuestra pregunta anterior. Los oficiales os querían aquí para convertirse en artilleros; yo os quiero aquí para otros menesteres. En cualquier caso, todos necesitamos de vuestra inteligencia.

—No veo en qué podemos servirlos —dijo Schall, algo más calmado.

—Sé que vos y los vuestros estáis traduciendo numerosos libros occidentales al chino. Que domináis varias lenguas. Que sois capaces de construir y manejar ingenios sorprendentes, el más simple de los cuales sería el cañón militar. Y que muy probablemente conocéis las técnicas para convertir plomo en plata. El tiempo apremia, monje. Necesito de vuestro don de lenguas y de vuestra sabiduría, y a cambio podréis empachar de vuestra religión a los campesinos. No me interesan demasiado ni los pobres ni los dioses.

El padre Schall se quedó mudo por unos instantes. Me pareció que aquella conversación le estaba superando, que su enorme fortaleza interior se derrumbaba.

—Por cierto —continuó el eunuco—. No penséis que puedo pasar por alto graciosamente la ofensa anterior. Mientras seguís con vuestras cavilaciones, y a la espera de que me digáis lo que quiero oír, mis sirvientes aplicarán veinte azotes a vuestro esclavo. Es costumbre aquí entre la nobleza que los siervos reciban algunos de sus castigos. Qué menos pueden hacer por sus amos.

Al oír esto me fallaron las piernas y a punto estuve de perder el conocimiento. Solo la atronadora voz de un repentinamente recuperado padre Schall pudo mantenerme en pie.

—Si tocáis solo un pelo de Paolo os aseguro que jamás comprenderéis una línea del libro de Matang.

Wei Zhongxian volvió a sonreír.

—Perfecto, monje guerrero. No me ha hecho falta explicaros lo que quiero de vos. ¿Cuándo empezáis el trabajo?

Durante los últimos meses se ha organizado y distribuido el trabajo de los jesuitas en Beijing. El padre Nicolás Longobardo, hasta ahora superior en la provincia de China, ha dejado el cargo en beneficio del padre portugués Manuel Días, que gestiona todos nuestros asuntos —especialmente los de índole comercial y económica— desde la más tranquila ciudad de Macao. El propósito de Longobardo es centrarse en la reapertura de nuestra pequeña iglesia en la capital, y también en las otras casas jesuitas distribuidas ya en siete de las trece provincias del Imperio chino, la mayoría abandonadas tras el edicto de Shen Que. Somos pocos, pero conforme el tiempo avanza afianzamos nuestra situación en el continente. Regularmente nos llegan noticias desde la ciudad de Hangzhou. La más importante es que el propio Shen Que ha fallecido —como cruelmente especuló Wei Zhongxian, que posiblemente algo tuvo que ver en ello—, y lo ha hecho en el más completo deshonor. Aunque el nuevo emperador Tianqi no ha revocado oficialmente nuestra prohibición, ningún mandarín nos ha impedido el acceso a nuestras antiguas parroquias. Longobardo se muestra entusiasmado con la perspectiva de volver a empezar ya renacidos de nuestras cenizas, y no cesa en su empeño de que algún día no lejano el pueblo entero de China se convierta al cristianismo, comenzando por el propio emperador. De momento, su pretensión de tener una audiencia privada con el actual, Tianqi, ha sido recibida con sorna por Wei Zhongxian, del que dicen que rompió el preceptivo memorial de petición entre risas mal disimuladas. También desde Hangzhou nos escriben Nicolás Trigault y el padre Terrentius.

El padre Trigault está inmerso en la herencia de los trabajos lingüísticos del padre Matteo Ricci. Se halla actualizando las técnicas de correspondencia fonética entre las lenguas latinas y las variantes más conocidas del chino, en una obra que llevará por título *Xiru Ermu Zi* o *Ayuda para los ojos y oídos de los ilustrados de Occidente*. Como complemento a este titánico compendio ha comenzado por traducir las *Fábulas* del clásico Esopo al chino, que han sido muy bien acogidas por los ilustrados, tanto por su singular simbología y moralidad como por el excelente trabajo de traducción. Nicolás Trigault se ha convertido en nuestro mejor traductor del chino, en detrimento del erudito Terrentius. El padre Álvaro Semedo continúa por su parte con sus labores de dibujante de mapas, que son muy apreciados por los ilustrados. Y el padre Terrentius sigue centrado en los trabajos relacionados con la ingeniería, las matemáticas y la astronomía, sin olvidarse nunca de su amada medicina. Ya hemos comenzado las gestiones para que todos ellos se reúnan con nosotros en Beijing. La condición impuesta por Wei Zhongxian para ello es que tenemos que mostrar ya algún resultado convincente de la traducción del extraño libro que el también eunuco Matang le legara. La argumentación que sigue el padre Adam Schall en sus entrevistas con Wei Zhongxian es justo la contraria. Tanto Trigault —por sus extensos conocimientos del chino y sus no menos brillantes progresos en el

aprendizaje de las lenguas manchúes—, como Terrentius —por razones que a nadie escapan— serían de gran ayuda en dicha traducción. El padre Schall nos ha manifestado a los que aquí estamos su intención de ceder y revelar por fin al eunuco el significado de los dos diagramas astronómicos estudiados, que han resultado similares en ambos ejemplares y a los que considera de importancia menor. A cambio podríamos esperar contar con los padres Trigault, Semedo y Terrentius en Beijing en un plazo inferior al año. Tanto él como el padre Giacomo Rho han estudiado a fondo el manuscrito chino de Wei Zhongxian, pero tras su minuciosa inspección están francamente decepcionados. No hay nuevas pistas ni claves aparentes de cifrado. Por su parte, Pantaleón Kirwitzer permanece fiel a las instrucciones de Terrentius, y no ha vuelto a hacer ninguna mención expresa del manuscrito europeo. Si está en su poder sigue siendo una incógnita para todos nosotros.

Las cuestiones militares han sido hábilmente marginadas del orden de trabajo habitual por nuestro amigo chino Xu Guangqi. El padre Adam Schall apenas tuvo que redactar una breve y amistosa carta con la petición de ayuda al comandante portugués de Macao, Lope Sarmiento de Carvalho, cuya respuesta afirmativa no se ha hecho esperar. Ya han llegado tres cañones y dos artilleros portugueses desde Macao, y los resultados no han podido ser peores. Dos de los oxidados cañones han estallado a las primeras de cambio, y en los accidentes han muerto varios soldados chinos aprendices de artillero. Sin embargo, el Ministerio de la Guerra ha quitado importancia a los incidentes y sigue con su intención de incorporar masivamente la artillería en su lucha contra los manchúes.

De entre nosotros el jesuita más activo es, sin ninguna duda, el padre Adam Schall. Sigue teniendo muy presente cuál es su misión en China, que no es otra que la de acometer la reforma del calendario imperial. Según Schall, esta es la vía más segura para convertir al Hijo del Cielo y a sus obedientes súbditos a la fe cristiana. A menudo nos recuerda que la actual corrupción de la corte, la dejadez del emperador y la influencia de los eunucos serán cosa pasajera, y coincide con el propio tirano Wei Zhongxian en que la actual dinastía Ming difícilmente sobrevivirá unos años más. Pero a diferencia de este, que solo busca su propio enriquecimiento antes de que el desastre se consume, Schall es optimista respecto al futuro. Cree que es imposible que las cosas vayan a peor si los manchúes logran conquistar el imperio, así que todo es cuestión de tiempo. Una nueva dinastía de emperadores puede significar aires nuevos en los palacios de la corte. Mientras llega el momento, y gracias a su enorme talento y personalidad, hace nuevos amigos entre los ilustrados más preparados, igual que hiciera años atrás Matteo Ricci. Y estudia astronomía con pasión.

Fruto de esta estrategia es su sincera amistad con el influyente presidente del Ministerio de Finanzas. Desde su palacio Adam Schall ha pronosticado y acertado de pleno con el eclipse lunar ocurrido el reciente 8 de octubre de este año del Señor de 1623. Tal ha sido la impresión del ministro que este, vestido con el atuendo clásico chino, le ha suplicado convertirse en su alumno. Con su ayuda está preparando ya un

tratado en el que se describirán gráficamente las fases de un eclipse y se discutirán las cuestiones astronómicas relacionadas. Nuestro amigo chino converso Xu Guangqi, anticipándose a su redacción, ya ha pedido presentarlo ante el Ministerio de Ritos, al que por fin espera poder convencer de las bondades de los jesuitas en lo que a temas astronómicos se refiere. El próximo eclipse —anunciado para el mes de septiembre venidero— puede ser crucial en nuestros intereses por hacernos cargo de las reformas del calendario.

La obsesión de los chinos con la precisión en la predicción de los eclipses viene de largo, puesto que están inequívocamente unidos con sus ceremonias religiosas y sus ofrendas al cielo. En las ocasiones en que un eclipse —principalmente los solares, más infrecuentes y espectaculares que los lunares— no ha sido predicho con anticipación, se hace necesaria una obligatoria y humillante disculpa por parte del propio emperador, lo que no es plato de gusto para su orgullo, por muy poderoso que este sea. Los meses que siguieron a la muerte del padre Ricci, como brevemente reseñé en una carta anterior, fueron especialmente importantes. Un eclipse solar fue pronosticado dentro y fuera de la Oficina del calendario imperial, dependiente del Ministerio de Ritos. El error fue tan grande como de dos marcas chinas —unos treinta minutos— según los cálculos de sus matemáticos, y de tres marcas según el Ministerio de la Guerra. El jesuita Diego de Pantoja, colaborador de Matteo Ricci, había realizado una predicción mucho mejor. Los mediocres resultados obtenidos por los propios chinos empujaron al director de la Oficina del calendario —de nombre Zhou Ziyu— a recomendar la traducción de algunas obras occidentales en posesión del mismo Diego de Pantoja y de Sabatino de Ursis. Y también a encargarse parte del trabajo a dos brillantes oficiales y astrónomos, que no eran otros que nuestros entonces jóvenes amigos LI Zhizao y sobre todo Xu Guangqi, fervientes admiradores del padre Matteo Ricci y atraídos por este hasta su conversión al cristianismo. Sin embargo, y a pesar de los deseos del director Zhou Ziyu de corregir los serios errores en el cálculo, la ansiada reforma se paralizó en 1619, fecha además en la que los jesuitas ya habíamos sido proscritos por obra y gracia de nuestro enemigo Shen Que. Al desinterés conocido del emperador Wanli siguió la renuncia de los ilustrados LI Zhizao y Xu Guangqi. Ahora, con la llegada a Beijing de jesuitas tan preparados en materias astronómicas como Adam Schall y Giacomo Rho, tanto Xu Guangqi como LI Zhizao esperan que, de una vez por todas, la ansiada reforma del calendario sea llevada a cabo.

No ha hecho falta esperar el año concedido por Wei Zhongxian para que nuestros hermanos aislados en la ciudad de Hangzhou se hayan reunido por fin con nosotros en Beijing. La primavera despunta furiosa en este feliz día de marzo de 1624. Sonrientes bajan de sus palanquines primero el padre Nicolás Trigault, y luego, más despacio y con aspecto fatigado a pesar de su sonrisa, mi amado maestro Johann Terrenz Schreck. Terrentius se abraza primero con el superior Longobardo, al que sigue respetando como tal por razón de su edad, y luego con el resto. El padre Adam

Schall está eufórico con su llegada. Nadie diría que solo unos cuantos meses atrás apenas se dirigían la palabra y, si lo hacían, era para discrepar de casi cualquier cosa que acontecía.

—Mi joven discípulo Paolo —su abrazo es largo pero débil; noto a través de sus ropas su delgadez, podría contar sus costillas—. Ya no sois aquel niño que embarcó en Lisboa. Ya no merecéis un trato de mero escolástico.

Hasta ese día nadie me había tratado como a un igual. Me emocionó.

—Padre Terrentius —dije—. Estábamos huérfanos sin vos. Y también con la ausencia del procurador Trigault —añadí, pues quizá estábamos siendo demasiado efusivos con el padre Terrentius y poco cariñosos con el padre Nicolás Trigault que, al fin y al cabo, era el artífice de nuestra elección como misioneros jesuitas en China. El aludido pareció advertirlo y sonrió sin darle mayor importancia.

—Hemos tenido un buen viaje —dijo el propio Trigault—. Rápido y sin contratiempos. El salvoconducto enviado desde la corte abría todas las puertas y parecía incluso acelerar el funcionamiento de las esclusas.

—Muy poderoso debe de ser ese eunuco al que llaman Wei Zhongxian —añadió Terrentius—. Y mucho interés parece tener en la reforma del calendario imperial.

—Mucho más poderoso de lo que os podáis imaginar —dijo Adam Schall—. Pero su interés en el calendario es nulo. Son otras las razones que le han impulsado a acceder a nuestras peticiones.

—Apenas lo habéis mencionado en las cartas...

—Es un asunto delicado, y me temo que nuestro correo es interceptado y abierto varias veces en el camino desde Beijing hasta Hangzhou —replicó el padre Schall.

—Pero ¿hay en China alguien más que hable alemán, *mein lieber Freund* Adam?

—Si no lo hay, seguro que lo aprenden rápido. Una veintena de esos azotes que se propinan en los palacios de la corte, y hasta el chino más ignorante compondrá versos en latín —respondió ocurrente el padre Schall.

Reímos su ingenio, aunque no sin preocupación. Adam Schall se puso serio y todos con él.

—Veréis, Johann. Lo de los azotes no es del todo una broma. Ya se cuentan por docenas los oficiales y eruditos apaleados o directamente ejecutados por no lograr una traducción verosímil.

—Traducción, ¿de qué? —preguntó confundido Terrentius.

—El eunuco tiene en su poder un manuscrito similar al vuestro. Quizá sea una mera copia, quizá sea un escrito que lo complementa. No lo sabemos.

El padre Schall se extendió prolijamente en las explicaciones. Por supuesto puso al día a Terrentius de su descubrimiento de las estrellas novas y de sus fechas, y también de cómo estos diagramas astronómicos se repetían casi exactamente en ambas copias. Igualmente lo hizo de nuestra actual situación, atascados en la traducción sin progreso alguno. Terrentius lo escuchaba todo sin pestañear, primero sorprendido de la habilidad de los padres Schall y Rho en lo que a identificar

conocimientos astronómicos se refería, luego asustado por las insoportables presiones que casi a diario llegaban desde la corte del ambicioso Wei Zhongxian.

—Así que esta es la principal razón por la que se nos ha permitido reunirnos con vos en Beijing —habló por fin Terrentius.

—En efecto. El eunuco ignora que nosotros también poseemos un manuscrito similar al suyo, pero conoce nuestro talento de lingüistas y traductores, así como de matemáticos. Los procedimientos de cifrado europeos son muy superiores a los chinos.

—Es una situación delicada —pensó en voz alta mi maestro—. Supongo que algo ayudará tener el volumen completo. ¿Está el padre Kirwitzer con vos?

Nos miramos. Adam Schall hablaba por boca de todos.

—Está en Beijing con nosotros. A instancias de Xu Guangqi y LI Zhizao se unió a la expedición desde Macao. El ataque holandés ocurrió apenas unos días después de su llegada procedente de Goa. —Hizo una pausa para continuar—. Desconfía de mí. Desconfía de todos.

—No os preocupéis, Adam. De mí no puede desconfiar.

Sin embargo, a la hora de la cena, el padre Terrentius nos hizo saber que, en efecto y tal y como nos había dicho el propio Pantaleón Kirwitzer, el resto del manuscrito europeo había quedado olvidado en nuestra residencia india de Goa.

Ya no sabíamos qué pensar.

Esta afirmación, fuera cierta o falsa, hizo que volvieran a aflorar las diferencias entre Adam Schall y Terrentius, bien es verdad que sin la virulencia del pasado. Pero a pesar de su mutua admiración cada uno parecía querer hacer la guerra por su cuenta. Por un lado, el padre Terrentius seguía teniendo como objetivo principal satisfacer la curiosidad de Johannes Kepler y de su amigo Jacobus Sinapius, y quién sabe si algo más. Por el otro, el padre Adam Schall se encontraba en un callejón sin salida. El manuscrito había pasado de ser un mero pasatiempo intelectual —como antaño había defendido ante el superior Nicolás Longobardo—, a ser su tabla de salvación. Su vida dependía de que fuera capaz de traducir la copia del eunuco Wei Zhongxian. Cuando la paciencia de este se terminara, sería hombre muerto. Y con él, muy probablemente, el resto de jesuitas seguiríamos la misma suerte.

A la cita en Beijing había faltado el padre Álvaro Semedo. Un hallazgo inesperado cerca de la ciudad nortea de Xian, en la provincia de Shaanxi, cambió sus planes iniciales de viajar con Trigault y Terrentius. Poco antes de que LI Zhizao y Xu Guangqi fueran en nuestra búsqueda a Macao se habían reunido todos ellos en casa del amigo converso Miguel Yang Tingyun, en la ciudad de Hangzhou. Una estela grabada de mármol negro —de origen y antigüedad desconocidos—, había sido desenterrada junto al templo Chongren en unas tareas de reconstrucción del antiguo monasterio budista. Los propios trabajadores habían informado del hallazgo al mandarín al cargo en Xian, que pronto se dio cuenta de la importancia de la estela y se reunió con los principales ilustrados de la provincia. No había duda. Aquella

reliquia, de casi tres metros de altura y con inscripciones en varias lenguas, tenía relación con el cristianismo. Uno de los ilustrados de Shaanxi, de nombre Zhang Gengyou y que simpatizaba con los cristianos, había enviado un esbozo de los grabados y los textos a su amigo LI Zhizao en Hangzhou. Tanto el superior Nicolás Longobardo como el propio LI Zhizao decidieron que lo más conveniente era que uno de los nuestros —el mencionado padre Álvaro Semedo— viajara inmediatamente hasta Xian para averiguar de qué se trataba el extraño hallazgo.

El padre Nicolás Trigault esperaba con ansiedad noticias del padre Semedo. Su conocimiento tanto del chino como de algunos idiomas del norte del continente —como el manchú o el tibetano, entre otros— era ya muy notable, situándose claramente por encima del que tenía el sabio LI Zhizao. Álvaro Semedo llegó a nuestra casa en Beijing tres semanas después de que lo hiciera el propio Trigault acompañado de Terrentius. La cantidad de cosas que tenía que contarnos era enorme, y su deseo de hacerlo irrefrenable. Tras descansar apenas un par de horas del largo viaje, se reunió con nosotros en el salón de la casa donde habíamos improvisado la importante biblioteca con todos los libros que, desde Macao, habíamos podido llevar hasta Beijing.

—Decidnos, Álvaro —le urgió el padre Trigault sin dar tiempo a Semedo a organizar sobre la gran mesa la cantidad ingente de papeles que traía consigo—. ¿Es cierto que es una inscripción de los nestorianos? ¿Que antes de los monjes pioneros franciscanos Giovanni Montecorvino y Arnoldo de Colonia estos primeros herejes cristianos llegaron hasta China? Los franciscanos sostienen que los suyos hicieron muchas conversiones entre los nestorianos.

—Parece ser que sí, Nicolás —contestó el padre Semedo—. Todavía es pronto para saber qué refleja exactamente todo el texto grabado en la estela, pero el encabezamiento en chino se puede traducir con bastante claridad. Vendría a decir lo siguiente: *Memorial de la propagación en China de la luminosa religión proveniente de Daqin*.

—*Daqin*. Eso parece confirmarlo, sí —intervino Terrentius.

—¿*Daqin*? —dije yo, ignorante como siempre. Por fortuna, tenía de vuelta a mi querido maestro.

—Sí, Paolo. *Daqin* es el término chino para denominar los restos del Imperio romano en los dos primeros siglos de nuestra era. En un sentido amplio viene a ser el occidente. De forma particular los chinos lo utilizan también para referirse a las distintas iglesias cristianas siríacas.

—Siríacas o asirias —le interrumpió el padre Trigault, en lo que parecía que comenzaba a ser un concurso de erudición—. El siríaco o caldeo es un dialecto del arameo, y en la antigüedad era la lengua más importante junto con el griego. Me consta que lo domináis, padre Terrentius.

Johann Terrenz sonrió agradecido por el reconocimiento. El padre Semedo prosiguió con sus explicaciones.

—La estela está grabada principalmente en chino, pero también hay textos en siríaco, en arameo, en persa e incluso en sánscrito. Y breves inscripciones en otras lenguas que no conozco. Padre Terrentius —continuó—, tenéis mucho trabajo por delante.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras extendía unas grandes hojas de papel de seda que había utilizado para calcar las inscripciones. Con la ayuda del frágil carboncillo había conseguido una reproducción fidedigna de todos los símbolos que contenía la estela.

—Os ha llevado un buen trabajo hacer todas las copias —le felicitó Terrentius, examinando algunas de las hojas calcadas—. En efecto, tenemos mucho que hacer durante las próximas jornadas.

Volví a interrumpirles.

—Mis venerados padres, no consigo entender la relación entre el Imperio romano y la herejía nestoriana. Ni qué hacen aquí en China.

Fue Nicolás Trigault quien, con el beneplácito de Terrentius —que por una vez me ignoraba de tan absorto que estaba en la contemplación de los textos—, prosiguió con la explicación.

—Paolo, como buen escolástico que sois —Trigault se había unido a Terrentius en el tratamiento— a buen seguro conocéis la herejía nestoriana. Esta mal llamada doctrina mantiene que Jesucristo no es una sola persona, sino dos: una humana y la otra divina, independientes, y que se unen en Cristo, Dios y hombre.

—Sí, conozco el fundamento de la doctrina —contesté algo azorado por hablar de cuestiones teológicas delante de eruditos de la talla del propio Trigault, Terrentius, Longobardo, Semedo y el mismo Adam Schall, que hasta ese momento guardaba silencio—. El principal motivo del cisma nestoriano fue afirmar que la Virgen María no era la madre de Dios, sino madre únicamente de Jesús de Nazaret.

—En efecto —prosiguió el padre Trigault—. Fue Nestorio quien en el siglo v defendió como obispo de Constantinopla esta idea que llevaría su nombre. Y el también obispo Cirilo de Alejandría fue quien se enfrentó a él. La disputa terminó en el concilio de Éfeso, el año 431. Los nestorianos, que no dieron su brazo a torcer, salieron de allí convertidos en herejes. Y como tales fueron desterrados del Imperio romano, del así llamado *daqin* para los chinos.

Comenzaba a aclarar mis ideas. Adam Schall también quería dejar impronta de su formidable formación teológica.

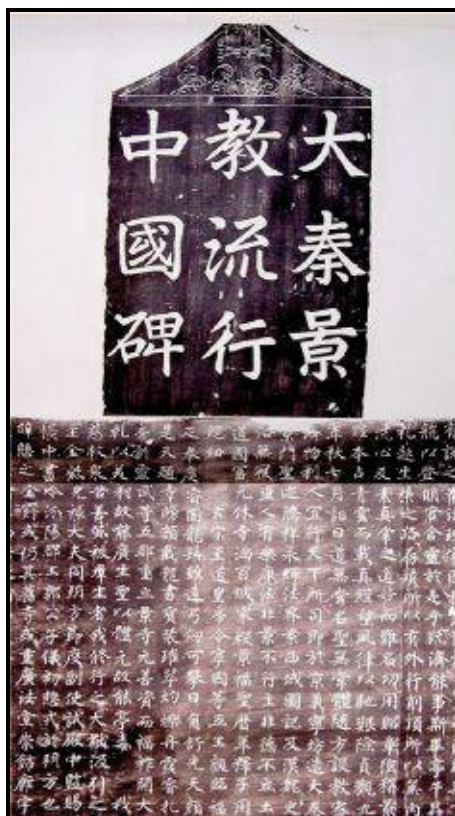
—Los nestorianos huyeron hacia Asia. Primero se refugiaron en el Imperio sasánida. Con la descomposición de este imperio persa por la conquista islámica y la consiguiente adopción del islam como religión oficial en todo el territorio, fueron expulsados más hacia el este. Se supone que entonces llegaron primero a la India y más tarde aquí, a China, alrededor del siglo vii. Y quizás a otros territorios, como Manchuria o Tíbet.

—No deja de ser curioso que sigamos encontrando relaciones entre manchúes,

tibetanos y chinos. Y más cuando nos preocupamos de la traducción de extraños libros escritos en lenguas ignotas —añadió Nicolás Trigault a las palabras del padre Schall.

—Y más aún cuando esos dichosos caracteres aparecen por todas partes.

Era Terrentius el que había hablado. Su mano temblorosa señalaba un par de renglones en los papeles traídos por Álvaro Semedo. Sin dejar lugar para las dudas, los caracteres eran idénticos a los que contenía el manuscrito que le había enviado años atrás Johannes Kepler.



*Fragmento del grabado de la Estela Nestoriana de Xian (circa 1624 AD)*

Estas últimas semanas el trabajo en la sala de la biblioteca está siendo frenético. Con la aquiescencia de todos se ha informado a Wei Zhongxian de la coincidencia de algunos caracteres grabados sobre la estela con los escritos en su manuscrito supuestamente alquímico. El eunuco, que ya sabía del hallazgo de la estela nestoriana de Xian por la vía oficial de los mandarines —a la que no había concedido la menor importancia—, se ha entusiasmado con la noticia. Tanto que nos ha concedido más tiempo para nuestros trabajos, lo que nos ha sido de gran alivio. Además nos ha ofrecido cualquier tipo de ayuda que estimemos necesaria para el estudio de la estela. Todo lo que pidamos. En realidad, desde nuestra llegada a Beijing ya podemos considerarnos personas libres en China. Por otra parte, nadie nos ha vuelto a recordar nuestra obligación primera, que no es otra que la de servir de instructores a los artilleros de los militares. Los oficiales y soldados portugueses venidos hasta aquí se encargan gustosamente de ello.

Con todo, y aunque liberados de las tareas militares, nuestro objetivo principal sigue siendo hacernos cargo de la reforma del calendario imperial chino. Esto pasa por demostrar al emperador que nuestras habilidades matemáticas son superiores a las de sus oficiales. La predicción de cualquier evento en los cielos puede ayudar a ello. Y si ya el padre Adam Schall predijo con acierto un eclipse lunar el año pasado, en este mes de septiembre de 1624 lo ha vuelto a hacer con más precisión si cabe incluso que el precedente. También la inestimable ayuda del padre Terrentius —en este asunto principal ambos dejan de lado sus diferencias— ha contribuido a mejorar el método para el cálculo, ejecutado con su habilidad característica por el padre Giacomo Rho. De nuevo el ministro de finanzas —desde cuyo palacio se han realizado las observaciones— se ha maravillado con la sabiduría de los jesuitas. Y por segunda vez ha insistido —en otro memorial escrito con nuestro amigo Xu Guangqi a la Oficina de Ritos— acerca de la imperiosa necesidad de llevar a cabo de una vez la necesaria reforma. Pero el momento político es cada vez peor. Si el emperador Tianqi no es capaz de comprender tan siquiera los ideogramas más simples de su propia lengua, poco podrá opinar acerca del complejo y exacto mecanismo de los cielos. Por su parte Wei Zhongxian sigue obsesionado con la única idea de enriquecerse, sabiendo que el ejército no tardará en ceder completamente ante el empuje y coraje de los soldados manchúes. Y los oficiales e ilustrados conspiran entre todos y contra todos, sin llegar a ningún sitio. No hay lugar ni para la ciencia ni para Dios hoy en China.

—La piedra tiene una altura de casi tres metros si se incluye la tortuga.

—¿Qué tortuga? —preguntó Nicolás Trigault.

Nuevamente nos habíamos reunido para intercambiar pareceres sobre los textos de la estela nestoriana desenterrada cerca de la ciudad de Xian. Nuestra primera decisión al respecto fue la de informar del hallazgo de la existencia de los primeros cristianos en China al mismo papa de Roma.

—El pedestal de la lápida tiene la forma de una gran tortuga —contestó Álvaro Semedo—. Para los chinos es el símbolo de la longevidad y la sabiduría.

—También tiene un significado astronómico —recordé yo—. El norte.

—No creo que tenga relevancia astronómica —me cortó Adam Schall—. La piedra es muy antigua. Podría haber una relación con sus viejas leyendas. Como aquella que habla de la famosa tortuga emergida del río Amarillo en presencia de su legendario emperador Fu Hsi, en cuyo caparazón se dibujaban puntos y números y figuras y cualquier cosa que uno se pueda imaginar. Simplezas que anidan en aquellos que todavía no han conocido al Señor.

—A ese respecto, ¿qué antigüedad le estimáis, Terrentius? —preguntó el anterior superior Nicolás Longobardo.

—Por suerte la piedra está datada por su propio grabador, de nombre Lu Xiuyan. Se levantó en el segundo año del reinado de Dezhong, emperador de la dinastía Tang. Trasladado a nuestro calendario, en el año 781 de Nuestro Señor.

—¿Qué más habéis encontrado en ella? —siguió preguntando Nicolás Longobardo.

—En líneas generales —prosiguió Semedo— se trata de un recordatorio de casi ciento cincuenta años de historia de los primeros cristianos nestorianos en China provenientes de Siria. Se hace especial mención al emperador Taizong, que les habría dado acogida allá por el año 635, gracias al empeño del principal entre los nestorianos, un misionero de nombre Alopen. Este sería consagrado después como obispo. Otros importantes patriarcas aparecen mencionados explícitamente también en el frontal de la losa. Y las listas con los nombres de unos setenta monjes y sacerdotes se relegan a los laterales de la piedra.

—Y vos, padre Terrentius, ¿qué me podéis decir del lenguaje de las inscripciones?

Johann Terrenz Schreck tardó un par de minutos en continuar con la información demandada por Longobardo. Los papeles temblaban en sus manos, no sabría decir si por el nerviosismo de los resultados encontrados o por algún problema físico o enfermedad inconfesable de mi maestro.

—La lápida está coronada por una inequívoca cruz cristiana en lo más alto, y flanqueada por símbolos budistas en lo que parece ser una sumisión de estos a la primera. Bajo la inscripción que da nombre al memorial hay del orden de dos mil caracteres chinos. Ocasionalmente se alternan con varias frases en siríaco, de no más de cincuenta palabras cada una. Por ejemplo, la firma del redactor del contenido, un tal «Adam, diácono, vicario y papa de China, en la época del Padre de los Padres...».

—¿Papa? —exclamó escandalizado Adam Schall.

—Supongo que tendría un significado restringido a su comunidad —contestó Terrentius para luego continuar—. Entre los nombres de los sacerdotes se utiliza con frecuencia el persa y el sánscrito, y la traducción se complica.

—¿Y de qué versan en líneas generales los textos?

El padre Semedo continuó.

—En las partes que hemos comprendido, hay lógicas referencias a Dios, al Génesis, a la cruz y al bautismo. También a la Santísima Trinidad y a Satanás. Y gran parte del texto fue escrito para agradecer y loar el respeto de los distintos emperadores chinos hacia su religión. Supongo que la estela fue enterrada y ocultada como consecuencia de alguna prohibición posterior. Y ha permanecido así hasta la fecha.

—Padre Trigault, ¿tenéis ya una traducción completa del texto chino? Sería magnífico poder enviársela al santo padre.

—Harán falta años para eso, mi querido padre Longobardo —contestó un atribulado Nicolás Trigault—. Ni siquiera LI Zhizao es capaz de comprender muchos de los caracteres de sus antepasados. Os puedo leer algún párrafo que hemos conseguido entender a duras penas.

Trigault comenzó a leer sus propias notas:

*El Verdadero Señor no tiene origen.  
Es profundo, invisible e inmutable;  
con poder y capacidad para perfeccionar y transformar.  
Él levantó la Tierra y formó los Cielos...*

Se interrumpió al llegar a este punto.

—Lo que viene ahora es un párrafo incomprensible. Y no solo por los propios caracteres chinos, sino por la mezcla de este antiguo dialecto y...

—Seguid, mi buen procurador —apremió Nicolás Longobardo.

—Y el lenguaje del manuscrito del padre Terrentius.

—Al final tendréis razón los que insistíais en la necesidad de entenderlo —dijo, mirando sucesivamente a los padres Terrentius y Adam Schall.

Luego se miraron entre ellos. Terrentius volvió a tomar la palabra.

—Padre Longobardo, conforme avanzamos en la traducción nuestro desconcierto también aumenta.

—Explicaos.

—Poned atención a los siguientes párrafos —pidió Terrentius.

*Donde el aire es más puro brilla el Señor.  
Él construyó allí palacios de pureza;  
palacios de paz, grandes y luminosos,  
por encima de todos los hombres...  
Allí se tradujeron las Escrituras,  
se construyeron las Iglesias,  
y se guardaron los Libros;  
protegidos de la calamidad y del desastre...*

—Parece que hace referencia a un lugar concreto —pensó en voz alta Adam Schall—. Las crónicas escritas por los franciscanos cuentan que los nestorianos no solo llegaron hasta la China. Que pudieron incluso alcanzar lugares que creíamos inaccesibles, como el propio Tíbet.

—Exacto, mi buen Adam —habló de nuevo Terrentius—. Solo hasta hace unos meses los jesuitas no habíamos conseguido llegar hasta allí. Las noticias que han enviado desde Goa nos hablan de que los padres portugueses Antonio de Andrade y Manuel Marques consiguieron finalmente cruzar la enorme cordillera del Himalaya y pasear por sus ciudades. Un territorio nunca antes alcanzado por europeo alguno.

—¿Qué sugerís, padre Terrentius? —preguntó Longobardo.

—Claramente los párrafos que os he leído hacen referencia al Tíbet, pues este se encuentra situado más alto que ningún otro lugar sobre la Tierra. El aire es tan puro como escaso allí. Es posible que entre sus antiguas iglesias cristianas hallemos los textos que buscamos para completar las traducciones. Creo que debemos sopesar seriamente la idea de que alguno de nosotros se una a la próxima expedición del

padre Antonio de Andrade.

—¿Y en quién habéis pensado?

—La juventud lleva asociada la fortaleza. Creo que nadie mejor que Paolo para afrontar la dureza de este intenso viaje.

Al escuchar las palabras de la propuesta de mi maestro me quedé de una pieza. Pero mi sorpresa no terminó aquí.

—Con Paolo viajará el padre Pantaleón Kirwitzer.

El padre Nicolás Longobardo no puso objeción alguna. Al fin y al cabo, Kirwitzer no tenía una misión clara asignada en Beijing y, a diferencia de mí, era sacerdote.

Sin embargo, la cara de Adam Schall hablaba por sí sola. Su mirada en dirección al padre Terrentius echaba fuego.

Pero esta vez guardó silencio. Aunque no tardaría en hablar.

El viaje estaba decidido. La única cuestión pendiente era cómo ir hasta el Tíbet habiendo llegado ya hasta Beijing. El tiempo era escaso y la incertidumbre de la política en el Imperio chino tan grande que no convenía demorarse en ninguna decisión. Los padres Adam Schall y Álvaro Semedo habían estudiado a fondo la geografía y extensión de la China. Schall, incluso, gozaba de la amistad de un experimentado mercader que periódicamente seguía con su caravana las rutas que unían el Asia Central con el Imperio chino. Teníamos que saber si era posible ganar tiempo yendo por el interior —ahora que los salvoconductos no parecían ser un problema— o, por el contrario, lo más conveniente era desandar el camino recorrido y embarcar en Macao para, en sentido inverso, llegar a la ciudad india de Goa. Y una vez allí, unirnos a la segunda expedición al Tíbet que nuestro hermano Antonio de Andrade tenía previsto realizar en el verano del año entrante. Terrentius creía que este era el camino menos complicado. Por el contrario, Adam Schall confiaba en la autoridad incontestable del eunuco Wei Zhongxian, y prefería arriesgarse en las rutas interiores, sobre el papel de los mapas más cortas. Como era de esperar, las discusiones entre ambos jesuitas alemanes no faltaron a la cita.

—Mi gran amigo Mirjudin puede acompañarlos. Con su experiencia y la intimidación de algunos soldados que Wei Zhongxian nos preste para el camino, no hay que temer a los bandidos. Ni a las tempestades de los monzones en la navegación que nos encontraríamos por mar desde Macao hasta Goa.

—No pienso como vos, Adam —replicó Terrentius—. Estáis anteponiendo la confianza en los extranjeros a la experiencia de los propios hermanos jesuitas. Los padres portugueses Antonio de Andrade y Manuel Marques llegaron al Tíbet en solo cuarenta jornadas desde su partida de la ciudad de Delhi. El camino es seguro en verano a través del altísimo paso de Mana.

—Tan seguro como que los piratas holandeses estén esperando en las aguas del océano Índico. Todavía les resuenan en los oídos nuestros cañonazos en su asalto fallido a Macao. Por no hablar de esa ruta tan peligrosa entre las nieves perpetuas, que solo los más valientes entre los propios tibetanos se atreven a afrontar, acostumbrados a respirar lo justo —argumentó a su vez el padre Schall—. Escuchadme bien, Johann —continuó, ahora algo más calmado—. Durante el tiempo que llevo en Beijing he aprendido que los extranjeros son más de fiar que la mayoría de los chinos. Mirjudin lleva muchos años recorriendo las tierras chinas. Solo una vez cada cinco años el emperador permite que una caravana mayor cruce la Gran Muralla, y las menores tienen que esperar al menos tres. Pero esto cambiará para nosotros con un salvoconducto firmado por el emperador, al que Wei Zhongxian hace comer en su mano. Todo el complicado protocolo que regula las caravanas, con su pasaje y sus mercancías, quedará en nada.

—Mirjudin es musulmán, Adam. ¿Desde cuándo confiáis en los infieles?

—Desde el mismo momento en que compruebo que sus palabras son ciertas y su corazón sincero.

—¿Entonces también creéis que Alá es el único Dios y Mahoma su profeta? —replicó Terrentius robando a Schall un poco de su característica ironía.

—Por favor, padre Terrentius —cambió Schall el tono de su réplica—. Pueden seguirse tres grandes rutas para entrar y salir de China por tierra. Si la que utiliza Mirjudin y su familia desde hace décadas no es de vuestro agrado podemos pensar en la que atraviesa el noroeste de la India, o incluso la más complicada que bordea el este del Tíbet y llega a Bengala. Pero la ruta norte, la que une Bukhara y Suzhou, la primera ciudad dentro del imperio Ming, es la más segura. Y, por si no lo queréis recordar, es la misma que siguió nuestro hermano Bento de Goes para entrar en China a través de la Gran Muralla.

En efecto, el padre Adam Schall se refería al gran misionero y explorador Bento o Benedicto de Goes, que llegó a Goa como soldado portugués y salió de allí convertido en hermano jesuita. Bento es recordado por haber sido el primer europeo conocido en viajar desde la India hasta China por el interior y no por mar, haciéndolo a través de Afganistán y la cordillera del Pamir en Asia Central. Además Bento de Goes comprobó de forma fehaciente que el misterioso Cathay reseñado en los viajes de Marco Polo y la China eran la misma cosa, como también corroboraría el padre Matteo Ricci, con quien el mencionado Bento mantuvo frecuente correspondencia. Terrentius recordó este extremo.

—Cierto es que el jesuita Bento de Gois llegó hasta la Gran Muralla, y que pudo cruzarla para llegar a la ciudad china fronteriza de Suzhou a finales del año 1605. Pero lo consiguió después de recorrer más de cuatro mil millas de arduo viaje y pasar más de tres años en el camino. Como así lo reflejan sus cartas a Matteo Ricci, que ya vivía tranquilamente por aquel entonces aquí en Beijing y en esta misma casa. No podemos exponer a Paolo y al padre Kirwitzer a un viaje tan largo e incierto.

El padre Schall comenzaba a quedarse sin argumentos. Finalmente cedió, no sin antes lanzar un cañonazo directo a la línea de flotación de Terrentius.

—Sea, que vayan por mar entonces. Pero aprovechando que vuestra pareja de protegidos han de pasar por Goa, no os olvidéis de recordarles que tienen que recoger un libro allí.

Terrentius hizo como que no oía esta última frase.

Durante el viaje a Goa, que ha resultado mucho más fácil y rápido de lo previsto, el padre Pantaleón Kirwitzer apenas ha abierto la boca. Lo mínimo necesario por educación y por cumplimiento de las propias normas jesuitas. Durante los largos días de navegación fluvial por el Gran Canal a menudo se recluía en el interior del barco para rezar en silencio. Los trámites burocráticos han sido escasos. Nos acompañan un par de eunucos de la confianza de Wei Zhongxian, y son ellos quienes cierran los tratos con los otros eunucos cuando se trata de cambiar de barco o aprovisionarnos. Muchos de ellos no se atreven a pedir dinero, tal es el respeto que impone el sello

imperial y la fama de crueldad del propio eunuco favorito del emperador Tianqi. Nuestra estancia en Macao ha sido breve, y solo ha durado el tiempo necesario para esperar la partida de una nao mercante portuguesa de mediano calado, pero lo suficientemente segura para nosotros. Los eunucos han quedado en Macao. La travesía hasta el puerto indio de Goa tampoco ha deparado ninguna sorpresa. Nuestro principal temor eran los piratas holandeses, pero no hemos encontrado ningún otro buque extranjero ni cerca de aguas chinas ni indias. Quizá la presa era demasiado pequeña como para que un arriesgado abordaje mereciera la pena. Nos consta que espías pagados por los holandeses informan a estos de los movimientos de barcos en el puerto portugués de Macao. Una antigua carraca cargada de paños de baja calidad no les ha resultado atractiva. Hemos tenido fortuna.

Nuestra residencia jesuita en Goa hierve hoy de actividad. La hazaña de los padres Antonio de Andrade y Manuel Marques se ha conocido también en Roma, y tanto el padre general de la Sociedad como el papa han felicitado al padre provincial en la India. Casi sin tiempo para reponerse del primer viaje están preparando el segundo, donde el objetivo principal será abrir un centro misionero jesuita en la ciudad de Tsaparang, la capital del reino de Guge. Este se encuentra en la zona occidental del Tíbet, una vez atravesada la cordillera del Himalaya y muy próximo a la región india de Ladakh. Quizá por eso solo nos ha recibido con algún interés el padre Antonio Rubino, quien trabajó con Kirwitzer en las observaciones astronómicas de varios cometas durante su período de estancia en esta ciudad. Entre ellos hay una gran complicidad y, por desgracia, no me hacen partícipe de sus conversaciones, ya sean de astronomía o del clima monzónico. Tampoco ayuda mucho el que nosotros hayamos llegado lógicamente antes que las cartas de Longobardo y Trigault, y las copias que llevamos en mano han sido recibidas con cierto desdén. A decir verdad, el casi anciano padre superior en la India las ha leído con un mal disimulado fastidio. No entraba en sus planes incluarnos en la expedición que partirá en este próximo mes de agosto del año del Señor de 1625. Se ha limitado a encogerse de hombros, mirarnos de arriba abajo y desentenderse del asunto. Aunque sabe de la importancia de los nombres de Nicolás Longobardo y Nicolás Trigault, en la residencia de Goa nunca acataron con gusto la escisión de la provincia jesuita china de la India, y solo la obediencia debida al padre general en Roma le impide enviarnos de vuelta por donde hemos venido. Secamente ha zanjado la cuestión dirigiéndonos a los salones que el propio Antonio de Andrade ha habilitado para los preparativos de este segundo viaje. Además —y ha terminado su conversación con nosotros diciendo esto—, el padre Andrade será el próximo superior aquí en la India cuando regrese. Me temo que esta última causa es la verdadera razón de su mal humor.

Antonio de Andrade tiene unos cuarenta y cinco años. Es alto y enjuto. Llegó a la India en el año 1600 junto con otros dieciocho jesuitas, haciéndose cargo de las expediciones misioneras hacia el interior desde su llegada. Nos ha hecho pasar

educadamente a su improvisada oficina y, sentados junto a su mesa atestada de mapas y papeles, esperamos a que termine de leer las cartas de nuestros hermanos en China.

—Conozco a Nicolás Longobardo, lleva muchos años en Asia —dijo con voz afable—. De Trigault he oído hablar, y siempre bien. Por desgracia no hemos podido coincidir aquí en Goa. Apenas regreso de un viaje ya estoy preparando el siguiente, y me siento más cómodo en nuestra residencia de Cochín que en este bullicio de Goa. Demasiada gente.

Sonreí y me devolvió la sonrisa.

—Ahora decidme, ¿para qué queréis ir al Tíbet? Es un viaje peligroso.

Como en él era habitual, Kirwitzer no abrió la boca. Estaba empezando a pensar que tenía algún tipo de desorden mental, de tan extraño que era su comportamiento. Por mi parte, intenté explicar al padre Antonio de Andrade las razones de nuestra estancia en China, nuestra llegada a Beijing, y las esperanzas que teníamos en hacernos cargo de la reforma del calendario imperial, tal y como nuestro predecesor el afamado padre Matteo Ricci había recomendado. La mención del descubrimiento de la estela nestoriana llamó mucho su atención. Le dije que parte de los textos estaban escritos en tibetano antiguo, y que su completa traducción a buen seguro agradaría al papa. Aproveché para preguntarle si en su reciente viaje había encontrado restos de los primeros cristianos. En ningún momento hice alusión a nuestro misterioso manuscrito, ni al peligro que corrían nuestras vidas si no conseguíamos traducir el del poderoso eunuco Wei Zhongxian.

—Fue un viaje muy rápido y sin apenas tiempo para detenernos. El invierno se nos echaba encima y el paso de Mana queda cerrado con las nieves. De ahí que el hermano Manuel Marques y yo decidiéramos regresar cuanto antes para preparar concienzudamente el siguiente viaje. Y ya con el propósito de levantar una misión estable en territorio tibetano —me explicó con cierta pasión. Sin duda, me encontraba frente a un auténtico aventurero.

—Entonces, padre Andrade, ¿creéis que podremos unirnos a vuestra expedición?

—No veo inconveniente para ello, mi joven padre Arrighetti —contestó, concediéndome una categoría que yo no merecía.

—Muchas gracias, padre. Pero yo no paso todavía de escolástico —me lamenté —, aunque deseo fervientemente convertirme cuanto antes en sacerdote jesuita.

Aquella sinceridad a buen seguro influyó en el ánimo de Antonio de Andrade.

—No os apenéis por ello, que tiempo tenéis por delante. Aquí mismo en Goa podríais realizar los votos llegado el momento, como hizo en su día el propio padre Matteo Ricci al que tanta devoción profesáis. Mi fiel compañero de viajes, Manuel Marques, tampoco ha podido todavía terminar sus estudios. No me cabe duda de que trabaréis una buena amistad con él durante el viaje. Y vos, Pantaleón, decidme —dijo, mirando ahora al padre Kirwitzer—, ¿os encontráis enfermo? No os recuerdo tan cabizbajo durante vuestra larga estancia aquí. Si fuera el caso, no podría permitir que viajarais.

Kirwitzer se asustó con este comentario de Antonio de Andrade. Reaccionó.

—Mi salud es excelente, padre Andrade —contestó—. Es la importancia de la misión que nos llevará hasta el Tíbet lo que me perturba el ánimo, nada más.

—Entonces olvidaos pronto de esas preocupaciones, padre Kirwitzer —dijo Antonio de Andrade—. Nada hay peor que el mal dormir y el poco comer en estas inciertas aventuras. Saldremos en doce días —añadió.

Partimos en la fecha prevista. La expedición era más pequeña de lo que yo había pensado, y avanzaba mucho más deprisa de lo que hubiera querido, sin dejar apenas tiempo para admirar la belleza de los paisajes y las ciudades indias. Sin duda el padre Antonio de Andrade tenía en su cabeza un único objetivo, cruzar a tiempo el difícil paso montañoso de Mana. Los jesuitas tenemos numerosas iglesias repartidas por India y, como consumado viajero durante casi veinticinco años por sus variadas tierras, Andrade sabe dónde y cuándo parar. Ante mis maravillados ojos han pasado en menos de un suspiro las sugerentes Panaji o Mumbai, cuando todavía nuestro viaje no se separaba de la costa. Y al adentrarnos en la península, ciudades de la belleza de Marwar, Ajmer o Jaipur, antes de llegar a la extraordinaria Agra, ciudad en la que el padre Andrade recaló para preparar la parte final y más complicada de este segundo viaje, al igual que había hecho en el primero. Algo más al norte, en la populosa Delhi, Antonio de Andrade oyó por primera vez el nombre de un templo fantástico más allá de las altas montañas al que podía llegarse en un viaje tan corto como incierto. En apenas cuarenta días. Pero para llegar allí era necesario cruzar las enormes cordilleras de los Himalayas —nombre sánscrito que significa «las moradas de las nieves»—, y de los que dicen contienen las montañas más altas en la Tierra.

—Para atravesar estas formidables cadenas de montañas los peregrinos y los comerciantes utilizan el paso norteño de Mana —me habló el hermano Manuel Marques, que resultó ser tan buen compañero de viaje como el padre Andrade me había afirmado—. Las mayores cumbres se vislumbran mucho más hacia el sur.

Me señaló el enorme horizonte. Llevamos casi veinte días desde que abandonamos Delhi en dirección norte hacia la región de Ladakh. Hemos bordeado la misma sin alcanzar su capital, Leh, donde reside su familia real. Uno de los nuestros se ha separado de la pequeña caravana que formamos, el portugués Francisco de Azevedo. La misión que el padre Antonio de Andrade le ha encomendado es la de entrevistarse con su rey, de nombre Sengge Namgyal. Su dinastía —la Namgyal— lleva décadas intentando apoderarse de las tierras tibetanas más próximas para proteger y hacer prosperar el comercio entre Cachemira y el propio Tíbet y China. Con ambas partes el rey Namgyal tiene problemas, puesto que tanto el monarca de Guge en zona tibetana, como los sucesivos regentes de Cachemira —que son de religión musulmana— oponen feroz resistencia. El padre Francisco de Azevedo tiene la difícil tarea, común en cada rincón del mundo al que llegamos los jesuitas, de convertir al cristianismo al poderoso rey de la región india de Ladakh, además de calmar sus ímpetus conquistadores. Parte de los comerciantes que transitan la ruta de

la seda optan por esta vía, llevando principalmente para su intercambio en Occidente, además de la propia seda, especias, sal, la famosa y apreciada lana de Cachemira y, cada vez con más frecuencia y abundancia, el demandado opio.

Por fin llegamos a la ciudad fronteriza de Badrinath, una de las cuatro ciudades santas para los peregrinos hindúes seguidores del reverenciado gurú Adi Shankara. Uno de los cuatro puntos cardinales —junto con Badrinath al norte, los demás son Puri al este, Dwarka en el oeste y Rameshwaram en el sur— que todo buen hindú debe visitar al menos una vez en la vida. La pequeña ciudad se levanta en las faldas del imponente Nilkantha, una montaña de no menos de veinte mil pies de altura. La leyenda que recitan los habitantes de Badrinath es que fue colocada allí por el mismo Shiva —el dios destructor—, cerrando el paso a la vecina ciudad de Kedarnath, disgustado por los pecados de sus devotos. Esta y otras montañas se mencionan aquí en la India en el muy famoso libro del *Mahabharata*, una gran epopeya mitológica escrita en sánscrito que el padre Terrentius me ha mencionado en alguna ocasión. En esta narración los cinco hermanos Pándavas —hijos del mítico rey Pandú—, habrían recorrido Badrinath y también la vecina Mana en su camino de ascensión al cielo. Cerca de esta pequeña población de Mana —a unas treinta millas— comienza la estrecha senda a través de las montañas. El aspecto del camino que se abre paso entre las enormes paredes blancas es sobrecogedor. Sin duda, esos antiguos textos hindúes no estaban muy desencaminados cuando se referían a estos lugares como la vía para alcanzar lo más alto. Al caer la noche parece que podamos tocar las estrellas con la punta de los dedos.

Pero el frío es insoportable. Y el aire no llega a los pulmones.

El padre Antonio de Andrade se mueve como un hurón entre todos. No deja de preguntarnos por nuestra salud y nuestro temple, y nos anima a rezar mientras seguimos camino. A mi lado marcha casi siempre Manuel Marques, unas veces cantando y otras rezando el rosario. En ocasiones se descuelga para intentar bromear con Pantaleón Kirwitzer. Su aspecto nos preocupa casi tanto como su silencio. Antonio de Andrade me advierte de que ya no hay vuelta atrás, y de que si las fuerzas le fallan tendremos que atarlo a uno de los mulos. Los guías contratados nos miran con desconfianza. Solo pienso en que pronto llegaremos a Tsaparang, en el tibetano reino de Guge. El regreso a tierras indias no podrá llevarse a cabo sino tras los deshielos de la primavera.

Atravesar el paso de Mana nos ha llevado veinte jornadas, durante las cuales solo hemos visto las impresionantes montañas que hemos dejado atrás y después un horrible desierto donde no hay ni plantas ni árboles ni ser vivo alguno. La nieve ha caído de forma constante los veinte días. Nuestros pies están congelados y no sentimos los dedos de las manos ni la punta de la nariz. Casi no podemos comer sin sentir fuertes náuseas, y la sed es tal que apenas podemos saciarla comiendo nieve. Pero ya hemos pasado la parte más difícil del viaje.

Por fin hemos llegado a nuestro destino previsto: Tsaparang, la Gran Residencia.

El paisaje ha cambiado por completo. Podemos ver campos de arroz, árboles frutales, viñas y otros cultivos, y de todo ello concluimos que el Tíbet es una tierra fértil y que a buen seguro se propician aquí excelentes cosechas. Apenas hemos descargado los mulos y ya el padre Antonio de Andrade se ha encaramado a uno de los puntos más altos de la ciudad para buscar el mejor lugar donde ubicar la modesta misión jesuita. Tsaparang más bien parece una fortificación, y se halla casi toda levantada sobre la piedra, incluso colgando de ella. Algunas construcciones se encuentran a una altura de más de quinientos pies por encima del suelo. Por debajo transcurre el río Sutlej, que arrojará sus aguas muchas millas más abajo al cauce del enorme río Indo, naciendo ambos junto al sagrado monte Kailash, cuya vista nos impresiona. Puede que tenga más de veinte mil pies de altura. Para los hinduistas, su cumbre es la morada del terrible Shiva. Incluso hablan de él como el centro del mundo. Nadie podrá nunca jamás escalar sus laderas, de las que dicen son de cristal, rubí, oro y lapislázuli.

La enorme roca que sustenta Tsaparang se encuentra horadada por innumerables túneles y cuevas, y en muchas de ellas encontramos monjes budistas orando. A primera vista nos parece que toda la roca es también sagrada. Los campesinos y artesanos viven más abajo, en el valle del Sutlej. Esta ciudad es la capital del reino de Guge, cuyo monarca responde al extraño nombre de Khri Bkra. Trata con gran respeto al padre Andrade, y le ha entregado una carta sellada y firmada por él para que podamos movernos bajo su tutela por todo su reino sin sobresaltos. Nos permitirá levantar nuestra capilla, pues quiere que las oraciones de nuestra religión —extrañas para ellos—, se unan a las de budistas e hinduistas, a pesar de los lógicos recelos de estos, especialmente de los primeros. Nuestras oraciones deberán servir además para evitar que los deseos expansionistas del rey de Ladakh se materialicen. Pero el padre Antonio de Andrade no tiene muchas esperanzas al respecto. El monarca Namgyal de Ladakh es muy ambicioso, y parece difícil que el padre Francisco de Azevedo pueda apaciguar sus ánimos.

Finalmente, a los pocos días de nuestra llegada, elegimos un lugar para nuestra propia capilla al pie de la gran roca, muy cerca de los dos grandes templos públicos: el Lhakang Marpo —la capilla roja—, y el Lhakang Karpo —la capilla blanca—. El sitio también está cerca del palacio de la familia real y recibe de lleno el cálido sol de la mañana. Antonio de Andrade quiere igualmente establecer una misión en la ciudad de Rudok y también en Shigatse —en el reino de Utsang—, mucho más al sur y junto a las cumbres más altas del Himalaya, aunque no es optimista respecto al tiempo disponible y prefiere trabajar en este viaje solo en Tsaparang. Yo también soy de la misma opinión. Además, mis primeras investigaciones relacionadas con la estela encontrada en los alrededores de la ciudad china de Xian han comenzado a dar resultados. De mi entusiasmo parece haberse contagiado finalmente el padre Pantaleón Kirwitzer. Ya repuesto de las fatigas del camino, que a punto han estado de costarle la salud y quién sabe si la vida, parece haber recobrado el habla junto con el

aliento. Todos nos alegramos de ello.

—Supongo que os debo una explicación, Paolo.

—No es necesaria —contesté— si no queréis dármela. Sin embargo, sí me gustaría saber qué habéis hecho con el resto del manuscrito del padre Terrentius.

—Seguir fielmente sus instrucciones. Ya está camino de Praga.

No podía creerlo. Le pedí más detalles y él se avino a contar todo cuanto sabía.

—Durante mi estancia en Goa se recibió una carta fechada en la propia Praga de un tal George Baresch, que estaba destinada al padre Johann Terrenz Schreck. La abrí, tal y como él me había indicado con respecto al correo que pudiera tener que ver con el manuscrito. En esta carta George Baresch, que se identificaba como un alquimista que había trabajado para el monarca Rodolfo II de Bohemia, notificaba el fallecimiento de Jacobus Sinapius, el médico amigo del padre Terrentius. Y le reclamaba el libro, puesto que él se había convertido a su muerte en el responsable de la biblioteca de la corte de Praga.

—Entonces, ¿se lo enviasteis directamente?

—Por supuesto que no —contestó—. Dejé el libro escondido en Goa, a la espera de encontrarme con Terrentius. Cuando él leyó la carta de Baresch en Beijing decidió proceder a la devolución.

—Así pues, está de nuevo camino de las bibliotecas de la corte del Sacro Imperio romano. Custodiadas por ese George Baresch —deduje de sus palabras.

—Sí y no.

—No os entiendo, Pantaleón.

—El libro está camino de Praga y de su corte, puesto que yo mismo me encargué de embarcarlo en una nao que zarpó del puerto de Goa hacia Europa en nuestro último paso por la ciudad india. Pero el destinatario no es George Baresch.

—¿Quién es entonces? —pregunté, cada vez más intrigado.

—El padre Terrentius me pidió que se lo enviara a su querido amigo Johannes Kepler, el astrónomo imperial. En vida de Rodolfo II no pudo tener el manuscrito completo para su traducción.

—Pero... —protesté—, Terrentius sabe que nuestra vida pende de un hilo. Que Wei Zhongxian nos ha exigido la traducción inmediata de su propio ejemplar.

—Terrentius lo sabe, Paolo. Pero ha creído más conveniente que sea Kepler quien vuelva a intentar la traducción, pues además ha prometido enviarla a China en cuanto termine con ella y con sus ya famosas *Tablas rudolfinas*. En Beijing tenemos la copia de Wei Zhongxian.

—¿Y si no son la misma cosa? —objeté.

—Por nuestro bien y el de nuestros hermanos espero haber obrado correctamente —contestó—. Las dudas me llevan asaltando todo el viaje. Apenas he pegado ojo y hubo jornadas en las que pensé que no podría seguir adelante, tal era mi debilidad.

—No debéis preocuparos por ello —le tranquilicé—. No habéis hecho otra cosa que seguir las instrucciones del padre Terrentius, nuestro maestro. Y él fue quien trajo

parte de ese manuscrito hasta China, precisamente por consejo del mismo Johannes Kepler. Nada os tiene que afligir.

—No estoy seguro de ello, Paolo. El padre Terrentius está obsesionado con el manuscrito, y no valora en casi nada ya ni su propia vida ni la de los demás. Habréis observado que su estado de salud es cada vez más delicado.

—¿Tan grave está? —pregunté perplejo.

—Según me confesó en Beijing, su única esperanza de acabar con el demonio que le corroe las entrañas es la medicina china. Las molestias comenzaron al poco tiempo de vuestra llegada a Macao, pero ahora los dolores le son insoportables. Ingiere todo tipo de preparados elaborados según las recetas orientales. En su desesperación, cree que las plantas contenidas en el manuscrito son el elixir para su salvación. Pero necesita saber la preparación, la dosis, el método de empleo. Su uso incorrecto sería la muerte segura.

—Sí —afirmé—. Él me explicó en una ocasión que esa sección del libro era un preciso compendio de venenos.

—En efecto, Paolo. También me reveló en Beijing que hay algunos días en los que, para poder así aliviar el sufrimiento, apenas toma otra cosa que no contenga opio. Cuando este le falta, aparecen los sudores y los fuertes temblores.

—Ojalá entonces que hallemos pronto algo de utilidad aquí en el Tíbet, Pantaleón. Ahora os voy a hacer partícipe de un primer hallazgo, cuyo interés quiero que juzguéis. El padre Andrade ha ido confeccionando a partir de sus conversaciones con el rey Khri Bkra una historia de su pequeño reino tibetano de Guge. Y hay cosas que merece la pena saber.

Comencé con mi exposición. El padre Kirwitzer me escuchaba con atención, sin apenas interrumpirme. Según mis datos, el reino de Guge había sido fundado en el siglo IX tras el asesinato del rey Langdharma, al que siguió una guerra civil y la división en varios reinos independientes de la gran meseta del Tíbet que había gobernado. Sucesivos descendientes del rey Langdharma —que durante toda su vida había perseguido a los budistas— habrían vuelto a partir y repartir el antiguo reino. Finalmente, la parte occidental del Tíbet quedó dividida en tres grandes pedazos: Ladakh, Purang y el mencionado Guge. Este último cobró especial relevancia en las décadas siguientes, sobre todo con el rey Yeshe y su famoso consejero Rinchen Zangpo, conocido por su sobrenombre de Gran Traductor. Junto con su maestro, el indio Atisha, reintrodujo el budismo en el Tíbet y se dice que llegó a levantar más de cien monasterios en su parte occidental, así como los famosos de Tabo —solo él alberga nueve templos— y el de Poo en el norte de la India. Pero ambos principalmente encargaron la construcción de templos budistas aquí en Tsaparang y en la ciudad hermana de Tholing, que se convertiría en un gran centro monástico.

—Un gran traductor, pero ¿de qué? —preguntó Kirwitzer.

—Un *lotsawa*, palabra tibetana usada para referirse a los antiguos eruditos que habrían traducido los textos sagrados del canon budista del sánscrito, el chino y otros

antiguos lenguajes asiáticos al tibetano. La palabra, según me ha asegurado Antonio de Andrade, significa «ojos del mundo». El joven Rinchen Zangpo habría sido enviado por el rey Yeshe de Guge junto con otros veinte monjes a distintas regiones de la India, pero principalmente Cachemira, para aprender los textos budistas en su origen. Solo regresó él junto con su gran maestro Atisha, que permanecería doce años en el Tíbet. Rinchen Zangpo también aprendió medicina en su largo viaje a la India (saber que recogería en el libro *Ashtanga Samhita*) y otras materias, algunas tan peculiares como la *Condensación de las esencias de las ocho ramas...*

—Creo que intentáis sugerirme algo, Paolo.

—No quiero aventurarme demasiado, Pantaleón, pero empiezo a encontrar más sentido a los párrafos traducidos por Nicolás Trigault y Álvaro Semedo de la estela nestoriana de Xian. La ciudad monasterio de Tholing, cuyo nombre según el hermano Manuel Marques deriva del tibetano y significa «flotando siempre en el cielo», tiene nada menos que ciento ocho pagodas. Al menos, es lo que el buen rey Khri Bkra le ha contado a nuestro querido padre Antonio de Andrade.

Pantaleón Kirwitzer me miró satisfecho. Yo terminé con mis prolijas explicaciones:

—La verdad es que no sé por dónde pueden aparecer los primeros cristianos nestorianos aquí, puesto que nadie los recuerda o quiere recordar. Pero voy a pedirle permiso al padre Andrade para que vos y yo viajemos a Tholing. Calculo que puede estar a unas doce millas de aquí.

—Estaré encantado de acompañaros, amigo Paolo.

El padre Antonio de Andrade aceptó sin dudar nuestra propuesta. Solo quedaba que fuera aprobada por el propio rey de Guge, el monarca Khri Bkra, que tenía que autorizar personalmente el viaje, por corto que este fuera, si bien esta petición era mera cortesía, puesto que teníamos total libertad para movernos por su reino. Tholing se encontraba apenas a media jornada de camino. Junto con nuestro hermano Manuel Marques nos presentamos los cuatro en palacio, como hacíamos casi a diario desde nuestra llegada a Tsaparang. Y como cada día, esperamos en el pequeño pero lujosamente adornado salón de recepciones del palacio de la familia real. A nuestro lado, sin quitarnos la vista de encima en ningún momento, se encontraba el traductor oficial. Antonio de Andrade hablaba con cierta soltura el persa, fruto de sus largas estancias en Agra, donde su emperador, sin renunciar en ningún momento a su fe islámica, había permitido convivir a los nuevos cristianos junto a musulmanes e hindúes. La traducción se hacía así entre las lenguas persa y tibetana, y ambas resultaban igualmente incomprensibles para mí. Que bastante tenía con el chino.

Tras una incómoda espera, aparecieron cogidos del brazo en el salón el rey y la reina, sonrientes y radiantes como en ellos era habitual.

—Mis buenos amigos —nos saludó el rey haciendo una reverencia conjunta con su esposa, a la que correspondimos con el debido protocolo—. No me canso de recibirlos —dijo, o eso creímos que dijo, puesto que teníamos los oídos atentos a su traductor.

—Ni nosotros de poder compartir con sus majestades las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo. Que esperamos hacer llegar también a todo su amado pueblo.

El traductor se quedó pensando las palabras del padre Andrade un buen rato, antes de repetir los buenos deseos en tibetano. La sonrisa imperturbable de la pareja imperial nos hizo confiar en la fidelidad de la traducción.

—Quisiera pedirlos un favor, majestad —continuó el padre Andrade—. Mis compañeros de viaje están ansiosos por visitar la ciudad de Tholing, pues han oído hablar de sus hermosas pagodas y sus magníficos edificios. Venimos a solicitar permiso para el viaje.

Esperamos mientras el traductor hacía su trabajo. El semblante del monarca variaba conforme este le informaba de nuestras intenciones. Nos extrañó el largo intercambio de opiniones entre ambos, así como la vehemencia en los gestos del traductor, que negaba constantemente con la cabeza, en lo que parece ser un gesto universal. Finalmente se dirigió a nosotros.

—El rey os niega el permiso —dijo—. A pesar de la confianza que puso en vos, y la gran estima que os profesa desde el mismo momento en que llegasteis a Tsaparang el pasado verano, me pide que os transmita su deseo de que abandonéis Guge cuanto antes podáis.

—¿Qué decís, majestad? Si solo hace unos meses atrás no queríais dejarme

marchar de aquí si no era con la promesa de regresar de inmediato... No os entiendo —suplicó entre lamentos Antonio de Andrade. Los demás nos miramos estupefactos.

Hubo otra conversación entre monarca y traductor. De nuevo el segundo tomó la palabra.

—El rey no está dispuesto a que desatéis una guerra dentro de su propia familia. En Tholing gobierna su hermano, principal lama budista de Guge. Vuestra pretensión de bautizar a todos los habitantes de Tholing en este viaje sería considerada una afrenta.

—Yo no le he pedido eso, maldito musulmán —espetó Andrade directamente al traductor, para luego dirigirse con una inclinación de cabeza al monarca Khri Bkra. Con signos, y sin intermediación alguna, le hizo entender que él no iba a participar en el viaje, y que solo los jóvenes Kirwitzer y yo visitaríamos la ciudad por un día, para su mayor gloria y admiración. El gesto del rey tibetano volvió a cambiar, recuperando algo de su anterior serenidad, y asintió con la cabeza.

—Gracias, majestad. No os molestaremos más por hoy —dijo Andrade caminando hacia atrás, evitando dar la espalda a los reyes. Los demás hicimos lo mismo. Una vez alejados del palacio, el padre Antonio de Andrade explotó:

—Ese estúpido intérprete siempre me está mintiendo. Tengo que aprender su lengua como sea. Qué distinto sería si todos los hombres sobre la tierra nos hiciéramos comprender con las mismas palabras. Cuánto mejor sería el mundo si los hombres no hubieran pecado en Babel.

No le faltaba razón al bravo misionero portugués.

Al día siguiente nos esperaba una pequeña sorpresa. Un reducido séquito del monarca Khri Bkra, con este y su esposa a la cabeza, había venido a buscarnos a nuestra residencia provisional. El traductor, malhumorado, cerraba la comitiva real. Por sus de nuevo sonrientes expresiones comprendimos enseguida que no se trataba de acompañarnos fuera del reino de Guge, sino de mostrarnos personalmente la bella ciudad monasterio de Tholing. Como es natural, tanto el padre Antonio de Andrade como Manuel Marques se nos unieron de inmediato. El día era de un azul radiante. El monarca puso a nuestra disposición cuatro preciosos caballos, tan bellos como difíciles de montar. A pesar de su pequeña alzada, se hacía complicado dirigirlos, pero gracias a ellos el viaje se hizo mucho más corto de lo que habría sido a lomos de nuestras viejas y cansadas mulas. Con el sol en lo más alto, divisamos pronto un sinfín de pináculos y altos tejados, la mayoría armoniosamente decorados con vivos colores. Casi todas las edificaciones de la ciudad de Tholing eran pagodas, y la misma ciudad entera estaba dedicada por completo a la oración. Los monjes budistas deambulaban por sus estrechas y empinadas calles, siempre entre murmullos repitiendo incesantemente sus plegarias al cielo. El rey Khri Bkra nos condujo hasta el monasterio principal, situado en el punto más alto de la ciudad. En la puerta nos esperaba el que lógicamente debía de ser su hermano, pues su túnica tenía los colores rojos más vivos y estaba más ricamente adornada que la de los monjes que le daban

compañía y protección. Los dos hermanos se saludaron conforme a la costumbre tibetana, y se dirigieron a orar dentro del templo, quedando el resto de la comitiva a la espera de que personas tan principales finalizaran sus obligaciones religiosas. También mis hermanos en Cristo y yo aprovechamos para descabalar y rezar un rosario a Nuestra Señora. Aún no habíamos terminado todas las letanías cuando los dos hermanos regentes reaparecieron. Aunque físicamente tenían un gran parecido, su semblante no lo era en absoluto.

—Que se callen —pareció ordenarnos el lama principal a través del intérprete, que no pudo disimular una mueca de satisfacción. El gesto del rey Khri Bkra parecía recomendarnos obedecer. Luego nos hizo otro gesto para que le siguiéramos. Entramos en una gran estancia aneja al monasterio, donde dispuso que nos sentáramos sobre unas esteras en el suelo y nos sirvieran té. Tanto él como su hermano hicieron lo propio. El resto de monjes permaneció de pie, aunque el traductor se situó entre el padre Antonio de Andrade y el lama principal. Mientras se desarrollaba todo este protocolo con una gran lentitud, tuve oportunidad de observar el gran parecido entre las figuras de las pinturas que decoraban las paredes con las de algunas iglesias cristianas. Incluso me pareció observar ángeles entre ellas. La pregunta que me vino a la cabeza fue inmediata, pero tenía que esperar el momento adecuado para ser formulada.

—El gran lama de Tholing os da la bienvenida —comenzó el intérprete en persa; sus palabras fueron nuevamente traducidas por el padre Andrade al portugués para Kirwitzer y para mí.

—Es un honor para nosotros visitar esta maravillosa ciudad, en la que Dios parece asomarse en cada esquina —respondió cuidando sus palabras Antonio de Andrade—. Os estamos muy agradecidos por vuestra hospitalidad.

—Es mi obligación respetar la voluntad de mi hermano, rey de Guge —respondió el gran lama—. Aunque hayan pasado muchos años, todavía los muros de nuestros templos recuerdan con dolor a los vuestros.

Los jesuitas que allí estábamos intercambiamos miradas sin saber qué contestar. Comenzamos a hablar nerviosamente entre nosotros.

—Creo que se refiere a los nestorianos —le murmuré a Andrade.

—¿Cristianos nestorianos? Ya os dije que no creía que hubieran podido llegar tan lejos —me respondió.

—Mirad las paredes. Hay símbolos cristianos por todas partes. Hay palomas, y panes y peces y cruces. Y ángeles. Este mismo templo pudo haber sido cristiano en el pasado. Preguntad. Preguntad, por favor —insistí.

Antonio de Andrade tragó saliva.

—La juventud de mi acompañante es causa de ignorancia a la par que de atrevimiento. Os ruega que expliquéis la causa de vuestra desconfianza, para así poder rezar por el perdón de quienes os ofendieron tan gravemente.

El lama asintió.

—Hubo un tiempo en el que los adoradores de la cruz y los monjes budistas compartieron aquí templos y oraciones, estudios y saberes. Tanto fue así que el mismo Gran Traductor iluminó sus pensamientos.

—¿Rinchen Zangpo? —pregunté yo mismo, pues no hacía falta traducción alguna.

—El mismo. El más sabio entre los hombres, el mismo que construyó este monasterio sagrado dedicado al buen Buda. Si levantáis la vista —prosiguió el lama— veréis que ninguna columna sustenta el tejado. El prodigio de la oración lo mantiene firme, incluyendo los siete templos principales construidos en su interior.

Habiendo visto las maravillas de Nanjing, no me impresionó tanto como el importante lama pretendía. Por no hablar del genio incomparable de mi compatriota Miguel Ángel. Pero dejé continuar la explicación sin más interrupciones.

—Sin embargo, dejaron de entenderse. Esto fue muchos años más tarde, cuando el principal entre los nuestros, Karma Pakshi, accedió a entablar una lucha desigual enfrentando sus enormes virtudes a los arrogantes argumentos cristianos. Un *karmapa*, una reencarnación santa.

Estaba empezando a perderme en el meollo de la explicación cuando el padre Antonio de Andrade intervino. También había leído a fondo lo poco que se conocía de la historia del Tíbet, principalmente legada por los historiadores chinos en la época de los grandes emperadores mongoles. Los jesuitas habían hecho acopio de todo lo que pudo llegar hasta sus manos, fuera cierto o no.

—Conozco la obra de Karma Pakshi, respetado gran lama, ya que como todos los *karmapa* fueron consejeros espirituales de los sucesivos emperadores de la China. Karma Pakshi vivió casi ochenta años estando al servicio del famoso Kublai Khan, nieto del todopoderoso Genghis Khan, alrededor del año 1280 después del Señor, querido Paolo —me aclaró—. Cuenta el viajero veneciano Marco Polo que fue uno de sus embajadores, pero muchos no creyeron su historia.

—Entonces sabréis que realizó milagros espectaculares, el menor de los cuales fue convertir en hielo a un ejército de cuarenta mil hombres que intentaban capturarlo.

—No conocía este suceso, respetado gran lama, pero me temo que en estos asuntos con frecuencia se juntan leyenda y realidad.

El gran lama se incomodó con el comentario del padre Andrade. El hermano del rey de Guge se levantó airado.

—No habéis cambiado. Pero no volveréis para imponernos vuestras mentiras, ni siquiera por la fuerza como hicieron los mongoles para robarnos nuestros sabios.

—¿A qué os referís? —intentó calmarlo Antonio de Andrade.

—Bien lo sabéis. A la muerte de Genghis Khan, y con el pretexto de que en Tíbet no se estaban pagando los impuestos a su emperador, el príncipe Kadan invadió nuestras tierras matando a más de quinientos monjes budistas, arrasando nuestras cosechas y destruyendo todo lo que encontraron a su paso. Querían un nuevo sabio. Y

el mayor de ellos era Sakya Pandita.

—Sakya Pandita —intervino el rey Khri Bkra, hasta ahora callado—, era el más grande. Su erudición había dejado huella en la India, la China y en la propia Mongolia, y se decía que no había secretos para él en medicina o astrología, así como en el conocimiento del sánscrito y todos sus dialectos sagrados. Se convirtió en el consejero espiritual del príncipe Kadan, que permanecería fiel al nuevo emperador Kublai Khan años más tarde.

—Así es, amado hermano mío —continuó el gran lama—. Fueron tiempos extraños. Era tal la virtud de Sakya Pandita que el príncipe Kadan, al recibir su iniciación en la capital mongola de Lhasa, no tardó en abrazar el budismo tibetano. Y con él lo harían los sucesivos reyes mongoles, como el gran Kublai Khan. Aunque ello no nos libró de sucesivas invasiones, sí se consiguió la exención de impuestos así como la independencia burocrática del resto del imperio. Evitamos contaminarnos con China. A la muerte del inolvidable Sakya Pandita, fue su sobrino Drogon Phagpa quien tomó el cargo de virrey del Tíbet, convirtiéndose además en el gurú, preceptor y consejero espiritual del nuevo emperador, Kublai Khan.

—Debo entender —interrumpió al traductor el padre Antonio de Andrade—, que estamos hablando del mismo gran Khan Kublai, el fundador de la dinastía china Yuan, bajo cuyo reinado casi toda Asia estaba bajo su poder, incluyendo la misma Persia.

—Así es, mi querido Andrade —prosiguió el rey—. Las tierras chinas quedaron unificadas por el mando de los mongoles hasta que los terremotos y las enfermedades debilitaron tan gran imperio, diezmado las cosechas y la población. Todo acabó en manos de un campesino.

—Zhu Yuanzhang, el fundador de la gran dinastía Ming —nos aclaró a los demás Antonio de Andrade—. Tras derrotar a los mongoles, Zhu se proclamó a sí mismo emperador en nuestro año 1368 con el nombre de Hongwu.

—No nos interesa China ni sus vicios —zanjó la explicación de Andrade el gran lama—. Phagpa fue el primero en conseguir aunar Estado y religión budista, haciendo del líder político un líder religioso. Convenció al Khan Kublai de las perniciosas influencias taoístas y fue tal su sabiduría que recibió el encargo de unificar todo el sistema de escritura del inmenso imperio mongol.

Di un respingo. Me estaba quedando traspuesto y aquello llamaba poderosamente mi atención. Seguí escuchando al lama.

—La escritura de Phagpa, como así fue conocida, estaba pensada para sustituir los ininteligibles ideogramas chinos, así como los propios caracteres mongoles. Todo ello a partir de la base del más comprensible lenguaje tibetano. Lo consiguió con solo treinta y ocho diagramas. Su encomiable esfuerzo fue destruido por los chinos al reconquistar sus territorios.

—¿Y cómo era esa escritura, venerable lama? —me leyó el pensamiento el padre Antonio de Andrade—. ¿Podéis mostrarnos algún fragmento?

El gran lama asintió e hizo unas indicaciones a uno de los monjes que ejercían como criados. Al cabo de unos minutos, el monje reapareció en el salón con unas antiguas tablillas. Se arrodilló ante nosotros para mostrarlas. Lo que allí podía verse no eran los caracteres que habíamos visto en el libro de Matang o de Kepler, pero guardaban alguna similitud. Tal vez, a primera vista, su aparente construcción silábica. Imposible saberlo para un lego como yo. Hubiera hecho falta la presencia del padre Trigault, o de Terrentius. O incluso de ambos. Pero era un lenguaje nuevo, y la estela nestoriana era mucho más antigua. No podían ser la misma cosa.

—Como ocurre en nuestra antigua lengua tibetana, el sabio Phagpa transcribió sonidos tonales en símbolos. Y lógicamente se inspiró profundamente en el inmenso trabajo del Gran Traductor. El antiguo sabio Rinchen Zangpo.

—¿Guardan alguno de sus trabajos? —siguió preguntando Andrade—. Me imagino que algo así será un auténtico tesoro.

Tras escuchar las palabras del intérprete, el gran lama fijó la mirada en su hermano el rey Khri Bkra. Este le mantuvo su mirada hasta que el gran lama agachó los ojos. El rey había ordenado en silencio.

—Seguidme —se limitó a decir al tiempo que se levantaba de su estera y tomaba una lamparilla de aceite que un criado solícito le tendió. Desentumecimos los miembros, pues la conversación ya se prolongaba en demasía, y le seguimos. La noche había caído sobre Tholing.

No puedo recordar ahora el gran número de corredores que cruzamos, ni el de escalinatas que hubo que subir y bajar. Hacia la mitad del recorrido, aproximadamente, los criados del gran lama se detuvieron y no siguieron adelante. Probablemente estábamos entrando en una zona vedada para ellos. Solo nosotros cuatro y el intérprete musulmán seguimos las huellas del lama y su hermano, el rey Khri Bkra. Finalmente llegamos ante una gran puerta de madera que nos impedía el acceso a una sala circular. El gran lama tomó la palabra.

—Será la segunda vez en nuestras vidas que mi hermano y yo crucemos el umbral de esta puerta —dijo—. La primera lo hicimos acompañados de nuestro padre, el rey Khri Nam, al que juramos no mostrar nunca el contenido de esta sala.

—Pero —objetó involuntariamente el padre Antonio Andrade— ¿vais a romper ese juramento para satisfacer nuestra simple curiosidad?

—No, esa no es la razón. La auténtica razón —dijo el rey Khri Bkra al tiempo que recorría uno a uno los tres grandes cerrojos del portón— es que el contenido os pertenece.

La oscuridad dio paso a la luz conforme el gran lama encendía las antorchas que rodeaban el voluminoso objeto central. Una enorme estela de piedra negra, cuya base representaba un gran dragón, se alzaba ante nuestros ojos atónitos. Un sinfín de caracteres la llenaba por completo.

—Este fue uno de los grandes trabajos de Rinchen Zangpo, tal vez el más difícil —continuó hablando el rey—. Según nuestro padre, se trata de los textos sagrados de

los hombres de la cruz.

El frontal de la estela estaba grabado en sánscrito. El dorso, sin embargo, estaba lleno de nuestros extraños caracteres.

Aquel día pernoctamos en Tholing. Aunque no pegué ojo.

Ya de vuelta en Tsaparang, la capital del reino de Guge, nos dedicamos durante varias semanas a levantar nuestra modesta iglesia jesuita. Trabajamos sin descanso, ayudados por algunos tibetanos, la mayoría obligados forzosamente por su rey. Solo unos pocos de ellos aceptaron recibir el bautismo, pues eran muy reacios a abandonar su fe budista. Tampoco el monarca Khri Bkra, a pesar de sus promesas, se decidió a dar el paso. Su posición era muy delicada, las reticencias de su hermano —el más alto rango budista de Guge— enormes, y su autoridad podía quedar en entredicho a los ojos de sus súbditos. Tampoco contribuyó a ello una pequeña revuelta encabezada por la comunidad musulmana y secundada por el grupo más beligerante entre los budistas, de naturaleza pacíficos. El resultado de todo fue la ejecución de los cabecillas, entre los que se encontraba el que hasta entonces había sido el intérprete real. El padre Antonio de Andrade no pudo sino contrariarse por este hecho, y sus súplicas de perdón no fueron atendidas por Khri Bkra que, poco a poco, empezaba a marcar distancias con nosotros. La situación empeoró más si cabe cuando las primeras incursiones de soldados del vecino reino de Ladakh, enviadas por su rey Sengge Namgyal, tuvieron lugar. Aunque fueron fácilmente reducidas —Tsaparang era una auténtica fortaleza—, el gran lama sugirió a su hermano que lo mejor para todos sería que los jesuitas abandonáramos Guge.

El padre Antonio de Andrade se negó a ello. Sin embargo, dispuso que tanto el padre Kirwitzer como yo partiéramos lo antes posible, al comienzo de la primavera, con el deshielo del paso de Mana. Esto contentó en cierta manera al gran lama, que no puso objeción alguna a que residiéramos el tiempo necesario en su ciudad de Tholing. Nuestro propósito no era otro que el de copiar íntegramente el contenido de la gran estela del dragón. Armados de paciencia, papel de seda y pequeños carboncillos, fuimos calcando minuciosamente línea por línea, anotando la posición relativa de cada página que reproducíamos, tanto de la parte grabada en sánscrito como de la grabada en los caracteres misteriosos. No sabíamos con certeza si las dos caras de la estela correspondían al mismo texto, siendo traducción la una de la otra. Y tampoco había forma de saber cuál había sido escrita en primer lugar, o qué lenguaje era el más antiguo. Para responder a estas preguntas había que hacer llegar las copias a nuestros hermanos jesuitas en Beijing, donde suponíamos que seguían trabajando en los textos encontrados en la estela de mármol de Xian.

Terminado el trabajo, y cuando el mal tiempo pareció concedernos una tregua, partimos Pantaleón Kirwitzer y yo de nuevo hacia la India. Para evitar posibles problemas con los soldados de Ladakh, que podían considerarnos como espías si éramos descubiertos, nos unimos a una caravana de peregrinos hindúes, confundiéndonos con ellos. En esta ocasión la travesía del paso elevado de Mana no

fue tan severa, y nuestras cabalgaduras también eran más apropiadas. Alcanzamos la ciudad india de Badrinath en menos de las veinte jornadas inicialmente previstas. A partir de allí nuestro viaje hacia Delhi fue mucho más sencillo, y casi sin darnos cuenta cruzamos toda la península índica y llegamos a nuestra casa principal en Goa, donde fuimos recibidos de forma entusiástica. De inmediato preparamos la siguiente etapa de nuestro regreso a China.

Es ya mediada la primavera del año de Nuestro Señor 1626 cuando embarcamos en Goa en una pequeña nao propiedad de unos comerciantes de especias. Nuestro rumbo es de nuevo hacia la colonia portuguesa de Macao en China. Ya es la tercera vez que realizamos esta ruta y, como en las ocasiones precedentes, gracias a Dios ni las tormentas ni los piratas holandeses han alterado nuestra tranquilidad. La plácida travesía nos ha permitido trabajar en las copias de las escrituras, así como seguir estudiando las distintas lenguas que, sin descanso, nos van salpicando en los distintos viajes. A mis magros conocimientos adquiridos de chino puedo añadir ahora algunas nociones de hindi, rudimentos de persa y hasta hacerme comprender e incluso leer textos sencillos de tibetano. Intento también familiarizarme con los caracteres sánscritos que, a buen seguro, tendré que aprender a fondo nada más lleguemos a Beijing. Johann Terrenz Schreck será, como siempre, el mejor de los maestros. Estoy deseando volver a verlo para ponerle al día de todos nuestros progresos. Tal vez llevamos con nosotros la solución al jeroglífico planteado por su amigo el famoso astrónomo Johannes Kepler.

En Macao, a cuyo puerto hemos arribado el decimoquinto día de mayo, hemos recibido al fin noticias de los nuestros. Permanecen a salvo en Beijing, donde continúan con sus estudios cada vez más presionados por el eunuco Wei Zhongxian, que ha terminado por anular completamente al emperador Tianqi. Nuestros hermanos en Macao cuentan y no acaban acerca de los nuevos abusos y caprichos del pérfido eunuco.

—Este gran imperio se descompone —se lamenta el superior en Macao, el padre Manual Días—. Los acontecimientos dentro del continente son terribles. Aquellos que no obedecen de inmediato las órdenes de Wei Zhongxian, por absurdas que estas sean, son exiliados cuando no directamente azotados. Muchos de ellos se suicidan antes que tener que sufrir los terribles castigos que impone.

En ese momento me acordé del eunuco, y reviví la entrevista que mantuvo con el padre Adam Schall en su palacio de Beijing. Volvieron a temblarme las piernas de la misma forma.

—Más de trescientos oficiales de Beijing han sido destituidos de sus cargos y rebajados a la condición de simples soldados —continuó explicándome Manuel Días—. Nuestros amigos cristianos Xu Guangqi y Li Zhizao han tenido que abandonar la capital y retirarse a sus ciudades natales, a la espera de que amaine la tormenta. El poderoso eunuco está levantando templos en su propio honor por todo el imperio, y muchos oficiales y burócratas, temerosos de sus represalias, se adelantan a sus deseos

solicitando ellos mismos realizar las costosísimas obras. Nuestro hermano Miguel Yang Tingyun ha tenido que ver con vergüenza cómo el mandarín de Hangzhou ha levantado junto al Gran Lago uno de los mayores. El emperador lo consiente todo. Los gobernadores de las principales ciudades compiten entre ellos para ver quién le dedica el templo más grande y lujoso. Mientras tanto, el propio Wei Zhongxian ha ordenado que las ceremonias que se realicen en su honor sean superiores en fasto y boato a las del mismo Confucio. ¡Se cree el nuevo emperador!

—Esperemos que, al menos, los nuestros no corran peligro en su residencia de Beijing —deseé de todo corazón.

Hoy día 22 de mayo del año de Nuestro Señor 1626 ha ocurrido algo espantoso. El padre Pantaleón Kirwitzer ha aparecido muerto en su habitación. A su lado, las cajas que contenían los papeles con la mayoría de las transcripciones de los textos de la estela del dragón tibetana han sido vaciadas. Estoy desolado. Pero he de interrumpir de inmediato mi crónica porque un fuerte escándalo se oye a las puertas de nuestra casa, aquí en Macao.

Apenas he podido dormir durante todos estos largos días. Uno de los soldados al servicio de los eunucos que me secuestraron en Macao por fin ha abierto la jaula en la que he sido transportado hasta Beijing. Mis manos apenas pueden sostener una pluma, pues han perdido toda sensibilidad. He permanecido colgado de las muñecas todo el viaje, atadas estas a los barrotes de una jaula hecha de caña de bambú en la que los sucesivos vigilantes me alimentaban directamente en la boca con puñados de arroz seco. Los mismos carceleros que arrojaban cubos de agua para limpiar mis orines, me escupían, se burlaban y me insultaban en no sé qué extraño dialecto chino son los mismos que cuidadosamente me han liberado, limpiado y vestido después. Ahora me llevan de regreso a casa en un cómodo palanquín.

He vuelto a nuestra residencia jesuita en Beijing.

Delante de mí, un retrato serenísimo del padre Matteo Ricci me recuerda mi misión en China. Intento, por tanto, anotar todo lo que recuerdo, lo acontecido, lo escuchado y lo sucedido, y hago todo esto con una sonrisa en los labios. Nadie me dijo que fuera a ser fácil evangelizar estas lejanas tierras.

Una sonrisa parecida a la que imagino en mi cara veo reflejada en el rostro del padre Terrentius. Nos abrazamos tras un año de separación. Con él se encuentran, igualmente felices, los padres Adam Schall, Nicolás Trigault, Giacomo Rho y Álvaro Semedo. El superior Nicolás Longobardo entra también en mi habitación. Supongo que los demás le aguardaban.

—Bienvenido seáis, amadísimo Paolo —me dice mientras besa mis manos—. Que vuestras fatigas no hayan sido en vano. Que Nuestro Señor Jesucristo permanezca siempre a tu lado, como hasta ahora ha sido.

—Así ha sido, como vos decís. Sin el soporte de la fe no habría aguantado las durezas de este viaje —contesté, sin soltar sus manos.

—Y ahora, decidnos —habló dirigiéndose a mí el impulsivo padre Adam Schall—, ¿qué pasó en Macao? ¿Y en el Tíbet? ¿Qué fue del padre Antonio de Andrade?

Demasiadas preguntas juntas para mi confusa cabeza. Intenté recomponerla con mis propias preguntas.

—Decidme vos primero, ¿cómo he llegado hasta aquí? Pensé que iban a dejarme morir de hambre y sed en aquella espantosa jaula. ¿Ya habéis acabado los trabajos con la estela nestoriana?

—Estáis muy cansado, pero a salvo. Tiempo tenemos para reflexionar sobre todo lo que está sucediendo —intervino de nuevo el superior—. Sobre vuestra liberación, todo el mérito se lo debemos al coraje del padre Adam Schall.

—Es algo que empieza a ser una costumbre —apostilló con sorna Giacomo Rho.

—No tiene la menor importancia —dijo Schall—. Parece que en esta ciudad nadie sabe cómo tratar con Wei Zhongxian. Es un miserable y solo entiende de miserias. Le advertí que si algo te sucedía, volviéndole a recordar mis palabras de

aquel nuestro primer encuentro, nunca entendería el libro de Matang. Que vos erais la clave para traducir el manuscrito y transformar los metales más viles en los más nobles. Que el oro y la plata estaban en tu cabeza, y que muerto nunca saldrían de allí.

—Pero yo no sé...—balbuceé—. Yo no tengo las traducciones. Apenas pude esconder unas pocas de mis propias copias en Macao, antes de que me detuvieran. Casi todo el trabajo le fue robado al padre Pantaleón antes de ser asesinado.

—¿Asesinado, decís? Válganos el cielo, Nuestro Señor Jesucristo —exclamó Nicolás Longobardo alzando su vista y haciendo la señal de la cruz—. El padre Manuel Días nos escribió hablando de su muerte, achacándola a un colapso producto del pánico que le produjo la aparición de algunos eunucos y sus soldados. No tenía herida alguna.

—El padre Kirwitzer ya estaba muerto antes de que llegaran los soldados. Yo fui el primero en entrar en su celda aquella mañana.

—No puede ser, Paolo —intervino nuevamente el inquisitivo e inteligente Adam Schall—. Si decís que no habían llegado los soldados, y que ya se había producido el robo de esos documentos tan valiosos, ¿quién lo hizo?

—Eso no puedo saberlo, padre Schall. Lo que os cuento es lo único que puedo recordar de aquella desgraciada mañana.

Adam Schall continuó con sus preguntas.

—Habéis dicho, buen Paolo, que os fueron robados valiosos documentos y copias. También traducciones. ¿De qué nos estabais hablando? ¿Acaso de nuestra estela encontrada en Xian? ¿Del manuscrito del maldito eunuco? ¿Del enviado por el arrogante Johannes Kepler?

Comencé entonces la prolija narración de nuestra estancia en el Tíbet, no sin antes mirar de reojo a mi querido maestro Terrentius, que no pareció reaccionar a la habitual ironía astronómica de su compatriota. Su estado de salud no parecía nada bueno, tal y como el ahora desaparecido Pantaleón Kirwitzer me había explicado.

Los detalles del viaje a través de la India, y de cómo cruzamos el paso de Mana hacia el Tíbet, produjeron gran admiración entre todos mis hermanos. Igual o mayor sorpresa mostraron con la vida en el reino de Guge, la hospitalidad de los budistas y la gran consideración que tenían con el padre Antonio de Andrade, al que solo pude referirme como un santo, y que a buen seguro continuaría en Tsaparang junto a su inseparable Manuel Marques intentando inculcar la fe cristiana a sus habitantes. La parte más complicada de explicar era, sin duda, el hallazgo de la estela del dragón escrita por Rinchen Zangpo, el Gran Traductor, varios siglos atrás. Referí a los demás la cierta presencia de los antiguos cristianos nestorianos en aquellas tierras, de su buena acogida primero y su caída en desgracia más tarde, habiendo tenido que abandonar las ciudades chinas poco después de llegar al poder el gran emperador mongol Kublai Khan.

—Algunas referencias existen al respecto, pero se dudaba de su completa

autenticidad —me interrumpió brevemente el erudito padre Álvaro Semedo—. Se conoce a un tal Rabban Bar Sauma, que dijo haber nacido en esta ciudad de Beijing alrededor del año 1220 de nuestro tiempo, y que habría viajado por todo el mundo como embajador mongol gracias a su fe cristiana. Pudo ser patriarca de los nestorianos en aquellos años, y sus escritos son, para algunos, más fidedignos y menos fantasiosos que los que pocos años más tarde legaría el mercader veneciano Marco Polo. El mismo Polo dejó escrito que conoció cristianos en su Cathay. Rabban Bar Sauma llegó hasta Roma, donde fue cordialmente recibido por el pontífice Nicolás IV, del que incluso habría recibido la sagrada comunión. Más tarde regresaría a Oriente, en concreto a la ciudad de Bagdad, donde residió y murió. La estela de Xian refuerza sus palabras acerca de la existencia de una antigua comunidad cristiana aquí en China.

—Dejemos que Paolo continúe con su historia, padre Semedo —apremió Adam Schall, visiblemente impaciente.

—La estela grabada por el gran sabio tibetano guarda cierta semejanza con los dibujos que vos mismo, padre Semedo, me enseñasteis aquí antes del viaje. Y como vos, tanto el padre Kirwitzer como yo nos afanamos en copiar con la ayuda de papel y carbón todos los caracteres visibles de la misma. El frontal de la piedra estaba íntegramente escrito en el antiguo lenguaje sánscrito, mientras que los símbolos del dorso correspondían en forma y número a los contenidos en los manuscritos que poseyeran Matang y Kepler.

—¿Y se han perdido todos esos papeles? —preguntó suplicante Adam Schall, que veía como la amenaza del eunuco Wei Zhongxian de acabar con nuestras vidas podía llevarse a efecto si no le proporcionábamos rápidamente una traducción veraz.

—Al menos todos los que guardaba el padre Pantaleón, que eran mayoría. Yo me apresuré a ocultar los míos cuando oí la violenta llegada de los soldados. Si no los han encontrado —continué— tienen que seguir allí, en nuestra casa de Macao. Puedo indicaros dónde están guardados, aunque me temo que no es un lugar especialmente difícil para cualquier eunuco medianamente listo.

—En ese caso —dijo Schall—, le pediremos al padre Manuel Días que nos los haga llegar con la mayor discreción y prontitud hasta Beijing. Si vos no tenéis inconveniente. Y si siguen allí, claro.

Adam Schall había terminado sus palabras mirando fijamente a Terrentius. Este continuaba absorto en sus pensamientos, tal vez intentando refrenar el dolor que le consumía. Me fijé que sus manos temblaban como un pajarillo.

—Por supuesto que no, mi querido Adam —contestó, saliendo por un momento de su silencio—. Escribid de inmediato a Macao.

—¿No debería descansar un poco el joven Paolo? —pidió el superior Longobardo—. Lo estamos atosigando demasiado. Yo mismo estoy abrumado con tantas aventuras. Necesito rezar y me gustaría que me acompañarais. Tenemos que dar gracias a Dios por habernos traído de vuelta a nuestro hermano Paolo Arrighetti.

Los padres obedecieron. Todos salvo Terrentius, que permaneció junto a mi cama, como si las palabras del superior Nicolás Longobardo no fueran con él.

—¿No les acompañáis, Terrentius?

—No estoy seguro de querer hacerlo. Creo que rezar tanto es una pérdida de tiempo. Y tiempo es lo que necesito ahora.

—No habléis así, padre. Decidme qué os aflige.

—Ya sabéis que nunca he sido un jesuita ejemplar —contestó.

—Algo de eso me contaron al inicio de este viaje. Pero también que no había otro como vos, con vuestra inteligencia, sabiduría y temple. Que gran parte del éxito de nuestra misión en China pasa por vuestro trabajo aquí. No debéis rendiros.

—Embarqué como médico y cirujano para aprender a curar más y mejor. Y no me ha defraudado China. Al contrario, yo solo no puedo abarcar tantos nuevos conocimientos. Y no únicamente en medicina. También en ingeniería, lenguas, agricultura, arquitectura... ¡Hay tanto que aprender aún!

—Seguid haciéndolo, pues —añadí—. Nadie os lo impide.

—Mi propio cuerpo me lo impide. Ya no me responde, parece no querer seguir dando albergue a mi alma. Soy un triste médico incapaz de encontrar un triste remedio.

Sus palabras me causaron una fuerte desazón. No recordaba haber visto nunca tal desánimo en persona alguna, y mucho menos podía imaginarlo en alguien como Terrentius.

—Llegada la hora que señala el Señor, no hay distingo entre médico o pescador. Pero no creo que se haya fijado en vos todavía. Al menos —añadí—, no hasta que completéis vuestros trabajos aquí abajo. Que, como bien decís, no son pocos.

—Quizá tengáis razón, buen Paolo. Pero no es solo la enfermedad que me corroe, es también ese maldito manuscrito que no me deja conciliar el sueño, como si su contenido estuviera dictado por el mismísimo diablo. Decidme que algo ocultáis, que algo más sabéis de lo ya contado. Por favor.

La cara de Terrentius suplicaba. Las lágrimas surcaban sus mejillas.

—Kirwitzer puso en un barco el manuscrito rumbo a Praga desde Goa, siguiendo vuestras indicaciones. —Terrentius asintió con la cabeza, confirmando las órdenes que diera en su día al jesuita bohemio—. Por estas fechas ya el sabio alemán Johannes Kepler debe de haberlo recibido.

—No he tenido noticias suyas. Pero esto no es tan extraño, porque la lentitud en el correo es exasperante.

—Por lo demás —continué—, he de confesaros que, mientras estábamos en el Tíbet, el propio Pantaleón Kirwitzer me puso al tanto de vuestra aflicción. Y de vuestras... necesidades —añadí, aludiendo con delicadeza a la adicción al opio de Terrentius.

—No le juzgo por ello. Que Dios tenga en su gloria al buen padre Kirwitzer. Y que castigue a aquel o aquellos que han dispuesto de su vida de forma tan atroz.

—Posiblemente fue envenenado —añadí—. En el poco tiempo que tuve para intentar poner a salvo infructuosamente algunas de las traducciones a su cargo encontré un vaso medio vacío con un líquido extraño de color azulado. No faltan venenos aquí en China.

—No, en efecto. Los hay de todos los colores. Y conseguir opio también resulta sencillo. No os preocupéis por esta pequeña falta. Los demás también la conocen y la callan, pues saben de mi dolor.

—En cuanto a los papeles —proseguí—, no he mentido en mi relato. No sé quién pudo habérmelos arrebatado, pero no fueron los soldados. Quizá los eunucos llegaron antes, no podría asegurarlo. Lo poco que guardé espero que siga en Macao, aunque tal vez no sea ni mucho menos suficiente.

—Ya veremos, querido Paolo. Ya veremos. Dios aprieta, pero no ahoga, y vos habéis venido a recordármelo. Resultáis ser mucho más eficaz que el opio, y volver a veros me ha hecho recobrar ánimo y energía. Ahora voy yo también a rezar.

Dicho esto, se levantó y salió de mi habitación, sin dejar de sonreír.

—¿Un año? ¿Habéis dicho un año completo?

Wei Zhongxian estaba fuera de sí.

El padre Adam Schall von Bell había sido llamado con urgencia nuevamente al palacio del omnipotente eunuco. Ya repuesto de mis dolencias, el sacerdote y astrónomo alemán juzgó conveniente que le acompañara.

—Y eso como mínimo —respondió desafiante impostando la voz Adam Schall. Probablemente, era el único hombre en toda China con el atrevimiento para dirigirse en ese tono de voz a Wei Zhongxian. Había entre ambos una extraña relación de temor y odio, mezclados con la necesidad y el interés—. Los libros que ha traído del Tíbet el padre Paolo Arrighetti —Schall había aprendido a mentir maravillosamente al eunuco, y por extensión me vi de pronto ascendido en la jerarquía jesuita— son en extremo confusos. En ellos se juntan cientos de lenguas, algunas antiquísimas y otras ya desaparecidas, y hará falta todo ese tiempo y el trabajo de, al menos, seis expertos bien preparados para poder comenzar a entender los caracteres del manuscrito.

—Para esa fecha posiblemente ya no tengamos imperio. Y no creo que los manchúes os permitan las libertades que yo os vengo graciosamente otorgando.

—¿Llamáis libertad a encadenar a mi hermano en Cristo y arrastrarlo por todo el imperio como si fuera un criminal, después de asesinar a otro de los nuestros?

Wei Zhongxian nos miró extrañado.

—Creedme si os digo, monje guerrero, que no tendría el más mínimo problema en ordenar media docena más de ejecuciones, ya fueran de mis oficiales o de vuestros mismos monjes. Pero no sé de qué asesinato me estáis hablando. Y a mí me gusta saberlo todo —añadió—. Explicaos.

—El joven monje que me acompaña fue secuestrado en la ciudad de Macao, encadenado y enjaulado como un perro, para luego ser traído por la fuerza hasta Beijing, al límite de sus fuerzas. Solo la milagrosa intercesión de Nuestro Señor le ha

permitido recuperarse. Su compañero de viaje fue asesinado en sus aposentos de nuestra casa de Macao por vuestros soldados mientras dormía.

Ni Adam Schall ni yo sabíamos quién había acabado con la vida del padre Kirwitzer pero, en lo que a mí respecta, no había duda de que mi secuestro había sido ordenado por el todopoderoso eunuco, que persuadido por el propio padre Schall me había liberado. Así nos lo recordó Wei Zhongxian.

—La intercesión que mencionáis fue fruto de nuestro último encuentro en el que, por cierto, a cambio de una pronta traducción de mi manuscrito alquímico me comprometí a perdonar la vida de vuestro criado. Como veis, he cumplido mi parte. Vos, no.

—¿Y la muerte del padre Kirwitzer? —me atreví a preguntar, sintiéndome seguro tras las faldas de la túnica del padre Adam Schall.

—Tú estabas más cerca que yo cuando murió, criado. Deberías haber puesto más atención. Si yo fuera tu amo, el monje guerrero, por ese descuido te habría hecho descuartizar vivo. —Había furia en sus ojos—. Y guarda siempre silencio delante de mí —añadió—. Jamás un criado ha osado dirigirme la palabra sin antes esperar mi permiso. Volveré a perdonarte hoy la vida. Pero si esos libros que has robado en el Tíbet no consiguen llenar mis arcas de plata en el plazo justo de quince meses, serás el primero en morir. Y lo harás delante de tu amo, que cerrará la lista de ejecuciones.

El padre Adam Schall guardaba silencio. Luego, con la tradicional y preceptiva reverencia, pidió permiso para abandonar el salón, al tiempo que me susurraba en italiano:

—Quiera Dios que los manchúes no se entretengan por el camino recogiendo flores.



Durante estos meses una falsa calma convive con nosotros en la residencia jesuita de Beijing. No estamos encerrados, aunque sí confinados entre sus muros. Se nos permiten algunas salidas, pero siempre escoltados y vigilados por soldados de Wei Zhongxian. Se nos ha prohibido predicar. Los padres Álvaro Semedo y Nicolás Trigault se dedican por completo a desentrañar el significado de la estela de la tortuga, la piedra encontrada en Xian. Terrentius ha mejorado levemente su estado de salud, y ha vuelto a sus traducciones al chino de alguno de los mejores volúmenes de hidráulica que hemos traído de Europa. A esta mejora física va unido un claro beneficio anímico, y es ahora, junto al incombustible Nicolás Longobardo, el más entusiasta de todos nosotros. Adam Schall y Giacomo Rho siguen elaborando y descartando posibles significados de las figuras y caracteres del manuscrito de Matang, probando cualquier combinación cifrada imaginable. Y hace solo unos días hemos recibido pésimas noticias desde Macao. No queda nada de lo que yo escondí. Absolutamente nada. Tendremos que seguir trabajando con lo que ya conocíamos.

Todo el peligroso viaje al Tíbet parece haber sido inútil.

Sin embargo, hay días en los que celebramos pequeños avances. El padre Semedo ha elaborado una nueva teoría para relacionar las frases más intrigantes de la estela y el lenguaje del manuscrito.

—La mayor parte de la estela está escrita en una variante muy antigua del chino, cuyos diagramas apenas son recordados por unos pocos estudiosos y casi no aparecen ya en los libros. Posiblemente, estamos hablando de caracteres inventados en la época del mítico emperador Fu Hsi, uno de los primeros reyes de China. Y también posiblemente, los caracteres más simples se fueron complicando con el paso de los siglos.

—¿Queréis decir que, incluso, quizá tengan un origen común con el llamado *Libro de los cambios* o *I-Ching*, y las combinaciones de sus ocho símbolos principales o trigramas para formar los sesenta y cuatro hexagramas? Los símbolos que tanto se usan por los chinos en las artes adivinatorias —le interrumpió Terrentius.

—Es una hipótesis válida —respondió Álvaro Semedo—. Pero prefiero centrarme en el estudio de esta lápida, en la que no aparecen los famosos trigramas. Fijaos todos en este diagrama.

El padre Semedo señaló uno de los caracteres chinos. Uno entre tantos para mí. Y con pluma y papel comenzó a explicar:

—Tracemos una línea horizontal. Por sí sola, no tiene más significado que «uno». Si la cortamos con otra vertical, formamos una cruz, y el conjunto significa «diez», que los chinos denominan *shih*.

—Cierto —interrumpió ahora Nicolás Trigault—. El significado de este símbolo de la cruz ha sido muy importante desde tiempos del padre Ricci. No olvidemos que fue fundamental en sus clases de mnemotecnia. Cada diez caracteres, Matteo Ricci proponía a sus alumnos insertar una cruz, que señala una encrucijada. Esto servía, además de para calcular con un sencillo sistema decimal, para introducir subliminalmente el concepto cristiano.

—Algo así —afirmó Semedo—. Y creo que los propios nestorianos llamaban precisamente así, «diez», a la cruz de Cristo. Al menos, eso deduzco de varios grupos de caracteres que he encontrado en la estela. Además, no olvidemos que nosotros mismos hemos usado este término en las traducciones del catecismo y otros textos religiosos. Pero volvamos a las dos líneas que se cruzan y aumentemos ligeramente su complejidad. —Semedo trazó una nueva raya horizontal, esta vez en la parte de abajo—. Ahora tenemos el símbolo de la tierra, o *tu*. Y si dibujamos otra raya similar en la parte de arriba —lo hizo mientras observábamos ensimismados—, tenemos la palabra *wang*.

—*Wang* es la palabra china para denominar «rey» —ayudó Terrentius, visiblemente satisfecho.

—En efecto, Johann. Finalmente, ¿cómo podríamos representar un rey rico? —dejó Semedo la pregunta en el aire. Antes de que pudiéramos especular con una

respuesta adecuada, él mismo se adelantó—. Le añadiríamos una perla. Así. —Dibujó un punto en el lado derecho del diagrama—. Ahora ya se trata de un *yü*, o piedra preciosa. El resultado es que tenemos uno de los caracteres más utilizado descompuesto de una forma más o menos lógica. El mismo proceso he seguido con otros similares, como este —nos señaló un dibujo parecido al diagrama anterior—. Se trata de un *chin* o, más sencillamente, un metal. La parte más interesante de todo es que estos conceptos que he ido entresacando deliberadamente, es decir, «rey», «riqueza», «metal» o «piedra preciosa», aparecen siempre en las cercanías o junto a una de las frases escritas con los caracteres del libro de Matang.

—Entonces —intervine yo de forma ingenua—, ¿esto puede ser una indicación del contenido del libro?

—No, no podemos ir tan lejos, joven Paolo. Estamos hablando de traducciones o equivalencias entre lenguajes antiquísimos en una estela de piedra, no de posibles tratados alquímicos o nigrománticos. A lo sumo, podemos pensar en conceptos más o menos repetidos. Lo que quiero sugerir es que quizá sea posible razonar de forma equivalente con todos estos caracteres que no son chinos en absoluto.

—Que podrían tener un origen común —terció Trigault.

—Eso es lo que quería haceros ver. Ahora deseo hablaros un poco más de la lengua china. Si me lo permitís, claro.

—Lo estamos deseando, Álvaro —apremió un hasta entonces callado Adam Schall.

—He llegado a encontrar libros chinos con una antigüedad de casi tres mil setecientos años.

—Pero eso es... casi imposible —dijo Longobardo, el mejor conocedor de los textos bíblicos—. Significaría que habrían sido escritos más de dos mil años antes de la llegada al mundo de Nuestro Señor Jesucristo.

—Sí, así es. No tengo preparada todavía una cronología exacta de los acontecimientos, aunque voy aproximándome usando los datos de los historiadores chinos y las sucesivas dinastías que han reinado en el imperio. Pero casi podría afirmar que el chino sería una de las setenta y dos lenguas que se habrían creado tras la destrucción de la Torre de Babel, como así viene en el capítulo once del libro del Génesis.

—Padre Semedo —pregunté—, ¿se sabe cuáles son las otras?

—Lógicamente una tiene que ser el hebreo, el lenguaje de los judíos que seguramente utilizara Nuestro Señor para dirigirse al pueblo escogido. Otras, posiblemente, el arameo, el persa, el griego, el copto, el moabita o el edomita. Y también sin duda el sánscrito.

—Esta es la lengua que utilizó Rinchen Zangpo, el Gran Traductor tibetano —intervine con decisión—. Antes de volver al Tíbet había viajado y vivido con diferentes maestros budistas por toda la India, y toda su formidable formación intelectual se desarrolló en sánscrito.

—Quizá no deberías ser tan vehemente en tus apreciaciones con alguien que no pudo conocer la fe cristiana —me objetó el propio Terrentius.

—No es así, amado padre. Ya os narré mi hallazgo, junto con el añorado padre Kirwitzer, de la estela del dragón en la ciudad monasterio de Tholing. Que contenía, según el propio gran lama budista, los textos sagrados de los antiguos cristianos nestorianos traducidos al sánscrito.

—¿Y no recuerdas nada de lo allí grabado? ¿No pudiste comprender algún renglón, por simple que fuera? —insistió Terrentius.

Me sentí como un idiota. Un idiota sentado delante de seis eruditos que habían confiado en mí para una misión que había terminado en un completo fracaso.

—Tal vez —especuló Terrentius—, tal vez esos textos sagrados fueran los cinco libros de Moisés. El Pentateuco.

—Tal vez —asentí—. El Génesis, el Éxodo, Levítico, Números y el Deuteronomio —recité de memoria—. Pero no puedo asegurarlo. Ni siquiera afirmar que los textos en sánscrito y los grabados utilizando los caracteres de los manuscritos fueran la misma cosa. Podían ser historias diferentes.

—No tendría sentido si estamos hablando de un Gran Traductor, tal y como vos mismo lo denomináis —razonó Adam Schall—. Pero esta hipótesis es muy peligrosa. Porque si los textos sánscritos son una traducción de un texto anterior, y estamos hablando de una de las lenguas babélicas...

—Significaría —terminó Terrentius— que el lenguaje de los manuscritos sería anterior a Babel. Y antes de eso, solo hay una lengua posible.

—El lenguaje de nuestros primeros padres. ¡La lengua adánica! —exclamó Trigault.

—Estáis yendo demasiado lejos, mis queridos padres —cortó la discusión el superior Longobardo—. Creo que la falta de sueño os hace decir tonterías. ¿Estáis queriendo decirme que lo que empezó como un inocente pasatiempo a bordo de un barco va a convertirse en la revelación escrita del Creador? Reflexionad, por favor, reflexionad. Os estáis dejando llevar por la tensión del momento, por la obsesiva presión de nuestro carcelero, el eunuco Wei Zhongxian.

—Pero... —objetó Álvaro Semedo— las coincidencias son muchas. Los pocos párrafos que hemos podido traducir con certeza de la estela de Xian hablan claramente de que «allí se tradujeron las Escrituras, se construyeron las Iglesias, y se guardaron los Libros...».

—No es suficiente —rechazó moviendo negativamente la cabeza el superior Longobardo—. No es suficiente. No tanto como para que pensemos y actuemos como unos herejes. Además, admitir esto sería tanto como decir que los nestorianos estaban en poder de las auténticas escrituras. Y eso no es posible.

Longobardo se levantó de la mesa con un gesto de disgusto. Los demás nos retiramos uno a uno, mirándonos sin saber qué decir. Seguramente todos nosotros pasaríamos la noche insomnes en nuestros jergones, buscando cualquier explicación

plausible al misterio que nos rodeaba.

El plazo concedido por el eunuco Wei Zhongxian para terminar la traducción del manuscrito ha expirado sin que hayamos podido ni tan siquiera comprender una página. Cavilamos día y noche pensando alguna estrategia diferente para prolongar nuestros estudios y nuestras vidas. Pero nuevamente el Señor ha acudido en nuestro auxilio. En su infinita misericordia ha decidido que hoy, día 30 de septiembre de 1627, el emperador Tianqi haya perdido definitivamente el poder de conocer «todo bajo el cielo». Si ya no era considerado apto para gobernar en este mundo en vida, menos lo será en el más allá.

Tianqi ha muerto con solo veintidós años de edad, y ninguno de sus cinco hijos superó la infancia. Esto ha creado un enorme vacío de poder en la Ciudad Prohibida y, a buen seguro, en estos momentos el eunuco Wei Zhongxian tiene mejores cosas en qué pensar que en este puñado de jesuitas.



Pasan los días y las noticias que nos llegan desde la Ciudad Prohibida son confusas. Parece que Wei Zhongxian —cuya ambición no conoce límites— esperaba ser aclamado como nuevo emperador por los oficiales bajo sus órdenes. Después de reunir en palacio a todos los mandarines, ilustrados y oficiales de mayor rango, y tras comunicarles el deceso del emperador Tianqi, les ha expresado su firme propósito de ocupar el trono de emperador de la China si así se lo piden. Pero incluso los más temerosos de entre los oficiales y los ilustrados se han negado, y parece difícil que el eunuco pueda gobernar, siendo además incapaz de engendrar sucesores. El elegido para gobernar China es el joven Zhu Youjian, hermano menor de Tianqi —e hijo más joven del anterior emperador Taichang—, que acaba de cumplir diecisiete años. Tanto Nicolás Longobardo como Trigault consideran que es una elección sensata, pues no se le conocen vicios a Chongzhen, que es el nombre escogido por el joven Zhu Youjian para gobernar. Habiendo crecido en un ambiente tranquilo, puesto que no era candidato al trono —por la juventud de su hermano mayor y su facilidad para procrear—, no está contaminado por los caprichos del nefasto eunuco Wei Zhongxian. De hecho, su primer edicto —aconsejado eficazmente por algunos de los oficiales de mayor prestigio que habían tomado el camino del exilio, y que ahora han regresado a Beijing con el cambio de emperador—, ha sido el de prohibir la construcción de cualquier templo sin su consentimiento previo. Todos han interpretado que esto es un claro aviso a Wei Zhongxian, cuyos días al frente de la diplomacia y el gobierno chino parecen contados.

A las pocas semanas de subir al poder, el emperador ya ha restaurado en sus antiguos puestos a más de un centenar de oficiales e ilustrados. Muchos de ellos se han apresurado a remitir memoriales al joven emperador, denunciando las injusticias y atrocidades cometidas por el eunuco durante su gobierno. Solo han pasado dos

meses y Wei Zhongxian ya ha sido apartado de la corte, obligándosele a regresar exiliado a su ciudad natal. Las presiones continúan. Los oficiales le acusan de tres grandes crímenes: intentar usurpar el poder del emperador, apoderarse de parte del tesoro imperial y, finalmente, haber ordenado la muerte o el suicidio de forma injusta a un gran número de valiosos ilustrados. La respuesta del, por el momento, valiente Chongzhen, no se ha hecho esperar más. Cuentan que, al llegar al exilio, Wei Zhongxian era esperado en su antigua casa por un capitán de la guardia imperial con la terrible caja en las manos.

—¿Terrible caja? —pregunté ingenuamente a Trigault.

—Es la tradición. La caja contiene una soga —me contestó—. Es la orden imperial para llevar a cabo un suicidio digno, y así librar a los familiares y amigos de la deshonra y, posiblemente, también de la muerte. Si el receptor de la caja se niega a suicidarse o intenta huir, será descuartizado hasta morir y sus allegados serán igualmente ejecutados. Dependiendo de la gravedad del crimen, el emperador puede ordenar acabar con la vida de hasta tres generaciones de familiares. Y una ciudad entera.

—En realidad, el emperador puede acabar con quien quiera —siguió nuestra conversación Adam Schall—, así que, de momento, hemos salvado nuestros pellejos. Por lo que he sabido esta misma mañana por boca de un ilustrado, Wei Zhongxian ha cumplido ya con la orden imperial. El amigo que me lo ha contado habla también de que, tras encontrar su cadáver, los soldados han eviscerado completamente su cuerpo. La última orden del nuevo emperador Chongzhen en relación con el eunuco ha sido la de derribar todos los templos erigidos en su honor, destruir sus estatuas e imágenes, así como castigar a quienes los promovieron. En los lugares donde antes había gloriosas menciones al eunuco ahora deberá figurar la leyenda: «Wei Zhongxian permanecerá en la memoria de la China únicamente como símbolo de la infamia».

—Están cambiando los tiempos —comentó el padre Trigault.

—Aún es pronto para decirlo, querido Nicolás —dijo Adam Schall— pero, como os decía, al menos seguimos con vida. Y con las tripas en su sitio, aunque estén vacías.

La ironía indomable del padre Schall nos hizo recordar que se acercaba la hora de la cena. Antes nos reunimos para rezar en nuestra pequeña capilla.

A pesar del cambio de emperador, y de que respiramos cierta tranquilidad al vernos liberados de la opresión del cruel eunuco Wei Zhongxian, las cosas en China no han mejorado mucho. Los continuos y exitosos avances de los ejércitos manchúes amenazan el imperio, y ni oficiales ni ilustrados tienen otra preocupación en mente que no sea la de rechazar la invasión. Somos conscientes de que poco o nada se puede hacer ante tal poderío militar y, como mal menor, nos tenemos que limitar a esperar acontecimientos. Mientras tanto seguimos nuestros trabajos, avanzando en las traducciones e integrándonos cada vez más en la sociedad china. Los cristianos ilustrados Xu Guangqi y LI Zhizao han vuelto a Beijing, pero no ha podido hacerlo el tercero de nuestros grandes amigos y colaborador del padre Matteo Ricci, Miguel Yang Tingyun, que ha fallecido en su residencia de Hangzhou ya superados los setenta años de edad. Yang no ha podido ver terminada la hermosa iglesia cristiana que él mismo había ordenado levantar, y en la que trabajaba duramente como uno más, sin importarle ni su rango ni mucho menos su avanzada edad. Comenzamos el año cristiano de 1628 con la triste noticia de su muerte. Al menos, ahora, ya se nos permite predicar libremente por Beijing.

El padre superior Nicolás Longobardo ha reorganizado los trabajos. Nuestra misión principal es evangelizar, y para ello volvemos a nuestra idea original —tan defendida por el padre Matteo Ricci en su día, como ahora por el propio Longobardo— de insistir en acceder a las tareas de reforma del defectuoso calendario imperial, y así poder llegar hasta el influyente entorno de ilustrados del nuevo emperador Chongzhen. Mientras eso sucede, Longobardo ha dispuesto que solo los padres Álvaro Semedo y Nicolás Trigault continúen trabajando en la comprensión de la estela de Xian, ya que, además, tenemos el compromiso con Roma de enviar una traducción completa nada más esté lista. Pero el superior no quiere volver a oír ni una sola palabra de lenguajes adánicos o similares. También ha prohibido expresamente trabajar sobre las copias de los textos de los manuscritos de Matang y Kepler.

Estos manuscritos, además de ininteligibles, se muestran particularmente esquivos, como si esta característica fuera intrínseca a su naturaleza. Nos llegan noticias de Praga, y de la inminente publicación —al fin, tras largos años de trabajo con los datos del astrónomo danés Tycho Brahe— de las tan esperadas *Tablas rudolfinas*, firmadas por el sabio alemán Johannes Kepler. Sin embargo, este no ha vuelto a escribir a Terrentius, y nada sabemos de su manuscrito. Al menos esperamos recibir pronto una copia de las efemérides astronómicas citadas, puesto que nos serán de gran utilidad en nuestros estudios de los cielos y en la preparación del nuevo calendario, si finalmente podemos acceder a la selecta y cerrada en sí misma Oficina del Calendario Astronómico. La copia de Matang ha desaparecido junto con su hijo, el eunuco Wei Zhongxian. Posiblemente haya sido quemada con todas sus cosas,

enseres, propiedades e incluso residencias, tal y como normalmente se hace en estas durísimas sentencias reales relacionadas con los crímenes contra el propio imperio. Solo tenemos copias y apuntes de ambos ejemplares, aunque bastante bien elaborados como para continuar los trabajos si se nos autoriza de nuevo a hacerlo en algún momento.

Así las cosas, tanto los padres Adam Schall como Giacomo Rho trabajan exclusivamente en cuestiones astronómicas, asesorados por Terrentius. Mi maestro tiene absoluta libertad en sus quehaceres, no solo por su demostrada erudición, sino también porque todos sabemos —y él mejor que nadie— que su salud es irrecuperable. Tal vez por eso el padre Schall lo trata con un respeto y cariño inusuales en alguien como él, y en correspondencia, parece que Terrentius quiera dedicar lo mejor de sus últimos meses de vida a los difíciles estudios en los que tanto su compatriota como Rho están inmersos. Los tres pasan noches en vela repitiendo cálculos y predicciones astronómicas —especialmente los próximos eclipses— hasta caer rendidos por el cansancio.

En cuanto a mí, prosigo con mis tareas de escribano y cronista jesuita, y ayudo en todo cuanto el padre Longobardo dispone. Lo último que me ha sugerido el superior es que, tal vez, podría ser conveniente que regresara a nuestra casa india de Goa para allí terminar mis estudios y poder ordenarme sacerdote. Con el debido respeto hacia él, he declinado aceptar, pues aunque deseo con toda mi alma el sacerdocio, no olvido mi antiguo compromiso con el superior general de la Sociedad. A mis ruegos de permanecer en el continente chino el padre Longobardo no ha puesto objeción alguna.

El padre Nicolás Trigault se muestra particularmente inquieto en los últimos días.

—Las fechas, Paolo. No encajan las fechas. Semedo no quiere reconocerlo ante los demás porque teme la reacción del superior Longobardo, pero no hay manera de encajarlas.

Trigault me toma por el brazo y me lleva a la pequeña capilla de nuestra residencia. Me pide que me arrodille y que, por el amor a la Santa Virgen María, no transcriba lo que va a revelarme.

—Cuando el padre General Mutio Vitelleschi te pidió que te unieras a esta difícil misión, te dijo que tu trabajo principal aquí habría de ser el de comunicar a todos los jesuitas de la Sociedad los progresos y avatares de sus hermanos en China. Por tu formación, tu inteligencia y tu juventud te elegí para esa tarea, y el fallecido padre general, tras hablar contigo, se mostró convencido de que eras la persona idónea. Pero, por una vez, por una única vez, tengo que pedirte que no pongas en tus cartas lo que voy a decirte. Al menos, no por el momento. Tu juzgarás —terminó— cuando será el tiempo y lugar oportuno para hacerlo.

Prometí cumplir sus deseos y así lo hago saber en estas breves notas.



Hoy, día 14 de noviembre de 1628, una fina capa de nieve ya cubre Beijing. Apenas tres días después de la conversación con el padre Nicolás Trigault un hecho espantoso me hace plantearme la decisión de romper la promesa recién realizada. Pero juzgo más conveniente guardar silencio, por el momento, en mis cartas.

El padre Nicolás Trigault se ha suicidado. Tenía cincuenta y dos años.

Ha sido el padre Semedo quien ha descubierto su cuerpo inerte colgando en su habitación, a la que acudió alarmado por su tardanza. Hemos suspendido de inmediato los trabajos, y dispuesto los restos mortales del que fuera procurador de la misión jesuita en China en la pequeña capilla para su velatorio. Nuestros amigos chinos Xu Guangqi y LI Zhizao han quedado vivamente impresionados por la repentina muerte de su viejo amigo Nicolás Trigault, y hemos decidido no ocultarles la verdadera y vergonzosa causa de su fallecimiento. Al día siguiente lo hemos enterrado cristianamente en nuestro propio jardín, y en el lugar escogido para que descansen sus restos colocaremos una lápida con una breve inscripción en su recuerdo. Tanto Xu Guangqi como LI Zhizao nos recomiendan que no demos noticia del suceso a las autoridades. Aunque podemos abiertamente movernos y propagar nuestra fe en Beijing, y por extensión en todo el resto del imperio, el antiguo edicto impulsado por el ya olvidado Shen Que no fue nunca totalmente revocado ni por el emperador Wanli ni por sus sucesores Taichang o Tianqi. Y el actual emperador Chongzhen apenas consigue hacerse con los manejos de palacio como para ocuparse de estos asuntos todavía menores. Si la noticia del fallecimiento de uno de los jesuitas que residen en Beijing llega a cualquiera de los escrupulosos oficiales del emperador, a buen seguro seríamos obligados a trasladar su cuerpo a Macao. El padre Longobardo acuerda con los dos viejos amigos de Matteo Ricci mantener en secreto este asunto.

Ya son muchos secretos para mí.

Terminados los oficios y el entierro, nos reunimos todos en el salón principal de la residencia, el que habitualmente usamos como comedor. Nosotros y los dos importantes ilustrados cristianos.

—En mis últimas conversaciones con el padre Nicolás Trigault —comenzó LI Zhizao—, lo encontré apesadumbrado. Los problemas parecían no darle descanso.

Tras confirmar esta opinión su amigo Xu Guangqi con un gesto de cabeza, intervino el superior Longobardo.

—Ya sabíais de la vehemencia de su carácter. De su incansable tenacidad en las traducciones. Y de ese problema que nunca terminó de resolverse.

Nicolás Longobardo se refería a un antiguo conflicto, a una controvertida petición que el propio Trigault había llevado a Roma desde China, en aquel viaje como procurador escogido para reclutar nuevos sacerdotes en Europa. Tanto el superior Longobardo, como sobre todo el padre Trigault pretendían que el padre general de la Sociedad —y el mismo pontífice— aceptasen la celebración de la misa en chino, y no

en latín como era obligatorio. A duras penas se consiguió, si es que en realidad el papa dio permiso para ello. Trigault declaró a su vuelta a Macao que sí, que la autorización se había conseguido, así como que también les sería permitido llevar un pequeño sombrero durante las celebraciones religiosas —el conocido como *chichin*—, que les diferenciara de los monjes bonzos budistas, que se afeitaban la cabeza. Además, era costumbre entre los ilustrados llevar tocados como señal de distinción. Estas cuestiones, aparentemente menores, habían sido causa de gran desasosiego para el padre Trigault, así como sus traducciones, en especial las denominaciones del término «Dios» en chino. Una y otra vez había sido amonestado, por considerar sus superiores que se excedía en sus libertades lingüísticas, rebajando la condición suprema del Señor.

Con todo, yo estaba seguro de que las razones que habían impulsado a Nicolás Trigault a tomar tan trágica decisión no tenían que ver con sus desavenencias con la cúpula romana. Y sí con las revelaciones que me había realizado pocos días antes en relación con la traducción de la estela nestoriana de Xian. Tal vez quizás el padre Álvaro Semedo —que guardaba un prudente silencio, solo roto por sus continuos sollozos— pudiera saber más que yo de lo que habría impulsado al procurador al suicidio. Los demás padres jesuitas, sin embargo, dieron por buenas las palabras del superior Longobardo, la persona que más tiempo había convivido con él, y que sin lugar a dudas lo conocía profundamente.

Xu Guangqi volvió a tomar la palabra.

—Aunque la de hoy es una jornada de zozobra para todos nosotros, no quería marcharme de aquí sin haceros partícipes de una noticia gozosa, de la cual posiblemente nuestro amado padre Nicolás Trigault se habría sentido muy satisfecho.

Nos miramos todos. El más sorprendido parecía el propio superior, Nicolás Longobardo. El chino converso continuó:

—El gran emperador Chongzhen ha vuelto a depositar en mí su confianza, confianza que me fue retirada en su día por su hermano Tianqi, presionado por el todopoderoso eunuco Wei Zhongxian. Vuelvo a la corte como vicepresidente del Ministerio de Ritos —nos anunció, con una pequeña reverencia que no ocultaba una gran sonrisa.

Todos nos felicitamos por el nombramiento de nuestro hermano chino cristiano, y más conociendo que la Oficina para el Calendario Astronómico dependía directamente del Ministerio de Ritos.

—Es una noticia magnífica, estimado Xu. Las puertas de palacio pueden abrirse para nosotros —habló primero el vehemente padre Adam Schall.

—Poco a poco, querido Adam —respondió Xu Guangqi—. Para poder entrar en la Oficina para el Calendario Astronómico hará falta demostrar que somos más capaces que los que ya están allí. Mi primera propuesta va a ser organizar una competición entre las principales escuelas de astronomía aquí en China: la musulmana, la europea (nosotros los jesuitas) y la propia oficial imperial china. El

objetivo será determinar con la mayor precisión posible la hora del próximo eclipse solar.

—Excelente idea —volvió a levantar su voz sobre las demás Adam Schall—. Llevamos varios días trabajando en ese eclipse. Ocurrirá el día 21 de junio del año 1629 entrante, medido según nuestro calendario occidental. El padre Terrentius ha fijado la hora de este eclipse con una precisión sin precedentes.

—Por favor, Adam —replicó el aludido—. Todavía no hemos terminado con las correcciones. Lo veo precipitado.

—No es precipitado, padre y maestro Terrenz —retomó la palabra el ilustrado chino—. Tenemos seis meses por delante para afinar esos cálculos. Un triunfo sobre los astrónomos imperiales podría cambiar totalmente nuestra misión en China.

—No lo sé. No estoy seguro ni de mis fuerzas ni de mi mente —objetó Terrentius—. Ya sabéis que mi cabeza no funciona tan bien como antes, y que el cansancio me hace producir errores que en mi juventud jamás habría cometido.

—Está decidido, Terrentius —su compatriota Adam Schallle abrazó como un hijo a su padre—. Tanto el padre Giacomo Rho como yo revisaremos todos los pasos. Nada escapará a nuestro detalle.

—Sea —aceptó un poco convencido Johann Terrenz Schreck—. Tal vez esta pueda ser mi última contribución al éxito de la misión jesuita en China.

A pesar del último comentario de Terrentius, y de la imprevista y trágica desaparición del padre Trigault, aquella noche cenamos llenos de ánimo y alegría. Por fin nuestros planes cobraban fuerza tras casi diez años desde nuestra llegada a China.

El acceso a la privilegiada Oficina para el Calendario Astronómico —o, más simplemente, Oficina de astronomía—, es enormemente complicado. La identidad de los ilustrados que trabajan en ella es un secreto, y por regla general estos transmiten sus conocimientos a sus hijos, que no por ello se libran de tener que superar los difícilísimos exámenes de graduación *jinshi*. En caso de suspender suelen terminar como simples soldados, repudiados por los suyos. Tanto los ilustrados como sus familias viven aislados, evitando la comunicación con el mundo exterior. Las reglas para calcular las efemérides del calendario son un secreto de estado.

Una vez que la Oficina de Astronomía termina el calendario anual —cada año es totalmente diferente del anterior, puesto que los meses «plenos» o de 30 días se alternan aleatoriamente con los meses «cavos» de 29, y no hay un criterio predefinido para intercalar el mes que sea capaz de ajustar los ciclos lunares a los solares—, su impresión y distribución por todo el imperio puede llegar a varios millones de ejemplares. En realidad, según su destinatario, el calendario es más o menos detallado. La única persona que posee el calendario completo, con todas sus efemérides y eventos asociados, es el emperador, máximo encargado de predecir todo lo que ha de ocurrir bajo el cielo. Según se va descendiendo en la jerarquía imperial, la cantidad de información contenida es menor, y para la mayoría de la población china no va más allá de las observaciones genéricas del sol y la luna, las festividades

y las obligaciones lógicas como puedan ser la siembra y la cosecha. Además, también pueden encontrarse en el calendario referencias a la vida cotidiana, como cuándo reunirse con los amigos, levantar una nueva casa o incluso casarse, todo ello en los días fastos. O, por el contrario, cuándo es mejor no salir a la calle o emprender negocio alguno, en los días tenidos como nefastos. El calendario, tal y como lo estamos conociendo aquí en China, es un signo político del poder imperial. Por supuesto que no faltan las falsificaciones, porque adquirir el calendario es un lujo para muchos chinos. También se elaboran copias falsas para minar el poder del emperador, como signo de rebeldía contra su inmenso poder. Pero sobre todo en este último supuesto los castigos son terribles, ya que los falsificadores pueden terminar pagando su atrevimiento con la propia vida. En este tipo de delito se establece la decapitación como procedimiento habitual de ejecución.

El día marcado en el calendario ha llegado y con él todas nuestras esperanzas. Hoy día 21 de junio de 1629 la luna ha ocultado al sol exactamente en el instante predicho por los jesuitas. El error tanto de los musulmanes como de los astrónomos imperiales chinos ha superado los quince y los treinta minutos, respectivamente, y no solo en el instante sino también en la duración del eclipse. El Ministerio de Ritos, después de hacer públicos los resultados tras informar previamente al emperador, ha solicitado la pertinente revisión del calendario. El mismo emperador Chongzhen se ha implicado personalmente en la petición, a sabiendas de que es mucho lo que se juega para mantener la autoridad sobre sus súbditos. Ha demandado explicaciones a los perdedores, de forma tanto más dura a la Oficina de Astronomía. La revisión de los cálculos realizados por sus ilustrados ha vuelto a arrojar los mismos resultados, mostrando que el error no está en las operaciones matemáticas, sino en las fórmulas utilizadas. La única conclusión que Chongzhen ha podido extraer de este concurso inspirado por Xu Guangqi es que los sistemas astronómicos chino y musulmán no son completamente fiables.

Rápidamente nuestro amigo Xu Guangqi ha redactado un memorial exonerando de culpa a los miembros de la Oficina de Astronomía. Sus modelos de cálculo, aunque exitosos al comienzo, se han revelado como débiles y erróneos con el transcurso de los años. El único remedio que el ilustrado Xu Guangqi propone es el de la inmediata corrección del calendario chino al completo. El emperador Chongzhen ha dado su aprobación a los nuevos trabajos en un edicto publicado el día 27 de septiembre. El propio Xu Guangqi dirigirá una nueva Oficina para el Calendario Astronómico —*Li chu*—, y lo hará empleando además de ilustrados a monjes jesuitas, tal y como él mismo ha solicitado. El edicto establece que los principales cargos en la nueva Oficina de Astronomía sean, además de Xu Guangqi, su inseparable amigo LI Zhizao, el superior jesuita Nicolás Longobardo y, cómo no, el padre Johann Terrenz Schreck, el gran artífice de la perfecta predicción astronómica.

Con la publicación de este edicto imperial, nuestros sueños comienzan a hacerse realidad. Hemos empezado por transportar la mayoría de nuestros libros —que fueran

embarcados por el añorado Nicolás Trigault en nuestro primer viaje— al edificio que albergará la nueva academia recién formada, casi siete mil, la mayor parte de índole científica y publicados en Europa en torno a 1610. Casi todos los dedicados a la astronomía son de naturaleza geocéntrica y ptolemaica. Todavía no han llegado los trabajos astronómicos de Kepler, pero Terrentius no pierde la fe. Por añadidura, el viejo manuscrito que ambos compartieron parece olvidado; tal es la alegría y agitación que nos invade que no parece haber tiempo ni ganas para asuntos tan esquivos. Especialmente feliz se encuentra el perennemente joven Nicolás Longobardo, que va a poder seguir de primera mano los progresos en los trabajos astronómicos del calendario, además de planear nuevas estrategias evangelizadoras, comenzando por recuperar y restaurar las viejas iglesias cristianas. También ponemos especial énfasis en las traducciones al chino de los libros conservados más importantes. El ilustrado Xu Guangqi ha terminado la compilación del así llamado *Tianxue chuhan*, o *Colección de estudios celestes*. En este gran volumen ya se incluyen las *Traducciones para la aritmética práctica* —que el mismo Xu Guangqi elaboró con el padre Matteo Ricci— así como los *Elementos de geometría* de Euclides, llamado aquí *Jihe yuanhen*. El propio Terrentius también ha terminado un brillante opúsculo que lleva el sonoro título de *Breve descripción del movimiento de los cielos*, una maravilla de sapiencia y erudición, en las justas palabras del padre Adam Schall.

El repentino empeoramiento del padre Terrentius nos ha cogido desprevenidos, acostumbrados como estábamos a ver a Johann Schreck reponerse de forma milagrosa de todas y cada una de sus recaídas. Sin embargo, esta vez ha sido distinto, y apenas ya puede mover ni piernas ni brazos, y su voz entrecortada no deja de pedirnos agua entre confesión y confesión, pues nunca le parece suficiente el arrepentimiento de sus, a buen seguro, veniales pecados. El superior Longobardo atiende sus peticiones una y otra vez, incansable en su trabajo de consuelo, pero con el corazón consumido por la pena de ver a uno de los nuestros a las puertas de la muerte. El padre Adam Schall achaca este súbito deterioro a los varios desmayos sufridos en la interminable audiencia del emperador, y a la poca asistencia prestada por los sirvientes de este. Solo el ilustrado y viceministro de ritos, el converso Xu Guangqi, fue autorizado a acompañarle. El joven emperador Chongzhen quiso conocer en persona al que, según decían los propios chinos, era la reencarnación del tan famoso en Beijing Li Madou, el nombre chino con el que el padre Matteo Ricci fue conocido. Apenas cinco minutos de respetuoso silencio frente al todopoderoso emperador, y más de tres horas de espera sentado en una incómoda estera de bambú con solo un té como sustento. Demasiado esfuerzo para un cuerpo ya tan deteriorado y frágil. Pero Terrentius había vuelto de la Ciudad Prohibida con una enorme alegría, pues por primera vez un jesuita había sido llevado a la presencia de un emperador de la China. Al día siguiente ya no pudo levantarse de su lecho.

Uno a uno ha ido hablando en privado con cada uno de los padres. Finalmente,

Terrentius también me ha mandado llamar a mí.

Entro en su habitación silenciosamente, mientras observo su rostro consumido. El sudor le baña todo el cuerpo y no puede refrenar ni los temblores ni los espasmos. Con un gesto me indica que cierre la puerta, y una vez hecho esto, me señala una pequeña alacena en la pared. Dentro hay un frasco con un preparado que supongo debe de tratarse de opio. Me pide que lo vierta en un vaso, pero no lo bebe.

—Mi queridísimo Paolo —me dice mientras coge mis manos—. Por fin estoy llegando al final de este largo viaje.

No puedo evitar romper a llorar. El padre Terrentius prosigue hablando, con extrema dificultad.

—Creo haber cumplido con mi misión, aunque habré de esperar al juicio del Señor —continúa—. Embarcamos juntos en aquella carraca en Lisboa hace ya más de diez años, tú casi un niño, y yo con la fe justa para encarar esta incierta aventura. Solo me falta despedirme de ti para afrontar el viaje definitivo.

Sigo escuchándole en silencio. Durante estos años él ha sido para mí como el padre que quedó en Pisa.

—He dejado a los padres Adam Schall y Giacomo Rho el encargo de continuar con mis trabajos en la Oficina de Astronomía. Xu Guangqi me ha asegurado que sus nombramientos están garantizados. Y el futuro calendario chino queda seguro en sus manos. —Hizo una larga pausa para respirar, en la que por un momento pensé era su última bocanada de aire. Pero se repuso—. En cuanto a ti, tengo ambiciosos planes para tu futuro. Eres el más joven e inteligente de todos.

—No es cierto, padre —musité.

—Nunca le lleves la contraria a un moribundo —me regañó—. Paolo, quiero que estudies hasta convertirte en *jinshi*.

—Pero... —intenté objetar, aunque sin éxito.

—He hablado de esto con el superior Longobardo, y está de acuerdo. Ya que no quieres volver a Goa para seguir con tus estudios de teología, y que tu deseo es el de permanecer en China para continuar con tus escritos, qué mejor que te conviertas en uno de ellos. Si Matteo Ricci pudiera opinar, seguro que sería de la misma opinión.

—Pueden ser años y años de estudios... y la mayoría de los que lo intentan fracasan una y otra vez. Yo no entiendo bien el chino, no he leído a Confucio, no sé nada de las leyes chinas, no...

Me interrumpió levantando dificultosamente una mano.

—Calla. Estoy seguro de que lo lograrás. Y ahora —continuó—, alcánzame el vaso y pónmelo en la boca. No tengo fuerzas para sostenerlo.

Así lo hice. Apuré hasta la última gota.

—Aún tengo otra última voluntad para ti, Paolo.

—Dígame, maestro.

—Ese dichoso manuscrito... Prométeme que intentarás resolverlo. No importa lo que contenga ni quién lo haya escrito ni cuándo. Escribe a Kepler otra vez. Pregunta a

los ilustrados. Vuelve al Tíbet. Lo que sea. El agua con opio puede calmar mi sed, pero mi curiosidad no podrá ser saciada nunca.

Se lo prometí. Poco a poco le invadió el sueño. Lavé su vaso y salí en silencio oyendo su respiración cada vez más calmada.

Al filo de la medianoche de este día 13 de mayo de 1630 Johann Terrenz Schreck ha pasado a la eternidad. En poco más de un año dos de los principales pilares de nuestra misión jesuita en China nos han dejado. A diferencia de la muerte del procurador Nicolás Trigault, que fue silenciada ante las autoridades y apenas comentada entre nosotros mismos por lo trágico de sus circunstancias, la muerte de Johann Terrenz Schreck ha tenido un gran impacto entre los ilustrados chinos. Su cargo en la Oficina de Astronomía, así como su reputación de hombre sabio y políglota, han permitido que, por primera vez desde que entrara en vigor el edicto de nuestra prohibición en la época de Wanli, hayamos podido celebrar públicamente funerales solemnes. A ellos han acudido un buen número de nuestros amigos entre los oficiales, burócratas e ilustrados chinos. Muchos de ellos, aunque no son cristianos, han contribuido a las exequias con caros obsequios, como es tradición aquí en China. Terminados los oficios, y con el permiso expreso del emperador Chongzhen, hemos inhumado sus restos en el cementerio de Zhalan, aquí en la capital Beijing.



Casi de inmediato, el día 29 de junio de este mismo año 1630, el emperador publica en el correspondiente edicto el nombramiento previsto de los padres Giacomo Rho y Adam Schall como nuevos miembros de la Oficina de Astronomía, en sustitución del fallecido Johann Schreck. El padre Rho acaba de cumplir los treinta y siete años, y Adam Schall supera de largo los treinta y nueve. Comienzan a trabajar de inmediato. Por otra parte, la guerra contra los invasores manchúes no cesa. Después de haber sido rechazados por las tropas de los antiguos y experimentados oficiales chinos —repuestos en sus mandos por Chongzhen—, logran, en un movimiento sorpresa por el flanco norte, atravesar la Gran Muralla desde Mongolia y llegar a las proximidades de Beijing, la capital del norte. El emperador Chongzhen ha tenido que recurrir, como ya hiciera su antecesor Wanli, a los veteranos ilustrados Xu Guangqi y Li Zhizao, con el fin de que entrenen a sus tropas siguiendo las estrategias europeas, de las que tanto y tan bien ha oído hablar. Nuevamente, los ilustrados conversos cristianos piden ayuda portuguesa que, para preservar el estratégico enclave de Macao, es otorgada con el envío de un buen número de hombres, mosquetes y cañones al interior de China al mando del coronel Gonzales Teixeira Correa. Tras cosechar los primeros éxitos y poner en retirada a varios destacamentos manchúes, los portugueses piden al emperador más soldados y medios para avanzar y expulsar completamente a los invasores de territorio chino. Para sorpresa de todos, a los portugueses se les impide ir más allá de la ciudad de Nanchang. La excusa

empleada por los oficiales chinos —temerosos de perder su reputación y prebendas— es que la vestimenta portuguesa es inadecuada para el arte de la guerra. Los portugueses han de retroceder hacia Macao mientras los manchúes recuperan parte del terreno perdido. Este y otros incidentes similares terminan por minar la salud del veterano cristiano converso LI Zhizao, que fallece el día de Todos los Santos en Beijing. Se cumplían treinta y un años desde el primer encuentro de Li Zhizao con el padre Matteo Ricci.

A comienzos de este año de Nuestro Señor de 1631, el ilustrado Xu Guangqi ha presentado al emperador los primeros frutos de la nueva Oficina de Astronomía. En concreto, todas las traducciones ya terminadas hasta esta fecha, entre las que se encuentran las ya realizadas en vida de Terrentius, y también otras muchas escritas por él mismo eficazmente ayudado por los nuevos miembros de la Oficina, los padres jesuitas Adam Schall y Giacomo Rho. Es un ingente trabajo recogido en veintitrés volúmenes. En el memorial que acompaña los libros, Guangqi ha tenido buen cuidado de remarcar que el saber europeo no supera en ningún caso al chino, pero que los métodos occidentales son complementarios a los orientales y que servirán para realizar las necesarias correspondencias astronómicas entre las medidas chinas y las europeas. Xu Guangqi hace notar al emperador, además, que durante más de mil trescientos años —el tiempo transcurrido entre las antiguas dinastías Han y Yuan— los cálculos en los calendarios eran continuamente revisados, pero que nada se había hecho en los últimos trescientos cincuenta, con el paso de la mencionada dinastía de origen mongol Yuan a la Ming. También el ilustrado veía necesario explicar al emperador Chongzhen que usualmente las reformas precedentes se efectuaron cada trescientos años, y que esta sabia medida era similar a la adoptada con posterioridad en Europa. Xu Guangqi se refería con ello a la variación en un día cada 308 años que había preocupado a los reformadores gregorianos, finalmente enmendada por nuestro sabio Christopher Clavius. Por tanto, para mantener su perfección, el calendario chino debía ser nuevamente revisado, puesto que se había superado de largo ese plazo y la antigua Oficina de Astronomía no había reparado en ello, cometiendo por tanto graves errores de predicción. Los europeos, terminaba su memorial, solo reafirmaban con ello la supremacía china en el conocimiento de los cielos, pero estaban al tanto de los últimos ajustes necesarios, al contrario que los descuidados oficiales que le habían precedido. En resumen, se imponía realizar una gran concordancia entre ambos sistemas, puesto que el cielo era uno e indivisible, tanto para orientales como para occidentales. Y el gran emperador chino el único capaz de transmitir sus mensajes.

El ilustrado chino Xu Guangqi, el último de los grandes amigos chinos vivos del padre Matteo Ricci, se ha convertido a la muerte de Terrentius en mi nuevo preceptor. De acuerdo con las últimas voluntades de este, y también por expresa petición del superior en Beijing Nicolás Longobardo, he comenzado mis estudios para —si Dios lo quiere— alcanzar algún día el grado *jinshi*, el más alto en el sistema burocrático imperial chino. El propio Xu Guangqi supervisa diariamente mi aprendizaje, no importa la hora del día o de la noche en que termine sus trabajos en la Oficina de Astronomía.

—Espero que el día de hoy os haya sido provechoso, buen Paolo. Compruebo —me dijo observando los cinco grandes Clásicos de Confucio abiertos sobre la gran mesa—, que vuestras ansias de saber son mayores que las de cenar, puesto que no

habéis pasado al comedor. Al menos los padres jesuitas no han advertido vuestra presencia.

—En efecto, maestro Xu, hoy no he tenido tiempo para cenar —contesté—. Cualquier distracción, por pequeña que sea, me hace perder la concentración, y los lugares de mi memoria se vuelven tan confusos que me obligan a empezar desde la nada una y otra vez. En cuanto termine de memorizar correctamente estos textos del *Clásico de los cambios*, tomaré algún bocado.

—Hacedlo, no vayáis a caer por culpa de vuestro tesón en la enfermedad. Y no tengáis obsesión por el tiempo. Todo llega. Yo comencé mis estudios con seis años y no alcancé el grado *jinshi* hasta bien cumplidos los cuarenta y dos.

—¿Erais ya capaz de leer a Confucio con solo seis años? —pregunté confundido.

—No, evidentemente no —rio—. Yo nací en una familia bastante humilde de Shanghái, pero tuve más suerte que la mayoría de los niños allí. Muchos padres llevaron a sus hijos a los eunucos, otros a trabajar como culíes en los canales. En mi caso, el poco dinero obtenido de una buena cosecha permitió a mi padre mandarme a la escuela con esa edad. No paré de estudiar hasta que obtuve el título de bachiller, con diecinueve años. Entonces me dediqué a mi familia y a nuestros pequeños campos, y a pensar cómo sacarles el mayor provecho.

Yo sabía de la fama que precedía a Xu Guangqi. No solo como hombre de armas, matemático y astrónomo —en estos últimos aspectos en compañía del padre Ricci—, sino especialmente como estudioso de técnicas agrícolas: sobre el riego en sus mil formas imaginables, la preservación de los bosques y producción de árboles frutales, la elaboración de la seda y el algodón, la distribución de tierras, el cultivo de cereales... casi cualquier cosa. Su descomunal tratado sobre agricultura, el *Nong Zheng Quan Shu*, le ha granjeado la admiración del mismo Chongzhen y de casi todos los mandarines de China. Su erudición y saber ha evitado millones de muertes por hambre en China. Ya todos se refieren a él como El Maestro. Y yo tengo el privilegio de tenerlo como tal, sentado a mi lado como un padre, un nuevo padre.

—Pero quizás a ti la agricultura no te interese demasiado —dijo, adivinando mis pensamientos— y además no es asunto que incumba a los exámenes imperiales. Como te decía, paré mis estudios al cumplir los treinta años, época en la que mi posición económica y la de mi familia ya me pudo permitir el dedicarme por completo a los exámenes. Entonces obtuve primero el título de *shangyuan* o licenciado, grado que me daba derecho a presentarme después a los exámenes provinciales, donde conseguí ser un *juren*, o maestro. Impulsado por mi amado padre, que no quería que su hijo se conformara con ejercer de subalterno en cualquier cargo público, me animé a presentarme a los exámenes de la capital, en Beijing. A los cuarenta y dos años aprobé los últimos exámenes de palacio, que son revisados por el mismo emperador. Y me convertí en un *jinshi*, o doctor. Solo uno de cada tres mil licenciados lo consigue, y me siento muy orgulloso de ello. Aunque —y esto lo dijo con modestia— no fui ni mucho menos el mejor. No fui considerado *zhuangyuan*,

pero mis ambiciones estaban ya suficientemente satisfechas.

—¿*Zhuangyuan*? —pregunté.

—Uno de los tres mejores.

—Seguro que no los había mejores que vos, Xu —repliqué.

—Los había, claro que sí, Paolo. El añorado Miguel Yang Tingyun alcanzó el grado *jinshi* con solo treinta y cinco años. Algo casi increíble. Y no quiero pensar hasta dónde habría podido llegar el padre Ricci de no haber encontrado tantos impedimentos por parte de los eunucos que controlaban la vida del emperador Wanli. Por mucho que te hablen de él, nunca voz alguna hará justicia a su inteligencia. Nunca he visto hombre más sabio sobre la China, ni creo que lo haya habido sobre la Tierra. —Después de decir esto, me miró con ternura y cariño. Luego añadió—: Aunque ahora veo delante de mí casi los mismos mimbres, y en palacio muchos menos eunucos. Tal vez Longobardo y Terrentius no se han equivocado. Sigue estudiando así, Paolo.

Xu Guangqi se levantó, me hizo la tradicional reverencia de despedida y se retiró a descansar. Apenas quedaban tres horas para que amaneciera y volver al trabajo en la Oficina de Astronomía.

Los estudios para los exámenes imperiales son interminables. Con razón a mi edad —ya he cumplido los treinta años—, Guangqi ha preferido que me prepare de un solo golpe los grados de bachillerato y de licenciado. Considera la primera parte demasiado sencilla para mí —solo se exigen conocimientos sobre los Cuatro Libros confucianos— y, además, la gran cantidad de jóvenes que se presentan podría hacer que cualquier error o provocación ante los vigilantes y examinadores locales —que verían con muy malos ojos a un candidato occidental— dieran al traste a las primeras de cambio con nuestras intenciones. Por mi edad, condición y, sobre todo, por la enorme influencia del «venerado maestro *jinshi* Xu Guangqi», me examinaré directamente en lo que los chinos denominan de forma genérica «exámenes de acceso». Estos no tienen otro objetivo que el permitir al candidato acceder a los siguientes exámenes superiores. El título de licenciado obtenido no permite todavía asumir un cargo público en la jerarquía administrativa china. Deberé comenzar primero con los exámenes de distrito o *xianshi*, que se celebran en dos de cada tres años. El próximo será en apenas unos meses, por lo que me apremio en mi preparación. De aprobarlo tendré que enfrentarme a los exámenes de prefectura o *fushi*, y por último los de aptitud, o *yuanshi*. Solo una vez obtenido el título de licenciado podré presentarme a los exámenes de provincia, los más temibles, y en los que el título de maestro o *juren* está en juego.

A pesar de que dedico la mayor parte de mi tiempo a los estudios, no me olvido de la segunda promesa realizada en el lecho de muerte de mi maestro Terrentius. Hoy he vuelto a escribir largamente a Johannes Kepler a Praga, y en mi carta le hago saber quién soy —un fiel discípulo de su amigo el médico y astrónomo Johann Terrenz Schreck, recientemente fallecido aquí en Beijing—, qué quiero de él —le pongo al

tanto de nuestros modestos estudios acerca de su manuscrito y le pido que, como antes hiciera con mi maestro, me mantenga al tanto de sus avances, ya que esta fue su última voluntad—, y asimismo le recuerdo nuestra vocación por la astronomía, compartida por toda la comunidad jesuita en China. Le hablo de los trabajos de los padres Adam Schall y Giacomo Rho en la adaptación del calendario oriental al occidental, y también le pido con tacto exquisito que no olvide su promesa de hacernos llegar un ejemplar de sus ya famosas *Tablas rudolfinas*, pues a buen seguro que con su ayuda nuestro trabajo de predicción de efemérides será mucho más sencillo y preciso.

A las pocas semanas de enviado el sobre hacia Goa recibo misiva del padre Manuel Días desde Macao. Al parecer, el padre Antonio Rubino en Goa le transmitió en fecha reciente que habrían llegado noticias hasta la India de la muerte de Johannes Kepler. Según estas noticias, el sabio astrónomo alemán falleció el día 15 de noviembre del año pasado. El superior en Macao me pregunta si es mi deseo que haga seguir mi carta hasta Goa, y de allí hasta Europa o, por el contrario, que desista en tan vano esfuerzo. Le indico que destruya la carta, agradeciéndole su cortesía y las molestias. No todo lo escrito en aquellos papeles sería bien entendido por ojos ajenos.

La única buena nueva que recibo desde Macao procedente de Goa es que el padre Antonio de Andrade —y con él nuestro buen hermano Manuel Marques— ha regresado sano y salvo del segundo viaje al Tíbet. Pero no por voluntad propia, puesto que finalmente fueron expulsados de allí una vez consumada la invasión de Guge desde el vecino reino de Ladakh. Ahora el padre Andrade ha asumido el cargo de superior de la misión jesuita en India. Hago el propósito de escribirle una larga carta para preguntarle acerca del final del apasionante viaje que emprendimos juntos al Tíbet. Pienso que, tal vez, pudiera averiguar algo más de la extraña estela del dragón que custodiaba el gran lama budista de Tholing en el tiempo que todavía permaneció allí. Y de su significado. Aunque, desgraciadamente, también tendré que hacerle saber —si es que no ha tenido noticias ya a través de otros padres jesuitas—, de la desdichada muerte en Macao de nuestro compañero de aventuras, el padre Pantaleón Kirwitzer. Y de la pérdida de las copias de la estela que con tanto afán dibujamos.

Mis maestros Xu Guangqi y el padre Adam Schall han completado durante este año un extraordinario mapa estelar, que contiene las posiciones de estrellas tanto orientales como occidentales. El mapa localiza hasta un total de 1366 estrellas y, por tradición y familiaridad, estas son agrupadas siguiendo las constelaciones chinas. Este mapa, por fin, actualiza uno de los tratados estelares chinos más antiguos y venerados, el *Xingjing*, que se cree fue escrito alrededor del año 70 antes de la venida del Señor. Pero aunque se haya seguido el sistema chino de constelaciones —puesto que al padre Giacomo Rho le ha resultado inviable en la práctica cotejar ambos sistemas sin sufrir enormes quebrantos de cabeza—, tanto Schall como Rho han trabajado simultáneamente con los dos sistemas de coordenadas, el ecuatorial chino y

el eclíptico europeo. En los mapas se utiliza preferentemente el sistema chino, de cálculos más sencillos, pero para los nuevos instrumentos se ha introducido el europeo. Trabajos tan costosos y complicados han hecho recordar por momentos el ahora olvidado e intrigante manuscrito, y su mención ha vuelto a encender —especialmente en Schall—, cómo no, la curiosidad de muchos de nosotros.

—Ya le llegará el momento —ha comentado en voz baja durante la comida de hoy, con el fin de evitar que el superior Longobardo pudiera oír sus palabras—. Además —ha añadido dirigiéndose al padre Giacomo Rho—, le prometí al padre Terrenz en su lecho de muerte que lograría desentrañarlo.

—A mí me hizo la misma petición, Adam —le contestó Rho—. Murió obsesionado por saber qué contenían aquellos viejos pergaminos.

Me sonreí. La petición del moribundo Terrentius había sido la misma para todos. No era de extrañar. Y como él mismo me había recordado durante mi turno, a un moribundo no debe llevarse la contraria. Posiblemente, también el padre Álvaro Semedo había sido destinatario de la misma petición. Ahora trabajaba casi en solitario en sus labores de traducción de la estela nestoriana de Xian, con mayor tristeza que nunca después de la muerte de su amigo Nicolás Trigault y el propio Johann Schreck, teniendo que ver cada día esos ilegibles renglones que era incapaz de comprender. No era pues de extrañar su pena y frustración. El superior Longobardo le apremiaba en sus trabajos, ya que deseaba enviar cuanto antes los resultados de la traducción al superior general en Roma para presentarlos ante el papa. Semedo no creía que en un plazo inferior a dos años fuera capaz de terminar el trabajo de los textos chinos. Pero el padre Longobardo era lógicamente mucho más comprensivo que el también casi olvidado eunuco Wei Zhongxian.

Xu Guangqi, desde su puesto al frente de la Oficina de Astronomía, ha impulsado de forma entusiasta la fabricación de nuevos instrumentos para observar los cielos y medir la posición de estrellas y planetas desde tierras chinas. Ya él mismo, junto con el padre Matteo Ricci, se había percatado durante su estancia en Nanjing que los antiguos instrumentos chinos estaban bien conservados y su manufactura era de gran calidad. Así que ha decidido encargar la fabricación de unos cuantos nuevos, siguiendo en lo posible la magnífica obra del astrónomo Tycho Brahe que tanto es del agrado del padre Adam Schall, *Astronomiae Instauratae Mechanica*, publicada en Europa en 1598. Entre los encargos figura un cuadrante para medir la altitud de los cuerpos celestes, una regla paraláctica, un sextante, un astrolabio ecuatorial para observar el movimiento de las estrellas, varios relojes gnomon para encontrar la declinación del sol a lo largo del año y, finalmente, una esfera armilar del tipo eclíptico ecuatorial, en la que poder medir el movimiento de los planetas.

Pero nuestra gran aportación a la nueva Oficina de Astronomía es el telescopio. Finalmente desempaquetado de su complejo embalaje con esmero mímico por el padre Adam Schall, ha vuelto a ver la luz tras todos estos años, en el más amplio y feliz de los sentidos. Los otros miembros ilustrados de la Oficina de Astronomía,

incluyendo al propio Xu Guangqi, están admirados de su funcionamiento. Ya han podido contemplar las fases de Venus y las cuatro lunas de Júpiter, y a todos el padre Schall les ha hablado de la figura de mi paisano Galileo Galilei, tan gran astrónomo en lo racional como insensato en lo religioso, según sus propias palabras. El día 6 de octubre de este año de 1631 observamos con el telescopio desde el tejado de la Oficina de Astronomía un nuevo eclipse parcial de sol. Todos nos vamos turnando para observar a través del tubo, pero solo durante un instante cada vez, pues la luz atraviesa el mismo con una fuerza cegadora. El padre Schall ha dispuesto un sencillo artilugio acoplado al telescopio para proyectar la imagen capturada por el artefacto sobre un lienzo de papel. En dicho papel vamos dibujando las distintas y caprichosas formas del sol y la luna interpuestos en sus movimientos. Este sistema también ha permitido observar en días sucesivos algunas manchas en la superficie del sol, un fenómeno que el propio Xu Guangqi duda si debe o no ponerse en conocimiento del emperador Chongzhen, puesto que, al igual que en nuestra antigua doctrina occidental aristotélica, los chinos tienen al sol como un cuerpo perfecto e inmutable. Finalmente, se han incluido las anotaciones sobre las observaciones de las manchas solares junto con el gran mapa estelar. El emperador debe saberlo todo y nada de lo que ocurra bajo el cielo puede escapar a su sabiduría.

Hoy han comenzado los exámenes *xianshi*, aquí en la misma Beijing. Por regla general, estos primeros exámenes se celebran en la capital del distrito donde vive el candidato. En mi caso, dado que mi residencia está aquí establecida, en la capital del imperio, no tendré que moverme de ciudad aun en el extraordinario supuesto de que fuera aprobando examen tras examen. Hay filas interminables de jóvenes recogiendo los reglamentarios papeles oficiales sellados. De esta forma, se intenta evitar en lo posible la picaresca y el trueque. Aunque los exámenes van a durar cinco días, la mayor selección se realiza normalmente al final de la primera jornada, por lo que es fundamental la tranquilidad y el buen ánimo desde el principio. Entre el bullicio veo chinos que ya no cumplirán los cuarenta años, y alguno ni los cincuenta, y me pregunto cuál será su necesidad para verse abocados una y otra vez a presentarse a estas duras pruebas. Algunos candidatos se tambalean y apenas pueden sostener los pinceles y la tinta, posiblemente ahitos de opio o alcohol con los que intentan mitigar los nervios. Unos pocos vomitan o se orinan encima al ver acercarse a los examinadores. Para estos últimos, los comportamientos extraños y débiles son señales inequívocas de que algo se trama o esconde, por lo que estos candidatos sospechosos son inmediatamente expulsados, aun cuando sus males sean producto únicamente de sus fragilidades. Yo soy mirado con extrañeza, y cuando me preguntan mi nombre, origen y padrino para anotarlos en las listas —ya que en las hojas de examen únicamente figurará un número, para así intentar evitar la inevitable corrupción—, los examinadores se quedan enormemente sorprendidos. Y no tanto por mi origen italiano y mi nombre europeo, sino por la altura e importancia de mi padrino, Xu Guangqi. Sin trato preferente, soy conducido como los demás a uno de

los pequeños cubículos, mientras un ayudante me recita una retahíla de prohibiciones: no deberé abandonar la celda más de una vez —previo aviso al vigilante—, no podré dejar caer los papeles al suelo ni mirar a mis compañeros, no podré abrir la boca —cosa frecuente, sobre todo cuando se trata de murmurar la comprobación correcta en la métrica de las composiciones poéticas— ni, por supuesto, intercambiar cosa alguna con mis vecinos de cubículos. En la puntuación será de gran importancia —me recuerdan— que los caracteres escritos respeten siempre el llamado estilo *kaishu*, no pudiendo sus trazos sobrepasar un cuadrado imaginario en modo alguno. Tan perfectos que han de parecer impresos. Y ninguna mancha puede emborronar el examen. En caso de enmienda, debe copiarse todo el examen desde el principio en un nuevo papel sellado.

El temario que debe preparar todo candidato no ha cambiado desde la dinastía Song. Tanto en los exámenes de acceso como en los de provincia, las preguntas exigen redacciones y reproducciones exactas de los temas contenidos en las obras del sabio Confucio: los Cuatro Libros y los Cinco Clásicos. Según mis propias cuentas, he debido de leer más de cuatrocientos mil caracteres chinos, la mayor parte de los cuales intento mantener archivados en estancias diferentes dentro del enorme palacio que he construido en mi memoria, a la manera que el gran Matteo Ricci recomendaba a sus alumnos. La pregunta principal en este primer examen es sencilla. Se trata de un texto del libro de *La gran enseñanza*. Redacto con la rapidez justa, puesto que ir demasiado lento o demasiado rápido puede ser motivo de sospecha para los vigilantes. Cada hora estos sellan el examen en el punto donde se encuentre el alumno: de esta forma se hace más complicado el fraude. Al cabo de tres horas he terminado con el texto y puedo comenzar con la composición poética, que debe estar inspirada en el propio *Clásico de la poesía*. Repaso una y otra vez la métrica. Es correcta y no hay enmiendas ni tachaduras. Mis papeles están immaculados. Me levanto satisfecho y entrego el examen a mi vigilante. A diferencia de los exámenes de provincia, los candidatos pueden dormir en sus casas hasta el quinto día si es necesario llegar hasta el final de las pruebas. A primera hora de la mañana se darán a conocer los primeros aprobados.



El mismo ilustrado *jinshi* Xu Guangqi me acompaña al día siguiente a los recintos habilitados para los ejercicios de distrito. Por cualquier lugar que pasamos los examinadores y vigilantes lo reverencian, aunque tengo la sensación de que lo hacen por cariño y no por temor, puesto que Guangqi es muy querido por todo el pueblo chino. En su indumentaria no hace alarde alguno de poder o de riqueza, y se dice que todo cuanto gana o posee lo reparte entre los más necesitados. Incluso desde antes de convertirse al cristianismo.

—Buen Paolo, ¿cuál fue tu número? —me pregunta delante del jefe de

examinadores, que tiene una larga lista de nombres en su mano.

—El 942 —respondo con decisión. Una enorme cantidad de revisores ha pasado la noche completa leyendo los exámenes para ir descartando candidatos. Tanto por su competencia como por su manifiesta incapacidad.

—Aquí está —dice el chino con una amplia sonrisa dedicada a Xu Guangqi—. Ya pueden volver a su casa.

Por la cara del propio Xu Guangqi deduzco que he superado la primera prueba. Pero tengo que cerciorarme. Insisto en la pregunta.

—Has superado el examen al primer intento —me aclara el buen Guangqi—. No es necesario volver aquí en los cuatro días restantes. Ahora, y si no me equivoco —dijo, volviéndose al jefe de examinadores—, toca el examen de prefectura dentro de tres semanas.

—Así es —responde con una reverencia el aludido—. Y por la calificación que ha obtenido su alumno, no creo que tenga muchos problemas en superarlo.

—Que Dios así lo quiera —se despide Xu Guangqi, antes de retirarnos sin hablar palabra entre nosotros pero enormemente satisfechos.

Una vez finalizados los exámenes de distrito, solo cuatrocientos candidatos pudimos presentarnos a los exámenes de prefectura, llamados así porque se llevan a cabo en la capital de la propia prefectura a la que pertenece el distrito del aspirante. Este examen, o *fushi*, es muy parecido al anterior. Sin apenas preparación adicional consigo superarlo también el primer día, de los tres que dispongo. Mi querido maestro Xu Guangqi me pasea orgulloso por todo el recinto. Tengo dos días todavía para descansar antes de afrontar el último examen de acceso a las escuelas superiores, el examen de aptitud o *yuanshi*. Solo doscientos aspirantes llegamos a esta fase final.

El procedimiento no cambia respecto a los exámenes anteriores, pero sí los examinadores. En este último examen los encargados de la corrección son los llamados «guías de estudios provinciales», que informarán directamente al emperador desde todas las prefecturas del imperio. Los dos primeros días resultan sencillos, los textos elegidos de Confucio son de los más habituales en los exámenes. Pero me sorprende la escueta y única pregunta que nos plantean el último día: tenemos que repetir *verbatim* todo lo escrito durante el primer día. Carácter a carácter. Parece ser que se trata de una estrategia de los examinadores, con el fin de evitar la cada vez más común suplantación de identidad entre los candidatos.

Al final, solo noventa aspirantes hemos conseguido el título de licenciado en la capital Beijing. Aunque estoy muy contento, la sola idea de volver a los terribles estudios —que ahora ya no se limitarán a la obra de Confucio— me produce escalofríos. Y más el volver a repetirme que, de entre todas las prefecturas del imperio, escasamente uno de cada tres mil licenciados alcanzará algún día el grado *jinshi*. Quizá ninguno de los más de cinco mil jóvenes que nos reunimos en los exámenes iniciales de distrito lo alcance en los primeros ocho o diez intentos, para después seguramente abandonar y conformarse con un puesto intermedio en la

burocracia china. Que es lo máximo que permite el aprobar en los durísimos exámenes de provincia, mi próximo reto.

La cercanía de los exámenes provinciales —que coinciden este año de forma consecutiva con los de acceso, teniendo lugar uno de cada tres años— hace que, prácticamente, pierda contacto con mis padres jesuitas encerrado como estoy con los textos necesarios para mis estudios. Apenas sí que deporto a diario, como es habitual, con mi maestro Xu Guangqi, que también me pone al tanto de los avances logrados por la Oficina de Astronomía, donde especialmente el padre Adam Schall está empezando a deslumbrar con su enorme talento. A los primeros veintitrés volúmenes enviados al emperador Chongzhen se ha sumado una segunda entrega de traducciones sobre temas astronómicos, hasta completar un total de setenta y dos *chuan*, junto con una nueva carta estelar más completa y precisa. En esta última ya se reportan 1812 estrellas en los mapas que contiene. Para facilitar su comprensión, Adam Schall ha dividido internamente los círculos estelares en los 360 grados occidentales, mientras que por la parte externa ha respetado los 365,25 grados chinos. En este llamado *Atlas general de estrellas fijas en los hemisferios Norte y Sur divididos por el Ecuador*, también se han dibujado de forma conjunta las doce figuras del zodiaco occidentales junto con las veintiocho mansiones ecuatoriales chinas, todas ellas vistosamente adornadas en los cinturones circulares que rodean los mapas. El maestro Xu Guangqi me cuenta que entre los míos se ha bromeado y mucho acerca de la oportunidad de hacer figurar de forma conjunta ambos sistemas astronómicos, y que el mismo padre Adam Schall se ha preguntado en voz alta si no estará escribiendo, sin apercibirse de ello, un nuevo manuscrito diabólico. Tanto el propio Xu Guangqi como el superior Nicolás Longobardo han reprendido al alemán, que ha pedido disculpas a ambos achacando su soberbia a la alegría que sentía al ver terminados los mapas.

El tiempo pasa sin detenerse. En este septiembre de 1632 comienzan los llamados *xiangshi*, o exámenes de provincia. Este mes de septiembre gregoriano coincide con el octavo mes del año lunar chino, mes oficial para las pruebas. Cada uno de los tres exámenes obligatorios durará tres días. En esta ocasión no está permitido dormir en casa, sino que el candidato debe encerrarse en su cubículo, donde apenas puede permanecer sentado. Tres pequeñas tablas, que hacen de asiento, escritorio y estante, forman todo el mobiliario dentro del lugar asignado para los exámenes individuales.

Ahora todo es mucho más estricto. Me han registrado a fondo varias veces, la primera de ellas dejándome casi desnudo a la puerta del gigantesco recinto del tamaño de un barrio entero rodeado de altísimos muros. El dinero está terminantemente prohibido para evitar sobornos. El aislamiento es completo y solo hay una puerta por la que poder entrar o salir. El maestro Xu Guangqi, para evitar suspicacias, no ha querido acompañarme esta vez. En el centro del recinto hay una gran torre de vigilancia principal desde la que se efectúan las preceptivas salvas como señales sonoras de comienzo o final de ejercicio. En perpendicular al corredor principal, atravesándolo, hay infinitos callejones cada uno con su torre de vigilancia

respectiva. No puedo calcular con precisión, pero el número de cubículos fácilmente rondará los diez mil. Están separados unos de otros por delgados muros, y abiertos por su parte posterior para facilitar la vigilancia, sin puerta alguna. Se nos ha permitido llevar, además de la ropa y los útiles de escritura, una estera o una manta para dormir, un orinal, agua, un poco de comida y algunas velas. Los guardias y vigilantes repiten los registros de los cubículos una y otra vez, no tanto por el celo profesional sino por los premios y beneficios que reciben si encuentran a un infractor.

En los exámenes de provincia ya no solo se ponen a prueba los conocimientos sobre Confucio —aunque este sigue siendo de largo el tema principal—, sino que también los examinadores designados por el emperador tienen libertad para preguntar acerca de las leyes, la historia y la política del Imperio chino. De nuevo la composición poética es de gran importancia, especialmente si esta alaba al emperador en el poder. Pero normalmente —y por fortuna esta vez también ha sido así—, se deja para los exámenes de capital y palacio los temas de mayor envergadura y complejidad. Las nueve obras de Confucio pareciera que ya estuvieran en mi cabeza al nacer, de tanto que he repasado y memorizado sus textos.

Ante la estrechez del cubículo, he decidido no dormir. Ya estoy acostumbrado a no pegar ojo durante días y noches. Mi fortaleza física es mucho mayor que la de mis rivales. De reojo puedo ver a otros candidatos acurrucarse como ovillos en sus mantas buscando algo de descanso, cerrando a duras penas la pequeña cortina para evitar que entren la lluvia y el viento a estropear los valiosos trabajos. Pienso que algunos candidatos, los más desafortunados e imprudentes, prenden inadvertidamente sus papeles con las velas. Otros sufren desmayos o son víctimas de extorsiones por los vigilantes. Si uno de los guardianes denuncia cualquier irregularidad, sea cierta o no, el aspirante será expulsado de inmediato.

Aunque no puedo ni quiero dormir, me he tomado unos minutos de descanso entrecerrando los ojos y apoyando la cabeza en el escritorio. Imagino que eso ha hecho suponer al vigilante de mi corredor que estoy dormido, y se ha aproximado hasta mi cubículo. Noto que me empuja suavemente con un bastón y finjo dormir. No tiene intención de despertarme, le parezco muy fuerte y, seguramente, es el primer occidental que ve en su vida. Le oigo acercarse hasta el cubículo contiguo y repetir la operación. Una voz débil se queja y pongo oído atento a la conversación.

—Vamos, corre la cortina y apaga la vela —es el vigilante quien habla. Mi indignación aumenta conforme lo hacen las súplicas del desafortunado aspirante a maestro que tengo como vecino.

—No, por favor, no —comienza a gritar.

—Cállate —escucho a la vez que oigo un fuerte golpe. Sin poder remediarlo, y sin pensar ni por un instante que mi examen iba a terminar en aquel mismo momento, me levanto como un resorte y abro primero mi cortina y luego la del desgraciado que tengo a mi lado. Me encuentro de bruces con el vigilante, un chino mal encarado que lleva la túnica abierta y que apenas puede reprimir su sorpresa. Pide socorro pero es

demasiado tarde. Ya le he partido el bastón en las costillas. El pequeño aspirante me mira con una mezcla de agradecimiento y pánico, suplicándome que no diga nada a nadie. No tardo más de unos segundos en percatarme. Es una mujer disfrazada como si fuera un eunuco que se ata los pantalones a toda prisa. Si fuera descubierta sería decapitada. Los exámenes imperiales son asunto exclusivo de hombres.

Pero el incidente ha resultado demasiado escandaloso. A los gritos del vigilante acuden varios de sus compañeros y también un par de examinadores. Estos deciden encerrarme en una pequeña celda atado de pies y manos hasta el día siguiente, en que me imagino que primero seré azotado y más tarde expulsado. O a la inversa. Mi carrera hacia el grado *jinshi* ha terminado aquí.

A primera hora de la mañana me llevan ante el examinador jefe. Consulta el número de mi examen —al tiempo que lee el propio examen con visibles muestras de aprobación—, y dice en voz alta tanto mi nombre como el de mi padrino: Xu Guangqi. Los otros examinadores que lo rodean comienzan a murmurar. Por lo que alcanzo a escuchar hablan de mí como el occidental que maravilló en los exámenes de acceso. Y discípulo del gran *jinshi* Xu Guangqi. No quieren problemas y deciden investigar la cuestión a fondo. Hacen llamar a los vigilantes, y todos declaran que me volví de forma violenta contra ellos sin mediar causa alguna. También escuchan mi versión y fingen escandalizarse, tanto vigilantes como examinadores. Pido que se tome declaración al otro candidato. Cuando la pequeña mujer entra en la sala, debidamente maquillada, parece mismamente un joven imberbe y, preguntado por ello, se declara eunuco desde la niñez. Nadie se sorprende. Muerta de miedo, admite la versión del vigilante. Se despertó con el ruido y me vio pelear contra él. Tengo las horas contadas antes de una buena tunda.

—Por favor, Paolo, repite tu versión.

Detrás de mí oigo la voz familiar de Xu Guangqi. Uno de los examinadores, buen amigo suyo, le ha hecho llamar con urgencia a consultas con la aquiescencia de sus compañeros, que saben de su importancia. Los vigilantes se sorprenden de su presencia, pero su figura intimida tanto como su sabiduría.

—Aquel hombre de allí —digo respondiendo a la pregunta de mi maestro y señalando al vigilante nocturno—, intentó violar al candidato eunuco.

—¿Podrías probarlo? —me pregunta. Sé que confía en mi inteligencia. Hago memoria pero no recuerdo nada especial, así que decido arriesgarme por una intuición.

—Está circuncidado. Y no es costumbre entre los chinos —dije.

Al oír esto el vigilante enrojeció de repente. Con un gesto hacia los otros vigilantes, Xu Guangqi ordenó que le despojaran de toda su ropa. Yo estaba en lo cierto.

—Maestro Xu —dijo el examinador jefe mientras el vigilante era reducido y maniatado—. Dinos qué es de justicia hacer.

—Lo que estaba previsto —sentenció Xu Guangqi—. Que todos vuelvan a sus

puestos y continúen con sus exámenes. En cuanto a ese desgraciado —y señaló al vigilante, desnudo, atado y lloroso en el suelo—, que reciba veinte azotes y sea expulsado del recinto.

—La ley lo condena a morir descuartizado vivo —replicó el examinador—. ¿No preferís este castigo más severo? ¿No pensáis que otros como él pueden repetir la misma fechoría si esta no es lo suficientemente castigada?

—Hacedlo como os he dicho —dijo Xu Guangqi—. No me corresponde a mí decidir sobre la vida de nadie. Solo al emperador.

Transcurrida justo una semana tras ese incidente salgo del recinto de exámenes convertido en un nuevo maestro o *juren*. Conmigo han aprobado en la provincia de Beijing otros cincuenta y cinco aspirantes, incluyendo la extraña mujer disfrazada como un eunuco que ha obtenido la segunda puntuación de entre todos los candidatos. En cuanto a mí, no sé cuánto debo a mi maestro Xu Guangqi y cuánto a mi esfuerzo personal. Pero el haber salido de allí como el *juren* mejor calificado me llena de orgullo.

Los exámenes de la capital y de palacio, los últimos que me separan del más alto grado *jinshi*, me esperan en los próximos meses.

Mi éxito en los difíciles exámenes provinciales ha sido muy celebrado en nuestra residencia jesuita. Especialmente por el padre superior Nicolás Longobardo, que ve como uno de nosotros lleva camino de integrarse en el selecto grupo de ilustrados que quizá un día asesore personalmente al emperador de la China. De esta forma, tal como Matteo Ricci lo imaginó, la conversión al cristianismo de todo el imperio, empezando desde lo más alto, será mucho más sencilla. Yo no soy tan optimista como Longobardo, puesto que conozco mis propias limitaciones, y a mis escasos conocimientos en teología —aún tardaré unos años en ordenarme sacerdote, si es que finalmente lo consigo—, solo puedo unir una memoria bien entrenada en la que almaceno miles de caracteres chinos, la mayoría de los cuales son solo diagramas sin sentido práctico para mí. Y pensamientos del antiguo sabio chino Confucio que, aunque en numerosas ocasiones se me revela como un excelente complemento a la moral de los Evangelios, no deja de ser un perfecto extraño para un verdadero cristiano como yo.

Ahora que vuelvo a participar con asiduidad en la vida comunitaria —al menos hasta que mi maestro Xu Guangqi vuelva a intensificar mi plan de estudios de cara a los exámenes de la capital—, nuevamente reparo en el estado de ánimo e inquietudes de todos los padres jesuitas que comparten vida conmigo aquí en China. El superior Longobardo parece no envejecer, y su ilusión en el trabajo evangelizador, lejos de decaer por el esfuerzo, cada día es mayor. Es, sin duda, el pilar básico en la difusión del cristianismo en estas tierras, labor que parece difuminarse por las actividades principales de los otros padres. Giacomo Rho y Adam Schall se han entregado en cuerpo y alma a los cálculos para la reforma del calendario en la Oficina de Astronomía; yo me dedico principalmente a mis cartas y a mis estudios para ilustrado, y el padre Álvaro Semedo apenas sale de la biblioteca, donde continúa enfrascado en la traducción de la estela nestoriana. Con mucho, es el que peor ánimo presenta, y achaco su progresivo decaimiento al trágico final del procurador Nicolás Trigault por una parte y, por otra, a los resultados de sus propios estudios. Temeroso de que la historia pudiera repetirse, y rememorando aquella conversación que el propio Trigault me hizo mantener en secreto, le abordo una mañana.

—Padre Semedo —le saludo—, os vengo observando desde hace fechas. No me juzguéis mal por ello, pues sabéis que una de mis obligaciones aquí en China es transmitir mediante mis escritos los progresos de nuestra misión, así como hacer partícipes a nuestros hermanos al otro lado del mundo de nuestras alegrías y desdichas, todas ellas a la mayor gloria del Señor.

—Lo sé, buen Paolo —contesta de forma escueta Semedo.

—Tuve oportunidad de hablar con el padre Nicolás Trigault poco antes de su muerte. En esa última conversación —le revelo—, el padre procurador me pidió que guardara un prudente silencio sobre ciertos descubrimientos que vos y él estabais

realizando. Todavía no he encontrado el momento ni la situación apropiada para describirlos en mis cartas. Y creo que debo esperar —añado—, hasta tener una información más completa que, en buena lógica, debería provenir de vos.

Álvaro Semedo me mira fijamente con extrañeza. Posiblemente desconocía que Nicolás Trigault hubiera hablado conmigo cuando ya, a buen seguro, había decidido acabar con su vida. A sabiendas de que yo podía ser su escribano perfecto, y que sabría cómo transmitir su decisión y las causas que le llevaron a ello.

—¿Qué conocéis?

—Si os lo cuento mi promesa queda rota en el mismo instante —replico con la misma seriedad que Semedo ha empleado en su pregunta—. Tal vez sería más sencillo si vos tomaseis la iniciativa.

Álvaro Semedo vuelve a mirarme fijamente. Tras más de doce años en China, ya nadie puede tomarme ni tratarme como un chiquillo. Incluso mi cargo honorífico de *juren* chino tiene su propio peso específico en estas circunstancias.

—Durante esas semanas el padre Trigault y yo trabajamos en la elaboración de un calendario —se decide a romper su silencio—. Nada que ver con el calendario astronómico anual de Adam y Giacomo. Nosotros estaríamos hablando de un calendario bíblico.

—Ajá —afirmo, pues algo conozco por el propio Trigault e incluso por la prohibición expresa que hizo al respecto el superior Longobardo.

—Estábamos asustados —continúa—. Las fechas de la estela, así como la traducción de algunos de sus pasajes que estaban perfectamente datados, nos llevaban hasta tiempos muy remotos aquí en China. Entonces comenzamos a revisar la genealogía de las distintas dinastías de emperadores, contrastamos varios historiadores, bebimos de todas las fuentes chinas más fiables. El resultado no admitía dudas.

—Seguid, os lo suplico —le ruego—. Y si lo estimáis oportuno, callaré cualquier dato que podáis considerar peligroso o pudiera ser considerado herético en Roma.

—No, Paolo, prefiero que toméis nota de todo. Hablar me hará bien y con ello me liberaré de parte de esta pesada carga. No quiero terminar como el buen Nicolás —me dice, con evidente miedo en sus palabras—. No quiero ser víctima de mis obsesiones.

—En ese caso, os escucho.

—Los primeros sabios y emperadores chinos son más antiguos de lo que creíamos. El aquí tan conocido Fu Hsi, el primero de los legendarios tres augustos y cinco reyes, habría vivido con anterioridad al patriarca bíblico Noé.

—¿Estáis seguro de ello? —pregunto, demandando mayor información.

—Sí, no tengo dudas. Si tenemos en cuenta los contenidos de la *Vulgata*, la traducción latina de la Sagrada Biblia encargada para el pueblo por el papa Dámaso I, y considerada también la más exacta y mejor documentada, la Creación debió de ocurrir unos 4000 años antes de la llegada al mundo de Nuestro Señor. Y el Diluvio

unos 1650 años después, en números redondos. O lo que es lo mismo, 2350 años antes de la mencionada venida de Jesucristo. Según varios historiadores chinos, hay tablillas que afirman que Fu Hsi reinó en China 2800 años antes del Señor, una vez cotejadas las fechas y ajustados los calendarios oriental y occidental.

—Por tanto —intento comprender al padre Semedo—, estamos hablando de que los chinos habrían sobrevivido al diluvio. ¿No es eso?

—Es más aún que eso, Paolo. Ya no estamos hablando solo de que Noé y su familia no fueran los únicos supervivientes al diluvio universal, sino de que el antiguo rey Fu Hsi fuera un descendiente directo de Adán y Eva. Yendo más lejos aún, y si hacemos caso a los más antiguos escritos chinos, Fu Hsi habría sobrevivido precisamente a un gran diluvio, del que solo él y su hermana Nüwa se habrían salvado. De sus oraciones al llamado «emperador del Cielo» habrían recibido permiso para procrear la raza humana, permitiéndoseles, incluso, el uso del barro para dar rápidamente vida a nuevos hombres con los que repoblar la China. Luego Fu Hsi habría inventado la pesca, la caza y, lo que es más intrigante, la escritura.

—Fu Hsi es el autor del *Libro de los Cambios* o *I-Ching*, que tanto he tenido que estudiar —completo sus datos—. Allí aparecen los trigramas, considerados la base tanto de la escritura como de la caligrafía china modernas.

—Todo esto es un rompecabezas incomprensible —se vuelve a lamentar Semedo—. Los chinos lo guardan todo. Todo está perfectamente fechado y revisado. ¿En qué nos hemos equivocado? ¿Habría Dios permitido algún error a Moisés en la redacción del Génesis?

—Tal vez los errados seamos los hombres, querido Álvaro —intento tranquilizarle—. Seguramente si el padre Terrentius todavía estuviera con nosotros a buen seguro os pediría que revisarais vuestras conclusiones tomando como base la antigua Biblia Septuaginta griega, directamente traducida de los textos hebreos y arameos más antiguos.

—Así lo hice, pero para entonces ya el padre Trigault se había quitado tristemente la vida —me contesta—. En este supuesto los cálculos son más tranquilizadores, puesto que la Creación habría tenido lugar unos 5200 años antes de Cristo, y el Diluvio Universal unos 3000 años antes de esa misma referencia sagrada. Si tomamos por buenos estos números, el rey Fu Hsi y el diluvio chino serían posteriores y, muy probablemente, estaríamos hablando de uno de los descendientes de Noé. Quizás uno de los hijos del patriarca, tal vez Sem, habría sido el primer repoblador de la China. O uno de sus otros dos hijos, Cam o Jafet.

—No parecéis muy convencido de vuestras palabras —me opongo a su último argumento.

—Porque no lo estoy, Paolo. Todo encaja mejor con las piezas chinas. Y luego ese extraño lenguaje. ¿Pudo haber sido el mismo que habló y escribió Enoc? ¿Enoc y Fu-Hsi serían la misma persona? ¿Se trataría realmente del lenguaje primigenio, el hablado por nuestros primeros padres, del cual habrían derivado todos los demás?

—¿Vos qué pensáis?

—Que quizás estos chinos no son tan torpes con sus calendarios y anotaciones — contesta con tristeza—. El padre Trigault también lo pensaba.

—Entonces, ¿sabéis por qué se quitó la vida? —pregunto.

—El secreto le acompaña en la tumba —me dice—, pero él estaba convencido de que el lenguaje adánico ha pervivido hasta nuestros días. Y para Trigault todo apuntaba a esos dos manuscritos casi idénticos, uno aparecido en Occidente y otro en Oriente. Toda su obsesión era rezar a Dios llamándole por su propio nombre.

—De momento —digo, terminando la tensa conversación—, no haré partícipe al superior Longobardo de vuestras sospechas. Pero permitidme que redacte ya unos pequeños apuntes para enviar en fechas venideras a Europa.

—Tenéis mi permiso. No me desdigo de lo hablado al principio de esta charla. Tal vez algún sabio erudito del Colegio Romano pueda arrojar algo de luz sobre estos extraños hallazgos.

Álvaro Semedo se refiere al padre jesuita alemán Athanasius Kircher. Su fama como traductor de hebreo y siríaco, así como sus investigaciones en la extraña y también antiquísima lengua egipcia, han llegado ya hasta nosotros. También tenemos noticia de que su nombre había sido el elegido para suceder a Johannes Kepler como matemático imperial del Sacro Imperio Romano en su nueva capital de Viena. Pero, al parecer, la persuasiva intervención de uno de nuestros influyentes cardenales romanos, Barberini, le habría hecho cambiar de opinión y destino, con el fin de servir al papa de Roma y no al rey de Bohemia.

He recibido contestación del padre Antonio de Andrade desde Goa. Sus palabras me han llenado de alegría. En su carta me narra que, tras nuestra marcha, fueron obligados a abandonar el reino de Guge muy poco después —y además en pleno invierno—, puesto que la situación se volvió insostenible para ellos. El paso del estrecho de Mana fue durísimo, y algunos de los viajeros de la caravana no pudieron resistir el frío y la nieve, teniendo que volver sobre sus pasos con un final incierto. El mismo hermano Manuel Marques sufrió la congelación de los dedos de los pies y, para evitar la temible gangrena, un cirujano tuvo que cortarles tres de ellos nada más llegar a Delhi. En esta ciudad norteña se reunieron de nuevo con el padre Azevedo, al que habíamos dejado camino de Leh, la capital del beligerante reino de Ladakh. Francisco de Azevedo regresaba a Goa también, habiendo sido inútiles todos sus esfuerzos de mediación con el rey Sengge Namgyal. El padre Andrade me explica además que el gran lama budista hermano del rey de Guge, ante el influyente ascenso de la pequeña comunidad cristiana, había pactado con el monarca de Ladakh —a espaldas de su propio hermano Khri Bkra—, nuestra completa expulsión. La lucha fratricida había acabado con la iglesia cristiana derribada, los pocos conversos que permanecían allí asesinados, y el propio rey Khri Bkra y su familia condenados al destierro. El rey tuvo que huir hacia el este para refugiarse finalmente en Lhasa, donde él y su familia fueron acogidos por el monarca de Utsang. Andrade me cuenta

que la antigua estela nestoriana del dragón fue destruida por orden del gran lama, y que su hermano el rey había visto en ello un gesto de desprecio hacia la memoria de su padre, en lo que habría sido el desencadenante final de la cruenta batalla familiar por el poder del reino de Guge. Ahora Guge, tristemente, estaba en las manos extranjeras del rey Namgyal. El padre Antonio de Andrade, inasequible ante la adversidad, me revela que su propósito inmediato es escribir a Roma para pedir el preceptivo permiso al general de la Sociedad e iniciar una nueva misión en Tíbet, aunque es poco optimista al respecto. Su trabajo ahora, como superior de la misión jesuita en la India, le llena todo su tiempo, aunque no todas sus inquietudes. Igualmente me transmite sus condolencias y su profundo dolor por la extraña muerte en Macao de nuestro compañero de viaje, el padre Pantaleón Kirwitzer. No acierta a entender el porqué de su asesinato a manos de los soldados del por aquel entonces todopoderoso eunuco Wei Zhongxian, ni tampoco el interés por las copias de la estela desaparecidas. Yo omití explicarle nuestro propósito último y cualquier referencia a los manuscritos, y solo había mencionado en su día la similitud de la estela de la ciudad de Tholing con la estela de la tortuga encontrada en Xian. Por su parte mi buen amigo Manuel Marques ha retomado sus estudios en el colegio jesuita de Goa, y espera ser ordenado sacerdote tan pronto como termine su formación teológica. Antonio de Andrade me invita a unirme a su congregación en la India y a recibir conjuntamente con el hermano Manuel el sagrado sacramento. Tendré que contestarle que, por el momento, mi misión aquí en China me impide aceptar su generoso ofrecimiento, aunque nada me gustaría más que seguir sirviendo a Nuestro Señor ya consagrado como sacerdote jesuita.

La preparación de los exámenes de la capital está siendo más dura de lo que yo mismo imaginaba. El maestro Xu Guangqi me ha sugerido que permanezca encerrado en la sala contigua a la biblioteca —el padre Semedo no puede ser molestado, y trabajar juntos provocaría no pocas distracciones entre ambos—, y que no lo haga por menos de seis horas entre comida y descanso. No debo dormir más allá de dos horas seguidas, bien sea de día o de noche. Las comidas, frugales, y siempre en soledad, repasando mentalmente todos los nuevos conceptos que voy almacenando en el cada vez mayor palacio ubicado dentro de mi cabeza. Por fortuna, los exámenes ya se han anunciado de forma oficial con el correspondiente edicto imperial, y este suplicio no durará más allá. Doy por hecho que seré incapaz de obtener el aprobado al primer intento —al contrario de lo que ocurrió con los sencillos exámenes provinciales—, y que tendré más tiempo y nuevas oportunidades para mejorar mi preparación. Pero Xu Guangqi no quiere ni oír hablar de esa posibilidad.

—Tienes tiempo, tienes cabeza y, sobre todo, tienes corazón —me dice para animarme.

—Pero no tanta fuerza. Ni siquiera creo tener los libros suficientes —le replico.

—¿Más libros? Nuestra biblioteca jesuita es excelente. Ningún candidato cuenta con textos occidentales de ingeniería, hidráulica, agricultura o cirugía. Por no hablar

de astronomía. Y en cuanto a los temas chinos, tampoco nadie supera mi inmensa colección de volúmenes. Y están todos a tu disposición.

—No puedo leerlos todos —vuelvo a replicar a Xu Guangqi— y, aunque pudiera, tampoco tengo tiempo para asimilarlos como Dios manda. Esto es una tarea para titanes como el padre Matteo Ricci, Johann Schreck o vos mismo.

—Puedes, Paolo, claro que puedes —continúa Guangqi con su arenga—. Además, es lo que todos esos supuestos titanes que has citado deseamos como última voluntad.

Hay algo que me extraña en su última frase. Xu Guangqi adivina mis pensamientos.

—Creo que mi *qi* se agotará antes de terminar el año. Ya sabes, la energía vital en la que creemos los chinos. Tan solo el padre Johann Schreck mostró verdadero interés en nuestra medicina.

—¿Y cómo podéis estar seguro de ello?

—Ya he cumplido los setenta años. Soy un anciano y he tenido una vida muy intensa. El emperador Chongzhen me asigna cada día nuevas y fatigosas tareas a las que no puedo negarme. Mis amigos del alma LI Zhizao y Miguel Yang Tingyun hace ya tiempo que me dejaron solo.

—Pero el superior Nicolás Longobardo es aún mayor que vos, ha cumplido los setenta y cuatro. Y su vitalidad es envidiable.

—Por alguna razón que solo los chinos alcanzamos a conocer, tenemos la intuición de nuestra muerte. Igual que cuando observamos agotarse la cera de una vela, sabemos cuándo se acerca nuestro propio final.

No quiero ni puedo replicar a eso.

—Me esforzaré tanto como mi propio *qi* lo permita —le digo con una sonrisa—. Y ahora, cuando salga por la puerta de la biblioteca, asegúrese de echar la llave por fuera.

Me devuelve la sonrisa y, con paso cansado, sale de la estancia dejando deliberadamente la puerta abierta.

—Y si te queda algo de tiempo, ayuda en sus traducciones al padre Semedo —añade desde el umbral—. Los textos principales de esa estela son una preciosa oda cristiana en un dialecto chino casi perdido.

Desde los tiempos de la lejana dinastía Yuan, la fundada por los invasores mongoles, los exámenes de la capital se celebran exclusivamente en Beijing, a donde acuden desde todos los rincones del imperio todos aquellos *juren* chinos que se consideran lo suficientemente preparados para afrontarlos. Los exámenes capitalinos duran un mínimo de tres días, y es el mismo ministro de ritos —ayudado por una veintena de examinadores— quien supervisa el correcto desarrollo del proceso dentro del recinto habilitado para los exámenes. Las condiciones en las que los candidatos resolvemos las cuestiones planteadas por los examinadores son mucho menos duras que en los exámenes de provincia ya que, lógicamente, el número de aspirantes es

mucho menor. Y nuestro nivel jerárquico también ha subido en consecuencia.

Mis temores iniciales han resultado infundados. El examen de la capital, o *huishi*, me ha parecido sencillo en comparación con los exámenes de provincia, y hemos sido cerca de 400 los aprobados. Tal vez el propio ministro de ritos haya considerado que la decisión definitiva para alcanzar el grado de doctor o *jinshi* tenga que volver a recaer en el mismo emperador, después de que los últimos de ellos —Wanli y Tianqi— se abstuvieran de realizar esa función, bien por desidia o por incapacidad. Pero Chongzhen goza de la confianza de los ilustrados, y estos creen que el espíritu del primero de los emperadores de la dinastía Song —Taizu, el mismo que implantara estos «exámenes de palacio» para fortalecer su influencia y asegurar la lealtad de sus mandarines—, tiene que ser determinante a la hora de la elección de los nuevos doctores del imperio.

El definitivo examen de palacio, o *gongshi*, tiene lugar antes de que llegue el otoño. Para mi sorpresa, y también la de los demás candidatos noveles, somos recibidos con un trato exquisito en el llamado Palacio de la Suprema Armonía, dentro de la misma Ciudad Prohibida, lugar en el que se celebrará el examen. Un ejército de eunucos reparte entre nosotros té y arroz antes de empezar las pruebas, y se ofrecen a llevar nuestras pertenencias hasta las celdas de exámenes, que en esta ocasión están a cubierto y son amplias y cómodas, aunque igualmente abiertas para poder ser vigilados por los examinadores. El papel de estos ha cambiado respecto a los exámenes de provincia, ya que su única tarea es la de vigilar que no se cometan infracciones por parte de los candidatos. Es el emperador en persona el que elige las preguntas y corrige los exámenes, ayudado por ocho funcionarios escogidos entre los más importantes y sabios. Uno de ellos, cómo no, es mi maestro Xu Guangqi, que discretamente me reverencia como a los demás cuando paso junto al grupo. El emperador Chongzhen solo acudirá en la última jornada a recoger personalmente nuestros escritos. Luego, en el vecino Palacio de la Cultura, se reunirá en privado con sus asesores el tiempo que sea necesario, donde le leerán en voz alta cada uno de los cuatrocientos exámenes, sugiriendo al Hijo del Cielo qué respuesta es más apropiada. Pero será el mismo emperador el que libremente decida sobre la aptitud o no de los candidatos para alcanzar dicho grado *jinshi*.

Después de un largo ceremonial, con una interminable ofrenda al gran sabio Confucio, comienzan los exámenes. Los caracteres de los formularios han cambiado respecto a los anteriores. Ahora es el estilo llamado «de letra de palacio», a la que rápidamente tendré que adaptarme puesto que este es un requisito estricto también en las respuestas. Igualmente las preguntas son largas y ceremoniosas: «Vosotros, licenciados que habéis demostrado talento en un sinfín de exámenes, estáis ahora en condiciones de responder a mis preguntas de la forma más apropiada. Sabéis que soy el Hijo del Cielo y que, como tal, tengo el encargo de gobernar el imperio con la mayor de las sabidurías para que nada les falte a mis súbditos. Necesito de hombres sabios y, afortunadamente, tengo la oportunidad de haceros llegar mis preguntas para

evaluar vuestra meditada opinión y sapiencia sobre el tema que os propongo a continuación...».

Las cuestiones planteadas el primer día tienen que ver nuevamente con comentarios a distintos textos de Confucio, que contesto con la mejor y más exquisita de mis caligrafías, sin olvidarme de utilizar el estilo de palacio, tanto en la letra utilizada como en las interminables introducciones laudatorias al emperador: «Vuestro fiel sirviente responde pues os ha escuchado, y lo hago feliz puesto que alguien tan sabio como vos ha pedido a este humilde súbdito opinión sobre aciertos y errores pasados y presentes en el pesado cargo que con tanta dedicación y amor hacia su pueblo ahora vos ocupáis...». Así una y otra vez, tal y como Xu Guangqi me ha aleccionado.

El segundo día es el más temido por los candidatos. Casi por primera vez en toda la larga serie de exámenes, los textos de Confucio no aparecerán. En su lugar el emperador —debidamente asesorado por sus ocho hombres sabios— planteará cuestiones relacionadas con la cultura y el gobierno, y la respuesta no tendrá por qué ser única. En muchas ocasiones, los aspirantes son preguntados incluso por cuestiones no resueltas, como su opinión acerca de la estrategia a seguir en la hipotética invasión de una ciudad por un ejército enemigo o, por ejemplo, cómo repartir de la forma más justa posible las raciones de comida entre la población en un año de sequía. Incluso en una ocasión, según el propio maestro Xu Guangqi me confesó, el entonces joven y eficaz emperador Wanli planteó a los aspirantes a *jìnshi* cómo resolver el problema de la inexactitud en el calendario imperial. Aunque bien es cierto que fue el propio Xu Guangqi quien sugirió al emperador esta pregunta, este lo hizo para que Wanli se percatase de la falta de preparación de los ilustrados chinos en este tema en concreto, pues ningún candidato supo dar una respuesta ni tan siquiera aproximada.

Cuando leí el contenido del examen el segundo día supe que, de nuevo, la enorme influencia de mi maestro Xu Guangqi sobre el emperador Chongzhen había dado resultado. La pregunta principal era ciertamente compleja. A partir de un texto aparentemente versificado —escrito en un dialecto chino antiquísimo—, el candidato debía reelaborar un nuevo poema, pero esta vez escrito en mandarín actual. Enseguida me di cuenta de qué se trataba: unos renglones deliberadamente elegidos de entre los muchos que figuraban en la estela encontrada en Xian. Párrafos que, por otra parte, ya habían sido interpretados por el propio Xu Guangqi y el padre Álvaro Semedo. Por fortuna, había seguido su consejo y departido con este último acerca de su trabajo. Los textos estaban perfectamente almacenados en mi memoria, por lo que me fue muy sencillo responder a las cuestiones sobre ellos planteadas.

Con la seguridad de estar bien calificado tras el segundo ejercicio, me presenté en el Palacio de la Suprema Armonía por tercer y último día. En los escasos minutos permitidos antes de ordenarse el completo silencio y formularse la tercera parte del examen, pude escuchar conversaciones aisladas de algunos licenciados aspirantes

acerca de la extrema dificultad que para ellos había entrañado el segundo ejercicio. Sonreí para mis adentros, en la seguridad de que ni Xu Guangqi ni yo mismo habíamos hecho algo incorrecto. Habían sido mis propios instinto y afán los que me habían llevado a estudiar dichos textos.

Pero cuando leí el contenido del último ejercicio, me quedé estupefacto. Tras las farragosas introducciones de rigor, el emperador proponía una nueva traducción, en este caso de un libro imperial al que solo unos pocos ilustrados habían tenido acceso, y que ninguno de los cuales había podido desentrañar. Ante mí se encontraba una de las páginas de contenido astronómico del manuscrito que había pertenecido primero al famoso eunuco Matang y más tarde a su hijo y también eunuco el nefando Wei Zhongxian. Como es natural, el manuscrito tenía que haber sido copiado hasta la saciedad en las bibliotecas de la Ciudad Prohibida antes de desaparecer entre las llamas. Nosotros mismos guardábamos copias en nuestros archivos.

Me quedé sin saber qué hacer. Obviamente, iba a tener que dejar en blanco mis papeles, puesto que nadie entre los ilustrados chinos había conseguido traducir un solo renglón. Nuevamente adiviné la mano de mi maestro Xu Guangqi en la elección de la pregunta. Sabiendo del alto número de vidas que entre los ilustrados más capaces se había cobrado este libro —por causa de la ambición desmedida de Wei Zhongxian—, pensé que, tal vez y como había hecho en relación con la reforma del calendario astronómico, la intención de mi maestro era exprimir al máximo la inteligencia de los, supuestamente, cuatrocientos jóvenes más brillantes de todo el Imperio chino. En realidad, no era una mala idea, y tampoco podía perjudicarme puesto que ya había sido claramente beneficiado en el segundo examen. Y en el hipotético caso de que alguno de los aspirantes aportase algún nuevo dato para su traducción, sería de enorme utilidad en la Oficina de Astronomía que él tan sabiamente dirigía.

Tiempo era lo que me sobraba, pues veía inútil cualquier esfuerzo al respecto. Así que disimulé como pude delante de los examinadores, haciendo ver que probaba unas cuantas combinaciones de caracteres al azar, y eché un vistazo de soslayo. Las caras del resto de candidatos denotaban una total amargura. Si difícil había sido el segundo ejercicio, el tercero se les antojaba imposible.

Al finalizar el tiempo establecido para responder a la pregunta, enrollé los papeles y puse el lacre con mi sello, sello que no contenía otra cosa que el número que me había sido asignado al comienzo de cada prueba. Junto con los dos ejercicios anteriores —que, obviamente, no habían salido de palacio ni modificados en modo alguno—, me dirigí ordenadamente con el resto de candidatos a la enorme sala principal del Palacio de la Suprema Armonía. Allí, arrodillados sobre esteras, esperaríamos pacientemente la llegada del emperador Chongzhen para hacerle entrega de nuestros ejercicios.

Y así, uno por uno, todos los candidatos a *jinshi* fuimos depositando en manos de sus colaboradores los tres ejercicios. Sin levantar la cabeza —pues estaba

terminantemente prohibido mirar al emperador a la cara si este no lo autorizaba previamente—, todos repetimos la preceptiva fórmula establecida: «Yo, vuestro fiel sirviente y pequeño estudiante, os entrego devotamente mis respuestas. Si con mi ignorancia he insultado a su majestad, no habrá sitio donde me pueda esconder». Chongzhen apenas asentía a los aspirantes, sin intentar tan siquiera disimular el tedio que le invadía.

Solo quedaba esperar.

Como él mismo me había pronosticado, la salud de Xu Guangqi ha empeorado repentinamente. Tan solo dos días después de terminados los exámenes, y cuando apenas había comenzado la lectura de los mismos al emperador Chongzhen en el Palacio de la Cultura, el 11 de septiembre de este año de 1633 el maestro cristiano Pablo Xu Guangqi ha caído gravemente enfermo. A duras penas se levanta ya de la cama en su modesta casa, que se encuentra muy cercana a nuestra residencia, y dedica la escasa lucidez que le queda para preparar devotamente el momento de su muerte. Reza casi continuamente, y el resto del tiempo habla de la vida eterna con Longobardo, Schall y Rho. Se ha confesado hasta tres veces con el superior Longobardo y, después de haber recibido el viático y la extremaunción, ha recibido a Dios el día 8 de noviembre.

El emperador, que había enviado sus médicos personales para atender la salud de su leal consejero Xu Guangqi, ha mostrado públicamente signos de gran pesar y tristeza al conocer su muerte. Ha ordenado la fabricación de un féretro de maderas preciosas para albergar sus restos, indicando al Ministerio de Ritos que lleve a cabo funerales solemnes a costa de las arcas del imperio. Finalmente, y como era su voluntad, Xu Guangqi ha sido llevado a enterrar a su ciudad natal, Shanghái. También el emperador Chongzhen le ha concedido póstumamente el título de Gran Vigía así como el nombre de Wen Ting, o Ilustre Tranquilidad. En la tierra donde ser empleado público es con frecuencia el método más fácil para enriquecerse, Xu Guangqi vivió y murió casi en la pobreza. Su elevado salario, el que correspondía a su alto cargo en la jerarquizada burocracia china, era siempre destinado íntegramente a la caridad. En sus aniversarios, Xu Guangqi repartía los regalos entre los que él denominaba los cuatro grandes desfavorecidos: los enfermos, los presos, los ancianos y los misioneros. Su enorme trabajo intelectual, que tantas hambrunas evitó, hizo que también fuera conocido como el Padre de los Pobres. Para la mayoría de los chinos que lo conocieron, fue el gran hombre detrás del emperador, y solo este podía superarlo frente a su pueblo. El joven Chongzhen lo sabía, y dicen que lloró su muerte como un niño.

Tras los funerales de estado por el gran maestro Xu Guangqi, se han reanudado las lecturas a puerta cerrada de los cuatrocientos exámenes. Finalmente hoy, uno de los consejeros imperiales ha leído desde la puerta del Palacio de la Cultura un corto escrito redactado por el mismo Chongzhen en el que se contienen los nombres de treinta nuevos *jinsi*. A todos ellos felicita pomposamente en su texto el emperador.

Cuando oigo mi nombre, lloro de emoción y rezo por el padre Terrentius y por el mismo Guangqi. He conseguido el cargo de doctor *jinshi* con solo treinta y tres años, dos menos incluso que el sabio Miguel Yang Tingyun. Solo uno de cada tres mil licenciados lo consigue, uno entre cien mil estudiantes. Doy gracias a Dios cien mil veces.

No terminan aquí mis alegrías. El emperador Chongzhen ha seleccionado a diez de nosotros para elegir a los tres mejores, que recibirán el título honorífico de *zhuangyuan*. Vuelvo a estar en la lista. De inmediato van a conducirnos a presencia del emperador que, tras unas preguntas, decidirá quiénes tienen los mayores méritos para recibir tal distinción.

El Palacio de la Cultura es de un lujo y una suntuosidad inimaginables. Al fondo de un gran salón divisamos la brillante vestimenta de Chongzhen, y de inmediato nos postramos y comenzamos a caminar hacia él sin levantar la cabeza, rodeados de eunucos por todas partes. Uno de sus ayudantes nos coloca en fila y nos indica que nos arrodillemos. Chongzhen se levanta de su trono y, uno a uno, nos examina, como quien elige un caballo.

—Por tu altura, fortaleza y rasgos occidentales no se me escapa que tú debes de ser el tan famoso monje Paolo —dice, dirigiéndose a mí en primer lugar. No me muevo del sitio y continúo con la cabeza gacha—. Por favor, levántate y mírame.

Hago lo que me dice. Chongzhen es muy joven, poco más de veinte años, con una extraña mezcla de bondad y arrogancia en su cara.

—El gran maestro Xu Guangqi tenía una gran debilidad por ti —continúa—. Además profesaba tu misma religión cristiana.

Afirmo con la cabeza sin atreverme todavía a pronunciar palabra. Chongzhen sigue con su particular interrogatorio entre los llamados.

—¿Quién es LI Tianjing? —Chongzhen pregunta ahora en voz alta—. Que se levante.

Soy el único junto con el emperador que está de pie. Una tercera persona se nos añade. Para mi estupor, creo reconocer en ella a la mujer que fue atacada en los exámenes provinciales. No doy crédito a mis ojos.

—También sois muy joven —le dice levantando su cara con la punta de una de sus largas uñas—. Ni siquiera tenéis barba.

—Según las listas —le informa uno de sus asesores— se trata de un eunuco. Y asombrosamente inteligente y preparado.

—Ah —responde Chongzhen algo confundido—. No es un delito ser eunuco, no todos tienen que actuar como esa alimaña rastrera de Wei Zhongxian, que arruinó a nuestro imperio en el reinado de mi hermano Tianqi. Que no estén completos físicamente de cintura hacia abajo no significa que les falte cabeza —rio, para inmediatamente continuar con su monólogo hacia nosotros dos—. Veréis. Tengo un problema. No sé a quién nombrar nuevo director de la Oficina de Astronomía para suceder al gran maestro Xu Guangqi. Por una parte estás tú, estimado monje, que

tanto y tan bien has preparado los exámenes gracias a él. Y por otro tú, frágil LI, que has demostrado un conocimiento en las artes astronómicas poco común. Según mis sabios asesores, eres el único candidato que ha sido capaz de realizar el tercer ejercicio. Situaste debidamente los meses del año chino en aquel intrincado galimatías.

Si no hubiera sido por el debido respeto hacia el emperador, habría gritado llevándome las manos a la cabeza. Cómo había podido ser tan idiota. Yo sabía de los resultados del padre Adam Schall, los únicos conocidos de los manuscritos. Schall se los había transmitido a Wei Zhongxian, y este muy probablemente a varios ilustrados. De alguna forma, esa extraña mujer había obtenido la información. Nuestra traducción. En esos momentos me ofusqué e instintivamente levanté una mano pidiendo permiso para hablar.

—Adelante, Paolo. Te escucho —dijo Chongzhen.

—Su altísima majestad —dije, con voz temblorosa—, seguramente vos conoceréis una de las analectas más famosas del maestro Confucio, aquélla que dice: «Las mujeres y los sirvientes son especialmente difíciles de manejar; sed amistosos y se familiarizarán demasiado; sed distantes y se ofenderán». No creo —continué— que debáis poner tan importante cargo en las manos de...

Agitó su mano de forma enérgica y me impidió continuar.

—Que los eunucos sean sirvientes no significa que carezcan de inteligencia. Lo acabo de decir y parece que no me has escuchado —dijo en un tono desaprobatorio—. La decisión está tomada. Por favor, escribano, anota el nombre de Li Tianjing como nuevo director de la Oficina de Astronomía. Y también como primer *zhuangyuan*.

No me atreví a seguir hablando. Mi propósito inicial era descubrir a la mujer que se escondía debajo de la humilde túnica bordada. Luego me di cuenta de que aquello hubiera significado su muerte segura. Callé pues, y di gracias al Señor por haber interrumpido mis palabras mientras Chongzhen terminaba con las distinciones a otros dos candidatos.

—Y ahora ya podéis marcharos —dijo como despedida—. Y servid siempre con dignidad y orgullo a vuestro pueblo, como hizo hasta el final de sus días el buen maestro Xu Guangqi.

Salí del Palacio de la Cultura con un regusto amargo en la boca.

La noticia de la designación de un eunuco como nuevo director de la Oficina de Astronomía le sentó como un cañonazo en la barriga al padre Adam Schall. Este, junto con el padre Giacomo Rho, seguía traduciendo volúmenes de astronomía occidental, y completando el mapa estelar con las coordenadas de nuevas estrellas. Otros siete nuevos trabajos habían sido entregados al emperador Chongzhen antes de que LI Tianjing tomara posesión de su nuevo cargo. Por desgracia, las cosas con el falso eunuco no se hacen de la misma forma que con mi añorado maestro Xu Guangqi. Y la importancia y calidad de los resultados en la Oficina de Astronomía se resienten.

—Ya lo dejó escrito y bien claro Matteo Ricci —explota Schall durante una de las comidas en nuestra residencia jesuita—. Nunca te fíes de un eunuco. ¡Nunca!

Por el momento, sigo manteniendo el secreto de la naturaleza femenina de Li Tianjing a mis compañeros. La única razón que me hace guardar silencio es, quizá, la de la caridad cristiana. Temo por su vida si, por ejemplo, en un arranque de ira del padre Schall se desvelara su verdadera identidad delante de un ilustrado. A buen seguro que el emperador Chongzhen ordenaría su decapitación pública inmediata. Antes de tomar una decisión al respecto, que habrá de ser muy pronto, quiero entrevistarme con mi otrora rival en los exámenes y ahora directora de nuestra esperanzadora Oficina de Astronomía, institución refundada por el sabio Xu Guangqi.

La atronadora voz de Adam Schall me devuelve a la realidad. Las cosas no pintan bien.

—Es débil como una mujer —me sorprende en su apreciación Adam Schall—. Cuando el buen Xu dirigía nuestros trabajos, el ambicioso y torpe ilustrado Wei Kung permaneció callado y amargado, consumido por sus propios errores y manteniendo abierta a duras penas la antigua Oficina imperial Astronómica. Pero ahora el emperador ha atendido a uno de sus falaces memoriales, y pretende volver a dividir los trabajos, creando una nueva Oficina exclusivamente para los astrónomos musulmanes. ¡Y Li Tianjing no se ha atrevido a oponerse a la idea! —volvió a gritar Schall.

—Pero ¿eso es tan grave? —intervino el superior Longobardo, que ahora ya se dedicaba en exclusiva a las nuevas iglesias, habiendo dejado de lado la astronomía para los más preparados de entre los nuestros—. No tiene por qué afectaros ni a vos ni al padre Rho.

—No solo se dividen los trabajos de las Oficinas de Astronomía —replicó Schall—, sino que también se divide el dinero. Los musulmanes quieren construir sus propias esferas, cuadrantes y astrolabios, a costa de que nosotros dejemos de fabricar los nuestros. En lugar de aunar esfuerzos y gastos, y poner al frente de los estudios a

un occidental como quería Xu Guangqi, estamos cada día más divididos. El propio Wei Kung pretende repetir en el próximo eclipse solar el concurso que tan claramente ganamos con el padre Terrentius.

—Volveremos a vencer y convencer, Adam, y faltan todavía ocho años para eso. Estamos aún en 1634, y nuestras previsiones no contemplan un acontecimiento similar hasta el año 1642 —intentó tranquilizarle Giacomo Rho, consultando uno de sus papeles.

—Será una pérdida de tiempo insensata si volvemos a estudiar los eclipses y no a trabajar para corregir los errores del actual calendario, Giacomo. Además no tenemos con nosotros ya a Terrentius, que lo sabía todo sobre estas ocultaciones. Pero sobre todo —continuó un cada vez más alterado Adam Schall—, lo que más me irrita es que se haya quedado con el telescopio. ¡Nuestro telescopio!

En efecto, LI Tianjing había confiscado nuestra pequeña joya con la excusa de mostrársela al emperador. Según el padre Schall, el eunuco se había arrogado la paternidad del invento para ganarse su confianza y admiración.

Y eso no se podía permitir. Robar los honores a un pisano, nunca. Y menos por dos veces.

Decidí acudir a su encuentro cuanto antes. Con la excusa de acompañar a los padres jesuitas, me presentaría en la Oficina de Astronomía. Seguro que atendería a mis razones y, si no era así, directamente a mis amenazas. Cualquier cosa para evitar que siguiera dirigiendo tan erráticamente el principal de nuestros lugares de trabajo en China. Además de nuestra actividad más importante.

La nueva Oficina de Astronomía ha sido ahora renombrada como Oficina de Astronomía Europea. A nuestro lado ya se están levantando los gruesos troncos que formarán los pilares de la que habrá de ser la próxima Oficina de Astronomía Islámica. Esta entró en el imperio durante la dinastía Yuang, la instaurada por Kublai Khan y sus ejércitos mongoles. Sus grandes conocimientos en aritmética permitieron realizar las primeras e importantes correcciones, y por lo menos veinticuatro astrónomos musulmanes colaboraban en la Oficina de Astronomía imperial donde, al igual que nosotros hacemos ahora, habían traducido al mandarín numerosos trabajos árabes sobre geometría esférica y álgebra. Con el advenimiento de la dinastía Ming, sus puestos de trabajo fueron respetados, aunque seguían siendo considerados extranjeros. A ellos se les atribuye la última reforma útil del calendario chino. Ya el padre Ricci conoció en su día esta circunstancia favorable para nosotros, pues era uno de los pocos ámbitos de palacio donde había sido permitida, por su importancia, la admisión de extraños en el continente. De alguna forma, los musulmanes habían abierto las puertas de China a los cristianos. Y ahora ambos credos trabajaban juntos en una materia más racional que religiosa.

Las dos sedes extranjeras quedarán ligeramente alejadas del edificio mayor, donde continúan sus trabajos los antiguos ilustrados encargados de la Oficina imperial de astronomía, bajo las órdenes del ya casi anciano Wei Kung.

Con tranquilidad entro en el edificio junto a los padres Schall y Rho y, como ellos, saludo con una reverencia a los pocos funcionarios —casi todos ellos cristianos conversos— que trabajan allí. Para la ocasión visto túnica de seda exclusiva de un doctor *jinshi*, con una preciosa garza dorada en el pecho. No quiero que nadie me impida llegar hasta LI Tianjing y, de hecho, nadie me pone impedimento alguno. La encuentro absorta haciendo anotaciones en la estancia principal. Parece no sorprenderse al verme. Me indica que pase y que corra la puerta una vez haya entrado.

—Habéis tardado mucho en venir —me dice acompañando sus palabras con un leve saludo, dejando a un lado su taza de té—. Supongo que a chantajearme —añade sin muchos miramientos—. Todos los monjes europeos sois rencorosos. No soporto al padre Schall, ni tampoco confío en su ayudante Giacomo.

—Tampoco vos sois santo de su devoción. O santa —añado, con toda la malicia de la que soy capaz.

—No creo ni en santas ni en vírgenes ni en vuestro crucificado —me espeta—. Os superé claramente en los exámenes de palacio. Soy primer *zhuangyuan*, como recordaréis.

Se incorpora para que yo pueda ver el distintivo que acredita al primero entre los doctores que adorna su bonita túnica. Ante mi sorpresa, se abre completamente esta, despojándose de todos sus complementos, y la deja caer al suelo. Nunca antes he visto tan de cerca a una mujer desnuda. No puedo articular palabra. No me la imaginaba tan bella.

—Ahora —me dice con una sonrisa cautivadora acercándose a mí—, si vos hacéis lo mismo que yo estaremos igualados. Si os libráis de vuestro atuendo *jinshi*, vos tendréis lo que buscabais y yo podré seguir con mi trabajo sin el temor a que me delatéis. Porque ambos habremos hecho algo prohibido.

Dice esto mientras abre mi túnica.

No puedo seguir escribiendo.

Cuando regreso a nuestra residencia, solo pienso en recibir la confesión. Pero no tengo valor. Que mis buenos hermanos jesuitas repartidos por el mundo sepan comprenderme cuando estas líneas lleguen a sus manos.

Tampoco me ordenaré sacerdote.

Apenas han transcurrido unos meses desde el fallecimiento del maestro Xu Guangqi cuando nos llegan trágicas noticias desde nuestra casa jesuita en Goa. El pasado día 19 de marzo de este año de 1634 el padre Antonio de Andrade murió súbitamente. Según me cuenta el hermano Manuel Marques en su triste carta —carta que leo íntegramente a nuestra pequeña comunidad, con la excepción de una página que me pide guarde en secreto, pues solo yo podré comprender su significado e importancia—, el padre Andrade ha sido seguramente envenenado. Las primeras sospechas recaen en un sirviente, que habría percibido una buena suma por llevar a cabo el crimen, encargo de un misterioso cristiano converso poco de fiar. El converso

traidor estaría siendo investigado por el superior Andrade, con la intuición de que utilizaba su condición jesuita para fines perversos, el menor de los cuales sería el robo de una sagrada reliquia. Según el hermano Marques, el padre Andrade se disponía a informar a la Santa Inquisición en Goa de estos delitos, que podían haber conducido inexorablemente al miserable a la hoguera.

En un escrito aparte, mi buen amigo y hermano Manuel Marques me aporta algunos detalles que considero de gran valor. El sirviente en cuestión es un eunuco chino convertido que apenas llevaba unos meses trabajando en la misión. Él mismo lo había visto salir de la cocina donde se preparaban los platos para la cena, y sospechado de él. La habitación de Antonio de Andrade se encontraba en un completo desorden cuando se descubrió su cuerpo inerte, como si el asesino hubiera estado buscando algo importante. Manuel Marques me revela en su carta que el padre Andrade había traído consigo desde el Tíbet algunos escritos más de los antiguos cristianos nestorianos, escritos que los monjes budistas de la ciudad monasterio de Tholing no habían tenido ningún reparo en regalarle poco antes de su completa expulsión. (Este detalle había sido omitido, quizá deliberadamente, por el propio Andrade en sus cartas a Beijing). Cualquier cosa relacionada con los antiguos cristianos había sido destruida —como nuestra enigmática estela de piedra del dragón—, o quemada, y ya nada quedaba que pudiera recordar el pasado de los pioneros cristianos. También el hermano Marques había encontrado un extraño líquido de color azul entre las pertenencias del eunuco. Amenazado por este, el chino había confesado que eran las mismísimas lágrimas de la Santa Virgen María, que protegían de cualquier mal a quien las tomara. Según Marques, el veneno tenía un fuerte olor a anís. Poco más pudo confesar el eunuco que, defendiendo su inocencia, había acusado con débiles pruebas a un converso que era bien conocido entre la comunidad por tener una afición enfermiza por las joyas y los objetos de culto, y que varias veces había sido descubierto en el intento de robar alguno de los más valiosos relicarios que custodiaban los jesuitas en su iglesia de Goa. La prudencia le había hecho guardar silencio sobre estas últimas cuestiones al hermano Manuel Marques, y me pedía consejo sobre qué —y qué no— era lo más adecuado revelar a los padres jesuitas en India, habida cuenta de que la muerte de Pantaleón Kirwitzer en Macao, nuestro compañero de viaje al Tíbet, guardaba tantas similitudes con las de Antonio de Andrade en Goa.

Decido guardar unos días de reflexión antes de contestar al hermano Manuel Marques, pues estoy totalmente confundido. A mi tranquilidad contribuye muy poco mi relación ilícita con LI Tianjing que, lejos de haber constituido un episodio pasajero o un desliz fruto de mi debilidad carnal, se afianza a cada día que pasa. Aunque he venido a Oriente con el claro encargo de transmitir las vivencias y progresos de nuestra misión jesuita en China, no hago sino acumular secretos inconfesables tanto míos como de otros, y a pesar de que me esfuerzo por, al menos, dejar constancia escrita de los sucesos, las cartas se van acumulando en mi escritorio sin ser remitidas

desde hace unos pocos meses. Y no sé si algún día seré capaz de ponerlas rumbo a Roma.

—Te preocupas demasiado, Paolo —me susurra LI Tianjing al tiempo que me acaricia los largos cabellos. Ya es muy tarde y tanto el padre Schall como Giacomo Rho han abandonado la Oficina de astronomía. También se han marchado ya el resto de chinos conversos que trabajan en ella—. Yo tendría que estar más preocupada que tú y, sin embargo, en mi vida había estado más tranquila y feliz.

—Son muchas las cosas que llenan mi cabeza —le contesto—. Creo que tendré que empezar a olvidar a Confucio para hacerles sitio —añado con una pequeña broma que no parece ser de su agrado.

—No deberías hablar así —me reprende—. Para ser un doctor *jinshi*, no has asimilado nuestra cultura, ni tampoco parece que tengas ninguna intención de hacerlo. Solo os interesa vuestro crucificado: enseñar a todo el mundo a un hombre muerto clavado en una cruz, como si eso fuera algo distinto a un horror que apenas la vista puede soportar.

—Tú no entiendes mi fe —le respondo escuetamente, sin fuerzas ni ánimo para tan siquiera intentar una mínima conversación sobre asuntos religiosos. Soy muy mal evangelizador, y mi renuncia al sacerdocio lleva implícita una renuncia a las cuestiones teológicas. No sirvo para hacer conversos.

—Tu religión no es muy distinta de las otras, de la budista o de la musulmana. Un dios-hombre todopoderoso, que humilla a las mujeres, que las crea inferiores y las pone a la misma altura de los sirvientes y los esclavos. O a la de los mismos animales.

—No será para tanto —replico con poco acierto—. En China es mucho peor, en mi humilde opinión. Tú tienes el valor de un hombre, y hasta su inteligencia, pero muy poco sentido común. Arriesgar la vida como tú lo has hecho por la simple ambición de lograr el grado *jinshi* es una locura.

—Aquí estoy a salvo, entre los libros y los mapas —me dice—. No son menores los riesgos que yo corro que los peligros que tú has pasado navegando por medio mundo para... enseñarnos un muerto en una cruz.

—Si yo muero en el intento —replico—, otros ocuparán mi lugar y algún día todo el mundo abrazará el cristianismo. El martirio es una bendición si es en nombre del Señor. En cambio, si te descubren a ti, colocarán tu cabeza en una pica en medio del mercado para tu deshonor y la de tu familia. Y eso si te acompaña un poco de suerte, porque lo más probable es que las cabezas de tu familia te hagan compañía. Como terrible advertencia a todas las demás mujeres del Imperio chino.

—No tengo familia, si eso es lo que te preocupa —me interrumpe secamente LI Tianjing—. Fui abandonada al nacer, y recogida por unos campesinos que me vendieron como esclava. Con doce años me escapé de mis amos. Para evitar tener que alquilar mi cuerpo comencé a frecuentar la compañía de los eunucos. Uno de ellos consiguió que se me aceptara como sirviente en palacio. Poco a poco fui

conociendo los entresijos de la Ciudad Prohibida en la época del emperador Wanli. Fui la camarera de una de sus concubinas. Nadie se fijaba en una inocente pequeña curiosa como yo. No tenía tiempo para dormir, había demasiadas cosas que ver. Al principio de todo me divertía espiar. Incluso llegué a presenciar una de las inenarrables orgías que le organizaban al emperador. Pero en cuanto descubrí los tesoros de sus bibliotecas, el sexo dejó de interesarme. Hasta conocerte a ti —sonríe, acariciándome de nuevo la cabeza.

—Entonces —pregunto con la prudencia de no volver a mencionar cuestiones religiosas—, ¿fue así como diste con las explicaciones del manuscrito astronómico que descifró el padre Schall? Por muy mal que te caiga —le añado—, a él le debes tu tan cacareado título de *zhuangyuan*, que con tanto orgullo ostentas.

—No fue tan sencillo como crees, Paolo. Mi amigo el eunuco compartía conmigo la pasión por los libros, tanto por las enseñanzas del sabio Confucio como por los secretos de la astronomía. Me enseñó muchísimo, me habló de Ricci, y también del sabio Xu Guangqi. Conocerlo en persona fue una de las experiencias más emocionantes de mi vida. Tenerlos como maestros tiene que haber sido maravilloso para ti.

—Yo no conocí al padre Matteo Ricci —le aclaro—. Cuando llegué a China él ya había muerto. Pero de Xu Guangqi guardo un recuerdo imborrable. Y tú ahora ocupas su puesto al frente de la Oficina de Astronomía.

—Nunca podré compararme. Y tú lo sabes, y sobre todo lo sabe el padre Adam Schall, que me hace la vida imposible. Tuve que ceder con los musulmanes, era una batalla perdida...

Para mi sorpresa, LI Tianjing se echa a llorar. Cuando se calma, bebe un poco de su taza de té y sigue con su narración.

—El viejo eunuco me convenció para presentarme a los exámenes. Estudiaba a todas horas. Luego preparamos el plan. Tan sencillo como hacerme pasar por uno de ellos. No tengo mucho pecho y mis caderas son estrechas. Las ropas amplias hicieron el resto. Salía y entraba de la Ciudad Prohibida disfrazada como un eunuco más. Y una vez dentro volvía a recobrar mi personalidad femenina. Y a servir el té una y otra vez a esa estúpida concubina con la ceremonia acostumbrada. Con los desórdenes que se produjeron en palacio a la muerte de Wanli muchas concubinas cayeron en desgracia. Y la mía no fue una excepción. Salí de palacio y no volví más. Tenía algo de dinero, suficientes libros y el valor necesario como para afrontar los temibles exámenes. Derrotar la inteligencia de más cien mil hombres no fue tan complicado —añade con una pizca de soberbia.

—Un momento, directora —soy yo ahora quien le acaricio la cara y el pelo entre mutuas sonrisas—. A mí no me derrotaste. Mis calificaciones en los exámenes provinciales fueron más altas, y de no haber sido por mi torpeza con ese extraño manuscrito astronómico también lo habrían sido en los exámenes de palacio. Dime por favor para terminar cómo lo conseguiste. Me van a echar de menos en la

residencia a estas horas —añado.

Li Tianjing duda. Más tiempo de lo que me parece razonable.

—Mi viejo maestro eunuco fue el mismísimo Wei Zhongxian —me revela—. Fui yo quien lo encontró borracho y ahído de opio, medio ahogado en un canal por sus enemigos y a punto de ser devorado por unos perros horribles. En ese momento no me pude imaginar cuánto poder sería capaz de acumular años después.

—Entonces, ¿esa concubina de palacio?

—No era otra que Madame Ke, la niñera del que sería emperador Tianqi. ¿Quieres saber algo más que te va a encantar? —me pregunta LI Tianjing con cierto humor.

—Dime.

—A la única persona a la que realmente temió en toda su vida Wei Zhongxian fue a ese energúmeno de Adam Schall.

Reímos y nos despedimos hasta el día siguiente.



A pesar de las fuertes diferencias entre LI Tianjing y los padres Adam Schall y Giacomo Rho, juntos han conseguido compilar un formidable trabajo que se ha presentado al emperador en este año de 1635 que acaba de comenzar. En su honor, el conjunto de 137 volúmenes llevará por título *Astronomía matemática en el reinado de Chongzhen* o, más brevemente, *Chongzhen li-shu*, y contiene no solo los trabajos anteriores realizados en vida del sabio Xu Guangqi, sino también nuevas y mejores traducciones de libros europeos, así como las previsiones para determinar la división de las estaciones en los años venideros. También se incluyen los detalles acerca de la predicción para el esperado eclipse solar de 1642, año en el que seguramente las tres escuelas astronómicas volverán a competir por la supremacía en la calidad de sus cálculos.

Aunque se trata de un trabajo formidable, nos damos cuenta de que una cosa es reformar el calendario y otra muy diferente conseguir que se adopte oficialmente dicha reforma. La manifiesta debilidad de carácter de mi amada LI Tianjing, unida a la enorme influencia del viejo ilustrado Wei Kung, nos hace ser pesimistas sobre el éxito de nuestra empresa. El padre Adam Schall es muy consciente de ello, y no deja de presionar a LI Tianjing —en ocasiones de muy malas maneras y a voz en grito, y en las que apenas puedo reprimir mis ganas de defenderla—, para que se enfrente de una vez por todas con la vieja escuela astronómica china, y especialmente con Wei Kung. El anciano astrónomo tiene el apoyo de otros ilustrados muy influyentes en la corte de Chongzhen y, una vez desaparecida la enorme figura del sabio Xu Guangqi, el emperador ha depositado en Wei Kung toda su confianza, mermando nuestras ya de por sí escasas asignaciones económicas. Usa la débil excusa —a buen seguro presionado por el mencionado ilustrado— de que los extranjeros estamos influyendo

peligrosamente en la propia comprensión de los cielos, que corresponde en exclusiva desde tiempos inmemoriales al mismo emperador. Y que además despreciamos e infravaloramos el antiquísimo trabajo llevado a cabo por los sabios astrónomos chinos durante siglos.

Pero no nos hemos detenido por ello. Junto a la enorme compilación de todo el trabajo en astronomía realizado bajo el reinado del emperador Chongzhen, el propio padre Giacomo Rho ha presentado en palacio un ambicioso opúsculo bajo el título de *Wuwei lizhi*, o *Tratado del movimiento de los cinco planetas*, en el que con la incondicional ayuda en la revisión de un febril, complaciente e incansable Adam Schall, explica el sistema planetario tal y como lo concibió el danés Tycho Brahe, aunque con modificaciones menores. El libro incluye ilustraciones de los sistemas ptolemaico y ticomónico, y por fin se abandona el inmovilismo aristotélico adoptando la idea de que el mundo celeste no es inmutable, postulando que los cinco planetas se mueven libremente a través de un éter atmosférico y no engarzados en esferas cristalinas. El padre Rho no ha querido —tal vez por no contrariar a nuestro maestro el padre Adam Schall— abrazar abiertamente el copernicanismo, pero ya deja entrever en sus páginas que los movimientos del sol, la luna, y los cinco planetas siguen el modelo esbozado por el sabio danés Tycho Brahe y desarrollado posteriormente por su discípulo Longomontanus. Deja así de lado abiertamente por vez primera la postura oficial de Roma respecto al sistema geocéntrico de Ptolomeo. Además, el éxito conseguido en los cálculos geométricos de los eclipses lunares y solares está basado por una parte también en los trabajos de Longomontanus, aunque por otra igualmente en los tratados de óptica de Johannes Kepler. A pesar de que siguen sin llegar a China las tan esperadas tablas de efemérides elaboradas por este —y Adam Schall sigue sin dar su brazo a torcer respecto al modelo heliocéntrico y elíptico de su compatriota—, sí se han tenido en cuenta las correcciones incluidas en las cartas de refracción óptica del sabio alemán. El tratado que firma el padre Giacomo Rho tiene un mensaje claro: no pueden realizarse predicciones más precisas de los eclipses si no es adoptando el modelo europeo de Tycho Brahe, del cual Johannes Kepler sería su alumno más aventajado.

En esta lucha continua entre las distintas oficinas astronómicas imperiales, nuevamente el inmovilismo del influyente Wei Kung impide seguir avanzando en la implantación del nuevo calendario, cada vez más y mejor elaborado por los jesuitas. En esta ocasión ha recurrido al omnipresente sabio Confucio, que, curiosamente, guarda en sus escritos una cierta relación con el concepto clásico aristotélico que ha prevalecido en Europa durante siglos. De acuerdo con la doctrina oficial, el hombre está en armonía con la naturaleza y, por tanto, con las fases del propio universo en que vive. Esta es la razón principal que obliga al hombre a ajustar su vida al ritmo que marcan los cielos. Y serán los propios cielos, y los cuerpos celestes que lo pueblan, los que determinarán los días más propicios para las celebraciones y las ceremonias, y para todo evento en la vida diaria, por pequeño e insignificante que

este sea. El calendario deberá seguir esta doctrina principal y no romper esta armonía natural entre el hombre y los cielos. Y el emperador, cómo no, será el único transmisor de estos mensajes. Cualquier otra cosa, argumenta Wei Kung, supone poner en tela de juicio el carácter divino del emperador, su autoridad y, sobre todo, su sabiduría. No cabe por tanto un movimiento libre de los planetas en las interpretaciones de los astrónomos siguiendo la doctrina del infalible sabio Confucio.

Para nuestra sorpresa, el siempre vital superior jesuita en el interior del Imperio chino, Nicolás Longobardo, ha decidido apartar de los trabajos de la estela nestoriana de Xian al padre Álvaro Semedo, y enviarle de vuelta a Europa como procurador, como ya hiciera en el pasado con el malogrado padre Nicolás Trigault. Por la obediencia debida no hemos querido entrar a preguntar las verdaderas razones, pero a ninguno de los demás se nos escapa que Semedo atraviesa una grave crisis de fe. Tal vez en el ánimo del veterano superior ha pesado lo sucedido con su siempre infatigable amigo Trigault, y quiera evitarle un final similar. El propio Álvaro Semedo ha asumido la orden con una mezcla de alivio y decepción, pero ya está comenzando con los preparativos para su partida. Entre las tareas que lleva encomendadas, una de las principales es la de entrevistarse con el nuevo director del Colegio Romano, el ya famoso por su erudición padre alemán Athanasius Kircher. Conocido políglota, entre sus primeros trabajos se encuentra la interpretación de los famosos jeroglíficos egipcios, que hasta ahora han escapado a cualquier explicación. Semedo le llevará toda la información disponible de la estela nestoriana, incluyendo la copia completa de sus inscripciones. Copias tanto de las partes escritas en el antiguo dialecto chino, como de las siríacas y, cómo no, de las grabadas en el ignoto lenguaje de los manuscritos que habían pertenecido en el pasado a Johannes Kepler y al eunuco Wei Zhongxian.

La segunda parte de esta noticia me coge por sorpresa. Hasta que Semedo regrese de Roma —y eso puede ser cuestión de cuatro o tal vez cinco años—, yo tendré que encargarme en China de las traducciones. El superior Longobardo ha justificado la asignación del trabajo a mi formidable progreso intelectual, lo que unido a mi madurez en la consecución del grado de doctor o *jinshi* hace de mí la persona idónea. También el respeto que dicho grado produce entre los propios ilustrados chinos. Por tanto, y hasta que nuevos padres y hermanos jesuitas arriben a China, los trabajos en Beijing se reducen a los estudios astronómicos de Adam Schall y Giacomo Rho, a los lingüísticos que llevaré a cabo yo mismo —y que por supuesto incluyen como tarea principal la estela nestoriana de Xian y su traducción, varias veces demandada tanto por el general jesuita en Roma como por el papa—, y a los evangélicos que el propio Nicolás Longobardo asume en primera persona. Por descontado, de inmediato tengo que iniciar una correspondencia periódica con el sabio alemán Athanasius Kircher, cuyo interés en la lengua china comienza a ser comparable al que tiene por los jeroglíficos egipcios.

Espero que nadie en Roma haya echado en falta un buen número de cartas que

siguen en los cajones de mi escritorio, esperando el necesario valor para ser remitidas.

Hemos arrancado en China el año de Nuestro Señor de 1636 entre grandes incertidumbres. La emergente figura de Athanasius Kircher, director del prestigioso Colegio Romano desde hace solo un año, me produce un gran respeto a pesar de la lejanía. De él, quienes lo conocen, cuentan y no acaban de su inagotable capacidad de trabajo, de su curiosidad sin límites, de sus enormes conocimientos en casi cualquier rama del saber humano. El propio padre Álvaro Semedo, en la primera de sus cartas ya de regreso en Roma, se deshace en palabras de admiración hacia él. Nos cuenta cómo es capaz de despachar hasta con cinco personas a la vez de los asuntos más dispares, mientras redacta sin descanso carta tras carta, pues muchos son los jesuitas dispersos por el mundo y Kircher no quiere perder ni un detalle de cualquier asunto que pueda ser de su interés. Dicen que lo quiere saber todo. Y que, tarde o temprano, no le quedará conocimiento por desvelar ni libro por leer. O por comprender. Y que una vez revelada por él toda la creación divina, un nuevo y magnífico museo contendrá para la mayor gloria de Nuestro Señor todo aquello que Dios ha puesto en el mundo al servicio del hombre, así como toda su obra.

Semedo refleja un ánimo más relajado en su extensísima carta. Sin duda, la decisión de Longobardo de hacerlo regresar durante unos años a Roma como procurador ha sido la más acertada. Allí ha trabado pronta amistad con el también portugués Gabriel de Magallanes, un joven jesuita forjado intelectualmente en la Universidad de Coimbra. Magallanes lleva en sus venas el espíritu aventurero de su eminente apellido familiar, y se apresura a partir hacia China entusiasmado por los relatos del padre Álvaro Semedo. Semedo me pide que le acoja bajo mi protección —no en vano tengo cargo oficial de *jinshi*— y que de inmediato lo ponga a trabajar conmigo en la traducción de la estela nestoriana. Kircher ya se ha interesado por la misteriosa lápida y quiere cuanto antes comparar sus dibujos con los jeroglíficos egipcios, que afirma poder descifrar. El mismo Gabriel de Magallanes se ha sumergido en el estudio del chino con una pasión desbordada. En solo unas semanas, según el propio Semedo, cree haber sido capaz de concluir que los caracteres chinos son más antiguos que los citados jeroglíficos egipcios, y que ambas cosas tienen un origen común. Magallanes afirma que los diagramas chinos son, como los egipcios, representaciones simbólicas o pictóricas de palabras, sonidos o incluso conceptos abstractos, como bondad o alma. Los ideogramas más recientes habrían sido contruidos —como muy bien nos había explicado Semedo en Beijing— siguiendo composiciones complejas de elementos individuales, pero los más antiguos son, por el contrario, figuras simplificadas de aquello que representan. Así ocurre, por ejemplo, con el sol, *jih*, o la luna, *yüeh*. Lo mismo que en los jeroglíficos egipcios. Muchos de los diagramas relacionados con términos astronómicos son, en efecto, marcadamente simples.

Hay otro detalle interesante en la extensa carta de Semedo que no puedo dejar de

citar aquí. Y que por obvio tal vez habíamos pasado por alto una y otra vez. A pesar del aspecto complejo y abrumador que los textos chinos presentan a los ojos occidentales, todos los jesuitas que hemos venido a China hemos aprendido a entender, leer y escribir en esta lengua en un tiempo increíblemente corto, si bien es cierto que la labor traductora de los pioneros —especialmente Matteo Ricci— ha sido de una enorme ayuda. Smedo y Magallanes se preguntan qué otra cosa diferente de un lenguaje muy cercano al original de nuestros primeros padres podría producir este notable efecto. Incluso aquellos misioneros menos duchos en letras —o sencillamente ya maduros— han podido comenzar a predicar y confesar en chino con la misma facilidad que en su lengua natal —ya fuera portugués, alemán o español, por ejemplo—, en apenas dos años.

Esta observación le sirve a Álvaro Smedo como introducción en la última parte de su carta para recaer en su obsesión principal, que yo creía parcialmente olvidada. No es otra que la del calendario de la Creación. Me afirma haber repasado concienzudamente todos sus cálculos y que, nuevamente, hay que recurrir a la Biblia Septuaginta —dejada de lado por el papa en beneficio de la más comprensible Vulgata— si queremos conciliar las fechas orientales y occidentales. Smedo ha contado hasta veintidós dinastías imperiales, que incluirían doscientos treinta y seis reyes en un período que abarca desde el año 2357 antes de Cristo —en el que reinó el emperador Yao— hasta hoy. Pero la mayoría de los documentos conservados por los ilustrados chinos prolongan esa fecha hasta el año 2952 previo a la llegada de Nuestro Señor, en que habría reinado Fu Hsi. De ser así, el diluvio universal no habría acabado ni con China ni con los chinos.

Smedo termina su larga epístola haciéndome saber formalmente que se dispone a poner en conocimiento del director del Colegio Romano, Athanasius Kircher, todos estos datos, junto con los textos completos de la estela nestoriana de Xian, incluyendo la traducción de aquellos que ha podido comprender. Y vuelve a mencionarme su total frustración con la parte grabada en el extraño lenguaje de los manuscritos y la estela encontrada por mí en el Tíbet. Si hay alguien que pueda entender estos renglones —finaliza Smedo— ha de ser el mismísimo Creador.

No creo que ni la arrogancia ni la vanidad del padre Athanasius Kircher —de las que dicen las malas lenguas que no está falto—, le sean suficientes como para hacer suya la sabiduría divina, pero a buen seguro que intentará comprender y poner orden en este trascendental problema a su mayor gloria, de la Sociedad, y de la Iglesia católica, la única verdadera. Junto al enorme paquete de pliegos manuscritos enviados desde Roma por el padre Álvaro Smedo me encuentro un par de breves misivas dirigidas personalmente al padre superior Longobardo —la primera— y hacia mí. Muestran el sello del Colegio Romano en el sobre y una letra rápida y nerviosa remitiendo el envío. Es el mismísimo Athanasius Kircher quien nos escribe a Beijing. Haciendo honor a la fama que le precede, su impaciencia se ha adelantado a mis obligaciones.

Unas voces en el exterior de nuestra casa me empujan a interrumpir la lectura del correo recién llegado desde Macao. Alguien me reclama con premura.

Adam Schall está fuera de sí.

—No vais a creerme, amigo Paolo —dice, agotado por la carrera desde la Oficina de Astronomía. Por su aspecto sudoroso y desmadejado, seguramente ha venido como el viento sin detenerse ni un instante.

—¿Qué ocurre? —le pregunto con tranquilidad, pues estoy ya acostumbrado a los frecuentes gritos del padre Schall por cualquier nimiedad—. Vais a despertar al padre Longobardo, que hace ya rato descansa en su estancia.

—Es una... ¡mujer!

No me hace falta más. Ya imagino qué escandaliza de tal forma al padre Adam Schall. Solo tengo que enterarme de qué manera lo ha averiguado. Disimulo.

—¿Quién es una mujer? China está llena de mujeres...

—Nuestro director, LI Tianjing. Vuestro rival en los exámenes —grita—. ¿Comprendéis lo que esto significa?

Pongo cara de no saberlo, pero conozco todas las consecuencias. Primero, la denuncia al Ministerio de Ritos del cual la Oficina de Astronomía depende. Luego seguirá un largo proceso y el consiguiente juicio, posiblemente con el mismo emperador sentado en el tribunal, puesto que fue él quien realizó la designación directa. Y la lógica sentencia posterior. Prefiero no pensar más.

—Significa —me saca Schall de mi triste silencio— que su nombramiento no es válido, y que a buen seguro vos ocuparéis su lugar —añade con visibles muestras de alegría.

—Significa —añado yo, circunspecto—, que le cortarán la cabeza.

—Nosotros no escribimos las leyes chinas, que bastante tenemos con hacerles entender los Evangelios y el mecanismo de los cielos a estos brutos —contesta Adam Schall con cierto desprecio. Pasan unos segundos de silencio y rectifica sus duras palabras, cambiándolas por otras más acordes con su carácter vitriólico—. Si por la Santa Inquisición fuera, iría a la hoguera. Por bruja.

Ni siquiera sonrío. Me limito a pedir más detalles del suceso.

Según Adam Schall me cuenta, ambos se encontraban en la azotea del edificio preparando los instrumentos para las observaciones nocturnas. Uno de los cuadrantes, el mayor de todos, está muy oxidado y apenas puede manejarse. En el intento por desatascar su mecanismo, saltó uno de sus resortes liberando la aguja principal, que actuó como un cuchillo y rasgó la túnica de Li Tianjing de arriba abajo.

—¿Resultó herida? —pregunto dejando de lado los disimulos.

—¿Lo sabíais? —contesta a mi pregunta con otra el padre Schall.

—Desde los exámenes provinciales. La salvé de ser violada por un vigilante.

—Pues no parece que os guarde mucho afecto —replica Schall—. Ha usurpado vuestro puesto, el que os correspondía legítimamente. Y no, no está herida —añade—. Está perfectamente salvo un aparatoso arañazo en uno de sus pechos, pero no es

profundo.

—La legitimidad es competencia única del emperador, Adam. Fui muy torpe en la audiencia y este, cabalmente, la eligió como directora de nuestra Oficina de Astronomía.

—Chongzhen pensó que elegía a un eunuco...

—Tanto da lo que ese jovencito pensara. ¿Acaso tenéis dudas de su capacidad intelectual en materias celestes?

—Pues sí, las tengo —me contesta Schall volviendo a levantar la voz—. Sus decisiones al frente de la Oficina son en ocasiones... temerosas e impredecibles. Reconozco que no le falta talento, pero sí coraje frente a esa corte de burócratas anquilosados en el viejo calendario.

—Dejad el asunto en mis manos, Adam. Hablaré con ella. Pero antes necesito que me escuchéis.

—Lo estoy haciendo, Paolo —se extraña Schall de mi petición.

—En confesión, por favor.



Aquella misma noche hablo con mi amada LI. Antes de eso había abierto mi alma al padre Adam Schall, y recibido —por primera vez en mi vida— una absolución a gritos. Ahora Adam Schall ya sabe de nuestra ilícita relación, y también de mi decisión de no recibir las órdenes sacerdotales. Tal vez le ha dolido más la segunda revelación que la primera. En cualquier caso, yo me he quitado un gran peso de encima y, en honor a la verdad, he de decir que Adam Schall —pese a su carácter hosco y colérico— me ha dedicado durante el sacramento de la confesión algunas de las más bellas y comprensivas palabras que he oído en mi vida. Respecto a LI Tianjing, ha entendido la difícil situación en la que nos encontramos. Después de lo sucedido, se había encerrado aterrorizada en su estancia dentro de la Oficina de Astronomía, sin saber qué hacer. Una vez que he podido tranquilizarla, la he convencido de que ningún jesuita revelará jamás su secreto. Luego de yacer juntos, ambos hemos juzgado que lo más conveniente para todos es que el propio padre Adam Schall tome las riendas de la Oficina de Astronomía. Ella acatará cualquier orden o directriz que Schall le dicte, manteniéndose él —ella, realmente— como cabeza visible de nuestros estudios ante el resto de ilustrados y el mismo emperador.

Los acontecimientos ocurridos en torno a LI Tianjing han estrechado aún más los vínculos amorosos entre nosotros, y además han encontrado la extraña complicidad del padre Adam Schall. Veo al jesuita alemán satisfecho después de comunicarle la voluntaria renuncia —aunque simulada a efectos prácticos— de LI Tianjing en la dirección de la Oficina de Astronomía, pero no por eso pierde ocasión para echarme en cara mi debilidad. Recordando mi propia narración en el encuentro con el emperador Chongzhen, no deja de repetirme con la menor excusa una de las

conocidas analectas de Confucio, cuyo pensamiento —como le ocurría al padre Matteo Ricci— admira: «Las mujeres y los sirvientes son especialmente difíciles de manejar; sed amistosos y se familiarizarán demasiado; sed distantes y se ofenderán». Otras veces le basta simplemente con acudir al pasaje del Génesis, a Eva y su tentadora manzana.

La mención de los primeros pasajes de la Biblia ha traído de nuevo a mi cabeza a los padres Álvaro Semedo y Athanasius Kircher. Y su correspondencia. De vuelta en mi estudio abro el escritorio y contemplo el sobre del sabio alemán a mí dirigido. En su interior, unas breves líneas de salutación antes de, directamente y sin muchos rodeos, plantearme una serie de ruegos y preguntas que, por su firmeza, más bien podrían ser tomadas como órdenes.

El padre Kircher comienza reprochándome la intermitencia en mi correspondencia hacia la sede general de la Sociedad en Roma, de forma más acusada en los últimos dos años. No valen excusas, añade, puesto que otras cartas remitidas por Longobardo, Giacomo Rho o el propio Adam Schall llegan tarde pero regularmente a distintos padres en toda Europa, pero especialmente a Roma. Por ellas y por las cartas de otros en Macao y Goa conoce de mi buena salud y de mi incansable actividad intelectual, que me ha llevado, incluso, a alcanzar el más alto grado *jinshi* entre los ilustrados chinos. Athanasius Kircher me desvela que ha leído todas y cada una de las cartas que han podido llegar hasta Roma remitidas por mí desde el año 1619. Y me recuerda que nada de lo que en China ocurra debe escapar a mis crónicas, tal y como así me fuera ordenado por el Superior de la Compañía de Jesús antes de iniciar tan incierto viaje. Como representante del mismo, además de director del Colegio Romano, Kircher me insiste en mis obligaciones así como en que, en futuras comunicaciones, su nombre debe figurar como único destinatario de mis cartas. Este nuevo procedimiento, ya conocido por el resto de cronistas jesuitas repartidos por el orbe, facilitará y agilizará los envíos, puesto que en los planes inmediatos del padre Kircher se encuentra el de establecer una eficaz red de gestión del correo de la Sociedad. No me explica cómo.

Entre el resto de cuestiones planteadas está, cómo no, la traducción de los contenidos de la llamada «estela nestoriana de Xian». Kircher me transmite que ha mantenido intensas y fructíferas charlas con el recién llegado a Roma padre Álvaro Semedo, y que no encuentra el momento de comenzar con el estudio de la traducción. Similar inquietud manifiesta respecto al origen de la lengua china, de la que comienza a profundizar en su conocimiento, tal y como llevó a cabo con el lenguaje jeroglífico egipcio, del que se proclama el único válido traductor. Por último, hace mención también a los textos escritos en lo que denomina «lenguaje tibetano», pues así define los caracteres de la estela que los padres Kirwitzer, Andrade y yo mismo hallamos en la ciudad tibetana de Tholing. Y su paralelismo con los extraños volúmenes alquímicos que hemos intentado traducir para el defenestrado eunuco chino Wei Zhongxian. El padre Athanasius Kircher me formula una clara queja por la

escasa información contenida en mis cartas respecto a este espinoso asunto, criticando abiertamente en su misiva la oscura actitud del ya fallecido padre Johann Terrenz Schreck, al que trata con, a mi entender, una desafección que no se merece. Terminó de leer esta primera carta del ya tan sabio como famoso padre Athanasius Kircher con una mezcla de fastidio y desdén.

Adam Schall no parece darle excesiva importancia al contenido de la carta. Tampoco el padre Rho ni el superior Nicolás Longobardo, al que también presiona Kircher como Superior en China para que haga fluir cualquier información valiosa hacia Roma. Mientras cenamos en nuestra casa de Beijing, intercambiamos impresiones después de un largo y duro día de prédicas y cálculos.

—Nuestra misión aquí en China —dice Schell— no ha cambiado un ápice desde nuestra llegada, querido Paolo. Roma queda demasiado lejos. Primero ha de venir el nuevo calendario, que luego ya vendrán las traducciones.

—Si me permitís la opinión —intervino el padre Giacomo Rho—, pareciera que nuestros superiores en Europa desconociesen la difícil situación que se vive en el Imperio chino.

—En efecto, Giacomo, tenéis mucha razón —Longobardo tomó la palabra, pausada por efecto del cansancio y por la edad—, aunque debemos obediencia por muy lejos que nos encontremos. Sin ella y sin la necesaria disciplina, nuestra congregación y nuestro mensaje difícilmente llegarían a lugar alguno. Escribiremos y contaremos lo que aquí sucede, como hemos venido haciendo hasta hoy. Bien es verdad, Paolo —dijo, volviendo su cabeza hacia mí—, que yo también he notado una cierta relajación en vuestra siempre prolífica correspondencia. Pasan semanas enteras sin que ninguna de vuestras crónicas salga hacia Cantón y Macao.

—Con la preparación de los exámenes descuidé algo mis obligaciones epistolares, padre —me excusé—. No tardaré en poner al día a Roma de nuestros progresos en China, que no son pocos —mentí benévola y mentiroso.

—En efecto —continuó Longobardo—, el número de iglesias y de conversos chinos crece de forma lenta pero apreciable. Apenas hemos registrado incidentes violentos contra alguno de los nuestros en los últimos seis meses.

—Pero estaréis de acuerdo conmigo, Nicolás —le interrumpió el padre Adam Schall—, en que la situación en algunas de las ciudades principales es muy precaria, especialmente en el norte. El empuje de los ejércitos manchúes conlleva terribles matanzas a su paso, y los nuestros no se diferencian de los demás. Solo el buen Dios podrá discernir a aquellos que abrazaron la fe cristiana a tiempo de los que renegaron de ella pudiendo haberse bautizado.

Longobardo asintió, apesadumbrado.

—La leva de soldados es cada vez menor, las arcas imperiales están vacías —apuntó Rho.

—Y prácticamente ya no recibimos dinero alguno para nuestros instrumentos —remarcó Schall—. Si nuestra Oficina de Astronomía subsiste es en gran medida

gracias a nuestros propios fondos, al dinero que nuestros hermanos nos hacen llegar desde Macao. El comercio de plata y seda, aunque mermado por la piratería, todavía arroja buenos beneficios.

—Tiempos mejores vendrán, siempre es así —zanjó el superior la tertulia al tiempo que se levantaba de la mesa para dirigirse a descansar—. Por el momento, aguantaremos. Y cada uno seguirá desempeñando el trabajo asignado para mayor gloria de Nuestro Señor.

La rutina diaria apenas se ha visto alterada durante los últimos meses, y solo las noticias —siempre negativas— que nos hacen llegar los amigos ilustrados desde palacio acerca de los avances manchúes rompen con la monotonía. Hemos entrado en el año de Nuestro Señor de 1637. Los trabajos sobre el nuevo calendario continúan a buen ritmo, puesto que el entusiasmo de los padres Adam Schall y Giacomo Rho no ha decaído en ningún momento. Tampoco el de mi adorada compañera LI Tianjing. Nuestra relación es notoria y poco hacemos ya por disimularla. El padre Schall consiente y Rho se muestra sorprendido, pero igualmente calla. Solo el superior Longobardo, absorto en los trabajos de evangelización, lo ignora todo.

Para cubrir las apariencias he redactado una serie de cartas llenas de vaguedades que voy enviando a Macao para que desde allí las hagan llegar hasta Europa. Anoto en ellas principalmente los nombres de los conversos que Nicolás Longobardo me facilita, los números de nuestras cada vez más escasas finanzas, o los cálculos —ininteligibles para todos excepto, posiblemente, para el propio Kircher— que tanto Schall como Rho van refinando de cara a futuros eclipses y a la necesaria conciliación del calendario chino con el gregoriano. Por supuesto que una segunda colección de cartas permanece a buen recaudo, de las que esta misma forma parte, pero no imagino ni el tiempo ni el lugar en el que podrán ver la luz. Ni los ojos de quien pueda leerlas. Y si llegan a Roma, será cuando yo ya no esté para responder por ellas.

Hoy he recibido la segunda de las comunicaciones de Kircher.

A diferencia de la primera de sus cartas, en esta ocasión se muestra amable y receptivo. Me hace saber que sus progresos tanto con el origen y estructura del lenguaje chino como con la traducción de la estela nestoriana son muy notables, y espera ponerme al día de los mismos en la próxima ocasión, cuando ya ambos problemas tengan visos de quedar definitivamente resueltos. Me sorprende el enorme optimismo que se desprende del escrito del padre Kircher, pues conozco de muchos años atrás la enorme dificultad de ambas tareas y, aunque con ciertas dudas razonables, no puedo sino alegrarme con la novedad.

Pero es otra de sus noticias la que me llena de curiosidad.

Kircher me comunica que ha recibido desde Viena una extraña carta de un tal George Baresch, que dice ser el veterano responsable de la antigua biblioteca de la corte bohemia en Praga. Su interlocutor también afirma haber estudiado en el colegio clementino de los jesuitas de esta ciudad, completando posteriormente sus estudios en

artes y filosofía natural, lo que le habría otorgado el suficiente bagaje intelectual como para acceder al puesto de bibliotecario a la muerte del médico Jacobus Sinapius, su anterior titular y amigo íntimo del rey Rodolfo II. Un buen amigo de Baresch, el padre jesuita Theodor Moretus, actúa como su valedor ante el casi inaccesible para él padre Athanasius Kircher.

Recordé el nombre de Sinapius. Amigo de Terrentius y uno de los poseedores del manuscrito que parcialmente el astrónomo Johannes Kepler cedería a Johann Terrenz Schreck.

Al parecer, el tal Baresch se habría ganado la confianza del padre Athanasius Kircher estudiando y loando una de sus obras más recientes y admiradas, el *Prodromus Coptus*, en la que el sabio alemán recoge la primera gramática del lenguaje copto, del que afirma es el último vestigio preservado del antiguo lenguaje egipcio. George Baresch asegura al padre Kircher poseer un extraño libro que nadie ha podido traducir, y que recuerda en sus caracteres a la lengua copta de la cual él es el mayor erudito. Y se ofrece a viajar a Roma con él para enseñárselo. El padre Kircher me consulta si dicho libro puede tener que ver en sus caracteres y dibujos con los que han aparecido en China, especialmente teniendo en cuenta que, por lo que él conoce, Johann Terrenz Schreck recibió desde la propia biblioteca imperial de Praga parte de un manuscrito similar.

En ningún momento Kircher menciona a su famoso compatriota Johannes Kepler, astrónomo imperial del Sacro Imperio Romano y cuyo puesto a su muerte él habría podido ocupar. En mi cabeza intento ordenar fechas y hechos mientras continúo con la lectura. El manuscrito completo habría vuelto desde Goa hasta Praga en el año 1626, y supuestamente de nuevo a las manos de Kepler, ya que así lo dispuso el padre Kirwitzer siguiendo las indicaciones de mi maestro Terrentius. Nada más hemos vuelto a saber de él, ni del manuscrito, ni de las prometidas tablas astronómicas de efemérides, y tan solo las noticias de su fallecimiento el 15 de noviembre de 1630 nos llegaron a China. Doy por supuesto que Johannes Kepler devolvería el manuscrito a su legítimo propietario, en este caso el bibliotecario George Baresch. Si pudo descifrar el ejemplar completo, nadie parece poder saberlo. Ni siquiera sé si el desafortunado Kirwitzer hizo acompañar al legajo la traducción astronómica lograda por el padre Adam Schall, o las copias de los textos incluidos en la estela nestoriana de Xian. De la estela de Tholing no pudo, obviamente, hacerlo.

Por descontado, no tengo intención alguna por el momento de colaborar en este asunto con Athanasius Kircher, por más que resuene en mi cabeza la petición que me hiciera en su lecho de muerte Johann Terrenz Schreck. El sabio alemán finaliza su carta anunciándome un largo viaje por Italia, pues quiere conocer distintos lugares — especialmente Nápoles, pero también las islas mediterráneas de Sicilia y Malta— y estudiar no solo su fauna y floras, sino también observar in situ fenómenos naturales tales como el vulcanismo, para lo cual tiene la intención de descender en persona al interior del Etna, del Vesubio y del Stromboli, fuertemente activos. No sin admirarme

de su valor, Kircher me expresa su deseo de visitar también Siracusa, donde intentará reproducir el singular dispositivo creado por Arquímedes para terminar con la flota romana ayudado únicamente del sol y unos espejos. No tendrá tiempo, concluye, de recibir en esta ocasión en Roma a George Baresch, pero me ruega que le comunique cualquier cuestión que pueda relacionar estos extraños manuscritos con alguno de los antiguos lenguajes babélicos, como el egipcio, el sánscrito, el hebreo, el arameo, el copto y, cómo no, el chino y el recién descubierto para él tibetano. Y me anima a continuar en mis tareas de traducción de la estela nestoriana de Xian, esperando poder compartir experiencias y hallazgos en nuestras próximas comunicaciones.

Quizás había juzgado demasiado duramente a Kircher tras su primera carta.

No todos en nuestra casa de Beijing se muestran tan escépticos como yo frente a los citados trabajos de traducción de Athanasius Kircher en Roma. Giacomo Rho me pregunta constantemente, tras cualquier llegada de correspondencia desde Europa, si por fin Kircher ha dado con las claves. El buen sacerdote sigue trabajando codo con codo junto al padre Adam Schall en la Oficina de Astronomía, tratando de resolver el problema de la renovación del viejo calendario chino. Y aún saca tiempo para volver a los casi olvidados manuscritos de Kepler y Matang.

—¿Todavía nada, Paolo? —ha vuelto a preguntarme hoy.

—Nada nuevo bajo el cielo romano —respondo con afabilidad—. Al padre Kircher parece habérselo tragado uno de sus volcanes.

—Me gustaría que no fuera así —sonríe—. Ahora que el mismísimo director del Colegio Romano se ha implicado personalmente en las traducciones, nuestro superior Longobardo parece haber abierto algo la mano a nuestros trabajos. Tenía ganas de volver a estudiar estos manuscritos.

—Y Adam Schall, supongo —añado yo.

—También Adam ha vuelto a trabajar con las claves esteganográficas, pero sigue enfrascado principalmente en el calendario. Quiere tenerlo terminado cuanto antes. Yo, sin embargo —parece confesarme, pues baja la voz—, creo haber conseguido pequeños avances.

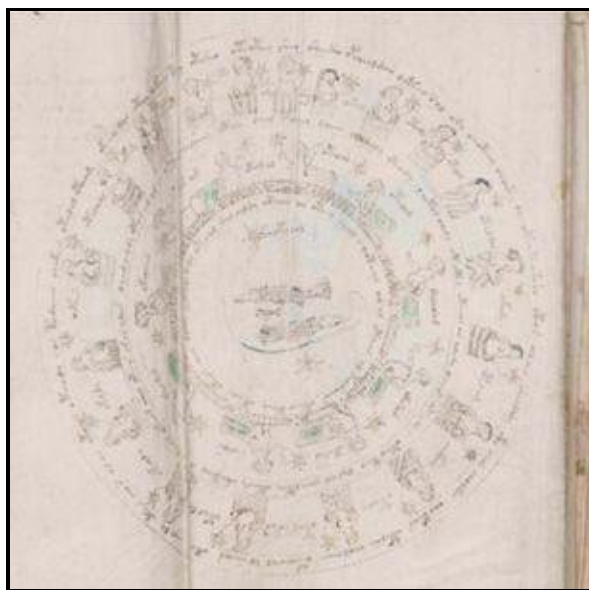
La revelación me deja completamente sorprendido, aunque no tendría que ser así conociendo como conozco la capacidad matemática del padre Rho. Y sus dotes de observación. Le pido —le ruego— que me dé algún detalle más. Accede gustoso.

—Veréis. Seguro que recordáis que, al principio de nuestros trabajos con el manuscrito de Terrentius, nos centramos en los diagramas con una gran figura estelar central.

—Ajá —le confirmo—. Adam encontró la relación entre las supernovas y las fechas de aparición, así como la duplicidad en las coordenadas orientales y occidentales. Todo un hallazgo.

—Tal vez el único hasta hoy —me interrumpe Rho—. Entonces despreciamos un par de diagramas zodiacales, los que contenían los símbolos de piscis y capricornio con un buen número de mujeres en estado de gestación colocadas a su alrededor.

Pensamos que tanto los rasgos de las mujeres, claramente occidentales, como las propias constelaciones, también europeas, nada tenían que aportar aquí en China.



*Página 70r del Manuscrito Voynich, mostrando el signo zodiacal de Piscis.*

—En efecto. Esas fueron las principales razones para no trabajar en los mismos.

—Pues yo he vuelto sobre ellos, Paolo. Y lo hice en cuanto encontré los datos acerca de las veintiocho constelaciones lunares chinas.

—¿Constelaciones lunares? Nunca he oído hablar de ellas.

—No es una idea extraña. Si nuestro zodíaco está basado en figuras formadas por estrellas a la puesta del sol para dividir la eclíptica en doce partes, porqué no hacer algo parecido con agrupaciones estelares según pasa la luna. Esto se viene haciendo desde la antigüedad tanto en la India como en Japón y, por supuesto, también aquí en China, especialmente desde el comienzo del budismo. A cada una de estas «mansiones» o casas de estrellas los orientales le asocian una deidad. Y en todos los casos se trata de una deidad femenina.

Abro los ojos todo lo que puedo, ciertamente sorprendido. Giacomo Rho continúa con su explicación entusiasmado.

—Según los grabados orientales más antiguos, podemos encontrarnos entre 28 y 29 mansiones lunares; lo que no es raro puesto que cada lunación dura 28 o 29 días. Lo normal es agruparlas en cuatro grupos de siete, asociándolas a los cuatro puntos cardinales: Dragón Azul al este, Tigre Blanco al oeste, Tortuga Negra al norte y Pájaro Rojo al sur. Y ahora, por favor, contad.

Rho me tiende la copia del diagrama de piscis. Entre los dos círculos concéntricos en torno a piscis cuento 29 mujeres. Mujeres encerradas en pequeñas torres. O mansiones.

—Es... increíble —balbuceo, esperando la continuación de los detalles.

—En mi opinión —dice Rho— nos encontramos de nuevo ante una mezcla de ambas culturas, tan antigua como podamos imaginar.

—¿Y hay alguna relación con los caracteres escritos que acompañan a las doncellas? —pregunto con ansiedad.

—Puede haberla, amigo Paolo. Puede haberla —sonríe—. Pero todavía no me atrevo a aventurarla. Dadme unas semanas más. Y mucho papel y tinta.

—Tendréis todo el que os haga falta, aunque para ello tenga que dejar de escribir al padre Athanasius Kircher una buena temporada —termino la broma.

Giacomo Rho ha caído repentinamente enfermo la noche del 17 de abril de este año 1638. Los médicos enviados desde la corte en Beijing han diagnosticado que, posiblemente, se trata de un envenenamiento producto de la ingestión de un alimento en mal estado, probablemente pescado. Es sabido que las manchúes arrojan animales y hombres muertos a los ríos, cuyas aguas desembocan normalmente en alguno de los afluentes de los cauces mayores y en el Gran Canal. La mortandad debido a esta indigna práctica invasora es enorme. El agua es pútrida en muchos lugares, y los animales que la pueblan hacen contraer todo tipo de enfermedades a los que de ellos se alimentan.

Sin embargo, no puedo sino dudar de tanta trágica coincidencia. Mientras, los distintos remedios que intentan los mejores médicos que el propio emperador Chongzhen nos ha enviado fracasan uno tras otro. Una leve mejoría permite a Giacomo levantarse del lecho para celebrar la misa el día 26, pero antes de terminar sufre un colapso y pierde la consciencia. Apenas dos horas pasada la medianoche expira. Tenía casi cuarenta y siete años y ha vivido más de dieciséis en China.

Las honras fúnebres se celebran con los mayores honores, dada su condición de miembro de la Oficina de Astronomía. Una larga procesión avanza desde nuestra iglesia hasta el lugar donde yace enterrado Matteo Ricci, lugar en el que los restos del padre Giacomo Rho serán también inhumados. Al frente de la comitiva caminan los miembros de nuestra comunidad cristiana. Detrás del féretro —y entre antorchas e incienso—, LI Tianjing, como director de la Oficina de Astronomía, encabeza la fila de notables. Le siguen los padres Adam Schall, Nicolás Longobardo y yo mismo, además de algunos de los eunucos más importantes en representación del emperador, así como también un buen número de ilustrados y oficiales.

En reconocimiento al esfuerzo y trabajo del padre Rho realizados por su imperio, Chongzhen decide asignarnos, por fin, un salario acorde con nuestro cometido. Y en este mismo año nos ha conferido el más alto distintivo que un emperador en China puede conceder: un *pai-pien*. Se trata de cuatro grandes caracteres o diagramas pintados por el emperador de su propia mano sobre un rollo de seda con tinta dorada que, en nuestro caso, rezan así: «Elogios imperiales por la doctrina celeste», y que presidirán desde este mismo momento nuestra residencia jesuita. La frase es ambigua, ya que puede entenderse tanto en su sentido astronómico como religioso, pero sea cual haya sido la intención de Chongzhen nos halaga enormemente. La entrega de esta distinción conlleva un sinnúmero de actos y banquetes y, de ahora en adelante, el común de los chinos deberá efectuar la preceptiva reverencia cuando pase por delante

de la mencionada distinción imperial.

En caso contrario será, como es costumbre aquí, azotado.

La muerte del padre Giacomo Rho ha dejado casi vacía nuestra misión jesuita en Beijing. Apenas el padre Adam Schall, el veterano superior Nicolás Longobardo, y yo mismo —que todavía soy un simple escolástico a los ojos de la Sociedad, aunque un maestro *jinshi* a todos los efectos de la burocracia imperial china—, permanecemos aquí como únicos occidentales. De aquel lejano viaje que zarpó de Lisboa a mediados de abril de 1618, solo Schall y yo sobrevivimos. La misión subsiste y progresa gracias a los nuevos conversos, entre los que se encuentra por fin mi amada LI Tianjing, que fervientemente ha recibido el bautismo de manos de Adam Schall este año de Nuestro Señor de 1639.

Pero savia nueva jesuita continúa llegando a China a través de Macao, en parte gracias a la anulación de cualquier prohibición imperial respecto al cristianismo, y en parte debido a la anarquía imperante en muchas de las grandes poblaciones, unas en manos de grupos rebeldes —se tienen noticia de más de doscientos diferentes, algunos con miles de adeptos reclutados fácilmente entre los hambrientos e indignados campesinos—, y otras ya en poder de las tropas manchúes. Casi toda la zona norte del imperio, a excepción de las provincias lindantes con la capital, Beijing, está fuera del control de las tropas del emperador Chongzhen. Y el avance es imparable.

Las gestiones y buen hacer de nuestro nuevo procurador en Roma, Álvaro Semedo, no han tardado en dar sus frutos. Y más con el ímpetu del padre Athanasius Kircher, que ha sabido ver en China el, tal vez, mayor imperio sobre la tierra desde las primeras civilizaciones conocidas. Imperio que se mantiene casi intacto en el interior de sus murallas, y cuya historia, cultura y lenguaje le tienen fascinado. El padre Manuel Días —superior en Macao—, nos comunica la inminente llegada, entre otros muchos, del mencionado por Semedo padre portugués Gabriel de Magallanes, así como también de otro famoso experto lingüista, cartógrafo e historiador, el italiano Martino Martini, alumno y favorito del todopoderoso Athanasius Kircher.

Precisamente del padre Kircher llega hasta Beijing una nueva carta. En ella me aconseja en primer lugar —y otra vez percibo desconfianza entre sus líneas—, colaborar estrechamente con los nuevos misioneros jesuitas. Llevan consigo instrucciones concretas para proseguir con la traducción de la estela nestoriana de Xian, de la que yo no he reportado ningún progreso a Roma. Me pregunto dónde quedan los avances que supuestamente ha realizado el propio padre Kircher en este aspecto. En cuanto al padre Álvaro Semedo, se encuentra de viaje por Europa y ya se le ha puesto fecha a su retorno a China, aunque en ningún caso —me remarca Kircher— tendrá entre sus tareas volver a las traducciones, y permanecerá trabajando exclusivamente en funciones evangélicas en las distintas iglesias jesuitas fundadas en el sur de China, bajo órdenes directas del padre Manuel Días. Ignoro lo que ha podido

ocurrir en Roma, pero presumo un fuerte desacuerdo entre ambos.

Con una redacción algo más amable, Athanasius Kircher me vuelve a mencionar al enigmático George Baresch. De vuelta de sus viajes, Kircher ha encontrado una nueva carta enviada por el bibliotecario desde Praga, vía Viena. El bohemio insiste en que su manuscrito debe ser traducido en Roma, y ser visto solo por los ojos adecuados. Afirma que su contenido es una mezcla no solo de copto, sino también de una antigua lengua egipcia —tal vez para captar el interés de Kircher—, y que sus extensos conocimientos en botánica le llevan a pensar que un gran herbario medicinal está contenido entre sus páginas. A buen seguro Baresch conoce que la botánica es otra de las debilidades del sabio Kircher. Y termina su misiva apremiando a este, puesto que su salud se encuentra ya muy deteriorada por la edad y difícilmente podrá desplazarse a Roma si pasa más tiempo.

Deduzco por estos datos que Kircher tiene un verdadero interés en el manuscrito, pero que por alguna razón desconfía de George Baresch. Directamente le ha solicitado el envío de unos cuantos pergaminos del libro, petición a la que, según Kircher, George Baresch no podrá negarse.

La última parte de esta extensa tercera comunicación de Athanasius Kircher conmigo es, con mucho, la más atractiva. Dejando de lado instrucciones y ruegos que son casi órdenes, se detiene en prolijas explicaciones sobre sus deducciones en el origen de la antigua lengua china.

Para Kircher, bajo ningún concepto el chino es la fuente de los jeroglíficos egipcios, sino todo lo contrario. (Creo que este asunto es la principal causa de las desavenencias con el padre Semedo, y su caída en desgracia fruto del orgullo de ambos). E intenta encajar las fechas, cuestión que tanta desazón produce en Álvaro Semedo como produjo en su amigo Nicolás Trigault. Según los cálculos de Kircher, el lenguaje chino fue inventado 300 años después del Diluvio de Noé, tal y como viene en el capítulo sexto del Libro del Génesis, y siempre tomando como base la antigua Biblia Septuaginta. En este período, uno de los descendientes de Noé —con toda probabilidad proveniente de su hijo Cam, tal vez su nieto Nemrod, «el primero que se hizo poderoso en la tierra»—, de acuerdo con el capítulo décimo del mismo libro sagrado, engendraría la nueva lengua en la lejana y despoblada China. Cam habría viajado y repoblado desde Egipto hasta Persia, posiblemente llegando hasta China él mismo o sus descendientes. Su citado nieto Nemrod habría tenido un sabio consejero que no sería otro que el antiguo filósofo egipcio Hermes Trimegisto, al que Kircher considera como el inventor de los primeros jeroglíficos y, por tanto, de la misma escritura una vez destruida Babel. Dado que los antiguos chinos cuentan y documentan que el legendario emperador Fu Hsi habría sido el inventor de este «arte escrito» —algo que no es puesto en duda por el padre Kircher—, se concluye con cierta simpleza que Fu Hsi y Hermes Trimegisto son la misma persona. Así, los caracteres recogidos en el tan conocido *Libro de los cambios* o *I-Ching* del primer emperador chino no serían algo muy diferente a los primigenios jeroglíficos egipcios,

por un principio lógico de reducción y semejanza llevada a cabo por idéntico sabio.

Por más vueltas que le doy, las piezas de Athanasius Kircher no encajan en mi cabeza.

Proveniente de Macao, se recibe en nuestra residencia de Beijing un voluminoso paquete que contiene varios libros. Lo más sorprendente del envío no es solo la fecha de salida desde Praga, en el mes de enero de 1630, sino su remitente, el fallecido astrónomo alemán Johannes Kepler. El padre Adam Schall y yo nos miramos estupefactos. Si el paquete contiene lo que realmente pensamos que contiene, este ha tardado más de diez años en llegar hasta China, y a saber en qué lugares ha estado retenido. Por su aspecto ha sido abierto varias veces, así que el superior Longobardo no pone ninguna objeción a que rasguemos el envoltorio a pesar de que, lógicamente, el destinatario final de los libros no es otro que nuestro añorado Johann Terrenz Schreck.

El envío contiene una carta manuscrita en alemán de Johannes Kepler en respuesta a otra enviada por su compatriota Johann Schreck. El padre Schall la traduce con rapidez al italiano para Longobardo y para mí. En ningún momento se hace mención al manuscrito que ambos intentaban descifrar, y el texto se ciñe exclusivamente a los procedimientos para los cálculos más precisos sobre eclipses, de los que ambos eran expertos. Acompaña a la carta un breve opúsculo titulado *Commentatiuncula*, editado y fechado en la ciudad de Ratisbona el año 1627, en el que la solución definitiva al problema aparece con todo lujo de detalles. Por último, ante nuestros admirados ojos, extraemos del paquete un grueso volumen preciosamente encuadernado. En su cubierta, el dibujo de un frontispicio homenajeando a los grandes astrónomos del pasado: Hiparco, Ptolomeo, Copérnico y, en un lugar prominente representado utilizando un gran cuadrante, el que fuera su maestro y mentor, el danés Tycho Brahe.

El título del volumen es *Tabulae rudolphinae*.

No cabemos en nuestras túnicas del gozo que nos invade.

De inmediato llevamos el libro a la biblioteca de la Oficina de Astronomía y comenzamos su lectura. LI Tianjing no alcanza a comprender nuestra alegría, excepto cuando el padre Schall le muestra un conjunto de tablas conteniendo la posición exacta de la altura de la luna respecto al horizonte en su culmen, día a día, o también un impresionante atlas estelar con la posición precisa de las mismas estrellas según el curso de la eclíptica.

Al día siguiente retomamos los trabajos para el concurso astronómico del eclipse que se avecina. Apenas nos queda un año para hacer valer nuestra autoridad y superioridad.

—De lo más básico a lo más complicado, estimada LI —el padre Schall se dirige a ella como mujer dentro de la Oficina, aunque se cuida muy mucho de hacer lo mismo en público—. ¿Tenéis experiencia en el cálculo de eclipses?

Li pareció molestarse con la pregunta. Tanto que lo que siguió fue una auténtica

lección en la materia ante el sorprendido Adam Schall.

—Los eclipses ocurren cuando los tres astros principales, es decir la tierra, el sol y la luna, se encuentran alineados. Según la posición relativa de los mismos ocurren eclipses solares, en los que la luna intercepta la luz del sol sobre la Tierra, o eclipses lunares, en los que la propia Tierra oscurece la luna. Lógicamente los primeros solo pueden producirse con la luna nueva, al contrario de los lunares, que acaecen con la luna llena.

—¿Por qué no tenemos eclipses todos los meses? —pregunté yo creyendo conocer la respuesta, con la aquiescencia de Schall que había tomado para sí el papel de examinador.

—Si el sol y la luna se movieran en el mismo plano, cada período de luna nueva tendríamos un eclipse solar. Pero las trayectorias de estos astros girando en torno a la Tierra están inclinadas la una respecto a la otra. Algo más de unos cinco grados occidentales —añadió con esta concesión—. Así que en la mayoría de las ocasiones la luna nueva transita por encima o por debajo de la trayectoria del sol. Y si me permitís, os diré que en nuestra cultura a estos pasos ascendentes o descendentes de la luna en el camino solar los denominamos Cabeza de Dragón o *rahu* y Cola de Dragón o *ketu*.

—Lo sabía —contestó algo molesto pero impresionado el padre Schall—. Y que cuando por fin la luna nueva consigue interponerse entre el sol y nuestra Tierra pensáis que el propio dragón ha devorado al sol. Creo, incluso —comentó con sorna— que vuestros antepasados hasta no hace mucho tiempo tenían la ocurrencia de sacrificar vidas humanas en la estúpida creencia, tan lejana a las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo, de que así amansaban a la bestia.

—No seré yo quien objete respecto a estas atrocidades —dijo LI Tianjing—, pero hasta Beijing ha llegado el insoportable hedor a carne quemada de bruja en Macao.

Adam Schall tuvo que morderse la lengua, ciertamente divertido. Adoraba la ironía. Y, en efecto, las noticias de los excesos de los cada vez más numerosos y dominantes frailes inquisidores dominicos en la ciudad costera de Macao llegaban con rapidez hasta la capital.

—Volviendo al tema de los dragones, sagaz LI, ¿sabéis decirme que es un mes dracónico?

Yo no tenía ni idea.

—Los puntos de corte de las dos trayectorias no son fijos. La cola y la cabeza del dragón se mueven. La luna tarda un tiempo algo menor en volver a estos puntos que en recuperar su posición respecto a las estrellas fijas. En concreto —y consultó un antiguo escrito chino que tenía abierto sobre las rodillas—, el mes dracónico dura algo más de 27 días, mientras que el mes sinódico, el que marca cuando se repiten las fases lunares (luna llena y luna nueva) y es la base de nuestro calendario desde tiempos inmemoriales, algo más de 29 días.

—Correcto —asintió con satisfacción Schall—. Es suficiente, LI, y os rogaría que

me dejarais continuar a mí ahora. Desde tiempos muy antiguos, tanto en Babilonia según los griegos como parece que aquí también en China, se han anotado las fechas de los eclipses, buscando una periodicidad en los mismos. Parece claro que, según lo que acabáis de decir, los eclipses se repetirán cuando se produzca una fecha que, al mismo tiempo, sea múltiplo de un mes sinódico y uno dracónico. Y esto ocurre exactamente cada 6585,3 días.

—Supongo —intervine yo por primera vez—, que en ese caso podemos hablar de un ciclo completo. Que, según estos cálculos, equivale a algo más de 18 años.

—Así es —corroboró el padre Schall—. Cada 223 lunas según los caldeos se producía un ciclo llamado de Saros. O 18 años, 11 días y unas 8 horas. Pasado este tiempo las posiciones relativas de los tres astros son prácticamente idénticas. El detalle más curioso es el horario. Para observar el mismo eclipse pasados esos dieciocho años —añadió Schall—, tendremos que desplazarnos ocho horas hacia el oeste, o lo que es lo mismo, 120° en la esfera terráquea.

—Entonces si queremos repetir tanto la naturaleza del eclipse solar como su posición tendremos que esperar el triple de ese tiempo para obtener los 360° —completó LI Tianjing—. Por tanto un registro completo de eclipses se produce pasados 54 años y 34 días.

—Perfecto —sonrió Adam Schall.

—Pero... —objeté—, hay muchos más eclipses. Aquí en China han ocurrido en 1610, 1629 y, previsiblemente, en 1642<sup>[2]</sup>

—No todos han sido iguales. Unos ocultan totalmente el sol y otros dejan ver un anillo. O una forma de luna. Hay otros muchos factores a tener en cuenta para saber, por ejemplo, cuestiones tan importantes como la duración del fenómeno, la situación, el mejor emplazamiento para su observación y otros tantos. Pero para eso —añadió Adam Schall— tenemos los libros de Johannes Kepler y muchos escritos de nuestro siempre recordado Terrentius.

—Pongámonos a ello entonces —zanjamos al unísono LI Tianjing y yo mismo, en una armonía que va más allá de las propias predicciones astronómicas.

Aunque nos afanamos en nuestros estudios, no podemos ser ajenos a lo que ocurre fuera de Beijing. Hasta nosotros llegan las noticias acerca del más famoso entre los rebeldes, LI Zicheng. Ha conseguido reunir bajo su mando a más de veinte mil hombres, y tomado las principales ciudades en las provincias de Henan, Shanxi y Shaanxi, donde es aclamado como un héroe. LI Zicheng divide las tierras conquistadas entre la población y suprime los impuestos del emperador. A finales de este año de 1641 un tristísimo episodio da muestra de la ineptitud y estulticia de los generales de Chongzhen. Durante la batalla de Kaifeng, ciudad ya tomada por LI Zicheng, los militares imperiales ordenaron la rotura de los diques de la enorme presa del río Amarillo, con el único fin de atrapar así al cabecilla rebelde. Lejos de conseguir su objetivo, la gran ciudad quedó sumergida bajo las aguas del caudaloso río en cuestión de minutos. Se cree que más de trescientas mil almas han perdido la

vida ahogadas, entre ellas uno de nuestros hermanos jesuitas, el padre Rodrigo de Figueredo. Li Zicheng prosigue su marcha hacia la capital Beijing casi sin oposición, puesto que la mayor parte de los ejércitos imperiales intentan detener a las poderosas tropas manchúes en las provincias norteañas, cosechando fracaso tras fracaso.

El tan reclamado concurso astronómico sobre la predicción del eclipse de este año de Nuestro Señor de 1642 apenas ha trascendido incluso en la propia corte. La superioridad y exactitud en los cálculos de los jesuitas ha sido tal que ya nadie pone en duda nuestras capacidades. El emperador Chongzhen nos ha felicitado por ello y autoriza el nuevo calendario, basado en meses solares y con las correcciones aprobadas por Gregorio XIII, en contraposición al clásico calendario lunisolar habitualmente empleado en el Imperio chino. Pero a pesar de la aprobación, ha decidido que este no es precisamente el mejor momento para su implantación, por la enorme confusión que podría producir tanto en la corte como en los ilustrados, y especialmente entre los militares y la numerosa población. En otras palabras, Chongzhen se desentiende completamente para evitar cualquier complicación, aunque manifiesta en un edicto imperial su intención de adoptar el calendario reformado por los jesuitas cuando las condiciones sean propicias. Y, obviamente, un eclipse como el ocurrido hace unos días no presagia nada bueno.

Así las cosas, nuestra Oficina de astronomía abandonará sus trabajos habituales —Li Tianjing ha sido relevado de su puesto y su situación en la corte es, cuando menos, delicada—, teniendo en su lugar que asumir alguna otra tarea inesperada. La fama del padre Adam Schall, una vez conocidos los resultados de los cálculos llevados a cabo principalmente por él, es tal que ha sido requerido de inmediato en palacio, pero no en el Ministerio de Ritos, sino en el Ministerio de la Guerra.

Adam Schall tiene que fabricar cañones.

Y esta vez no valen excusas, por mucho que el bravo jesuita alemán alegue que sus conocimientos en el arte de la fabricación de armas no van más allá de la lectura de algún pequeño tratado. De inmediato se le han suministrado todos los materiales que ha estimado necesarios, y un buen número de trabajadores están ya a sus órdenes. En un plazo increíblemente breve ha terminado veintidós cañones, y las pruebas con los mismos —en presencia de un elegido grupo de ilustrados y eunucos palaciegos— han resultado un éxito. Conocida la noticia, la euforia del emperador Chongzhen es tal que ha ordenado fundir otros quinientos, pero estos con un peso inferior a las sesenta libras para que puedan ser transportados al hombro por los soldados. El padre Schall nos confiesa que se trata de una locura, pero no puede hacer nada por evitarlo. Contra su voluntad, continúa con sus trabajos de experto artillero y consejero en fortificaciones, abandonando casi por completo sus tareas tanto astronómicas como religiosas. Como contrapartida de este, para algunos, criticable comportamiento en un sacerdote jesuita, el resto de la comunidad —el viejo Longobardo, los recién llegados Mateo Martini y Gabriel de Magallanes, así como yo mismo— podemos sentirnos seguros en Beijing.

—Paolo, estoy esperando un hijo tuyo.

Acostada junto a mí, LI Tianjing me confiesa su embarazo sin ningún temor, quizás acostumbrada como está a las durezas de su propia vida y a las de sus compatriotas, en los que resulta difícil distinguir las alegrías de las tristezas. Yo no sé qué decir. Ella continúa hablando.

—Ya no tengo ninguna obligación en la dirección de la Oficina de Astronomía, puesto que Schall ha tomado el poder aquí y allá. Es el favorito del emperador, que apenas confía en otro consejero que no sea él.

—Lo sé —contesto secamente, sin haberme podido reponer de la noticia. En realidad, lo ocurrido no resulta extraño ni se trata de un accidente, sino de una acción propia de la naturaleza para mayor gloria de Dios. Sumido en este pensamiento afectuoso, me sorprenden sus siguientes palabras.

—Amor mío, sé que no es propio de un religioso jesuita la paternidad. Además, estos no son los mejores tiempos para traer al mundo a un niño en China.

—¿Qué quieres decir? —salgo de mi ensimismamiento, temiéndome lo peor.

—En China no está mal visto abortar. Muchas familias no pueden mantener a sus proles, y si el bebé resulta ser una niña las cosas son mucho más difíciles. Haré lo que tú me digas —termina.

—Solo Dios puede disponer de la vida humana. Sea.

Me sonrío. Sabía que esta y no otra sería mi respuesta.

Un precioso niño nace en el verano de 1643. Decidimos ponerle el nombre del primer hombre sobre la tierra, Adán. Adam Arrighetti.

La noticia del nacimiento del pequeño Adam parece haber enternecido al artillero padre Schall, que se ofrece para ser su padrino en el bautizo. Se ha sentido especialmente emocionado con el nombre escogido. Entre nosotros se ha asentado una mutua confianza, y no pasa día sin que, si nuestras respectivas obligaciones nos lo permiten, charlemos unos minutos en privado. Hay un asunto del que nunca hemos hablado abiertamente, y que con la llegada del pequeño me preocupa más que nunca.

—Adam —le abordé—, ¿por qué tantas muertes?

—La guerra es así. La máxima expresión de las miserias humanas.

—No, no me refiero a la descomposición del imperio —le interrumpo—. Me refiero a nuestras propias muertes. Kirwitzer, Terrentius, Trigault, Andrade y por último Giacomo Rho, nuestro íntimo amigo. ¿No teméis que os pueda suceder también a vos?

—Sucederá algún día, amigo mío. Pero eso está en manos del Señor. Tanto vos como yo parecemos estar protegidos por Él con una devoción especial.

El padre Schall se refería a nuestras discusiones con el terrible eunuco Wei Zhongxian. En cualquiera de aquellos encuentros con él pudimos perder la vida. Pero yo tenía más argumentos que exponer.

—Todas esas muertes no fueron naturales. El diablo estuvo detrás de ellas, no Dios.

—¿Qué insinuáis, Paolo?

—Que hay un vínculo común. Y no puede ser otro que ese extraño manuscrito que el padre Terrentius recibió de Kepler y trajo a China.

—Quizás exageréis. Si no recuerdo mal, el padre Pantaleón Kirwitzer murió en Macao, estando vos allí a la vuelta de vuestra expedición al Tíbet. Y unos eunucos enviados por Wei Zhongxian robaron todas vuestras posesiones. Vuestra misma vida pendió de un hilo.

—Los soldados llegaron más tarde, Adam. Yo ya había encontrado el cuerpo.

El padre Schall puso cara de circunstancias, pero siguió con su lista de razones.

—El padre Trigault se suicidó. Semedo lo encontró colgando en su celda. Nada tenía que ver con ese manuscrito. En cambio sus dudas respecto a la controversia de los ritos con Roma le atormentaban terriblemente.

Ahí no pude replicar, y Schall continuó desgranando la lista.

—Nuestro querido Johann Terrenz murió de una larga y terrible enfermedad. ¿Qué objeción podéis plantear a la voluntad de Dios en este caso?

Volví a guardar silencio.

—Antonio de Andrade murió en Goa. Yo no lo conocí personalmente, pero por lo que vos mismo me habéis contado, su muerte tuvo que ver con el miedo de un ladrón de reliquias a ser denunciado a la Santa Inquisición.

—Pero no os lo conté todo, ni a vos ni a Roma. De igual forma que guardé silencio respecto al suicidio de Trigault, por común acuerdo entre todos nosotros para poder sepultar su cuerpo en tierra bendecida, tampoco os transmití las sospechas de su querido hermano Manuel Marques acerca de las maniobras de un desconocido eunuco.

—Más eunucos, más de lo mismo. Si bien Wei Zhongxian ya estaba muerto, no me cabe duda de que otros de su casta podían querer revelar sus secretos —replicó Schall.

—¿Y Giacomo? —le pregunté, volviendo a la carga—. ¿Cómo explicar su muerte?

—Pescado podrido. No son malos los médicos aquí.

—No, no Adam. No acepto esa explicación —me quejé amargamente—. Tanta casualidad se sale fuera de lo normal. Gozaba de una salud excelente hasta que me reveló su último descubrimiento en el manuscrito.

Tuve que sincerarme con el padre Schall. No sé qué le produjo mayor sorpresa, si la relación de las veintinueve doncellas con los meses lunares chinos o su propia muerte. Por fin noté su preocupación.

—¿Teméis por vuestra vida, Paolo?

—No tanto por el aprecio a la misma, sino por la suerte que pudieran correr LI y el pequeño Adam si algo me ocurriera.

—El pequeño todavía tiene padre. Y un padrino que fabrica cañones con tanta facilidad como si fueran buñuelos —bromeó con esfuerzo el incorregible jesuita

alemán—. ¿De quién sospecháis? O, mejor dicho, ¿de qué?

Hice un tremendo esfuerzo para poder seguir hablando.

—Hasta hace solo unos días, de vos.

Adam Schall me miró sin atisbo de rencor. Incluso se permitió sonreír.

—Soy un buen candidato, aunque si realmente hubiera tenido esas intenciones criminales seguramente habría sido más expeditivo. No me prodigo en venenos —continuó y rio—. Ya sabéis que lo mío es jugar con fuego y con pólvora. ¿Qué os hizo cambiar de idea respecto a mí?

—A decir verdad, no lo sé —dije—. Aquella confesión tan sincera, vuestra ternura en el bautizo de mi hijo. Dios no puede poner sangre en estas manos —añadí, tomándolas entre las mías.

—Por desgracia, ya están llenas. Mis cañones me salpican —se lamentó.

—Adam, ¿puede la Inquisición estar al corriente de nuestras traducciones?

—Aquí, en Beijing, tan lejos de Macao y de Goa... no. No es posible. Si existe algún culpable de una o varias de las muertes de nuestros hermanos, lo más probable es que se encuentre entre los muros de la Ciudad Prohibida.

—Entonces, ¿eunucos?

—¿Quiénes si no? Debemos abrir los ojos más que nunca, Paolo, tal y como acabas de hacer tú conmigo.

Terminamos la conversación estrechándonos los dos en un fuerte abrazo. Su enorme carácter, y su cada vez mayor peso en la corte de Chongzhen, hacían de él la mejor de las defensas.

No parece que los esfuerzos militares del padre Adam Schall vayan a poder cambiar el rumbo de los acontecimientos. Las traiciones en Beijing y en su Ciudad Prohibida están a la orden del día. En esta primavera de 1644, LI Zicheng ha llegado hasta aquí y acampa a sus rebeldes frente a la puerta oeste de las murallas. El emperador Chongzhen dispone de más de setenta mil hombres comandados por tres mil eunucos para defender la ciudad. LI Zicheng, sabedor de la potencia artillera de los cañones del padre Schall, aguarda. Su prudencia no tarda en ser recompensada. Uno de los principales comandantes entre los eunucos traiciona a su emperador y abre las puertas de las murallas. Chongzhen intenta huir a caballo por la puerta sur de la ciudad. Pero los cañones disparados por sus propios hombres le detienen. De vuelta en palacio, el fatídico 24 de abril ordena a la emperatriz suicidarse, para luego emborracharse y acabar cortando con su propia espada la vida de al menos dos princesas, escondiendo a sus hijos varones. Sin escapatoria posible, Chongzhen sube a una colina cercana a la Ciudad Prohibida llamada Mei shan donde, con su propia sangre, escribe una carta dirigida al rebelde Li Zicheng en la que suplica perdón y clemencia para su pueblo y su familia. Y más tarde se cuelga de una viga en la pequeña fortaleza que corona la colina. De esta trágica forma se pone fin a 276 años de reinado de la dinastía Ming en China.

Gobierna el caos en Beijing y, por ende, en todo el imperio. Las hordas de Li

Zicheng roban y matan a su paso. El líder rebelde se proclama a sí mismo nuevo emperador en este mes de abril, y pretende fundar una nueva dinastía, la Shun. Pero los manchúes han llegado ya a Beijing, y en este caso no se trata de unos miles de campesinos rebeldes hambrientos y sedientos de sangre, sino de un ejército bien organizado. El 27 de mayo derrotan a LI Zicheng en la batalla del paso de Sanhai. Hasta doscientos mil hombres había conseguido juntar el nuevo y breve emperador, pero las fuerzas combinadas de los manchúes, en especial las comandadas por el general Wu Sangui y el noble Dorgon, trituran a los rebeldes. Se dice que LI Zicheng ha logrado huir, no sin antes ordenar a su retaguardia de tres mil hombres volver sobre la ciudad de Beijing y arrasarla. No ha tenido tiempo ni de coronarse emperador.

A nuestro alrededor solo hay ruinas y desolación.

Muchos chinos acuden a nuestra modesta residencia en busca de refugio, pues creen que los manchúes nos respetarán. Otros tantos lo hacen para saquearnos, pero la imponente figura del padre Adam Schall en la entrada, con su espesa barba y espectacular altura —y con una enorme espada japonesa entre las manos—, les persuade de cualquier intento. A los ojos de los chinos, Schall es indestructible.

Poco a poco la calma vuelve a las calles. Definitivamente, los manchúes toman la capital el 7 de junio. El 30 de octubre se proclama en una ceremonia celebrada en el Templo del Cielo de Beijing al nuevo emperador, Fu-lin, noveno hijo del ya fallecido rey manchú Hung Taiji y sobrino del noble Dorgon, uno de los artífices de la conquista. Dorgon gobernará como regente, puesto que Fu-lin solo tiene seis años de edad. El niño será emperador con el nombre de Shunzhi, comenzando así la época de la nueva dinastía Qing. La primera decisión del regente Dorgon será trasladar la capital del nuevo Imperio chino-manchú desde Mukden a Beijing.

Pero esa no es la única decisión de importancia que adopta Dorgon. Suprime un gran número de ilustrados y eunucos chinos y los sustituye por manchúes. Muchos maestros *jinshi* dejamos de serlo de la noche a la mañana. LI Tianjing adopta de forma definitiva atuendos propios de mujer, y ambos decidimos con Adam Schall que nos haremos pasar como sus sirvientes. A nadie le extrañará que convivamos junto con nuestro hijo en la residencia jesuita, y yo no puedo predicar. Sin embargo, la purga imperial ni tan siquiera ha rozado al padre Schall. Al contrario, el príncipe regente Dorgon le pide una y otra vez que acepte la dirección absoluta de la unificada Oficina de Astronomía, a lo que Schall se niega hasta que el padre Manuel Días, superior jesuita desde Macao, se lo ordena. La fama del padre Schall, antes y después del cambio de gobierno y de dinastía, ya no conoce fronteras. Se convierte así en el primer europeo en ostentar tan importante cargo.

Nicolás Longobardo parece no envejecer. Ha cumplido ya ochenta y cuatro años, pero cada día madruga para salir a predicar el Evangelio, sin importarle ni la climatología, ni los achaques, ni los cambios de gobierno. Los manchúes nos permiten continuar ejerciendo nuestro magisterio, puesto que no representamos

peligro alguno para ellos, y más siendo Adam Schall uno de los nuestros. No sin pocos problemas, tanto Gabriel de Magallanes —que manifiesta una especial animadversión hacia el padre Schall—, como Martino Martini, comienzan a trabajar en nuestra misión.

—Os supongo al tanto del nuevo edicto de Dorgon, amigo Paolo —me interpela Martini, que se encarga desde su llegada de compilar las crónicas históricas de esta nueva China por orden del padre Athanasius Kircher. Quien no parece confiar mucho en mí, por otra parte.

—No, no estoy al tanto, padre Martini —contesto educadamente.

Una vez rebajado de mi grado chino *jinshi*, e incluso de mi tarea de cronista jesuita, me siento menospreciado. Tampoco me ayuda mucho el fingir ante los ilustrados manchúes mi posición de criado. Y a los recién llegados jesuitas mi paternidad les resulta escandalosa. Solo el enorme carácter y la sincera amistad del padre Adam Schall hacen que me sienta tranquilo.

—El príncipe Dorgon ha ordenado que toda la población china adopte el peinado manchú, con su ridícula coleta y la cabeza afeitada. Aquel que no lo haga será considerado desleal a la nueva dinastía. Y, como consecuencia, apaleado.

—Pero eso es... humillante —apostilla su acólito Gabriel de Magallanes—. ¿No pensáis hacer vos nada al respecto, padre Schall?

—Dejarme la coleta —contesta con sorna el aludido—. No tengo ganas de recibir una tunda por resistirme a cambiar de peinado.

—Los chinos lo consideran una deshonra —sigue comentando Martino Martini—. Los ilustrados que me han transmitido la noticia están más afligidos por ello que por la propia pérdida del imperio. Podría decirse que preferirían perder la cabeza completa antes que su propio pelo.

—Más les hubiera valido usar la cabeza cuando tuvieron oportunidad —resuelve Schall—. Los manchúes han demostrado mucha mayor pericia militar, habilidades en el uso de las armas, orden y liderazgo. Mucho mayor talento, lo que implica mucha mejor cabeza. Igual la coleta —añade sonriendo— les hace pensar mejor.

—Entonces —inquiere Magallanes—, ¿apoyáis esta invasión, padre Schall?

—Desde nuestro punto de vista, tanto da Ming que Qing, puesto que nuestra misión en China es llevar la palabra de Nuestro Señor Jesucristo por todos los rincones del imperio. La nueva dinastía nos ha concedido la libertad de predicar, así como la responsabilidad completa de los trabajos astronómicos en palacio. ¿Qué más queréis?

Adam Schall no recibe contestación por parte de Magallanes. Ni de Martini.

—Entonces —zanja Adam Schall el asunto—, que cada uno trabaje en sus tareas. Yo tengo mucho que hacer en la Oficina de Astronomía.

Y sale de nuestra residencia. Y como viene siendo costumbre, dando un sonoro portazo.

No tenía noticias directas del padre Kircher —salvo las traídas desde Roma por

los padres Martini y Magallanes— desde su última carta hace más de cuatro años. En estos últimos meses de agitación en China, especialmente en la capital Beijing, hemos estado casi incomunicados con el mundo occidental, a excepción de esporádicos correos traídos en mano por nuestros amigos ilustrados —que aún son muchos— y los conversos. Todo este desorden parece estar terminando, y los burócratas manchúes nombrados por el príncipe regente Dorgon encargados de restablecer la normalidad —tanto en la Ciudad Prohibida como en toda la capital—, poco a poco empiezan a conseguir su objetivo.

No es de extrañar, por tanto, que el valiosísimo paquete enviado desde Praga por Johannes Kepler se hubiera perdido en el largo viaje hasta Beijing, a buen seguro interceptado en el camino por algún eunuco curioso o ambicioso, que ahora quizás haya corrido esquivada suerte. Es lo que tanto el padre Adam Schall como yo pensamos, y me reafirmo en esta idea nada más comenzar a leer la recién llegada carta desde Roma de Athanasius Kircher.

El director del Colegio Romano —y ahora parece que también principal promotor del que empieza a ser denominado como Museo Kircheriano—, me explica con falso entusiasmo su estudio del manuscrito enviado parcialmente por su otrora amigo George Baresch. Deduzco de esta frase que otras cartas antes que esta se han perdido, y que el anciano bibliotecario a cargo de los tesoros de la antigua corte praguense ya hace tiempo ha fallecido. Como ocurriera en anteriores epístolas, me afirma estar cerca de la traducción —me pregunto nuevamente qué ha sido de los textos de la estela nestoriana de Xian, aunque parece querer hablarme de ella al final de sus notas esta vez—, y quiere cotejar los mismos con los que tenemos nosotros en China, habida cuenta de que el astrónomo Kepler nos remitió en el pasado una traducción bastante aproximada.

Releo lo escrito por Kircher para cerciorarme, pues no salgo de mi asombro.

Tengo que deducir —pues, como digo, carezco de las anteriores cartas del padre Kircher—, que finalmente se reunió con George Baresch, o que tuvo tiempo de mantener con él la suficiente correspondencia como para conocer por este que el famoso astrónomo alemán había sido el encargado por el mismo emperador del Sacro Imperio Romano, Rodolfo II, de traducir el extraño texto alquímico. Si Jacobus Sinapius conocía las tareas asignadas primero a Tycho Brahe y luego, a su muerte, heredadas por Johannes Kepler, probablemente esta información había sido revelada a su sucesor, el citado Baresch. En mis conjeturas cabe que el propio Johannes Kepler, tras recibir el ejemplar completo desde Goa reenviado por el malogrado Kirwitzer, habría podido llevar a cabo su traducción, pero que esta no habría sido entregada con la devolución del manuscrito, sino enviada a su amigo en China Johann Terrenz Schreck.

Probablemente en el mismo paquete tantas veces abierto en el que hemos recibido las esperadas Tablas rudolfinas.

A estas horas, el invaluable trabajo de Kepler debe de permanecer escondido en

algún lugar insospechado de la Ciudad Prohibida por el eunuco ladrón de turno. Y la historia se repite, puesto que no solo Matang robó uno de los ejemplares a nuestro viejo maestro Matteo Ricci, sino que su hijo, el también eunuco de infausto recuerdo Wei Zhongxian, robó y mató por obtenerlo y traducirlo. Decido comentar mis sospechas con el padre Adam Schall cuando este regrese de sus trabajos, pero antes me dispongo a terminar de leer la larga carta recibida. En efecto, Athanasius Kircher dedica un par de páginas de su abigarrada escritura a la cuestión lingüística de la enigmática tableta nestoriana desenterrada en Xian en el año 1624. Han pasado más de veinte años desde entonces.

El sabio alemán comienza reconociendo que nada ha podido colegir de los renglones escritos en el mismo lenguaje que el manuscrito de George Baresch. Sin embargo, extrae una serie de conclusiones hasta cierto punto interesantes de la estela. Para facilitar su manejo, Kircher efectúa una exhaustiva división de los caracteres de la lápida, incluyéndolos en una especie de cuadrícula para su mejor identificación. No muy diferente a lo que el propio padre Álvaro Semedo —ya de vuelta en Macao— y yo mismo habíamos realizado en el pasado. Y distingue una primera parte que se centra en la teología nestoriana, presenta la doctrina de Dios como creador, la encarnación de Cristo, la trinidad y la ascensión. En el segundo bloque de caracteres se narraría la llegada del misionero Alopen en el año 635 de Nuestra Era, y el crecimiento con él de la llamada «religión iluminada», que gozaría de los favores imperiales hasta el año 781 que conmemora la propia inscripción (aquí se incluyen nombres tanto de emperadores chinos como de obispos cristianos). Por último, la tercera parte, la más interesante, la forman un conjunto de oraciones en forma de verso. Como ejemplo, la misma que yo había tenido que traducir durante mis exámenes a maestro *jinshi*.

En todo esto no hay grandes avances respecto a Semedo, y mi primera impresión es que Athanasius Kircher se ha servido de todo el trabajo del padre portugués para publicar prontamente la traducción de la lápida en su tan esperado próximo libro acerca de China. Lápida que me llevaría junto con el padre Kirwitzer a explorar los templos del Tíbet y descubrir una segunda estela de piedra de la que Kircher no ha recibido información relevante alguna. Ni podrá recibirla nunca, porque toda esta se ha perdido y la piedra fue pulverizada. Empero, me fijo con atención en uno de los versos que Kircher dice haber podido traducir del antiguo dialecto chino, y que Semedo no pudo comprender:

¡Cuán difícil es nombrarlo!

*Uno y Trino,  
un día con sus horas,  
loado sea en todas.*

El padre Schall frunce el ceño al leer la carta del sabio Kircher. Levanta la vista al

techo, dibuja unos números en el aire y posteriormente me espeta:

—Está claro, Paolo. Pero no nos ayuda mucho respecto a los manuscritos.

—¿Claro? Extraño concepto tenéis de la luz, amigo Adam.

—En cierto modo —continúa Schall ignorando mi queja— es una pista más en la misma dirección que marcaron los padres Álvaro Semedo y Nicolás Trigault. La obsesión de este último respecto al primer nombre de Dios era patente. No en vano fue censurado una y otra vez desde Roma por la traducción que hizo al lenguaje chino del nombre de Nuestro Señor. Sobre todo para evitar confusiones e inútiles problemas con la denominación del emperador.

—¿Y qué tiene que ver con estos versos?

—Tal vez el padre Trigault los interpretó como yo lo estoy haciendo ahora. Ello unido al desacuerdo de las fechas chinas con las fechas bíblicas, y a la búsqueda del lenguaje adánico, pudo muy bien desencadenar su locura.

—Adam, ¿tenéis la bondad de explicarme los versos? Sois buen maestro y yo no soy tan mal alumno. Recordad nuestra primera lección mnemotécnica en los jardines de la residencia de Goa.

Sonríe y accede.

La explicación era rabiosamente sencilla.

—Los versos se refieren lógicamente al nombre de Dios. Si debemos loarle cada hora, y suponiendo que los cristianos nestorianos siguieron manteniendo en China la división occidental diaria en veinticuatro horas, multiplíquese por el número trinitario y tenemos el cabalístico resultado de setenta y dos. La cifra primera y principal.

—Que es...

—Obviamente hace referencia a los setenta y dos nombres de Dios que los judíos le asignan a Yahveh en la tradición hebrea. Sin conocerse su pronunciación es, según los judíos, la frase que utiliza Dios para referirse a sí mismo. Sus cuatro consonantes Y, H, V, H suman juntas un valor numérico de, precisamente, setenta y dos, puesto que desaparecen las vocales en la Tora judía.

—Entonces supongo que las setenta y dos lenguas babélicas de las que habla el libro del Génesis...

—Como imaginas —me interrumpe el padre Schall— corresponden con cada una de las posibles pronunciaciones del nombre sagrado.

—A falta de la original —añado.

—En efecto. Pero estas cuestiones distraen la cabeza de problemas más importantes, mi querido Paolo. Por ejemplo —pregunta Schall—, ¿qué tenemos hoy para cenar?

—El hombre del saco —bromeo.

—Perfecto —y ríe sonoramente—. Me encantan los guisantes.

No hay día en que el quehacer del padre Schall no esté repleto de actividades. Como bien recuerda el viejo padre Longobardo, parece que de nuevo los tiempos de Matteo Ricci han vuelto a Beijing y a nuestra residencia.

Tanto en número como en importancia las visitas aumentan conforme pasan los meses. Nuestra casa está abierta durante todo el día, y apenas podemos movernos por ella debido a la concurrencia. Mi único refugio en ocasiones es nuestra pequeña biblioteca. Y eso que, con la partida en misiones evangelizadoras hacia el centro y sur del imperio tanto de Martino Martini como de Gabriel de Magallanes en este año de Nuestro Señor de 1645 —cuya presencia, especialmente la de este último, nos resultaban especialmente incómodas—, disponemos de más libertad y espacio. El padre Gabriel de Magallanes no ha resultado de mucha ayuda en las traducciones, y no he encontrado en él a ese compañero adecuado que el padre Semedo suponía. Al contrario, durante todo este tiempo me ha parecido una persona tan distante como intrigante, siempre dado a enfurecer por cualquier nimiedad al ya de por sí irascible Adam Schall. Junto con su tarea evangelizadora —ha de levantar una iglesia cristiana en la ciudad de Chengdu, en la provincia de Sichuan—, tiene encomendada una serie de trabajos acerca de la naturaleza y traducción de las variantes del chino mandarín en aquellos lugares. Respecto al padre Martino Martini —el protegido del padre Athanasius Kircher—, aun resultando algo más cordial en el trato que su compañero de viajes, tiene que elaborar un atlas completo del imperio con la descripción más detallada que le sea posible. Y volver con ella a Europa en menos de tres años. Se ha entregado a esta tarea geográfica con auténtica pasión. Su vida será, a partir de ahora, un continuo ir y venir por ríos y canales atravesando toda China. Por fortuna, contamos con total libertad en nuestras acciones, y el gobierno manchú está demostrando mucha más inteligencia y acierto en sus decisiones que los corruptos gobiernos Ming anteriores.

El más ilustre de nuestros asiduos visitantes es, sin duda, el propio emperador Shunzhi. Con sus apenas once años muestra una curiosidad fuera de lo común por todo lo que le rodea, y el propio príncipe regente Dorgon vio con buenos ojos que uno de sus maestros fuera un occidental, en este caso —cómo no— el famoso monje guerrero y astrónomo Johann Adam Schall. Al niño le gusta recorrer las calles de Beijing en su lujoso palanquín rodeado de sirvientes y eunucos, para terminar siempre en las puertas de nuestra residencia, donde nos sentimos honrados en darle acogida y donde disfruta de largas charlas con Adam Schall. Siempre tiene algo que preguntar, ofrecer o pedir, y en cualquiera de estos supuestos ha de ser lógicamente complacido. Hoy el padre Schall está ligeramente indispuesto —un molesto dolor de espalda le impide ponerse derecho obligándole a permanecer echado en su cama—, pero el pequeño Shunzhi no entiende ni de dolores ni de protocolos. Como una flecha

ha entrado sonriente en su aposento, donde también estamos LI Tianjing y yo junto con nuestro hijo conversando distendidamente.

—¿Cómo os encontráis, Adam? Hoy no habéis salido a recibirme —pregunta extrañado el pequeño emperador, que formula las cuestiones de forma continua y parece estar madurando con gran rapidez. Se ha sentado a los pies de la cama del padre Schall.

—Hay días en los que para encontrarme tengo que mirarme al espejo, de tan flaco que estoy —le bromea Schall, que no pierde la ironía frente a nada ni nadie. Shunzhi sonríe antes de apercibirse de nuestra presencia. Hace un gesto a un sirviente y luego nos señala. Entendemos la orden y nos dirigimos hacia la puerta de la estancia.

—No, solo la criada —dice, dirigiéndose a nosotros. LI Tianjing agacha la cabeza y sale de la habitación, con el gesto habitual de resignación de cualquier mujer china.

El padre Schall no puede morderse la lengua.

—Mi pequeño hijo del cielo —le reprende con dulzura—. Si vais a reinar en este vasto imperio, no debéis nunca olvidar que la mitad de vuestros súbditos son mujeres. Vos mismo —añade— sois fruto del vientre de una mujer, vuestra madre. Como yo. Y como este pequeño niño, no mucho menor que vos.

Señala a mi hijo Adam, que acaba de cumplir cinco años. Al sentir todas las miradas sobre él, se esconde entre mis piernas.

—¿Por qué vos no tenéis mujer, Adam? —le pregunta a bocajarro Shunzhi—. Yo os puedo dotar generosamente de una. Y en edad de tener muchos hijos.

—Yo ya hace muchos años que elegí no tener mujer, venerable Shunzhi, y con el tiempo no he cambiado de opinión. Mi religión lo desaconseja, puesto que los quehaceres de una familia distraen al hombre de su principal obligación, que no es otra que la de llevar nuestro Credo por todo el mundo.

—Entonces —insiste el pequeño Shunzhi—, ¿preferís estar solo?

—¿Creéis que en esta casa puede existir la soledad? —pregunta riéndose al mismo tiempo el padre Schall—. Tengo conmigo a los otros padres jesuitas, y a mis criados —dice, mirándome con benevolencia y suplicándome entre sonrisas el perdón que, devolviendo el gesto amable, le concedo.

—Si no queréis tener hijos propios, debéis adoptar uno. Es una costumbre común aquí en China entre aquellos nobles que no tienen descendencia. De esta forma se garantiza la continuidad en el linaje así como la transmisión de tierras y herencias.

—En cierta forma, ya lo tengo —contesta Schall—. Cuando un niño cristiano recibe nuestro bautismo, un adulto se compromete a cuidarlo y educarlo en la fe de sus mayores. Y, por supuesto, a velar porque nada le falte si sus padres no pueden hacerlo, sea cual sea la causa. El pequeño Adam —añade, señalando a mi polluelo— es mi ahijado.

—Entonces debe serlo también a los ojos de China. Que pase el escribano —ordena.

Al momento un sirviente del emperador, con su pequeño atril, tintas y pinceles, se

arrodilla junto a la cama del padre Schall, que no puede dejar de reír.

—¿Qué pretendéis? —pregunta Schall. —Que vuestro ahijado reciba el mismo trato que los hijos de los ilustrados más importantes. Voy a ordenar su admisión inmediata en el Colegio Imperial, lugar reservado exclusivamente para ellos. —Y con una redacción infantil, dicta y sella el siguiente decreto—: «En vista de que Tang Ruo Wang —que es el nombre chino con el que se conoce al padre Schall—, ha hecho voto de castidad para toda su vida y, en consecuencia, vive solo, triste y sin ayuda, el emperador decreta que adopte a este niño...».

Hace una pausa para que el escribano anote el nombre de mi hijo en caracteres chinos. Y continúa:

—«... y dado que Tang Ruo Wang viene de tierras lejanas y ha servido durante muchos años al imperio de la China, no debe ser excluido del privilegio de educarle en el Colegio Imperial».

Sin poder evitarlo, Adam y yo aplaudimos. Y el pequeño emperador tampoco puede parar de reír. Hoy, día 23 de octubre de 1646, es uno de los días más felices para mí en China.

Pero la felicidad no se puede extender a todo y a todos, puesto que China es un imperio demasiado grande. Las noticias que nos llegan del padre Gabriel de Magallanes son terribles. Apenas unos meses tras su marcha de Beijing fue apresado por una de las muchas partidas de bandidos que todavía campan a sus anchas por China, tal vez la más cruel y sanguinaria de todas. A su cabecilla se lo conoce como el Tigre Amarillo, y se ha autoproclamado rey de una extensa comarca al oeste de Sichuan. Magallanes ha sido obligado a elaborar un calendario que deberá sustituir al actual puesto que, aunque cambien los reyes, no cambian las costumbres ni las creencias en predicciones y supersticiones. Poco ha podido hacer Magallanes en estos casi dos años salvo construir algunas esferas celestes, con más criterio artesano que científico, mientras a su alrededor eran decapitados o desollados decenas de oficiales e ilustrados de la comarca conquistada. El nuevo rey pretendía emular en todo al emperador chino, y eso por supuesto incluía contar con un jesuita propio encargado de las más altas labores astronómicas. La llegada de las tropas imperiales manchúes termina con la escisión este mes de enero de 1647, pero los problemas no han hecho más que empezar. Gabriel de Magallanes es apresado y condenado a muerte junto con otro hermano jesuita por colaborar presuntamente con la rebelión.

Informado de estos hechos, el padre Schall ha actuado de inmediato, pero para sorpresa tanto de este como del superior Manuel Días —quien con vehemencia había apremiado al alemán en su intervención—, Magallanes rechaza la ayuda. Herido en su orgullo, alega que él solo hizo el mismo trabajo para los rebeldes —a los que falsamente afirma haber cristianado—, que el que Schall lleva a cabo para el emperador, que sigue sin ser bautizado, y que tanto da morir en un lugar como en el otro.

Adam Schall se ha enfurecido como nunca y decidido abandonar a Magallanes a

su suerte. Que no es poca, puesto que a su llegada a Beijing ha sido puesto en libertad al comprobarse que nada había tenido que ver en el levantamiento subversivo.

El rencor latente de Gabriel de Magallanes hacia el padre Adam Schall ha dado sus frutos. Con fecha de 20 de mayo de este año de Nuestro Señor de 1649, elabora una prolija carta al padre superior y provincial en China —Manuel Días— en la que urge a este a enviar a Roma la petición de expulsión de Adam Schall de la Compañía de Jesús. Para mi sorpresa y la de Schall, algunos de los padres jesuitas más notables en China —incluyendo el propio anciano Nicolás Longobardo— suscriben el escrito. En ella se argumentan hasta once razones distintas y suficientes para justificar la expulsión.

Adam Schall es acusado de desobediencia total, que iría desde el propio papa hasta sus inmediatos superiores. Según la carta, se afirma que el propio padre Schall habría exclamado en más de una ocasión que él solo rendía cuentas ante Dios y ante san Ignacio. Además, se le acusa de llevar una vida ostentosa, propia de los más altos mandarines pero no de un religioso. Su modo de vida no solo es ostentoso, sino también poco convencional. Cualquier ilustrado chino puede pasear tranquilamente por nuestra iglesia o residencias, conversar en los aposentos privados de Schall, sentarse en su cama o introducirse en su lecho. El escrito exagera esta cuestión hasta el punto de afirmar que incluso a las mujeres les está permitido el acceso, y que nunca faltan el vino ni los pasteles de arroz ni la música y las canciones en estas reuniones más propias de un noble libertino que de un sacerdote jesuita. El mismo niño emperador goza de esta inusual familiaridad que, sin embargo, no ha dado el fruto esperado de lograr su conversión al cristianismo y su bautismo. Nunca los jesuitas habían estado tan cerca de conseguir la conversión completa de un imperio como el chino y, sin embargo, pareciera que el padre Schall no tuviera interés alguno en esta, su principal tarea. Se pone en duda igualmente el celibato de Adam Schall, afirmando que tiene un hijo fruto de un concubinato e, incluso, un nieto, en clara confusión con la adopción de mi hijo promovida por el propio emperador. También se duda de la salud mental del padre Adam Schall, de cuyo carácter colérico se dice que lo hace inestable y enfermizo, y también se argumenta su preferencia por los estudios astronómicos frente a los teológicos y evangelizadores, que habría abandonado por completo muchos años atrás. Sus antaño exactas predicciones astronómicas, además, se habrían convertido en puras patrañas astrológicas abonadas por la superstición y adaptación a las creencias chinas, en las que antepondría Confucio a Jesucristo. Por último, se menciona su obsesión por la traducción de un viejo legajo chino, cuyo probado carácter herético —pues cuestionaría en sus contenidos las propias Sagradas Escrituras— hace pensar en un fuerte desequilibrio espiritual.

—¿Y ahora? —le pregunto al padre Schall en la tranquilidad de la biblioteca.

—No lo sé, amigo Paolo —me contesta, apoyando su mano en mi hombro—. Tal vez vos también deberíais escribir al provincial y contarle todos mis crímenes.

La ironía de Adam Schall no tiene freno. Ni en los peores momentos.

—Supongo —prosigue Schall—, que tendremos que esperar. El padre Manuel Días es un hombre sensato.

—¿Y qué opináis de la firma de Nicolás Longobardo?

—Que tiene noventa años y está casi ciego. Dudo mucho que pueda haber leído, y mucho menos entendido, lo que firmaba.

—Entonces, ¿qué haremos?

—Lo mismo que hasta ahora, Paolo. Trabajar sin descanso todos los días. Queda mucho por hacer en este enorme imperio. Si quieren pensar que dejo de lado mis labores apostólicas, y que solo me ocupo de las cuestiones imperiales, vamos a darles la razón por un tiempo. Sería de necios volver sobre nuestros pasos y viajar a Macao para participar en interminables e inútiles sesiones de interrogatorios indignas incluso para la Santa Inquisición. Por vuestra parte, no vendría mal que escribierais con algo más de frecuencia al padre Athanasius Kircher. Si alguien puede mover los hilos de China desde Roma, él es quien tiene los brazos más largos.

—Me pondré a ello, padre Schall.

La idea ya estaba en mi cabeza.

Presumo que la noticia del proceso de investigación abierto al padre Schall ha llegado a Roma más pronto de lo esperado, porque la carta de Athanasius Kircher se cruza con la mía. Kircher conoce mi estima por Adam Schall, y también en Roma se maravillan del poder que el jesuita alemán ha alcanzado en la corte imperial china. Una embajada holandesa ha llegado hasta Beijing en el que, quizás, es el primer encuentro oficial entre Occidente y China. Jan Nieuhoff, que así es el nombre del noble holandés que encabeza la misión, ha descrito a su regreso a Europa como «un jesuita, con larga barba blanca, atuendo oriental y su cabeza afeitada al estilo manchú, dice ser natural de la ciudad alemana de Colonia. Su nombre es Johann Adam Schall von Bell y, con casi cuarenta años de vida entre los chinos, ocupa un lugar preferente junto al trono del pequeño emperador, que no duda en consultarle cualquier detalle por nimio que sea. Departe luego con nosotros en alemán, alegrándose por nuestra buena travesía, y nos pregunta acerca de unos familiares católicos residentes en Ámsterdam. Todos se inclinan a su paso, excepción hecha del propio emperador...». Kircher me transcribe esta crónica, a sabiendas de que no parece prudente despojar al siempre airado padre Schall de todo el poder que está consiguiendo en China. Y me transmite que será la propia provincia jesuita allí la que designe, de acuerdo a los sabios criterios del Superior Manuel Días, un investigador imparcial. Athanasius Kircher ha recomendado personalmente al padre Francesco Brancato, cuyo buen juicio es respetado por toda la comunidad.

Tras esta tranquilizadora noticia, el padre Kircher pasa a explicarme sus últimos hallazgos relacionados con el origen de la lengua china. Dejando atrás el contenido de la estela nestoriana de Xian —a la que piensa reservar buena parte del libro dedicado a China que prácticamente ya ha terminado—, Kircher insiste en el origen egipcio de los caracteres chinos más antiguos. Para él, estos y los jeroglíficos de

Egipto comparten idénticas maneras de representar las cosas del mundo. Así, las figuras de serpientes y dragones simbolizan el fuego, los pájaros el aire, los peces cualquier cosa que se relacione con el agua y las flores, hojas y ramas de árbol los propios frutos de la tierra. Puntos y círculos representan igualmente estrellas. El padre Kircher cree firmemente que los jeroglíficos egipcios eran símbolos que contenían secretos sobre Dios y el mundo, saberes que el antiguo filósofo y consejero de Nemrod —nieto de Cam, bisnieto de Noé— llamado Hermes Trimegisto habría dejado ocultos. Y que precisamente la desaparición del lenguaje egipcio habría impedido desvelar tales misterios. Este lenguaje, el más antiguo, era por tanto el más cercano al lenguaje primigenio o adánico, en el que Dios se habría dirigido a nuestros primeros padres. Por tanto, había de ser simple, sencillo y directo. En una palabra, perfecto.

Kircher ha estudiado en profundidad el copto, pues esta lengua moderna deriva del egipcio, pero está entusiasmado con el chino, al que considera más próximo. Ha conseguido agrupar los caracteres chinos en dieciséis grupos, clasificándolos en función de su origen. El primero y más importante sería el mencionado de «dragones chinos y serpientes egipcias». En este grupo tendrían cabida hasta cien caracteres chinos diferentes, que derivarían de formas vivas de estos animales, y apunta la posibilidad de que el antiguo y legendario emperador Fu Hsi —del que nadie parece dudar ya de su existencia real—, hubiera contenido sus enseñanzas en el famoso *I-Ching* o *Libro de los cambios*, «un libro de dragones que encerraría secretas relaciones matemáticas y astrológicas», además de los ocho trigramas y sesenta y cuatro hexagramas en los que los antiguos habrían basado tanto su cálculo como sus primeros ideogramas. El gran valor que tiene comprender el chino actual es que esta es una lengua viva, al contrario que el lenguaje egipcio y, aunque ha perdido la sutileza del mismo, así como su misterio cercano a la deidad, todavía conserva un claro nivel de comunicación que podría ayudar en el trabajo de búsqueda del lenguaje primigenio. Este primer lenguaje derivaría de la unidad y simplicidad mencionada en el capítulo once del libro del Génesis, donde «toda la Tierra tenía entonces una sola lengua y unas mismas palabras», por lo que sus características habrían de ser, además de la antigüedad y la simplicidad mencionadas, la generalidad y modestia de expresión, la vitalidad y la brevedad. Tal vez no más de treinta caracteres, tal y como habían evolucionado las lenguas griegas y latina, las más completas. Pero un gran esfuerzo se hace necesario para aglutinar los más de 60 000 ideogramas existentes calculados por Semedo y Martini, o 70 000 según Matteo Ricci y Trigault, o más de 80 000 que el propio Athanasius Kircher ha podido identificar.

Recordé entonces que el lenguaje del manuscrito de Kepler y Matang, y el descubierto posteriormente en las estelas de las ciudades de Xian y Tholing, no tenía más allá de los treinta caracteres mencionados, como mucho. Y su antigüedad era comparable, al menos, con la del antiguo chino.

¿Realmente habría reparado en ello el padre Kircher?

El 1 de febrero de 1651, y tras haber fallecido el príncipe regente Dorgon, el emperador Shunzhi —que apenas tiene doce años y aún no alcanza la adolescencia— asume el poder absoluto sobre el imperio.

La devoción del emperador por el padre Adam Schall, lejos de disminuir, cada día se hace más firme. Shunzhi lo llama cariñosamente «abuelo». Schall tiene completa libertad para moverse por la Ciudad Prohibida, y es el único hombre autorizado en todo el imperio a no realizar la preceptiva reverencia de sumisión en su presencia. Esta presencia es requerida por Shunzhi en cualquier momento, ya sea de día o de noche, y cualquier decisión de relevancia le es siempre consultada, no importa hora ni lugar. En la práctica, Schall se ha convertido en el nuevo regente de esta China manchú. En algunas ocasiones, como cuando era niño, Shunzhi prefiere acercarse a nuestra residencia antes que molestar a Schall. Durante estas conversaciones —que suelen prolongarse por más de una hora—, no menos de seiscientos criados y eunucos esperan inmóviles pacientemente en la puerta de la casa jesuita. Mi hijo asiste admirado a este chocante espectáculo.

Shunzhi se sienta a los pies de la cama de Schall, o en un viejo banco reservado a nuestros estudiantes, y hace una pregunta tras otra. Hablan de la inmortalidad, de los diez mandamientos, de la naturaleza y bondad divinas, de la vida y pasión de Cristo, de astronomía, artillería, jardinería, el matrimonio o el mismo celibato. El padre Schall tiene la cierta esperanza de poder convertir y bautizar a Shunzhi, pero el joven se resiste. Su naturaleza comienza a despertarse. No entiende ni acepta la monogamia, siendo además costumbre entre la nobleza —y más aún en el propio emperador— tomar una mujer legítima y disponer de tantas concubinas como desee. La creciente influencia —de nuevo— de los eunucos tampoco facilita mucho las cosas.

Adam Schall me confiesa que la conversión del Imperio chino al completo a la religión católica no va a ser posible en la práctica. La expansión del budismo y el taoísmo, así como el respeto a las ancestrales costumbres de los chinos, hacen de esta pretensión una quimera. Sin embargo, apartando estos asuntos puramente religiosos, mantiene y aumenta su peso en la corte. Schall, al que por su cargo oficial de director de la Oficina de Astronomía le correspondería un rango de mandarín de quinta clase, fue ascendido por el príncipe Dorgon durante la regencia a la cuarta, y poco a poco ha ascendido en grados y títulos hasta alcanzar, el 2 de febrero de este año de 1657, la posición más alta en la jerarquía oficial: chambelán imperial con rango de mandarín de primera clase. Solo a unos pocos de los príncipes con sangre real les corresponde, de oficio, este altísimo privilegio. Como símbolo de su rango, Adam Schall mostrará el gran botón rojo en su sombrero y, sobre el pecho de su túnica, lucirá una grulla bordada en hilo de oro con las alas abiertas. Nadie duda ya de que, tras el propio emperador Shunzhi, el padre Schall es la persona más influyente de China. A su tranquilidad contribuye el positivo informe enviado desde Beijing a Macao por el padre Francesco Barreto en julio de 1654. Todas las acusaciones vertidas sobre su

persona fueron declaradas como falsas, habiendo sido el escrito contra él un compendio de insidias y calumnias de las cuales el padre Gabriel de Magallanes, principal instigador, es obligado a retractarse.

—Paolo —me aborda el padre Schall—, pareciera que la juventud es una enfermedad que solo el tiempo puede curar.

—¿Por qué decís eso?

—Nuestro emperador Shunzhi hace semanas ya que no gobierna. Solo tiene ojos para una jovencita —me contesta.

—¿Y hay algo de malo en ello?

—En el desgobierno de este magno imperio, mucho. En cuanto a amores, vos sabéis más que yo. No pretendo dar lecciones sobre este asunto.

—Entonces no entiendo la causa de vuestra aflicción —le digo.

—La noble jovencita se llama Hsiao-Hsien. Acaba de cumplir dieciocho años.

—Para los usos y costumbres de aquí, ya es toda una mujer.

—Siguiendo esos usos y costumbres que citáis, tiempo hace que Hsiao-Hsien desposó con otro noble, un joven primo de Shunzhi de nombre Bombogor. Ayer recibió el mandato imperial de suicidarse. Y hoy lo ha llevado a cabo.

—Pero eso es... espantoso.

—Eso mismo le he comunicado al emperador que, por primera vez en su vida, ha ordenado que me retire y me ha obligado a una reverencia.

—¿Pensáis que podéis perder vuestra influencia sobre él?

—Ya la estaba perdiendo por culpa de esos intrigantes monjes budistas. Y los pasillos vuelven a estar llenos de eunucos, como en los peores tiempos de la dinastía Ming. La joven viuda —continúa—, ha sido inmediatamente nombrada «consorte imperial de primera clase», solo por debajo de la madre de Shunzhi. Los eunucos quieren que se convierta cuanto antes en emperatriz, pero ni su madre ni algunos de los principales consejeros, entre los que obviamente me encuentro, estamos de acuerdo. Es una niñería que no puede ir más allá.

—Quiera Dios que el emperador vuelva a escucharos.

Shunzhi no contrajo matrimonio con Hsiao-Hsien, pero esta dio a luz a su primer hijo el día 12 de noviembre de 1657. Apenas tres meses después —anoto que en febrero del año de Nuestro Señor de 1658—, el niño murió. Tanto el emperador como su concubina se sumieron en la más profunda de las tristezas, perdiendo el primero cualquier interés en los asuntos de Estado.

La tristeza pareció extenderse por todo Beijing. Y no solo la tristeza, sino una de las más crueles enfermedades.

Mi amada LI Tianjing contrajo la viruela.

La semana pasada la fiebre y los vómitos la consumían en cama. Pasados dos días aparecieron las temidas manchas en la cara. Toda su boca y su garganta se llenaron de llagas. La erupción se extendió por todo su cuerpo en apenas un día, las manchas dieron origen a bultos y estos a pústulas. El médico chino personal del padre Schall

creía que con el tratamiento de hierbas que había ordenado las pústulas se volverían costras y no tardarían en caer.

Pero no ha sido así.

Li Tianjing ha muerto esta mañana. Hemos pasado veinticuatro años juntos de completa felicidad.

Y esta pesadilla no parece terminar.

Mi hijo Adam ha caído enfermo también con una fiebre pavorosa. Junto a mí, en esta residencia jesuita hoy casi desierta, velo el cuerpo de mi amada y cuido de nuestro hijo.

Solo la fe en Nuestro Señor Jesucristo y el apoyo y cariño de mi entrañable compañero de fatigas, Adam Schall, han conseguido que mi ánimo se levante de nuevo. Durante un año apenas he contestado a carta alguna, recibido visitas o trabajado en traducciones o lecciones. En mi escritorio se amontonan cartas llegadas de Roma, la mayoría de ellas remitidas por los ayudantes del padre Athanasius Kircher, del que se dice que ya no puede abarcar por sí solo tantos frentes abiertos. Su volumen de correspondencia alcanza, según cuenta el padre Manuel Días a Schall en una de sus cartas, a más de mil jesuitas y colaboradores repartidos por todo el mundo. Nunca nadie antes había hecho algo así. Sus admiradores lo definen como «el hombre que lo sabe todo».

Las muertes de Li Tianjing y mi hijo Adam —con tan solo catorce años—, me han hecho reflexionar profundamente acerca de la levedad de la vida, y de cuán importante es abrazar a tiempo la verdadera fe, puesto que nunca sabemos en qué momento el Señor nos llamará a su presencia. Aquí, en China, la vida tiene escaso valor, y el capricho del mandarín de turno puede terminar en unos minutos con cualquier sueño, por pequeño que este sea. O una inundación. O una epidemia.

Adam Schall me comunica con gran alegría la pronta llegada a nuestra residencia de Beijing de un excelente matemático. Llevaba varios años reclamando con insistencia a Roma la presencia aquí de un jesuita preparado, puesto que sus trabajos en la Oficina de Astronomía se ven continuamente interrumpidos por sus labores como consejero principal en la corte. Además, comienzan a circular extraños bulos acerca de su capacidad al frente de la misma. Un casi desconocido ilustrado para nosotros, de nombre Yang Guangxian, está arremetiendo con dureza en sus escritos contra Schall. Ataca tanto a los cristianos como al nuevo calendario de Adam que, por ahora, sigue sin ser adoptado oficialmente. Por sí mismo no constituye una seria amenaza, pero ha conseguido el apoyo de los astrónomos musulmanes expulsados de su propia Oficina de astronomía, la misma que Schall ha clausurado de forma definitiva hace un par de años. Adam me recuerda que este, de momento, pequeño enemigo, ya fue en su día castigado y condenado a prisión por acusar al propio astrónomo jesuita de realizar predicciones erróneas. No parece que la condonación de la pena capital —a petición del propio padre Adam Schall—, le haya aumentado el juicio.

Esperamos al recién llegado astrónomo jesuita a las puertas de nuestra residencia de Beijing. Schall se muestra eufórico y yo ciertamente esperanzado. Incluso el anciano padre Nicolás Longobardo —que apenas ya casi sale de la casa debido a su completa ceguera— nos acompaña. Acaba de cumplir cien años.

El palanquín que lo trae del puerto se detiene ante nosotros. De él baja un hombre de aspecto tranquilo y tímido pero agradable, que suspira de alivio cuando pisa el suelo de Beijing, la capital del Imperio chino.

—Al fin aquí —es lo primero que dice—. Espero que las calamidades hayan quedado en Macao.

—Bastantes pruebas de fe os ha enviado Dios ya, padre Verbiest —bromea mientras lo abraza Adam Schall. Al terminar este abrazo, el recién llegado nos saluda de igual forma a Nicolás Longobardo, que parece observarlo con su mirada blanca, y a mí.

Se trata de Ferdinand Verbiest. Según él mismo nos detalla prolijamente durante la comida, nació en el mes de octubre del año 1623 en Flandes. Habla con rapidez y seguridad, cambiando de lengua según sea su interlocutor. Parece dominar, además de su idioma natal, el alemán, el italiano, el inglés, el español y, por supuesto, el latín. Ante nuestro asombro por su capacidad políglota, replica que ha estudiado ciencias humanísticas, filosofía y matemáticas tanto en Brujas como en Lieja, además de teología en la española Sevilla, donde se ordenó sacerdote en el año 1655. Después ha completado sus estudios de astronomía en Roma, en el propio Colegio Romano que sigue dirigiendo con mano de hierro Athanasius Kircher.

—Cerrad vuestras bocas que no hay motivo para la admiración, y la sopa puede derramarse —ironiza Verbiest—. No entiendo ni una palabra de chino. Ni un ideograma. Nada. Tenéis mucho trabajo por delante con este ignorante, queridos padres.

Adam Schall está sonriente. Por fin tiene con él a un verdadero astrónomo, inteligente, con sentido del humor y una fortaleza de hierro. Valor que ha demostrado durante la travesía, una de las más terribles que los jesuitas recuerdan.

—Embarcamos en Lisboa treinta y cinco misioneros —explica, torciendo el gesto por el amargo recuerdo—, solo una pequeña parte del enorme pasaje del barco, que incluía al propio virrey portugués en la India. De las más de cuatrocientas personas a bordo, solo diez arribamos vivos a Macao, después de sufrir un sinfín de epidemias, tormentas y todo tipo de penalidades. Todos los hermanos jesuitas a excepción del padre Martino Martini y yo mismo perdieron la vida.

—¿Martino Martini? Supongo que a su vuelta de Roma —pregunta Schall.

—El mismo. La edición en Europa de su obra *Novus Atlas Sinensis* es magnífica. Traigo conmigo un ejemplar que espero podamos compartir y comentar. Ahora permanece en Guanzhou, a la espera de poder regresar con el resto de su misión en el

sur del imperio. Allí todavía no se han recuperado de la muerte del padre Álvaro Semedo —añade.

En efecto, sabíamos ya del fallecimiento de nuestro viejo amigo en Cantón, que es el nombre con el que los portugueses denominan a esta ciudad china. Tenía setenta y dos años y había llegado cuarenta y ocho atrás a China. El padre Semedo fue uno de los pocos jesuitas en viajar a Europa para luego regresar, en este caso como procurador por encargo del padre Nicolás Longobardo, tiempo en el que pudo publicar su conocidísima crónica en español *Imperio de la China*. Desde su vuelta de Roma a Oriente, no volvió a interesarse ni por la estela nestoriana de Xian ni por los orígenes de la lengua china, expresamente desautorizado por el influyente padre Kircher.

Adam Schall hace un gesto de lamentación con la cabeza y prosigue con la conversación.

—Nunca vi con buenos ojos que algunos de los nuestros dieran apoyo a los herederos de la derrocada dinastía Ming —comenta—. No solo es una tarea inútil, sino que crea enormes problemas al resto de comunidades jesuitas repartidas por el imperio. He tenido que interceder por ellos en infinidad de ocasiones.

Ferdinand Verbiest se encoge de hombros. Todavía no entiende de política china.

—No os preocupéis por ello, padre Verbiest —zanja Schall—. Aquí tenemos mucho trabajo por delante.

Hsiao-Hsien, la concubina favorita del emperador Shunzhi, ha muerto igualmente de viruela este mes de septiembre del año del Señor de 1660. Como ocurriera dos años atrás con la pérdida del hijo de ambos, Shunzhi está inconsolable y a punto de enloquecer. A título póstumo ha ascendido a su amada al máximo rango de emperatriz, y su cuerpo se dispone a recibir las más altas honras fúnebres, siguiendo una elaborada ceremonia budista. Adam Schall, prudentemente, se ha apartado de los preparativos.

Exclusivamente para el funeral se ha levantado un enorme palacio que alberga el sarcófago que contiene los restos de la concubina. Este palacio arderá por completo con ella. Ha sido adornado con las mejores sedas y pinturas, además de contener todo tipo de joyas, a cual más valiosa, cuyo destino final será también el fuego. Miles de chinos han trabajado día y noche sin descanso en este enorme funeral. El emperador también ha ordenado —recuperando una antigua tradición manchú detestada por los chinos y por cualquier occidental—, que más de treinta mujeres —la mayoría de ellas familiares y amigas de la concubina Hsiao-Hsien—, se suiciden para así acompañarla en el tránsito al otro mundo.

Apenas cuatro meses después, el 2 de febrero de 1661, el propio emperador Shunzhi, agotado por los funerales y destrozado por la pérdida de Hsiao-Hsien, desaparece. Sus exequias son mucho menos espléndidas que las de la emperatriz, y no son pocos los que piensan que ha simulado su propia muerte —también víctima de la viruela y con solo veintidós años— para poder retirarse a un convento budista y

dedicar por completo su vida a la oración. Adam Schall, posiblemente la persona que mejor ha conocido al emperador desde su niñez, no acierta a comprender la decisión de Shunzhi, y no puede pronunciarse sobre estos rumores.

Con su marcha, la caja de los truenos en la Ciudad Prohibida puede destaparse en cualquier momento.

Antes de su muerte —fingida o no—, el emperador Shunzhi ya había elegido como sucesor al tercero de sus ocho hijos habidos con las otras concubinas, hábilmente aconsejado por Adam Schall y por su madre, la antigua emperatriz. El niño —pues solo tiene seis años— se llama Xuanye, pero reinará con el nombre de Kangxi. Los emperadores manchúes siguen la tradición china de gobernar con nombres distintos al propio, ya que se considera irrespetuoso denominarlos con el auténtico. A ojos del padre Schall, el pequeño Kangxi tiene la ventaja con respecto a su padre de que ya ha nacido en China, y a su corta edad habla con gran naturalidad el mandarín. Schall cree que esto será una gran baza a la hora de ganarse el cariño de sus súbditos, que siempre vieron en Shunzhi un cruel tirano invasor.

El único precio a pagar por la inteligente elección de Kangxi es el inevitable período de regencia, que habrá de durar hasta que el pequeño pueda hacerse cargo de su imperio, al igual que sucediera con su desaparecido padre. De los cuatro regentes, los príncipes manchúes Ebilun, Sukasha, Soni y Oboi, este último ha resultado ser el más ambicioso y carente de escrúpulos, asumiendo el peso del gobierno casi desde el primer día.

Los primeros meses transcurren sin contratiempos. Nuestras iglesias se respetan y la posición de prestigio del padre Adam Schall es intocable. Incluso durante la celebración de su cumpleaños —Adam ya ha cumplido setenta años este 29 de abril de 1661—, todos han acudido a felicitarlo, así como la mayoría de ilustrados y oficiales de la corte.



La tranquilidad ha durado poco.

El casi olvidado Yang Guangxian ha encontrado en el ambicioso príncipe Oboi el aliado que necesitaba, y en septiembre de este año del Señor de 1661 remite un memorial al Ministerio de Ritos en el que acusa al padre Schall de enormes fallos en sus cálculos astronómicos que habrían provocado gravísimos errores en las predicciones. En concreto, se achaca a Schall el haber elegido un día y hora aciagos para el funeral del infortunado hijo del anterior emperador Shunzhen y Hsiao-Hsien en el año 1658, lo que habría provocado la prematura muerte de sus padres.

—Estos manchúes son capaces de creer a ese charlatán —ha bramado el padre Schall al leer la copia del memorial—. Debí dejar que lo mataran cuando lo condenaron.

—No llegará la sangre al río, Adam —intento tranquilizarlo—. Si bien es cierto

que los manchúes son aún más supersticiosos que los propios chinos, y eso es decir que mucho, la acusación es absurda. Vos no hicisteis ninguna predicción. De hecho, siempre os habéis negado a predicción alguna, transmitiendo hábilmente esa potestad al mismo emperador, que es el auténtico Hijo del Cielo.

—Pero ¿habéis leído, querido Paolo? Ese ignorante argumenta que el encargado de fijar la hora del entierro, que trabajaba para mí en la Oficina de Astronomía, confundió la ancestral tradición del *Hongfan wuxing* o Las Cinco Fases, cuando lo que realmente pasó es que los manchúes interpretaron incorrectamente la hora china, demorando el funeral cuatro horas. Quiere que el desgraciado sea condenado a muerte, y que yo sea apartado de mi cargo por ello.

—Sí, lo he leído —afirmo—. Y también que según el propio Yang Guangxian debía haberse seguido la tradición de *Zheng wuxing*, más ortodoxa, por la que el día y la hora del funeral tenía que haber sido marcada en función del día de nacimiento del pequeño príncipe.

—Yo siempre me he negado y me negaré a ese tipo de pronósticos basados en supersticiones —grita Schall, casi repitiendo mis propias palabras—. Puede resultarnos ciertamente peligroso que los nuevos regentes manchúes hagan más caso de estas patrañas que los propios chinos, Paolo. Y parece que Yang Guangxian ha encontrado un tonto a su medida en el príncipe Oboi...

El padre Schall no termina la frase. Me fijo en él y su característico color rojo encendido se ha transformado en la palidez más absoluta en su cara.

—Adam —le digo, agitándolo por los hombros—, ¿os encontráis bien?

El padre Schall se desploma sobre mí, arrastrándome al suelo.

Con mis cuidados y los del padre Verbiest —que parece saber de casi cualquier cosa, y de todo ello con criterio, recordándome la juventud que pasé con el que fuera mi maestro Terrentius—, el padre Schall se recupera lentamente. Sin embargo, el lado izquierdo de su cuerpo está paralizado y tampoco puede articular palabra. Para comunicarse con nosotros recurre a la pluma, y sus trazos son un auténtico jeroglífico para cualquiera.

—Como si no hubiéramos tenido que traducir suficientes cosas en China —le digo, al mismo tiempo que sonrío para animarlo.

Schall sonrío también a medias, todo lo que puede. Y me arranca la pluma y el papel de la mano.

«Kircher», apunta.

—Me ha vuelto a escribir —le respondo—. Sigue con sus extravagantes ideas acerca del origen del chino.

«Contad», garabatea Schall.

En efecto, el padre Kircher y yo hemos vuelto a reanudar la correspondencia, ya que de este importante asunto quiere encargarse en persona. Ha terminado al fin un enorme volumen que media Europa se encuentra esperando, y que lleva por título un sonoro *China monumentis qua sacris profanis, nec non variis naturae et artis*

*spectaculis, aliarumque rerum memorabilium argumentis illustrata.*

«China illustrata», escribe Schall.

—Bastaría con eso —le concedo—. Aunque lo que más me llama la atención es que, a pesar de su gran esfuerzo en averiguar el origen de la lengua china, se empeña en relegarla a un segundo o tercer lugar. Ahora, en cuanto dé por zanjado el chino, Kircher quiere comenzar con los estudios para la creación de un lenguaje universal, ya que considera que el primigenio está totalmente perdido. Cree que es necesario para la mejor comunicación entre todos los hombres.

Schall no puede opinar salvo con gestos, que son de asombro.

Athanasius Kircher insiste en apoyar sus investigaciones en fechas y personajes bíblicos, que vuelve a recordarme en esta nueva carta. El lenguaje adánico, y la posterior escritura de Enoc, en realidad no son otra cosa para él que hebreo antiguo, puesto que en este y no otro lenguaje tendría que hablar el hijo del Señor a su llegada. Esta vieja lengua prehebreá habría quedado perdida tras los incidentes en Babel, ocultándose bajo la forma de los herméticos jeroglíficos egipcios, de los cuales el chino habría derivado preservándose como el único lenguaje vivo hoy en día.

Kircher me hace llegar además su malestar hacia el fallecido padre Álvaro Semedo, del que dice que ha podido influir en su viaje por Europa a otros conocidos políglotas. En concreto, está preocupado por la repercusión que pueda tener un pequeño libro publicado en Inglaterra por el sabio John Webb, en el que se asegura que es la lengua china, y ninguna otra, el lenguaje de nuestros primeros padres. Para soportar esta, a ojos de Kircher, inadmisibles afirmación, Webb afirma que los descendientes de Noé no emigraron a Egipto y desde allí partieron a India y China, sino que el camino fue justo el contrario. Y encuentra similitudes en los datos contenidos en la obra recién publicada por nuestro hermano Martino Martini, *Atlas Sinensis*, afirmando que el Gran Diluvio ocurrió en la época del emperador Yao —hay datos de una gran inundación como esta en los antiguos legajos chinos—, y que este y Noé habrían sido la misma persona...

El padre Schall me mira incrédulo. Prosigo con la lectura.

Para John Webb, los hijos de Noé habrían seguido caminos diferentes a los que defiende Athanasius Kircher. Así, Sem y sus descendientes habrían repoblado Persia, la propia China y la India tras el diluvio. Jafet y los suyos habrían hecho lo propio en Asia Menor y Europa y, por último, Cam repoblaría Babilonia, Palestina y África. Lo más significativo de estas afirmaciones es que John Webb asegura que la repoblación tras el diluvio universal habría sido antes de la construcción de la torre de Babel, y no después. Un Kircher escandalizado termina la explicación del opúsculo de Webb afirmando que este cree que los chinos no habrían participado en la ofensa al Señor, permaneciendo en el lejano este, y que por tanto habían preservado su lenguaje primitivo. Además, Webb es rotundo al afirmar que ya los chinos tenían un lenguaje escrito quinientos años antes de que los descendientes de Cam —como afirma Kircher— enseñaran a los egipcios a escribir.

«Atlas Sinensis», escribe Schall.

Le pido el volumen escrito por el jesuita Martini al padre Verbiest, que nos lo acerca gustoso. Y Adam Schall se imbuye en su lectura durante las horas siguientes. Lo dejo a solas con él, puesto que no conviene fatigarle en demasía.

Esta noche oigo los característicos golpes del bastón del padre Adam Schall en la puerta de su dormitorio. Es la señal de llamada acordada entre nosotros cuando precisa de alguna atención. Dejo mis escritos y voy a su encuentro. Está sentado en la cama, con la pluma y un papel en la mano derecha.

«Longobardo. Vigila», leo escuetamente y le miro a la cara. Hay un gesto de preocupación en ella. También, sobre su escritorio, encuentro abierto el libro de Martino Martini que ha traído Verbiest desde Europa. Hay un buen número de párrafos marcados, y todavía no ha concluido su lectura.

—Lo haré, Adam —le tranquilizo—. Y ahora descansad.

Le ayudo a entrar en su cama y después lo arropo como a un niño. A mi memoria acude inevitablemente el recuerdo de mi pequeño Adam, y dejo escapar unas lágrimas. El padre Schall me abraza con su único brazo útil. Podría jurar que me ha leído el pensamiento.

Tras acabar la redacción de mis cartas, voy apagando las luces de nuestra residencia. Hoy he trasnochado demasiado. Junto con Schall y el padre Verbiest —cuyo aprendizaje del chino ha sido vertiginoso—, comparten casa y estudios con nosotros cinco chinos conversos que ayudan en la Oficina de Astronomía. Gabriel de Magallanes se ausenta de la misma con frecuencia, puesto que su relación con Adam Schall es completamente nula. Todos ellos viven aquí además de, lógicamente, el mencionado padre Nicolás Longobardo. Ya hace meses que no sale de su habitación, y poco a poco se consume entre las mantas. Ciento cinco años contemplan su prolongadísima vida. Algo ha debido de ver en él hoy Adam Schall para que se haya preocupado por su salud, por lo que decido acercarme para ver cómo se encuentra.

La puerta de su habitación se está abriendo.

Intrigado, me quedo inmóvil en el pasillo, aguantando la respiración. A mi lado pasa, sin apercibirse de mí, el propio Longobardo con un vaso en la mano. Arrastra los pies silenciosamente y se dirige a la habitación del padre Schall. Le sigo, con la seguridad de que no puede verme. Entra en el dormitorio del jesuita alemán y pasados unos pocos segundos vuelve a salir. Con el mismo vaso en la mano. O no.

Dejo transcurrir unos minutos. Cuando estoy seguro de que ya todos los jesuitas están en sus respectivos aposentos, vuelvo a entrar en la habitación de Adam Schall, que duerme profundamente. Adam Schall, como en su día hiciera Johann Terrenz Schreck, ha de tomar opio para mitigar los fuertes dolores. Me acerco a la mesa y tomo el vaso. Dentro hay un líquido de color azulado mezclado con el agua que, con sumo cuidado, retiro. No es la primera vez que lo veo.

Me acuesto sin poder conciliar el sueño pensando cómo habré de obrar al amanecer.

No ha lugar. Alguien no da tiempo a que amanezca, y con golpes de bastón en mi puerta me reclama. Pienso en el propio Adam Schall, pero me equivoco. En el umbral está, con su mirada perdida en el infinito, Longobardo.

—¿Puedo pasar, joven Paolo? —me pregunta.

—Claro —contesto, asombrado por el adjetivo. Para el viejo superior yo siempre seré un chiquillo, aunque haya cumplido ya sesenta y tres años. Pero lo más asombroso está por llegar.

—Permitidme que me siente en vuestra cama —me dice—. Tengo más de cien años... y esta noche me he fatigado bastante. Como seguramente habréis comprobado vos mismo, por otra parte. Sabed que, a diferencia de vos, mis ojos son mis oídos.

Mis precauciones habían sido pocas y mi confianza mucha. Pero no era yo quien debía dar explicaciones.

—Supongo que es el momento de terminar con todo —dice lentamente el padre Longobardo.

—¿A qué os referís?

—A descargar la conciencia para presentarme ante el Señor.

—Pero —objeto—, yo no soy sacerdote. Recordad que no estoy ordenado y por tanto no puedo confesaros.

—Vos sois la persona adecuada. Necesito un escribano, no un confesor. Mi alma está ya condenada al infierno. Por favor, tomad nota con atención de todo lo que voy a contaros.

Agarro pluma y papel y coloco mi pequeño atril sobre las piernas.

—Os escucho, padre. Podéis empezar cuando gustéis.

—Año 1600. Junto con el padre Matteo Ricci visito la casa de Li Yingshi, uno de nuestros primeros conversos entre los ilustrados. Yo acababa de llegar a China y vos, seguramente, no habíais ni tan siquiera nacido.

—Estaba en el vientre de mi madre, supongo —replico.

—Ese día preparamos los regalos a presentar al entonces emperador Wanli, si la oportunidad se propiciaba. Algo bastante complicado debido a su extravagante y voluntario encierro. Li Yingshi insistió en que tomáramos un extraño libro de su biblioteca, un antiguo tratado sobre hierbas y alquimia escrito en un lenguaje perdido. A buen seguro sería del gusto del emperador, nos dijo.

Recuerdo como si fuera hoy el episodio leído en mi juventud en la biblioteca de Macao. De cómo el eunuco Matang había requisado ese libro, tan parecido al que Johannes Kepler había remitido al padre Terrentius. Y que luego habría de aparecer en las posesiones de su hijo, el terrible Wei Zhongxian.

—Durante un tiempo —prosigue Longobardo— yo guardé ese grimorio. Copié muchas de las plantas que contenía y, según las iba reconociendo en mis viajes por China, me procuraba de ellas. Se las daba a probar a perros y gatos. Según la cantidad que ingerían, unos morían pero otros parecían revivir, incluso los más enfermos o viejos.

—El padre Johann Terrenz Schreck, si recordáis, también llegó a una conclusión parecida. Un compendio de medicinas y venenos, en función de su justa medida.

—Lo recuerdo, sí. Lo recuerdo todo. Absolutamente todo.

No parece una afirmación de humildad, pero ciertamente conforme avanza la conversación Longobardo hace gala de una memoria prodigiosa.

—Pero había cosas que podían poner en peligro nuestra misión. A la muerte del padre Ricci en el año 1610 —continúa—, y ya como superior de la misión jesuita en China, envié a Europa de vuelta al padre Nicolás Trigault a buscar más recursos, tanto económicos como humanos. Y vos llegasteis aquí con él y junto con los padres Adam Schall, Johann Terrenz Schreck, Giacomo Rho y Pantaleón Kirwitzer, entre otros. Quizás a estas horas sois el único de todos que seguís con vida —añade.

—Adam duerme. Profundamente pero duerme —contesto.

—Pierdo reflejos. Los años no perdonan.

Esta frase me hace temblar. Impasible, Nicolás Longobardo sigue desgranando recuerdos.

—Al poco tiempo de vuestra llegada a China ya me di cuenta de que las cosas no estaban saliendo como yo las había planeado. Una vez reunidos aquí, en Beijing, todos parecían obsesionados con esos libros. Más pendientes, incluso, que en trabajar para nuestra sagrada misión de convertir al cristianismo al emperador. Y no solo ellos. También Semedo y otros más, que ya llevaban años aquí, se contagiaron del mismo mal.

—Vos prohibisteis expresamente los intentos de traducción —le recuerdo.

—Todos eran demasiado orgullosos como para obedecerme —me interrumpe—. Además, para complicar las cosas, el poderoso eunuco imperial Wei Zhongxian nos tenía secuestrados, y su obsesión por el manuscrito no era inferior a la jesuita. ¿Qué otra cosa distinta de la que hice podía hacer como superior?

—Explicaos un poco mejor padre, por favor.

—Cuando apareció la estela nestoriana en Xian conteniendo frases en esa extraña lengua que Trigault y los otros tildaron como adánica, sentí que el mundo se abría bajo mis pies. Si las traducciones confirmaban este supuesto, y posteriormente llegaban a Roma, el papa y su doctrina caerían, y nosotros con él, pues al papa le juramos obediencia como jesuitas que somos en nuestros votos. Si los nestorianos tenían razón, ¿qué clase de Evangelios podíamos predicar aquí?

Longobardo guarda silencio agotado, como pensando la respuesta a su propia pregunta. Recuperado el aliento, prosigue.

—Negocié con Wei Zhongxian a espaldas de Adam Schall. Al fin y al cabo, yo era el superior. Le prometí los textos tibetanos a cambio de poder predicar libremente por toda China. Y accedió. Pero solo le proporcioné información irrelevante.

—Entonces, lo que ocurrió en Macao, ¿fue urdido por vos?

—Así es, Paolo. Los eunucos pusieron el veneno en el vaso de Kirwitzer la noche anterior a la llegada de los soldados. Y se apoderaron de todas vuestras

transcripciones del sánscrito copiadas de aquella otra estela nestoriana ya desaparecida. Vuestra vida fue respetada porque temíamos la reacción virulenta del padre Schall, al que el eunuco temía como al demonio. Y en cuanto a vuestros propios documentos, el padre Manuel Días me los envió directamente. Estaban justo en el lugar que vos indicasteis. Muchas gracias por esa valiosa información. Y obediencia —ironiza Longobardo.

—Me los devolveréis, supongo —le ruego.

—Tanto estos como los papeles de Kirwitzer, mucho más valiosos, se encuentran a buen recaudo. Kirwitzer también era un experto en antiguas traducciones y estaba en connivencia con Johann Terrenz Schreck. Un problema doble.

—Al que poco a poco ibais envenenando... —completo refiriéndome a Terrentius.

Longobardo afirma con la cabeza y sigue con su relato.

—No pude usar el mismo veneno, puesto que Terrentius lo habría reconocido y neutralizado. Usé otra hierba, igual de efectiva pero más lenta en su proceso destructor. Y menos sospechosa.

—¿Y Nicolás Trigault? ¿Qué mal os había podido hacer?

—Sentí su muerte como la mía propia, puesto que había sido mi más leal colaborador y amigo durante muchos años. Pero había llevado las traducciones del padre Álvaro Semedo al límite, y sus conclusiones cuestionaban el mismo origen de las Sagradas Escrituras. Bastantes problemas tenía ya con Roma por culpa de su obsesión con los nombres divinos, para que además arrojara sobre la misión nuevas dudas a los ojos de nuestro general.

—Sin embargo, no fue ningún veneno el que acabó con su vida. ¿Cómo murió realmente? —Me estremezco al formular esta pregunta, y ya mi pluma no puede dejar de temblar mientras anoto las confesiones de este hijo de Satanás.

—Puse suficiente opio en su vaso como para que sufriera alucinaciones. El opio era habitual en nuestra residencia, puesto que Terrentius ya no podía dejar de tomarlo para evitar consumirse entre los dolores. Y esa noche me hice con un uniforme de soldado imperial y me presenté en su habitación con la conocida caja y la soga.

—¿Le hicisteis creer que el emperador le obligaba a suicidarse? —pregunto aterrado.

—Ese era mi plan. Y funcionó. Seguramente Trigault pensó que si no llevaba a cabo el suicidio todos los jesuitas seríamos descuartizados vivos, como es costumbre aquí en China si se desobedece una orden directa del mismo emperador. Dos años más tarde —continúa casi impasible Nicolás Longobardo— murió también el padre Terrentius. El camino parecía despejado. Los problemas en el imperio eran tan grandes como para que los manuscritos y las estelas de piedra quedaran olvidados, y los padres Adam Schall y Giacomo Rho estaban enfrascados día y noche en la reforma del calendario imperial. Fueron años de tranquilidad.

—Hasta que Giacomo Rho volvió a examinar los diagramas y los textos.

—Me sorprendió que lo hiciera. Creedme que también sentí esa muerte inútil —añade con grandes dosis de cinismo Longobardo.

—Pero antes en Goa había muerto el padre Antonio de Andrade...

—Supe por mi amigo el padre Manuel Días, quien me había relevado como superior en China por razón de mi edad, que Andrade estaba estudiando nuevos textos encontrados en el Tíbet. Y no quise correr riesgos. Un eunuco converso hizo el trabajo por mí. Este siempre pensó ingenuamente que el líquido vertido en el vaso del portugués no era otra cosa que lágrimas benditas de la santa Virgen María.

—Imagino que vuestro celo alcanzó también a los envíos desde Europa... —le pregunto, aunque esta vez creo conocer de antemano la respuesta.

—Al menos en los que pude interceptar, y solo mientras la vista me lo permitió —me contesta—. Tuve la fortuna de que esos libros del famoso astrónomo alemán amigo de Terrentius, esa traducción casi perfecta de los grimorios heréticos, no llegaron ni a sus manos ni a las del padre Schall. Por el contrario, las cuestiones astronómicas no me interesaban demasiado, salvo lo justo y necesario para el cálculo de los eclipses y el acceso jesuita al entorno del emperador. Los trabajos de Kepler han dado la vuelta al mundo, pero prudentemente ocultos a miradas peligrosas.

—Entonces, ¿existe una traducción del lenguaje del manuscrito y las estelas? ¿Se ha podido cotejar con chino, hebreo, griego o latín?

Longobardo me mira sin ver. Ahora sonríe constantemente.

—Es una lengua extremadamente simple. Podría decirse que simplemente divina. Y quienquiera que redactara los manuscritos y luego los hiciera circular por todo el mundo supo esconder su secreto de la más ingeniosa de las formas. Si vos queréis saber más —añade—, tendréis que apalearme como a un chino.

Tengo frente a mí a un anciano loco y casi exhausto. Los métodos chinos nunca han sido de mi agrado. Volvería más tarde sobre ese asunto, pero antes me queda una pregunta importante que formularle.

—Por último, padre Longobardo, ¿por qué esta noche habéis decidido acabar con la vida del padre Adam Schall?

—Fallé en el primer intento y me quedé con el trabajo a mitad. —Al decir esto se ríe a carcajadas, y al hacerlo su boca desdentada me parece la entrada al mismísimo infierno—. Dadme un poco de agua y os lo explico —suplica entre ahogos.

Longobardo tantea mi escritorio buscando un vaso con agua. No me apercibo de que yo mismo he colocado allí el vaso puesto por él horas antes en la habitación del padre Schall. Cuando me quiero dar cuenta, el vaso está ya vacío.

No tiene tiempo de pronunciar ni una palabra más.

Cae fulminado.

Los funerales que celebramos en memoria del que fuera tantos años superior jesuita en China no son, ni con mucho, los que una persona con un cargo de esta importancia habría merecido. Al igual que hicimos en su día con el padre Nicolás Trigault, inhumamos su cuerpo en los jardines de nuestra residencia con una pequeña lápida grabada con su nombre, evitando hacer público su fallecimiento. De hecho, son muchos los oficiales e ilustrados que daban por muerto al padre Nicolás Longobardo muchos años atrás. A nadie se recuerda en China haber alcanzado tan provechosa edad.

El padre Ferdinand Verbiest escucha de mi boca la historia completa de la confesión del anciano. Adam Schall, aunque no puede hablar, asiente con la cabeza, y diríase que sospechaba de los crímenes del antaño superior. A Verbiest le cuesta asimilar —a pesar de la atención que presta y su probada inteligencia— tantos años de andanzas jesuitas en China resumidos en unas pocas horas. No me interrumpe salvo en contadas excepciones, cuando yo mismo me atropello en mis explicaciones y me salto algún hecho fundamental para comprender lo sucedido en estos más de cuarenta años en estas tierras.

—Ese manuscrito del que me habláis —detiene mi narración en una de estas ocasiones—, ¿dónde está ahora? Y la traducción de Kepler, ¿existe realmente?

—El manuscrito fue puesto camino de vuelta a Praga por el padre bohemio Pantaleón Kirwitzer, la primera víctima de la locura de Longobardo. La prueba de que llegó a su destino es que el padre Athanasius Kircher menciona a Kepler en una de sus cartas, por lo que creemos que fue recuperado por el bibliotecario George Baresch. Parte de él parece haber sido examinado por Kircher, pero no lo menciona en sus últimas cartas.

—Yo estudié con el padre Kircher en Roma —nos dice Verbiest— y con los mejores astrónomos jesuitas en Europa. Trabé buena amistad tanto con Giovanni Bautista Riccioli como con Francesco María Grimaldi cuando completé estudios en Bolonia. También conocí a Giovanni Cassini, del que dicen tiene un talento sin parangón. Todos ellos han estudiado a Kepler, y leído todas sus obras, y ninguna hace mención a este extraño manuscrito del que tanto me habláis.

—Respecto a la supuesta traducción o simple comprensión —prosigo contestando a su segunda pregunta—, no tenemos certeza alguna. El viejo me habló de un pequeño libro que habría sido enviado a China junto con las deseadas *Tablas rudolfinas*, tal y como Terrentius esperaba de su amigo. Pero no sabemos del alcance del mismo. Podían ser solo comentarios, o meras pistas para una traducción o para su descifrado. Y Longobardo no me dijo qué había hecho con él. Ya hemos vaciado su habitación —añado— y no hemos encontrado nada ni tan siquiera parecido. Tan solo sus anotaciones y dibujos sobre los venenos chinos y sus efectos.

«Elixir inmortal», garabatea el padre Schall en un papel.

—¿A qué os referís, Adam? —pregunta Verbiest.

Adam Schall hace un esfuerzo sobrehumano por hablar, pero ningún sonido puede salir por su boca. Comienza a escribir con una lentitud exasperante, pero aguardamos con paciencia sus palabras.

El padre Schall quiere recordarnos a los dos que el propio Terrentius había probado sin éxito casi todas las plantas del herbario del manuscrito, en el intento de dar con la cura a su enfermedad. Johann Schreck y Adam Schall también compartieron en el pasado saberes acerca de una antigua creencia china, muy popular entre las clases más humildes, que preconizaba el uso de una medicina alquímica. Yo mismo recordé mis estudios en el pasado. Los hay que sostienen que así como el oro es un metal imperecedero, también es posible encontrar la inmortalidad terrena combinando de forma precisa algunas raras plantas —que los chinos conocen como *yangsheng*—, y entrenando el propio cuerpo. Digo estos pensamientos en voz alta mientras descifro lo escrito por Schall, que a todo lo dicho asiente.

—Pero ¿pudo haber Longobardo experimentado con éxito algunas de estas recetas? ¿Tal vez extraídas del propio manuscrito antes o después de leer el trabajo de Kepler?

Adam Schall se encoge de hombros y parece querer ironizar.

«105 años. Un patriarca», anota.

—Si seguimos juntando piezas, lo mismo terminamos nuevamente en los orígenes bíblicos —apunta con sagacidad Verbiest—. Los hijos de Noé, por ejemplo. Según el Antiguo Testamento, Sem vivió seiscientos años, pero su hijo Arfaxad «solo» cuatrocientos treinta y ocho. Si seguimos descendiendo en la genealogía, Peleg apenas vivió doscientos treinta y nueve. Y si en un principio Dios creó a los hombres a su imagen y semejanza, siendo hechos para vivir eternamente, los pecados de estos provocaron el enfado divino. No solo el diluvio universal y la Torre de Babel son unos claros ejemplos, también la pérdida de la longevidad. Ya en el salmo Noventa —continúa Ferdinand Verbiest— el propio salmista establece una edad máxima de setenta años para el hombre, hasta ochenta si es lo suficientemente robusto.

Adam Schall palmea la mesa con su única mano útil. Excitado.

Volvíamos a vincular el manuscrito y su contenido con el origen del hombre sobre la Tierra y la voluntad del Señor.

Las cosas en la corte empeoran para nosotros.

Nuestro amigo converso LI Zubo intenta por todos los medios aplacar la ira de Yang Guangxian, y ha hecho público un excelente trabajo en el que, con la colaboración de Adam Schall primero y Ferdinand Verbiest después, trata de aunar la antigua historia de China con los tiempos bíblicos. En este trabajo LI Zubo asegura que los primeros chinos descienden realmente de los hombres de Judea, que habrían viajado de oeste a este, y que llevaron con ellos las enseñanzas del Señor de los Cielos. Enseñanzas que transmitirían a sus hijos y nietos, generación tras generación. El primero y más importante de ellos habría sido el legendario Fu Hsi que, por tanto, era descendiente directo de Adán y Eva. LI Zubo, quizá para evitar excesivas

complicaciones, también afirma que gran parte de estas enseñanzas se habrían perdido durante la indiscriminada quema de libros en la dinastía Qin.

Pero la reacción de Yang Guangxian ha sido la contraria a la pretendida. En un nuevo escrito dirigido al príncipe regente Oboi, con el título de *Budoyi (No puedo hacer otra cosa)*, el infame ilustrado recuerda en beneficio propio al antiguo sabio jesuita LI Madou —Matteo Ricci—, que había utilizado los sagrados textos de los Clásicos de Confucio con la sola intención de adornar sus enseñanzas, mientras que LI Zubo pretendía que dichos textos confucianos eran simples comentarios a las Sagradas Escrituras de los cristianos. Una lectura a la inversa. Yang Guangxian —que, como la mayoría de los ilustrados chinos, solo admite creer en un universo siempre existente y sin creación alguna—, pide el mayor de los castigos para el que denomina atrevido aprendiz de astrónomo LI Zubo.

El día 12 de noviembre de este año del Señor de 1664, el actual príncipe regente Oboi ordena que todos los jesuitas residentes en Beijing seamos encarcelados de inmediato.

Llevamos seis meses en prisión, y de nuevo hoy puedo empuñar la pluma. La razón de este privilegio es que se le ha permitido al padre Ferdinand Verbiest —con la limitada pero valiosísima ayuda de Adam Schall— rehacer los cálculos del inminente eclipse solar. La ejecución de la sentencia que pende sobre nosotros está, de momento, suspendida, al menos mientras podamos mantener la solidez de nuestros cálculos europeos frente a los de los propios chinos.

Adam Schall ha sido desposeído de todos sus títulos, desde el más alto de mandarín de mayor rango hasta el de director de la Oficina de Astronomía. No ha pasado un día sin que unos u otros —el propio Schall, Verbiest, el recién capturado Gabriel de Magallanes y yo mismo— tengamos que comparecer ante cualquier tipo de tribunal. El padre Ferdinand Verbiest ha asumido con coraje, inteligencia y dignidad nuestra defensa común. Otros jesuitas en diversas provincias del imperio han sido directamente expulsados o reclusos en Cantón o Macao. Pero peor suerte han corrido LI Zubo y los otros cuatro astrónomos chino conversos, pues han sido ya decapitados.

Esperamos el eclipse y sus resultados con ansiedad. Adam Schall ha sido condenado a muerte, y será colgado si, en opinión del infame Yang Guangxian, continúa errando en sus predicciones. Según se acerca la hora, el edificio de la Oficina de Astronomía se llena de consejeros, ministros, ilustrados, burócratas y mandarines, y la tensión es máxima. Los astrónomos chinos —apoyados por Yang Guangxian— han pronosticado que el eclipse comenzará a las dos y cuarto. Los musulmanes afirman que a las dos y media. Verbiest que lo hará a las tres en punto, ni un minuto más ni menos.

Exactamente a la hora predicha por Ferdinand Verbiest, el 16 de enero del año 1665 la oscuridad de la luna ensombrece la cara del sol. Nuevamente, y esta vez en una situación límite, hemos ganado.

Aunque la simpatía popular y la de muchos de los ilustrados se han puesto de nuestro lado, la formidable demostración de Verbiest ha sido en vano. No somos liberados. Al contrario, a mediados de abril el Gran Consejo nos condena a todos a morir decapitados. Incluso el mismo príncipe regente Oboi, tal vez consciente de la desairada posición en la que ha quedado por obra y gracia de su protegido Yang Guangxian, endurece aún más la condena. La sentencia es cambiada por la máxima y más dura: el terrible *Ling Chi* o «muerte por los mil cortes». Seremos desmembrados vivos.

Ha tenido que ser la propia naturaleza la que haya puesto fin a este infernal cautiverio. Un enorme terremoto ha sacudido Beijing con una fuerza devastadora. Los supersticiosos ilustrados han achacado este suceso a un signo divino, indignado el Señor de los Cielos por tantas ofensas. Al mismo tiempo, la antigua emperatriz —y madre del desaparecido Shunzhi— denuncia al resto del consejo regente los abusos e injusticias sobre el padre Adam Schall, el gran amigo y consejero de su hijo. Finalmente, el príncipe Oboi tiene que retractarse por las presiones de la corte y ordena nuestra liberación el día 18 de mayo, permitiéndonos permanecer en Beijing a todos nosotros con la única excepción del padre Gabriel de Magallanes, que deberá refugiarse en Cantón. Pero todas nuestras iglesias permanecerán cerradas y, de nuevo, se nos prohíbe predicar los Evangelios. El príncipe Oboi, finalmente, designa a Yang Guangxian como nuevo director de la Oficina de Astronomía, y le encarga deshacer la reforma del calendario que poco a poco estábamos consiguiendo implantar.

El padre Adam Schall apenas consigue moverse, aunque logra balbucear palabras, incluso frases cortas. El sufrimiento ha sido tal durante estos meses que ha terminado con las escasas fuerzas que todavía conservaba. Nos ha llamado al padre Verbiest y a mí a su habitación.

—Paolo —se dirige a mí—. Papel y tinta. Escribe.

»Ferdinand —se dirige al padre Verbiest—. Confesión.

Encabezo las palabras del padre Schall con la fecha de hoy, 2 de julio de 1665.

»Yo, Adam Schall, me acuso —pausa— de haber vejado a mis superiores, cuyo consejo y opinión no siempre obedecí. —Nueva pausa—. Y cuya autoridad puse en cuestión de palabra y obra».

Le acerco un poco de agua a la boca. Prosigue.

»Yo, Adam Schall, me acuso de no observar el voto de pobreza, usando cosas sin necesidad».

Verbiest y yo miramos su mísera habitación en la residencia y sus raídos hábitos jesuitas. Incluso su lujosa túnica china de primer mandarín está colgada de un clavo en la pared, sucia y rota. Las lágrimas acuden a nuestros ojos.

»Yo, Adam Schall, me acuso de haber adoptado un niño de forma imprudente».

Niego con la cabeza, pero él no me mira. O no quiere mirarme.

Schall desgrana lentamente sus veniales pecados. Luego nos dicta un largo párrafo final que le deja agotado.

»En estos hora y lugar, la amorosa y paternal mano de Dios ha tocado no solo mi cuerpo sino también mi alma. Gracias a su compasión, pacientemente me ha soportado todos estos años dentro de la Sociedad de su Hijo. Confío en que mis oraciones y las de mis hermanos me permitan perseverar en mi fe hasta la hora final, y que Su Gracia me proteja. Amén».

Con un gesto me pide la pluma entintada y el papel. Apenas puede escribir su nombre al final.

Durante un año el padre Adam Schall permanece en su cama inmóvil como un vegetal, y solo murmullos que parecen oraciones salen de su boca. Cumplidos los setenta y siete años de edad, muere en paz el día 15 de agosto de 1666.

Verbiest escribe su obituario para que yo lo transmita en mis cartas a Roma. Desde los tiempos del padre Matteo Ricci, ningún otro jesuita había dejado una huella tan profunda en China, y parece difícil que ningún otro pueda superarle. Su dominio del chino era tan grande que podía sin problemas pasar por un ilustrado nacido aquí, pero igualmente conversaba en alemán, portugués, holandés, italiano y español. Conocía como nadie griego y latín, además de hebreo, hindi y sánscrito. Había sido capaz de fabricar cañones, diseñar fortificaciones, construir complejas máquinas para levantar cargas, planear y construir una iglesia barroca que no tenía nada que envidiar a las romanas, fabricar un clavicordio, idear y armar el barco del emperador, incluso escribir un tratado sobre minería y otro sobre agricultura. Especialmente hábil se había mostrado en la construcción de instrumentos astronómicos: cuadrantes, sextantes, astrolabios y esferas. Escribió un sinfín de tratados, sobre todo de astronomía, su gran pasión, y más de treinta libros en chino no solo sobre sus cálculos sobre eclipses, sino también explicando las mejoras de los calendarios imperiales anuales, el funcionamiento del telescopio, las tablas trigonométricas, los distintos catálogos estelares y un preciso y extenso resumen de los trabajos de los astrónomos europeos más importantes: Copérnico, Tycho Brahe, Galileo y, cómo no, Johannes Kepler. Pero también tradujo al chino las enseñanzas y obras de Hesíodo, Aristóteles, Hiparco, Cicerón, Ovidio, Virgilio, Flavio Josefo, Ptolomeo, Galeno, el propio código Justiniano y los santos Jerónimo, Ambrosio, Agustín, Tomás de Aquino y muchos más. ¡Incluso había escrito sobre Don Quijote y Cervantes!

La muerte de Adam Schall parece significar el definitivo declive de la misión jesuita en China.

Recibimos nuevas cartas del padre Athanasius Kircher. Todavía no ha llegado hasta Roma la noticia del fallecimiento del gran Adam Schall. Kircher ha conocido por correos enviados desde Macao de los grandes males que hemos padecido en la última persecución a los jesuitas, y ruega al Señor por nuestra pronta recuperación, tanto física como anímica.

Nos anuncia que ya se dispone a publicar su *China illustrata* y que, casi al mismo tiempo, ha recibido un inesperado regalo de parte de su viejo amigo Johannes Marcus

Marci. Este es un médico heterodoxo, incluso enfrentado a los jesuitas por sus ideas acerca del desarrollo de los embriones, pero en 1635 —siempre según la carta de Kircher— habría forjado una fuerte amistad con el director del Colegio Romano. Esa amistad no se había perdido con los años, e incluso habían colaborado en el pasado descifrando mensajes interceptados al ejército sueco, por aquel entonces enemigo de Bohemia. Kircher habría ayudado a Marci con el único fin de poner a prueba su capacidad intelectual, pues era considerado el mayor experto mundial en materias de cifrado y jeroglíficos. La carrera como médico de Marci estaba plagada de éxitos, habiendo sido el asistente personal tanto de Fernando III como de su sucesor, Leopoldo I, los últimos emperadores del ya muy débil Sacro Imperio Romano. Su fama se debía principalmente a un nuevo y eficaz tratamiento contra la viruela.

Llegado a este punto de la carta suspiré, recordando las muchas muertes que esta enfermedad provocaba en China. Y continué la lectura.

Marci también era un estudioso en óptica, pero su aislamiento en Praga le impedía acceder a los últimos descubrimientos en esta y otras materias. Solía pedir libros a Athanasius Kircher a Roma con cierta frecuencia. En el año 1662 ha publicado *Philosophia vetus restituta*, muy del agrado del sabio jesuita alemán, puesto que recupera los antiguos saberes perdidos, en especial aquellos que tienen que ver con el filósofo Hermes Trimegisto y Egipto. También menciona que durante muchos años fue amigo en Praga del bibliotecario George Baresch que, a su muerte, le había legado toda su biblioteca alquímica. Baresch le habría pedido a Marci que, a su muerte, entregara a Kircher el antiguo manuscrito completo que había pertenecido en el pasado al emperador Rodolfo II. Y este así lo había hecho. El padre Kircher finaliza su resumen acerca de su amistad con Marci mencionando que se encuentra en los últimos meses de su vida, puesto que ya ha cumplido setenta y dos años y apenas puede ver ni oír. Y que ha solicitado el ingreso en la Sociedad de Jesús de manera imperiosa. Kircher no se ha negado a ello, pero tampoco explica las razones.

Y tampoco en esta ocasión el padre Athanasius Kircher menciona a Johannes Kepler, ni la posible traducción del manuscrito, ni los caracteres supuestamente tibetanos que contiene. Se limita a elogiar durante páginas su propio trabajo sobre la lengua china y afirma que, en cuanto vea la luz, todas las mentiras publicadas por el erudito inglés John Webb acerca del chino como lenguaje primigenio se disiparán como el humo.

El emperador Kangxi ya tiene quince años y, como su antecesor, ha demostrado una madurez impropia de su edad. El príncipe regente Oboi pretende continuar manejando los destinos del imperio ninguneando al joven Kangxi, pero este no parece estar dispuesto a seguir en un segundo plano. Y más comprobando impotente cómo el Consejo de Regencia se enriquece, se menosprecia la doctrina confuciana —que tanto arraigo tiene entre el pueblo chino, y cuyo conocimiento pretende recuperar para los, de momento, desaparecidos exámenes imperiales—, y su abuela la emperatriz es constantemente ofendida por Oboi en su defensa de los ya casi desaparecidos sabios

jesuitas.

Este año de 1668 el emperador Kangxi ha disuelto la regencia, y asumido la dirección del gobierno chino. Una de sus primeras decisiones ha sido la de consultar con el director de la Oficina de Astronomía, Yang Guangxian, el estado de los trabajos de la reforma del calendario imperial, pues esta dura ya tres años. En diciembre de este mismo año, y aconsejado por la emperatriz, remite al padre Ferdinand Verbiest una copia del calendario imperial para que sea examinada por él.

Verbiest desmenuza el calendario elaborado por los astrónomos de Yang Guangxian. Está plagado de errores. Al parecer, Yang Guangxian basa sus números en antiguos y olvidados métodos chinos, que calcularían las fechas a partir del comienzo de la primavera, en lo que denomina «esperar el *qi*». Así se lo comunica Verbiest al emperador, al que informa de que «haciendo volar cenizas y sonando flautas no hay manera de medir los periodos exactos en que se divide el año», y que el equinoccio de primavera ha de ser obtenido de la intersección de la órbita solar — la eclíptica— con el ecuador. El emperador Kangxi también encarga una segunda revisión a un conjunto de experimentados ilustrados, entre los que se encuentran los propios astrónomos musulmanes, que al igual que nosotros fueron relegados por el regente Oboi. Su informe es aún más demoledor que el reportado por el padre Verbiest.

Sin embargo, se produce una singular alianza entre nuestros rivales. Yang Guangxian se sabe inferior a todos, y los musulmanes ambicionan controlar la Oficina de Astronomía, así que pactan para repartirse los puestos. Desconfiado y casi por sorpresa, el joven emperador Kangxi convoca un concurso que habrá de durar tres días. Entre el 27 y el 29 de diciembre de 1668 los tres contendientes deberán predecir la altura y posición del Sol de un día para otro.

Ayudado con las tablas de Kepler —que recogen en su interior los datos de cuarenta años de observaciones astronómicas de Tycho Brahe—, y de un telescopio, Ferdinand Verbiest acierta la trayectoria solar hasta el límite, para asombro del propio emperador que actúa como juez principal en la prueba. Con él, una docena de funcionarios imperiales miden las longitudes de la sombra del gnomon conforme el sol se mueve. A pesar de las protestas de los musulmanes y el propio Yang Guangxian, que no están conformes con el resultado del concurso, el emperador Kangxi declara la inapelable superioridad de la astronomía jesuita. Tanto es así que, incluso, el propio joven monarca solicita a Verbiest su magisterio para el aprendizaje de las ciencias matemáticas y astronómicas, sabedor de que la legitimidad de la nueva dinastía Qing está ligada a una precisa determinación de las efemérides.

A comienzos del año de Nuestro Señor de 1669 el emperador Kangxi ejerce ya el poder absoluto, y ordena encarcelar al antiguo regente Oboi bajo la acusación de más de treinta crímenes contra el imperio. Uno de ellos, y no el menor, es el haber destruido el trabajo preciso y perfecto de la anterior Oficina de Astronomía. El día 8 de marzo publica un edicto en el que se decreta que el método europeo de cálculo de

efemérides es el más preciso, como así ha sido demostrado en todas las ocasiones en que se ha puesto a prueba. Por lo tanto, de aquí en adelante todos los futuros calendarios serán realizados únicamente con los métodos occidentales y bajo la dirección del padre jesuita Ferdinand Verbiest.

Yang Guangxian es destituido y, por razón de su edad, salva la vida. Le espera el destierro. Todos los títulos y rangos del fallecido Adam Schall le son restituidos póstumamente, y las propiedades confiscadas a las jesuitas serán devueltas a los misioneros. También hay un recuerdo en forma de desagravio para los cinco astrónomos chinos conversos ejecutados.

En el año 1670 el padre Verbiest ya tiene preparado el nuevo calendario, que va a ser presentado a un complacido emperador Kangxi. Le acompaña a palacio para tomar notas del evento oficial. Kangxi lo recibe como a un igual y, entre ellos, como ya ocurriera con su padre el emperador Shunzhi y el inolvidable jesuita alemán Adam Schall, se establece una sólida relación entre maestro y alumno.

—Es un trabajo... magnífico, estimado padre Verbiest —expresa el emperador mientras pasa las hojas repletas de tablas y mapas.

—Es lo que vuestra altísima dignidad merece —contesta Ferdinand Verbiest—. Me he apresurado en su confección, a sabiendas de la urgencia y vuestra necesidad.

—Y yo os lo agradezco, mi querido sabio europeo. Y ahora, por favor —continúa Kangxi—, os suplico tengáis la bondad de hacerme entender con palabras sencillas cuáles son los cambios principales de este calendario respecto al antiguo.

Verbiest le explica que ha tenido que suprimir los tradicionales meses intercalares para ajustar los años chinos lunisolares a los años solares europeos, todo según el calendario jesuita gregoriano aprobado en Roma el año 1582. Kangxi parece mostrarse contrario al cambio.

—Siempre se ha hecho así —replica el emperador.

—No está en mi mano modificar los cielos para que estos se adapten a lo que nos gusta más —contesta irónico Verbiest, y por un momento creo ver en él de nuevo al padre Adam Schall—. Ese extraño mes que viene y que va no tiene cabida en el esquema celeste. Todo será mucho más sencillo ahora.

—Supongo que tenéis razón, Verbiest.

—No solo la razón me asiste —responde con cierta arrogancia Ferdinand Verbiest—, sino que me guía. Me comprometo ante vos a elaborar un calendario eterno, tan duradero como será vuestra dinastía Qing.

—¿Eterno? —pregunta extrañado Kangxi—. ¿A qué llamáis eternidad vos, mi querido Verbiest?

—Al menos dos mil años. Lo llamaré *Yongnian li*, en honor a la longevidad que os auguro.

—Que vuestro dios os conserve las fuerzas y la inteligencia para llevar a buen puerto ese extraordinario trabajo que me ofrecéis, padre Verbiest.

En dos años todas nuestras iglesias en China vuelven a estar abiertas. Nuevos

jesuitas venidos de Europa para reemplazar a aquellos que quedaron en el camino trabajarán en ellas. Ya en este año de Nuestro Señor de 1673, el padre Verbiest ha sido capaz de restaurar el antiguo observatorio de Beijing, y ha construido nuevos instrumentos para sustituir a los que han quedado obsoletos. Un enorme globo celeste —de seis pies de diámetro— sirve para identificar estrellas y objetos, y una esfera armilar eclíptica —a diferencia de las clásicas chinas, todas ecuatoriales— del mismo tamaño que la anterior es usada para medir las diferencias en longitud y latitud de los cuerpos celestes. Otra esfera armilar, esta vez ecuatorial pero con las marcas en sus círculos de los 360 grados occidentales, servirá para medir tanto el tiempo solar como la ascensión recta y declinación de las estrellas y los planetas. Y un enorme sextante, de ocho pies de radio, ha sido igualmente diseñado y fabricado para medir el ángulo de elevación de los objetos sobre el horizonte. Todos estos trabajos se explican en un enorme volumen que Verbiest ha titulado *Xinzhi Lingtai Yixiang Zhi*, y en él se recogen también los similares diseños de instrumentos astronómicos realizados en Europa por el gran genio danés Tycho Brahe.

Desde hace dos días mis deposiciones son blanquecinas y muy frecuentes. Tampoco puedo dejar de vomitar y no retengo nada de toda el agua que bebo. La pluma se me cae de las manos por efecto de mi debilidad. Creo que tanto aquí en China como en la India son frecuentes las epidemias de este tipo y, por lo que cuentan algunos ilustrados, son causa de una mortandad muy alta. He llamado al padre Verbiest para que me administre los últimos sacramentos.

Presiento que mi larga tarea está llegando a su final.

Me pongo en comunicación con vos para transmitirlos la triste noticia del fallecimiento en la residencia jesuita de Beijing de nuestro amadísimo hermano Paolo Arrighetti, no sin antes recibir el Viático y ponerse a bien con Dios Nuestro Señor descargando sobre mí sus escasos pecados. El desdichado contaba con setenta y cinco años de edad, de los cuales no llegan a veinte los que pasara en Italia, la tierra que le vio nacer y crecer. Una feroz epidemia de cólera está segando miles de vidas entre los chinos tanto en la capital, Beijing, como en las comarcas circundantes, y el Señor ha considerado que la hora de llamarlo a su lado había, por fin, llegado.

El esfuerzo y dedicación en las tareas jesuitas del hermano Paolo Arrighetti durante estos años de vida en China ha sido encomiable. A pesar de no ordenarse sacerdote, puesto que llegó aquí siendo muy joven y no pudo terminar sus estudios de teología, propagó la fe de Nuestro Señor Jesucristo por todos los lugares por los que pasó. Vivió sus primeros años en este enorme imperio en la ciudad portuaria de Macao, a cuyas orillas llegó en el año 1619, hasta que el afortunado incidente acaecido en junio de 1622 —del que seguramente habéis oído hablar, pues no fue otro que la heroica defensa jesuita de la ciudad frente a los piratas holandeses— le llevó junto con otros padres a la corte de Beijing, atravesando toda la China. Su larga estancia en Beijing solo se vio interrumpida por un azaroso viaje a las inexploradas tierras del Tíbet, en la segunda expedición que el padre Antonio de Andrade cursó desde India para fundar una misión jesuita en aquellos lejanos reinos. El hermano Arrighetti acató con estricta obediencia las instrucciones del que, por aquel entonces, era su superior en China, padre Nicolás Longobardo, así como las indicadas por su tutor y mentor padre jesuita Johann Terrenz Schreck. En el Tíbet el padre Arrighetti tuvo la oportunidad —como ya bien sabéis, pues el origen de la antiquísima lengua china es un tema de vuestro interés—, de averiguar nuevos datos de las varias y extrañas lenguas habladas allí, encontrando una antigua estela de piedra de posible origen nestoriano similar a la que vos mismo, con gran esmero y acierto, dedicáis un erudito pasaje en vuestra inmarcesible obra acerca de China recién publicada, y que tanto es del agrado dentro y fuera de la Sociedad. Por desgracia, la mayor parte de esos documentos se perdieron durante el largo viaje.

Junto con sus compañeros de viaje en Beijing —padres Johann Terrenz Schreck, Giacomo Rho, Pantaleón Kirwitzer y Adam Schall, unidos al superior Nicolás Longobardo—, y aunque nunca alcanzó los profundos conocimientos de estos en las artes matemáticas, colaboró en la elaboración del nuevo calendario imperial, así como en todas aquellas tareas de predicción astronómica que le fueron encomendadas. Su enorme capacidad intelectual estaba destinada a otras tareas no menos necesarias. Como así consta en los anales de nuestra sociedad, el hermano Arrighetti tenía la sagrada misión de llevar a cabo las labores de cronista de la comunidad jesuita en China, y por razón de su juventud y habilidad con la pluma fue

escogido por el mismo padre general, sabiamente aconsejado por el padre procurador en China, Nicolás Trigault. Una prueba inequívoca de lo adecuado de su elección fue su rápida y singular adaptación al medio cultural chino. Asesorado primero por el prematuramente fallecido padre Johann Schreck, y posteriormente por el ilustrado chino converso Xu Guangqi, fue capaz de obtener el más alto grado en la burocracia imperial china, el grado de maestro o *jinshi*. Y lo consiguió en un tiempo asombroso —antes de alcanzar los treinta y cinco años— gracias a su proverbial empeño y tenacidad en los estudios exigidos en los durísimos exámenes imperiales. Ni que decir tiene que este grado obtenido entre los ilustrados chinos fue de gran ayuda en nuestras tareas de evangelización del imperio. Aunque de rasgos mediterráneos, para muchos oficiales e ilustrados, el hermano Paolo Arrighetti era un maestro *jinshi* de los más preparados y cualificados, y su opinión frecuentemente consultada en los distintos círculos del saber imperial, llegando incluso a conversar con el propio emperador Chongzhen, el último de la dinastía Ming.

Las disputas entre los mismos chinos, el desgobierno y abuso de sus regentes, el hambre, las guerras y muchos otros factores que sería prolijo resumir aquí, propiciaron el cambio de los emperadores de la dinastía Ming, tras casi trescientos años en el poder, a los de la dinastía Qing —de origen manchú— a partir del año 1644. La incertidumbre que generó este cambio radical en el gobierno del Imperio chino trajo consecuencias negativas para el hermano Arrighetti, que injustamente perdió su grado *jinshi*, pero continuó colaborando estrechamente con los otros padres jesuitas en la evangelización. Durante estos últimos veinte años bajo gobierno Qing, el hermano Arrighetti fue el apoyo necesario e incondicional del padre Johann Adam Schall, que alcanzó el más alto rango imperial de mandarín de primer orden, cargo solo reservado a los príncipes chinos. Juntos sostuvieron y aumentaron la importancia de la Oficina de Astronomía, siendo Paolo el complemento adecuado pensado por Nuestro Señor para liberar al siempre ocupado padre Adam Schall de las más pesadas tareas que su elevadísimo cargo imperial llevaba asociadas. Fueron estos años, los que transcurrieron bajo el gobierno del joven emperador Shunzhi, los más fructíferos para nuestra Sociedad en la China, y el número de iglesias levantadas, padres consagrados y conversos entre los chinos aumentó de una forma admirable, superando incluso las negativas influencias de otras falsas religiones como la budista o la taoísta, que vieron cómo el cristianismo acercaba más y más chinos a la verdadera fe.

La muerte del emperador Shunzhi —como ya bien conocéis vos, pues el mismo hermano Arrighetti os ha tenido al corriente puntualmente en su correspondencia con Roma de los avatares y sucesos aquí en China—, trajo un nuevo período de incertidumbre a la corte, que condujo a una oscura época de odio hacia los nuestros, en los que la maligna sombra del Diablo se adivinaba. Algunos padres y conversos jesuitas fueron asesinados y otros sufrieron terriblemente, como el propio padre Adam Schall. El hermano Arrighetti se mantuvo firme en todo momento, no

renegando nunca ni de sus convicciones ni de su fe, sin apartarse del padre Schall ni de los demás, entre los que humildemente yo también me encontraba.

Aunque nuevos aires se respiran en Beijing gracias a la subida al trono del justo, sensato y preparado emperador Kangxi, el hermano Arrighetti no ha podido superar su penosa enfermedad entregando su alma a Dios el día 20 de diciembre de este año de 1675.

Para terminar esta carta solo me queda informar a vuestra ilustrísima de unas cuestiones que, fuera del secreto de confesión y en su lecho de muerte, Paolo Arrighetti me rogó que anotara y transmitiera al resto de sus hermanos en la Sociedad.

Que cometió pecado mortal conviviendo en concubinato con una mujer china, de la que tuvo un hijo, a los que amó profundamente hasta la muerte de ambos, acaecida en el triste año de 1658. Y que, lejos de expresar arrepentimiento por ello, muestra orgullo y pide comprensión.

Que cometió pecado mortal contraviniendo el voto de obediencia a sus superiores en la Sociedad. Que, haciendo caso omiso a sus indicaciones y deberes, ocultó valiosa información de lo que en China acontecía, pues juzgó conveniente hacerlo así para preservar el buen orden y buen juicio de sus hermanos, además del santo nombre de la Sociedad de Jesús.

Que cometió pecado mortal ocultando los hechos revelados de un criminal, relatados fuera del secreto de la confesión, y que lo hizo así para evitar que el escándalo salpicara a otros hermanos y padres libres de toda culpa e ignorantes de tan horrendos sucesos.

Que cometió pecado mortal haciendo suyas tesis heréticas promovidas por los seguidores del antiguo obispo Nestorio, poniendo en duda los libros de Moisés y su legado, y afirmando que las Sagradas Escrituras contenían graves errores de fondo y forma.

Que, en busca del perdón divino y humano y anticipándose a este inevitable momento de confesar sus últimas voluntades, transcribió todas estas vivencias, hechos, sucesos, conversaciones y reflexiones propias en un sinnúmero de cartas, relatos y anotaciones personales que, cuidadosamente, guardó sin remitir a sus superiores en Roma.

Terminada nuestra conversación, Paolo Arrighetti me hizo entrega de la abundante documentación que acompañó con esta carta, con el propósito de que, finalmente, toda la verdad sea conocida por los hermanos y padres de la Sociedad de Jesús.

Escrito esto, adjunto dichos documentos según fue su voluntad.

De igual forma, Paolo Arrighetti me hizo entrega de un opúsculo —del que tanto vos como yo hemos oído hablar— firmado por el famoso astrónomo alemán Johannes Kepler, donde se detallan unas breves explicaciones para la comprensión del antiguo lenguaje tibetano, así como las claves necesarias para su cifrado, ya que

su naturaleza es de por sí, en extremo sencilla. Dicho libro acompañará igualmente a esta carta hasta Roma.

Fue también voluntad del padre Arrighetti que no se conozca la forma en que dicho escrito llegó a sus manos.

Cumplida pues la ingrata tarea de comunicar a Roma el fallecimiento de uno de los hijos de la Sociedad, de la que con esta carta doy fe puesto que yo mismo cerré sus ojos, declaro que Paolo Arrighetti, nacido en día y mes desconocidos del año 1601 en la ciudad italiana de Pisa, y muerto el 20 de diciembre del año 1675 en la ciudad china de Beijing, fue hermano de la Compañía de Jesús, maestro *jinshi* durante el imperio Ming y cronista de la Orden en China desde el año 1618 hasta sus últimas horas.

Que Dios le tenga en su gloria.

*Beijing, 22 de diciembre 1675 Anno Domini Nostri Iesu Christi. Firmado y rubricado padre jesuita FERDINAND VERBIEST.*

## Algunas notas de interés

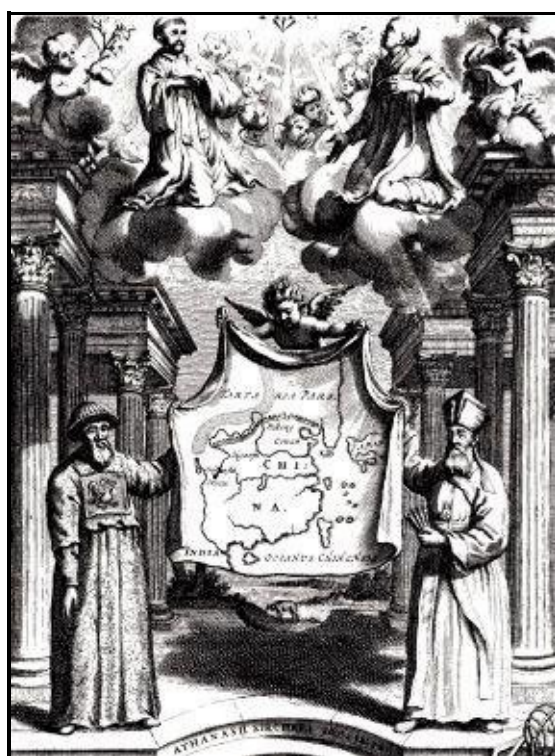
Hasta aquí llega la novela.

Sin embargo la historia continuó. Ferdinand Verbiest terminó su calendario eterno, *Kangxi yongnian lifa*, en el año 1678. Desde unos años antes, concretamente desde 1669, el emperador Kangxi había recuperado el modelo de calendario —en este caso temporal— con las últimas revisiones de Adam Schall, el *Xinfa lishu* (o *Astronomía matemática siguiendo los nuevos métodos*) para la dinastía Qing, calendario que los Ming no habían llegado a promulgar con la autorización imperial. Este calendario eterno sería distribuido anualmente por todo el imperio e incluso mejorado por los jesuitas franceses —en torno a 1720— en la corte china, ya con Ferdinand Verbiest desaparecido muchos años atrás, aunque nunca llegó a ser oficial y China siguió marcando sus fechas con el antiguo calendario lunisolar. La labor de Verbiest en China, como así lo había sido la de su predecesor Adam Schall, fue extraordinaria. Su influencia en el emperador Kangxi fue enorme —este está considerado como uno de los mejores emperadores de la historia de China, y su reinado, desde 1661 hasta 1722, uno de los más prósperos y fructíferos—, y bajo su mecenazgo publicó numerosos tratados no solo de astronomía, sino también de geometría, filosofía e incluso música. Sus habilidades en ingeniería tuvieron su reflejo en la construcción de un acueducto, nuevos cañones que mejoraban con mucho a los de Adam Schall y hasta una máquina de vapor y un pequeño carruaje en el que muchos han querido ver uno de los primeros esbozos de los modernos automóviles. A las traducciones occidentales de libros al chino unió la lengua nativa de los manchúes, lo que provocó la enorme admiración y agradecimiento del emperador. Como compensación, además del más alto mandarinato —que ya había ostentado el padre Schall—, Verbiest consiguió para la Sociedad el permiso de predicar los Evangelios libremente en cualquier lugar del Imperio chino. Desafortunadamente, Ferdinand Verbiest murió prematuramente —el 28 de enero de 1688— como consecuencia de las heridas sufridas al caer de un caballo. Le sucedería en el cargo de astrónomo imperial otro jesuita belga, Antonio Thomas (1644-1709). Los restos de Verbiest se depositaron junto con los de sus predecesores, los padres Matteo Ricci y Adam Schall, aunque sus tumbas serían profanadas durante la revolución de los bóxers en los últimos años del siglo XIX y ya no se conservan. Sin embargo se han restaurado tanto las lápidas como el pequeño mausoleo, y este recuerdo de su presencia puede visitarse hoy en día en un lugar llamado Zhalan —en el mismo Beijing—, en la llamada Residencia Administrativa del recinto universitario, lo que fuera antiguamente sede de un colegio de formación de líderes del Partido Comunista chino. Junto con estas tres lápidas, en el patio de esta antigua residencia pueden contarse hasta otras sesenta estelas recordando a distintos misioneros jesuitas y franciscanos, principalmente. Ferdinand Verbiest fue el único de

todos que consiguió el privilegio —otorgado por el emperador Kangxi— de recibir un sobrenombre póstumo. El buen lector recordará que el mismo honor le fue concedido también, por ejemplo, al ilustrado chino Xu Guangqi.

A la muerte de Verbiest el control tanto sobre la Oficina de Astronomía como el de la evangelización recayó principalmente sobre jesuitas franceses. En 1690 se creó un obispado en Beijing y dos años después Kangxi garantizó mediante un edicto imperial su tolerancia. Pero las excesivas pretensiones del papa Clemente XIV provocaron el progresivo deterioro de la situación jesuita en China, que terminarían con la prohibición del cristianismo en el año 1724. A pesar de que el emperador Qianlong abrió nuevamente la mano a partir de 1735 con la muerte del hijo de Kangxi —y que reinó como emperador Yongzheng—, la propia Iglesia católica se buscó su ruina en China y más con la primera disolución de la Compañía de Jesús decretada por el papa el año 1773. Pero eso ya es otra historia.

En cuanto al misterioso manuscrito me extenderé sobre él un poco más adelante. Solo anticipar que, como ha quedado escrito en la novela, el padre Athanasius Kircher recibió el ejemplar completo remitido por Johannes Marcus Marci en 1666, y que el mismo envío incluía una carta de su puño y letra. Carta que es uno de los pocos documentos fiables que existen del hoy conocido como *Manuscrito Voynich*, y que se conserva junto con él en la biblioteca Beinecke de Libros Raros de la Universidad de Yale, en Estados Unidos. Kircher publicaría, entre otras muchas obras, *China illustrata* (1677), *Ars magna sciendi sive combinatoria* (1668), *Arca Noe* (1675) o *Turris Babel* (1679) que, junto a su previa y conocida *Polygraphia* (1663) y los muchos libros acerca de los jeroglíficos egipcios, constituyen el núcleo fundamental de su búsqueda del lenguaje universal. El sabio y polifacético padre jesuita Athanasius Kircher murió en el año 1680.



*Portada del libro China illustrata publicado por Athanasius Kircher en 1667. El mapa de China es sostenido a la izquierda por el padre Adam Schall, y a la derecha por el padre Matteo Ricci. En la parte inferior aparecen varios instrumentos astronómicos.*

Me corresponde en estas últimas páginas aclarar al lector algunas cuestiones históricas pendientes que, por libertades tomadas con la ficción novelesca, aparecen ligeramente desvirtuadas. De igual modo es también de justicia literaria mencionar ahora hechos reales recogidos en la novela que, por su naturaleza, parecen increíbles. Tal vez fruto de la casualidad, o quizá como producto del singular período y del choque cultural que se recoge en estas páginas. Pero no me queda más remedio que reconocer aquí que, en ocasiones, me he sentido sobrepasado por los hechos reales acaecidos, sucesos que iban más allá de lo que yo mismo podía recrear en mi imaginación.

La historia de las misiones jesuitas en China, desde que los padres Michelle Ruggieri y Matteo Ricci consiguen por fin entrar en el continente el año 1582, está muy bien documentada. La razón de ello es muy clara: la completa e ininterrumpida correspondencia de los miembros de la Sociedad repartidos por todo el orbe, tanto en Oriente como en el Nuevo Mundo americano. Toda esta información —a pesar de las dos supresiones papales sufridas—, se ha transmitido de forma fidedigna hasta nuestros días, y los propios jesuitas han buceado en sus anales para condensar y estudiar la historia de la, quizá, más influyente de las órdenes religiosas católicas. Para el autor ha resultado sencilla la siempre complicada tarea de documentación histórica. En el caso concreto que nos ocupa, no puedo sino recomendar al lector el extenso y excelente trabajo del padre jesuita George H. Dunne: *Generation of Giants. The Story of the Jesuits in China in the last decades of the Ming Dynasty*. Por otra parte, su propia vida podría dar lugar a una novela por sí misma<sup>[3]</sup>. La elección como protagonista y narrador en primera persona de un ficticio cronista jesuita —bajo el nombre de Paolo Arrighetti, siendo los Arrighetti una familia pisana auténtica de antepasados relacionados con el mismo Galileo Galilei— no es, por tanto, gratuita.

Nuestra narración arranca con el viaje del barco *Nuestra Señora de Jesús* partiendo realmente del puerto de Lisboa en 1618. Un detalle menor es que algunas fuentes dan un nombre diferente al buque: *San Carlos*. Menor sobre todo si tenemos en cuenta la importancia de los viajeros a bordo: el procurador Nicolás Trigault —enviado de vuelta desde China a Europa en busca de ayuda humana y material—, y los astrónomos Pantaleón Kirwitzer, Giacomo Rho y, por supuesto, el alemán Johann Adam Schall von Bell, uno de los personajes centrales de esta novela. También junto a ellos, el médico Johann Terrenz Schreck, más conocido como Terrentius, y cuya vida, como introduje en el prefacio antes del comienzo de la historia, ha dado lugar a una estupenda novela igualmente recomendable. Y otros muchos jesuitas cuyo nombre he omitido con el único fin de agilizar la narración. Este viaje significaría el arranque de la mezcla de culturas entre Europa y China, Occidente y Oriente, y lo haría a través de la primera de las ciencias, la astronomía. En el espíritu de la

expedición jesuita anidaba la esperanza de poder convertir a la fe cristiana al inmenso y casi desconocido Imperio chino por la fuerza de la inteligencia, impresionando a sus ilustrados y al mismo emperador con su conocimiento de los cielos, algo de vital importancia en su cultura. Detalle que no había pasado desapercibido para el gran jesuita Matteo Ricci, el precursor de esta aventura. No era casual que sacerdotes de la capacidad intelectual de Johann Terrenz Schreck y, sobre todo, Adam Schall y posteriormente Ferdinand Verbiest fueran enviados a China. Incluso, el padre jesuita Athanasius Kircher —tantas veces mencionado y sobre el que también volveremos más tarde—, había solicitado en su día ser destinado a las misiones orientales.

Uno de los aspectos más chocantes para el lector probablemente haya sido —sospecho— la sucesión de muertes de los principales actores de la misión jesuita, y que he fabulado en la forma de asesinatos cometidos por el antiguo superior en China, Nicolás Longobardo. Obviamente, nunca los perpetró en su vida real. Pero la idea de este poco convencional *serial killer*, que habría intentado con ellos salvaguardar la ortodoxia de los trabajos jesuitas y la perfección bíblica, me vino dada por la singularidad auténtica de las propias muertes de dichos personajes. Siguiendo el orden cronológico, el primer jesuita que pierde la vida en China es el bohemio Pantaleón Kirwitzer, fallecido en Macao en 1626 a los treinta y ocho años, y que habría acompañado al padre Antonio de Andrade al Tíbet. Este dato es ambiguo y poco probable, pero sí parece cierta su simpatía por el copernicanismo. Al contrario de lo que ocurre con el resto de astrónomos jesuitas que le siguen, la causa de su muerte no aparece reflejada en su resumida biografía. Bien distinto es el caso de Nicolás Trigault, que fue encontrado colgado en su celda el día 24 de noviembre de 1628 en la residencia jesuita de Hangzhou. Este hecho tan inusual como terrible —el suicidio de un sacerdote, y más de alguien de la importancia del procurador Nicolás Trigault, uno de los pilares de los jesuitas en China— está rodeado en la documentación encontrada de un halo de misterio y lógica ocultación. Las propias fuentes jesuitas confirmaron meses después el suceso en una carta datada en diciembre del año 1629 —enviada debidamente codificada—, entre el visitador en Asia André Palmeiro y Mutio Vitelleschi, el superior general de la orden en Roma en aquellos años. Las razones que impulsaron al incansable Trigault a tomar tan trágica decisión son un enigma, aunque pueden tener que ver con algún tipo de profunda depresión en su obsesión por imponer la terminología cristiana a emplear en China, ideas que ofendían a sus superiores. Muy poco después, el 11 de mayo de 1630, fallecía en Beijing el médico y sacerdote Johann Terrenz Schreck, otro de los pilares jesuitas en la misión china. Las teorías acerca de su, en apariencia, repentina muerte, son curiosamente muy similares a las que se barajaron —y todavía hoy se barajan— respecto al caso del astrónomo danés Tycho Brahe<sup>[4]</sup> La más extendida de ellas es la automedicación. Un error en el tratamiento que él mismo se habría aplicado para curar alguna desconocida dolencia resultó fatal. O experimentos sobre su misma persona con desconocidos remedios asiáticos. También se especula con el

envenenamiento deliberado por algún agente de la Santa Inquisición —Terrentius Schreck era un cirujano mal visto por sus prácticas forenses dentro de la férrea ortodoxia católica, al que se le acusaba de haber tomado los hábitos por mero interés — e, incluso, asesinado por el mismo padre Adam Schall<...<sup>[5]</sup> que vería en él a un copernicano irredento que estaría obstaculizando sus trabajos en la reforma del calendario imperial. Como ven, la especulación de lo ocurrido en la vida real supera la propia ficción literaria.

El 19 de marzo de 1634 moría en Goa (India) el famoso padre explorador jesuita Antonio de Andrade. Este portugués —como recuerda la novela— fue el primer europeo en cruzar la cordillera del Himalaya para llegar al Tíbet, del que había oído hablar a los peregrinos hindúes. La hazaña debió de resultar fantástica y, como me gusta repetir, por sí sola sería motivo de otra novela apasionante. Apenas acompañado de un joven hermano jesuita, Manuel Marques, atravesaron el paso montañoso de Mana, situado a más de 5600 metros de altitud. Por ejemplo, Andrade cita el famoso monte Kailash, donde nacen algunos de los ríos más importantes de Asia, y cuya cima permanece todavía hoy sin conquistar<sup>[6]</sup>. Sin embargo, no fueron las penurias de sus dos viajes al Tíbet las que acabaron con su vida a los cincuenta y cuatro años, sino el más que probable envenenamiento en la apacible residencia de Goa, ya como superior jesuita en la provincia de India. Las crónicas hablan de un sicario pagado por un cristiano portugués, de nombre Joao Rodrigues, al que Andrade, por razón de su cargo, había investigado y se disponía a entregar a la Inquisición acusado de herejía. El presunto asesino del jesuita Andrade huyó a Manila. Y solo cuatro años más tarde, el 27 de abril de 1638, moría en la capital china, Beijing, el brillante matemático milanés Giacomo Rho. Tenía cuarenta y cinco años y era el brazo calculista en la Oficina de Astronomía de Adam Schall, que tuvo que soportar desde entonces en solitario todo el peso de la reforma del calendario imperial. El jesuita Rho se sintió indispuesto la noche del 17 de abril y apenas diez días después falleció. Sus hermanos jesuitas en Beijing reportaron a Roma que había muerto debido a un envenenamiento —o una intoxicación severa— por la comida ingerida.

En realidad, las pérdidas de jesuitas eran algo común en estas misiones. La mayor parte ocurrían en la larga travesía desde Portugal, producto de epidemias y enfermedades —cólera, peste, gripe, viruela, escorbuto...—, tempestades y abordajes de piratas holandeses e ingleses. Según relata Ricci en la primera gran crónica jesuita, que traduciría y editaría el mismo padre Nicolás Trigault en Europa, estas muertes eran el tributo que la Sociedad debía pagar para afrontar la misión evangelizadora. Los males de los jesuitas no terminaban en el mar, pues con frecuencia eran detenidos y apresados, torturados y ejecutados, en función del mandarín o emperador de turno, y de las propias intrigas políticas en el imperio. China era demasiado distinta a Europa y, a diferencia de la evangelización en América, no había soldados que pudieran acudir en su ayuda. Si además a los pocos que sobrevivían se les

envenenaba por una u otra razón, el panorama final era muy poco alentador. A pesar de ello, el éxito coronó la misión, al menos en el plano científico, puesto que en el orden religioso no consiguieron su principal objetivo. Ninguno de los sucesivos emperadores aceptó ser bautizado.

Hay otros sucesos narrados en esta novela que, lejos de ser ficción, están muy bien documentados históricamente. Uno de los más curiosos es el acaecido los días 23 y 24 de junio de 1622. Una flota de barcos holandeses —y también ingleses— fue enviada a conquistar el enclave de Macao<sup>[7]</sup>, fundamental en el comercio de la zona. Los portugueses apenas podían defender la ciudad —después del asalto fortificarían completamente Macao para evitar nuevas invasiones—, así que pidieron consejo y ayuda a los jesuitas. Que resultaron ser unos artilleros de primera clase. El afortunado acierto del padre Giacomo Rho es verídico, como también que la derrota holandesa les abrió la puerta de la capital china, Beijing, hasta entonces totalmente cerrada para ellos. La fama militar de los jesuitas entre los chinos a partir de entonces fue una constante, y tanto los padres Adam Schall primero, como Ferdinand Verbiest después, se revelaron como excelentes ingenieros en el arte de la fabricación de cañones y de las estrategias de defensa militares. No solo fue por tanto la astronomía la que impresionó a los ilustrados y emperadores.



Otra de las afortunadas casualidades históricas para el narrador es el desenterramiento en el año 1625 de la estela cristiana de Xian. Como se detalla prolijamente en la novela, se trata de una lápida datada en el año 781 que documenta 150 años de los primeros cristianos nestorianos en el Imperio chino. La importancia de este hallazgo es múltiple. En su momento, porque constituyó una prueba irrefutable de la presencia cristiana en China —aunque fueran heréticos— en tiempos lejanos, presencia que incluso había sido mencionada por el famoso viajero Marco Polo. Y también porque nuestros actores principales se vieron involucrados de lleno en el descubrimiento. Fue el padre jesuita Álvaro Semedo quien viajó hasta el lugar del hallazgo para dar fe de su origen, y más tarde Nicolás Trigault el primero en traducir su contenido al latín. En el año 1667 el padre Athanasius Kircher dedicaría buena parte de su obra *China illustrata* al contenido de la estela, cuyo origen real fue puesto en duda por muchos investigadores hasta épocas recientes (y que pensaron durante años que la lápida era un fraude urdido por los propios jesuitas). Posteriormente, ya en el siglo XIX, los sucesivos intentos de sacar la piedra de China resultaron fallidos —pues se quería ubicar en el Museo Británico de Londres— y, finalmente, la estela se movió en 1907 de su emplazamiento original al actual, que no es otro que el llamado *Bosque de las Estelas*, en el Museo de Beilin en la propia ciudad de Xian, formalmente fundado en el año 1944. Tan valiosa es considerada hoy en día que ha sido incluida en la lista de tesoros arqueológicos chinos que no pueden

ser exhibidos, ni tan siquiera temporalmente, en el extranjero.

Históricamente, la época retratada en la novela es de gran importancia en China, puesto que supone el cambio de la dinastía de emperadores Ming —que gobernaron sucediendo a la poderosa dinastía mongol Yan, y lo hicieron desde 1368 hasta 1644—, a la nueva dinastía de origen manchú Qing, que perduraría desde ese año de 1644 hasta 1912, fecha de la abdicación del último emperador Puyi, con el establecimiento de la convulsa República de China. Los principales hechos reales —como el suicidio del ya acorralado emperador Chongzhen y la subida al trono del manchú Shunzhi— se han tratado de la forma más fidedigna posible, así como la notable influencia del grupo de jesuitas en Beijing, en especial del omnipresente Adam Schall, que se ganó la confianza de ambos. Confianza que fue recuperada por el padre Ferdinand Verbiest frente al inteligente emperador Kangxi.

La mayoría de nombres, fechas, lugares y acontecimientos históricos se han respetado de acuerdo a las fuentes utilizadas. Me he permitido alterar mínimamente algunos datos para dar más cohesión y sentido a la narración, y las licencias literarias han sido mínimas. La más notable es quizá, la relacionada con el personaje de Li Tianjing como sucesor al frente de la Oficina de Astronomía del fallecido ilustrado Xu Guangqi. Como pueden imaginarse, en ningún caso se trató ni de un eunuco ni de una mujer, aunque sí son ciertas sus abiertas desavenencias con Adam Schall acerca del modo de dirigir la propia oficina astronómica. Respecto a este último, y a instancias del emperador Shunzhi, adoptó como era costumbre en China a un niño —en este caso al hijo de su sirviente—, decisión que le causó no pocos problemas con sus superiores. El trágico final del genial y colérico Adam Schall está detallado en multitud de textos, así como su milagrosa salvación debido a un oportunísimo terremoto. Algunos de estos textos afirman que el terremoto llegó a derribar los muros de la prisión en la que estaba encerrado junto con los otros jesuitas e, incluso, que al terremoto se unió la aparición en el cielo de un bólido como una señal más de la cólera divina por la injusticia cometida con los jesuitas. Por fortuna fue liberado, aunque su estado de salud y su avanzada edad no permitieron su recuperación. Para aquellos puristas de la historia de la astronomía, de la que ahora me ocuparé, solo decir que Adam Schall no cometió error alguno en sus predicciones, ni perdió ninguna competición astronómica frente a su enemigo Yang Guangxian. La causa de su caída en desgracia fue puramente política<sup>[8]</sup>.



Uno de los principales objetivos de esta novela —además de entretener al lector, como es natural—, era profundizar en algunos aspectos poco conocidos de la astronomía oriental, tan separada en todo de la occidental. Este «valor añadido» de la novela en forma de divulgación científica —y que tantas satisfacciones me proporcionó en mi anterior libro *El castillo de las estrellas*— me parecía inevitable y

casi imprescindible. La ligazón en el tiempo de las aventuras de los astrónomos jesuitas en China con el otro elemento protagonista de estas dos novelas —que no es otro que el misterioso *Manuscrito Voynich*—, me lo puso fácil. Podría decir que, incluso, me empujó a ello. Pero antes de ahondar en el propio manuscrito, su origen y avatares, quiero dedicar unas líneas al contenido astronómico de esta novela que acaban de leer.

Empezaré por comentar brevemente el título escogido. Si en *El castillo de las estrellas* me referí a la bonita denominación de uno de los observatorios del astrónomo danés Tycho Brahe en su isla de Hven, en el caso de *El Templo del Cielo* el título parejo hace una función también análoga. Aunque en este segundo caso el verdadero Templo del Cielo en China no es realmente un observatorio, sino un templo propiamente dicho. Dedicado a las ofrendas que realizaba cada estación el emperador para rogar al cielo por el buen fin de las cosechas que habían de alimentar a doscientos millones de súbditos. Dicho templo es muy conocido en la actual Beijing, un maravilloso complejo de obligada visita. Y lo fue aún más en la época del jesuita Matteo Ricci, que lo describió admirado en su viaje a la antigua capital del sur, Nanjing, que albergaba el templo original.

Pero el significado no acaba aquí, al menos para mí. Los que nos dedicamos en ocasiones a coger la pluma y apartamos temporalmente el ojo del tubo —falsa metáfora, pues todo se reduce a un teclado con su pantalla en ambas actividades—, solemos denominar poéticamente a los grandes telescopios como los «templos del cielo», enormes catedrales construidas de vidrio y acero y levantados en las mayores cumbres para unir cielo y tierra.

La astronomía oriental era —y, en mi opinión, sigue siendo— una gran desconocida en el mundo occidental. Tan distintos eran los fines como los medios y los métodos. Solo en tiempos muy remotos podemos comparar atlas estelares como los de Hiparco (190-120 a. C.) y Ptolomeo (100-170 d. C.) a los de, por ejemplo, el sabio Zhang Heng (78-139 d. C.). Todos los asterismos —constelaciones— son lógicamente diferentes, con alguna lógica excepción como la Osa Mayor, denominada Carro del Emperador en China. La visión del zodíaco cambia también totalmente. Diferentes son, además, los sistemas de coordenadas empleados y, sobre todo, los instrumentos de posición astronómicos, utilizando coordenadas ecuatoriales y no eclípticas, dividiendo además el círculo en 365 grados y no en 360°. Para no aburrir con estas reflexiones, todo era demasiado complicado excepto para mentes tan privilegiadas como las de Giacomo Rho, Adam Schall y Ferdinand Verbiest.

La finalidad de la observación de los cielos en China tenía, sin embargo, el mismo sentido que en Occidente: la predicción. En su caso este papel estaba reservado solo al emperador, el Hijo del Cielo, que debía saber todo lo que ocurría e iba a ocurrir bajo el mismo. Y, por expresarlo de una forma simple, esta preocupación se refería casi exclusivamente a los cambios en el supuestamente inmutable cielo que él mismo interpretaba. Así, si nos ceñimos a sus documentos y escritos, veremos que

toda su atención se centraba en los eclipses —principalmente solares, pero también lunares—, los cometas —los registros chinos son mucho más completos que los occidentales respecto a estos—, y otros fenómenos casi desconocidos en Occidente como las estrellas novas<sup>[9]</sup>. Por el contrario en Europa, las mentes de Copérnico, Tycho Brahe, Galileo y Johannes Kepler entre otros, se afanaban en buscar un modelo de universo que encajara con las observaciones. Y el principal problema era el movimiento de los planetas —sobre todo el retrógrado, inexplicable salvo con enrevesados artificios—, y la posición de la Tierra en relación con los mismos, la luna y el Sol. Pero esto no preocupaba demasiado en China.

El viaje jesuita narrado en esta novela coincide en sus fechas (recordemos, en el año 1618) con el período de mayor efervescencia científica en Europa. Las tesis heliocéntricas de Copérnico toman fuerza y Tycho acaba de fallecer proponiendo un nuevo modelo de universo y dejando un legado de cuarenta años de observaciones con una precisión sin precedentes. Johannes Kepler se suma al heliocentrismo con su modelo elíptico y Galileo —armado con sus revolucionarios telescopios—, intenta convencer a la Iglesia del nuevo orden de los cielos, tan distinto al propuesto por Ptolomeo y Aristóteles. Este tiempo de cambio no les resulta ajeno a los astrónomos jesuitas, algunos de los cuales se atreven incluso a enseñar el copernicanismo en las universidades, aunque «como un modelo falso contrario al geocéntrico» que, en el fondo, llegan a compartir. Tanto Kirwitzer como Johann Terrenz Schreck —amigo personal de Galileo y epistolar de Kepler— podrían haber sido ya partidarios del modelo heliocéntrico, mientras que Giacomo Rho y Adam Schall parece que se inclinaron abiertamente por el modelo mixto de Tycho Brahe. Pero ninguno de ellos podía defender ya el inmutable modelo aristotélico que todavía se imponía en Roma.

Sin embargo, el problema en China era muy diferente: su calendario. Habitados como estaban a predecir los eclipses, y siguiendo estos unas reglas más o menos periódicas en su mecanismo —períodos ya conocidos por babilonios, caldeos y, por supuesto, griegos—<sup>[10]</sup>, las fechas tenían que ajustarse. Y no lo hacían. El problema principal estribaba en su calendario lunisolar, hecho del que se apercibió, entre otros, el impulsor jesuita Matteo Ricci. Dado que los mismos jesuitas, con el matemático alemán Christopher Clavius al frente, habían conseguido ajustar los tiempos con una precisión notablemente mejor que el hasta entonces existente calendario juliano, implantando además en todo el orbe católico su obligatoriedad por medio de la bula *Inter Gravissimas* del papa Gregorio XIII, la tarea parecía sencilla. Otra cosa muy diferente era convencer de un cambio tan radical a ilustrados y emperadores de un reino tan cerrado en sí mismo y tan inmenso como era el chino. Tenían que demostrarlo, y así lo hicieron, superando hasta por cuatro veces —en los eclipses solares de los años 1610, 1629, 1642-5 y 1665— a los astrónomos rivales. Con ello pusieron de manifiesto su enorme habilidad en el cálculo matemático y sacaron del apuro de una vez por todas al emperador —especialmente Ferdinand Verbiest con su calendario «eterno»—, pero no se consiguió su completa adopción oficial<sup>[11]</sup>.

En cuanto a otras aportaciones distintas al preciso calendario en astronomía por parte de los jesuitas en China, hay que reconocer que no fueron en exceso relevantes. Adam Schall y Ferdinand Verbiest introdujeron algunos cambios notables en los nuevos aparatos que ordenaron fabricar, y que se dedicaban a la astronomía de posición, para hacer compatibles las coordenadas orientales y occidentales. Pero mientras en Europa el heliocentrismo ya desbancaba de forma completa las teorías geocéntricas, en China los jesuitas seguían midiendo los cielos con instrumentos semejantes a los utilizados por Tycho Brahe un siglo atrás. Sin duda, fue una ocasión desaprovechada. Tampoco se tiene constancia de un uso racional del telescopio, aunque hay registro de que uno de ellos habría viajado a bordo del barco que zarpó de Lisboa en 1618 —posiblemente llevado por Johann Terrenz Schreck—, y que el mismo emperador Chongzhen habría utilizado. Termino ya con este párrafo invitando al lector interesado a consultar alguna de la muchísima información acerca de la astronomía en China en la época jesuita<sup>[12]</sup>, pues no quiero que su curiosidad se vea defraudada.

Pero la actividad científica jesuita no se llevaba a cabo solo en las misiones, sino principalmente en Roma. Todo el trabajo se centralizaba allí, en la sede de la Sociedad de Jesús y, especialmente, en el Colegio Romano. Este había sido creado en el año 1551 por el mismo Ignacio de Loyola, el fundador de la Sociedad o Compañía de Jesús, y reinaugurada su sede en 1584 por el propio papa Gregorio XIII, protector de la misma. Hoy en día toma su nombre de aquel, Universidad Pontificia Gregoriana.

El principal trabajo acometido por el Colegio Romano —que en sus inicios concedía grados académicos en teología y filosofía, pero que fue ampliando progresivamente su campo del saber a disciplinas tales como matemáticas, física o astronomía—, fue la reforma del calendario juliano para corregir los aproximadamente once minutos anuales de error en el cómputo de los equinoccios vernaes. Contando desde la época romana este problema ya significaba un error acumulado de diez días, dando lugar a grandes quebraderos de cabeza para el cálculo de la Pascua. Uno de los profesores más destacados del Colegio Romano, el matemático y astrónomo jesuita alemán Christopher Clavius, fue el artífice de la reforma. Aunque defendía el modelo geocéntrico rechazando a Copérnico, trabó buena amistad con Galileo, al que siempre trató con gran respeto por sus descubrimientos con el telescopio. En 1635 la enorme figura de Athanasius Kircher aparece en el Colegio Romano, donde enseñaría matemáticas, física y lenguas orientales, además de llevar a cabo una intensísima tarea investigadora en materias tan dispares como geología —especialmente apasionado por el vulcanismo y los terremotos—, biología, medicina, ingeniería y, por supuesto, los estudios bíblicos y su cronología, así como los antiguos lenguajes ideográficos: el egipcio, copto, maya, azteca y, obviamente, el chino. Otra de sus obsesiones fue la de construir un lenguaje universal, una vez que llegó a la conclusión de que el original hablado por Adán y

Eva se había definitivamente perdido.

En este sentido, la novela es bastante rigurosa con el pensamiento y las contribuciones del ingente trabajo del padre Athanasius Kircher. Apoyado en los trabajos y cartas de varios de los jesuitas misioneros en China —principalmente en Martino Martini y el polaco Piotr Boym, pero también en los previos de Álvaro Semedo y Nicolás Trigault—, Kircher elaboró su propia cronología bíblica para ajustarla a la historia china, como antes había hecho con el antiguo Egipto. Como se ha relatado, para ello es necesario utilizar la antigua biblia griega Septuaginta, en lugar de la más reciente latinizada Vulgata, así como ignorar las dataciones del obispo James Ussher quien, en 1650, había publicado su *Annales veteris testamenti*, al que seguiría en 1654 una continuación del mismo libro con los datos extraídos de la Biblia Vulgata. Estos dudosos pero muy respetados cálculos establecían que la creación de la Tierra había tenido lugar al anochecer del sábado 22 de octubre del año 4004 a. C. Y el fin del diluvio universal el 5 de mayo del año 2348 a. C. Fechas del todo incompatibles con las precisas crónicas históricas chinas.

Al problema real de las dataciones bíblicas de hechos tales como la creación, el diluvio y la Torre de Babel se unía el del origen de los dos lenguajes más antiguos conocidos: los jeroglíficos egipcios —ya desaparecidos— y el chino, que pervivía. Kircher interpreta a su manera los primeros, dejándose llevar por sus creencias herméticas —los jeroglíficos esconderían deliberadamente un mensaje próximo a la lengua primigenia—, en los que fracasaría estrepitosamente. Kircher llegó a publicar hasta cuatro volúmenes de traducciones de jeroglíficos entre 1650 y 1654, ninguna de las cuales se ajustaría ni de lejos con la realidad. Los jeroglíficos egipcios siguieron siendo un enigma hasta el año 1822, fecha en la que Jean-François Champollion publicó la primera traducción de la piedra Rosetta. Kircher no corrió mejor suerte en relación con el chino, al que consideraba una derivación en la construcción de sus ideogramas del propio lenguaje egipcio. Según muchas fuentes, ni siquiera llegó a hablarlo o entenderlo correctamente, a diferencia de los muchos jesuitas que viajaban a China y que lo aprendían con facilidad.

El otro gran asunto que llenaba la imaginación y el tiempo de muchos eruditos de la época era la búsqueda del lenguaje universal, ya fuera reencontrando el primero de todos —para aquellos que tomaban como referencia los libros de Moisés en las Sagradas Escrituras—, ya fuera creando uno completamente nuevo. Este interés alcanzó no solo al jesuita Athanasius Kircher (léase la ya mencionada *Polygraphia Nova*, publicada en el año 1663), sino a otros eruditos tanto anteriores (Ramon Lull, Roger Bacon) como posteriores (George Dalgarno, John Wilkins o los mismísimos Descartes y, sobre todo, Gottfried Leibniz, competidor con Isaac Newton por la paternidad del cálculo infinitesimal y uno de los grandes genios en la historia del pensamiento). Muchos creyeron encontrar en el chino una clave no solo para comprenderlo, sino también para construir tal lenguaje, como Andreas Müller (1660-1694) o Christian Mentzel (1622-1701), que discutirían con el mismo Kircher sus

propias ideas de la llamada *Clavis Cínica*<sup>[13]</sup>. Una referencia moderna acerca de los estudios de un lenguaje unificado podemos encontrarla en el mismo Umberto Eco, en su *Búsqueda de la lengua perfecta*, publicado en 1993, y que constituye un eficaz y profundo tratado sobre este importante asunto. Claro que, para mí, citar al semiólogo, ensayista y novelista italiano es un riesgo imprudente, porque no faltará quien diga que asesinar sacerdotes en un relato de historia y ficción es un atrevimiento que no puede conseguir otra cosa que mancillar la inmarcesible rosa<sup>[14]</sup>.

Un detalle que no puedo pasar por alto es la fugaz referencia que se hace en la novela al real aunque frustrado intento mongol de unificar bajo un mismo alfabeto tanto el lenguaje chino como el tibetano, el mongol e incluso el sánscrito. Esto ocurrió en tiempos del gran emperador de la dinastía Yuan, Kublai Khan, que reinaba en todos estos territorios. Esta creación lingüística recibió el nombre de *Phags-pa*, pero apenas se utilizó fuera de los círculos oficiales, aunque todavía hoy puede verse en algunos monasterios tibetanos.

Y una vez más cerramos el círculo de aclaraciones con el denominado en el siglo xx como *Manuscrito Voynich*. Y es posible hacerlo por varios motivos. El primero y más importante es que, casi con total seguridad, el manuscrito permaneció en poder del padre jesuita Athanasius Kircher desde 1666 hasta su muerte acaecida en 1680. La razón para el envío era evidente: Kircher era la mayor autoridad conocida en su época capaz de descifrar antiguos textos de lenguajes desconocidos. Por otra parte, esos textos —los grafismos de los caracteres— guardan semejanza en forma y construcción con algunos vistos en familias de lenguajes exóticos como los mencionados chino, tibetano y birmano, por ejemplo, con patrones silábicos supuestamente tonales. Incluso en el año 2003, un lingüista polaco, de nombre Zbigniew Banasik, se atrevió a proponer una bastante burda traducción de algunos textos del manuscrito tomando el manchú como referencia. También es motivo de reflexión sobre el origen del manuscrito el hecho de que tanto su descubridor moderno —Wilfred Voynich, del cual toma el nombre—, como otros investigadores, asignaran su paternidad al ya mencionado sabio políglota franciscano Roger Bacon, que podría haber incluso cifrado su contenido científico por temor a las represalias eclesiásticas. Y, obviamente, podemos fabular con su extraño origen aludiendo a patrones herméticos —tan del gusto del jesuita Athanasius Kircher—, como la supuesta primera lengua o Lenguaje de Enoc, transmitida al legendario a la par que ficticio y mítico filósofo egipcio Hermes Trimegisto.

Pero vayamos brevemente con el manuscrito en sí, tal y como hoy en día lo conocemos. Aunque en mi anterior novela me extendí en todo tipo de explicaciones sobre él, no está de más recordar algunas —hay algunos párrafos de *El castillo de las estrellas* que vuelvo a insertar aquí— e, incluso, añadir nueva información. Que la hay. Por ejemplo, en esa novela yo mismo especulaba que el *Manuscrito Voynich* es un libro ilustrado de hace unos quinientos años. Pero más recientes y fiables dataciones realizadas con un espectrógrafo de masas en los laboratorios de la

Universidad de Arizona —en febrero de 2009— han conseguido acotar su origen entre los años 1404 y 1438, lo que ha echado por tierra algunas teorías acerca de su posible autoría...<sup>[15]</sup> Su existencia es completamente real. Hoy ocupa un lugar privilegiado de la Biblioteca de Ejemplares Raros de la Universidad de Yale, en Estados Unidos, donde su signatura es MS-408. Su contenido completo puede consultarse en Internet, y sus imágenes son públicas en multitud de servidores. Muchos libros y sesudos artículos dan cuenta de su historia y posible significado<sup>[16]</sup>. Es quizás el jeroglífico más estudiado del siglo xx y del actual<sup>[17]</sup>.

El libro en sí conserva unas doscientas cuarenta páginas de pergamino manuscritas. Está ilustrado profusamente, lo que permite adivinar posibles secciones o divisiones en el texto. Una de ellas parece claramente dedicada a la medicina —o por lo menos a las plantas curativas—, otra a la biología y otra a la astronomía. Unos ciento setenta mil caracteres claramente separados en algo parecido a palabras —unas treinta y cinco mil— pueblan sus páginas. Pero utilizando solo veinte o treinta letras diferentes. La estructura del *voynichés* —que es como se ha bautizado a este lenguaje sin padre conocido— es totalmente cerrada. La historia del libro no ayuda mucho. Al contrario, solo sirve para aumentar su leyenda. Debe su nombre moderno a un librero ruso-americano, Wilfred M. Voynich, que lo compró en 1912. Este lo habría conseguido de manos jesuitas, precisamente, los cuales se vieron obligados a principios del siglo xx a vender algunas pertenencias para sufragar gastos, entre ellas muchos libros viejos de las bibliotecas de la residencia de Villa Mondragone, en las afueras de Roma. Un antiguo superior jesuita, el padre belga Peter Jan Beckx (1795-1887) —cuyo nombre aparece adherido en la cubierta del manuscrito, informando de su propiedad—, habría camuflado como suyos muchos libros de la Sociedad por simple precaución. Corrían malos tiempos allá por el año 1870 en Roma, y las bibliotecas iban a ser confiscadas por los soldados del rey Víctor Manuel. La Compañía de Jesús había sido prohibida por el papa por segunda vez, y este solo autorizó a los jesuitas a llevarse sus objetos personales de las residencias. Por ejemplo, sus libros.

A partir de 1912 los sucesos conocidos que rodean al *Manuscrito Voynich* son reales a la par que fantásticos. Wilfred Voynich estaba convencido de que el manuscrito era obra de Roger Bacon, que lo habría escrito de forma cifrada para esconder sus descubrimientos científicos en el siglo xiii. Así que el librero se puso manos a la obra distribuyendo copias fotográficas entre los eruditos que habían estudiado la obra del famoso monje franciscano. Ninguno consiguió descifrar nada. En 1919 un profesor de la Universidad de Pennsylvania, William Newbold, enloqueció literalmente con el manuscrito, afirmando que Bacon había descubierto el microscopio y el telescopio, este último más de tres siglos antes de que lo utilizara Galileo. También que las extrañas ilustraciones del libro eran, en realidad, células y galaxias. Para demostrarlo argumentaba que un segundo texto estaba oculto tras el primero, una especie de taquigrafía, y que, tras seis traducciones consecutivas de una

clave de diecisiete letras, se podía llegar hasta el anagrama de un texto latino. Esta esotérica explicación del manuscrito fue considerada válida durante unos años. En 1931 fue desmontada por otro estudioso, John Manly, que fácilmente consigue hacer entender que la traducción del galimatías lograda por Newbold era una locura sin sentido. Voynich muere ese año y la propiedad del libro pasa a su viuda. Pero no se detienen los intentos por comprender los textos. Las cosas no mejoran cuando, analizando los grabados, un grupo de botánicos afirma que corresponden a plantas procedentes de América, por aquel entonces tierra ignota. El reto por descifrar el enigma llega hasta el gobierno estadounidense que, terminada la Segunda Guerra Mundial, encarga la tarea a sus más prestigiosos criptógrafos militares. A la cabeza está William Friedman, el mismo que había destripado las claves de los mensajes cifrados utilizados por la Marina Imperial de Japón durante la guerra. Friedman desvela otros textos antiguos con los primeros ordenadores disponibles, pero del *Manuscrito Voynich* solo puede concluir que está escrito en un lenguaje sintético, construido mediante la lógica, nada más. Otros intentos recientes resultan casi divertidos. En 1978 un tal John Stojko afirma que el texto es ucraniano antiguo sin vocales. En 1987, otro estudioso del enigma, Leo Levitov, asegura que es obra de los cátaros, la panacea de la literatura de bolsillo. Poco más hasta que aparece Internet y se crean grupos de trabajo que todavía siguen intercambiando opiniones sobre el libro.

La viuda de Voynich guardó el libro en una caja de seguridad hasta su muerte, en 1961. Entonces fue vendido por su heredera a un anticuario neoyorquino, H. P. Kraus. Kraus lo compró por 24 500 dólares y lo puso a la venta por 160 000. Cansado de esperar comprador, y hastiado de la leyenda negra del ejemplar, terminó donándolo en 1969 a la Universidad de Yale, donde permanece hasta hoy.

Hay muchas teorías al respecto del lenguaje contenido en el famoso *Voynich*. La más antigua establece que el libro utiliza simplemente un alfabeto cifrado. Las letras habrían sido sustituidas por caracteres, y estos revueltos de alguna forma más o menos complicada. Solo hay que encontrar el algoritmo adecuado para invertir el proceso. Este método se conoce desde antes de la posible fecha en la que habría sido escrito el libro, por lo que siempre se ha considerado una hipótesis plausible. El problema es que resulta demasiado sencillo para la actualidad, porque no hay cifrado que se resista a un ordenador potente realizando combinaciones y permutaciones a toda velocidad. Como no se ha resuelto, se piensa que el sistema original era tremendamente complejo, introduciendo falsos espacios entre las palabras o eliminando las vocales. Otros creen que es necesario un segundo libro, o alguna clase de guía, para traducir el texto. El manuscrito podría ser descifrado si encontramos ese segundo libro desconocido de códigos. A menos que se encontrara incluido en el propio *Manuscrito Voynich*, la traducción será imposible. Una tercera hipótesis tiene también numerosos partidarios. Aunque fue inventada en 1499 por Johannes Trithemius y, por tanto, se saldría del posible rango de datación del libro, está muy de

moda en los manuales de seguridad informática. Se llama técnicamente esteganografía. No es otra cosa que un mensaje oculto en un mar de textos sin significado útil. Esta teoría es tan difícil de probar como de refutar, porque el camuflaje de los mensajes secretos puede ser tan enrevesado como se quiera.

Hasta aquí las teorías que tratan el manuscrito simplemente como un conjunto de textos cifrados. Pero los investigadores lingüistas —que también los hay, y muchos—, son partidarios de otro tipo de explicaciones. Entre ellos hay quienes piensan que simplemente se trata de un lenguaje exótico, escrito en un alfabeto desconocido. Posiblemente originario de Asia, con palabras cortas y patrones que variarían con el tono de voz. A su favor podría aliarse la historia del manuscrito, si se consiguiera demostrar que el libro habría venido de Oriente en alguno de los viajes de Marco Polo, o bien más tarde traído por un misionero —quizá jesuita— utilizando la ruta abierta por Vasco de Gama en 1499. Esta hipótesis genérica ha sido la que he seguido en la novela, apoyada en otras razones históricas que detallo un poco más adelante. Otros lingüistas abogan por un lenguaje políglota, mezcla de muchos otros. Es aquí donde intervienen los cátaros, pero más que por su lengua por la naturaleza de las imágenes que acompañan a los textos, según ellos rituales religiosos. Sinceramente, es la más descabellada de todas las posibilidades. La más moderna de las explicaciones es la que sugirió Friedman, el experto en criptografía militar. El lenguaje sería nuevo, construido de una forma lógica desde la nada. El significado de una palabra podría deducirse de una secuencia de letras y, por tanto, estas palabras nuevas serían ricas en prefijos y sufijos. El aspecto que ofrece el *voynichés* indica que puede ser así, pero el problema radica en que no se conoce el significado de estos prefijos o sufijos, aun cuando se hayan podido identificar con cierta claridad.

Y, por supuesto, no hay que dejar de citar a los escépticos, entre los que destaca el conocido trabajo del profesor británico Gordon Rugg. Para ellos el *Manuscrito Voynich* no es más que un camelo, un tremendo galimatías sin significado alguno. Una estafa pensada para engañar a Rodolfo II, un rey tan ingenuo como crédulo. Según la mayoría de las fuentes fiables, Rodolfo II (1552-1612) habría sido el primer propietario del *Manuscrito Voynich*, y «podría haber pagado por él hasta 600 ducados». Rodolfo II fue rey de Bohemia y Hungría, y emperador de lo que se conocía como el Sacro Imperio Romano. Un cargo casi más honorífico que real, puesto que la mayor parte de sus ciudades y territorios eran autónomos, en un sentido más amplio incluso que el actual. Sobrino de Felipe II —hijo de su hermana María y de Maximiliano de Austria—, vivió durante su adolescencia en la corte española, donde desarrolló el gusto por el arte, las ciencias y las matemáticas, además de una personalidad oscura y depresiva que le acompañaría toda su vida. Rodolfo estableció su propia corte en la ciudad de Praga. Recuperado de una de sus frecuentes depresiones, mandó construir en palacio un singular museo privado, que nunca fue abierto al público y al que solo unos pocos invitados selectos tuvieron acceso. En sus largas galerías se exhibían miles de pinturas y de esculturas, de piedras preciosas y

monedas, así como rarezas de todo tipo. Rodolfo II acumuló allí todo tipo de pinturas, grabados, manuscritos y, sobre todo, libros de aquella época, cultivando la amistad no solo de pintores, filósofos o místicos, sino también la de científicos como los propios astrónomos Tycho Brahe y Johannes Kepler, a los que sufragó los gastos de sus investigaciones. Es en este entorno mágico donde por primera vez aparece el *Manuscrito Voynich*. Como recoge la novela, el manuscrito pudo haber pasado primero por las manos de Jacobus Sinapius (1575-1622), médico personal de Rodolfo II, y luego por las de George Baresch (1585-1662), que habría escrito en un par de ocasiones al sabio jesuita Athanasius Kircher sobre él con inciertos resultados. Finalmente el libro pasaría a poder de su amigo Marcus Marci (1595-1667), que mantenía correspondencia habitual con Kircher, y cuya carta fechada el 19 de agosto de 1666 en Praga acompañó al volumen a Roma, carta que se encuentra archivada con este en Yale.

Lo realmente cierto es que no hay ninguna referencia escrita por parte del jesuita Athanasius Kircher de haber intentado la traducción del extraño ejemplar. Y menos aún de que el formidable astrónomo alemán Johannes Kepler lo hubiera examinado en las inmensas bibliotecas de Praga, en las que trabajó como Astrónomo Imperial sucediendo a su mentor Tycho Brahe en la elaboración de las *Tablas rudolfinas*. Pero tampoco se puede descartar lo contrario, y mucho menos, en una novela de ficción histórica.

No puedo terminar estas notas sin mencionar a unas cuantas personas que, en mayor o menor medida, han contribuido a que esta carraca llegue a buen puerto. En primer lugar a mi editora, Blanca Rosa Roca, por su confianza inquebrantable y su espera, y a todo el excelente equipo que conforma RocaEditorial. No son estos unos tiempos fáciles para las editoriales, y menos para las valientes. También quiero nombrar aquí a mis amigos astrónomos, en especial a Paco Bellido o Víctor Ruiz que, fuera del ámbito profesional, realizan una tarea magnífica en la divulgación de la astronomía para aficionados. Del primero tengo que citar, cómo no, un sugerente artículo sobre la astronomía en China en la revista del mismo nombre, *Astronomía*, allá por el año 2009, y cuya lectura terminó de convencerme de que mis primeras notas sobre los intrépidos jesuitas misioneros podían materializarse en una novela como esta. Gracias también a mis propios compañeros del Instituto de Astrofísica de Canarias (IAC) por su apoyo y ánimos, como Terry Mahoney —experto internacional en la vida de Johannes Kepler—, y a aquellos que entusiásticamente se prestaron a la ingrata tarea de revisar, criticar y sugerir un sinfín de cuestiones en los primeros borradores. Entre ellos destaco especialmente a mis amigos César Arza y el insobornable Antonio Cruz. Muchos correos electrónicos recibidos tras la publicación en varios idiomas de *El castillo de las estrellas* me animaron constantemente a continuar en la senda de la ficción y la divulgación, algunos de afamados colegas como Jean-Pierre Luminet. Espero no defraudar con *El Templo del Cielo* a ninguno de ellos.

Y, por supuesto, gracias a mi familia —en especial a mi esposa Mari— por su infinita paciencia y comprensión.

La Laguna, Tenerife, uno de diciembre de 2011.



ENRIQUE JOVEN (Zaragoza, 1964) es doctor en Ciencias Físicas y simultanea sus tareas de ingeniero en el Instituto de Astrofísica de Canarias con otras de divulgación científica y creación literaria. En 2002 publicó su primera novela, *El Libro Horrible*. Es autor y guionista de la serie de divulgación científica *Un Programa Estelar*. *El Templo del cielo* es su tercera novela tras *El castillo de las estrellas* (2007), publicada ya con éxito en otros países, y con la astronomía y el manuscrito Voynich como ejes principales de la historia.

# Notas

**Todas las notas son del autor**

[1] De Christiana expeditione apud Sinas sucepta ab Sociatate Jesu (Sobre las expediciones cristianas a China llevadas a cabo por la Sociedad de Jesús). Todas las notas son del autor. <<

[2] Según fuentes históricas de los propios jesuitas, el eclipse solar al que se alude aquí se produjo en el año 1642. Sin embargo, datos científicos fechan el mismo ocultamiento sobre China el 1 de septiembre de 1644. <<

[3] Según el obituario publicado por The New York Times el 14 de julio de 1998, el sacerdote jesuita estadounidense George H. Dunne murió en California a los 92 años, tras una vida dedicada a luchar contra la segregación racial en los propios Estados Unidos. Además de sus trabajos contra la segregación estadounidense que le tocó vivir, él mismo fue misionero en China, donde profundizó en las raíces de los jesuitas recopilando sus obras y posteriormente escribiendo su libro más importante, el citado Generación de Gigantes, en el año 1962. <<

[4] Muy recientemente, en noviembre de 2010, y con posterioridad a la publicación de mi novela *El castillo de las estrellas*, los restos del astrónomo Tycho Brahe han vuelto a ser exhumados de su tumba en la iglesia Tyn de Praga. Investigadores checos y daneses pretenden —¿por fin?— averiguar cuál fue la verdadera causa de su muerte. Hasta el momento, que yo sepa, no hay nuevos datos acerca de la alta concentración de mercurio en sus restos encontrados en anteriores autopsias. <<

[5] Así lo especula el estudioso Peter H. Richter en su artículo Science and Calendars in China and the West from Clavius to Xu Guangqi and Schall, Bremen (2008). <<

[6] El Kailash, con sus 6714 metros de altura, es la única gran montaña del mundo que no ha sido nunca escalada, excepción debida tanto a motivos históricos como religiosos, y principalmente en deferencia a budistas e hindúes que la consideran sagrada como residencia del dios Shiva. En los años ochenta, el gobierno chino invitó al famoso montañero Reinhold Meissner a hacerlo, pero finalmente este declinó la oferta por respeto a las creencias religiosas. Y el intento de un grupo de montañeros españoles —encabezados por Jesús Martínez Novás— en el año 2001 fue igualmente detenido, en este caso por la presión popular tibetana y las fuertes críticas de los propios alpinistas en todo el mundo. Finalmente, el gobierno indio consiguió la prohibición expresa por parte del gobierno chino, indiferente en materias religiosas y cuya política de provocada beligerancia en el territorio tibetano ocupado es bien conocida. <<

[7] Macao es, desde el 20 de diciembre de 1999 y por cesión portuguesa, una de las dos «regiones administrativas especiales» de la República Popular China. La otra es Hong-Kong. Según publicó en 2011 la revista Scientific American, de seguir su proyección se convertirá en el año 2025 en la cuarta ciudad más rica del mundo por PIB, solo por detrás de Oslo, Doha (Qatar) y Berger (Noruega), especialmente gracias al turismo y al juego (es el único lugar de China donde los casinos son legales). Como ven, no ha perdido su prosperidad desde el siglo XVII. <<

[8] Las biografías de Adam Schall y Ferdinand Verbiest son contradictorias en este aspecto, conteniendo claras incoherencias, por ejemplo, en Wikipedia. Esta cuestión concreta no quita valor a la excelente compilación de saberes que constituye dicha enciclopedia abierta de internet, y que el autor ha usado frecuentemente en multitud de consultas. <<

[9] Obligado es mencionar aquí las anotaciones orientales del año 1054 y la supernova que apareció en los cielos, omitidas en el oscurantismo medieval europeo. Me refiero, cómo no, a la famosa Nebulosa del Cangrejo, uno de los objetos más espectaculares del cielo nocturno. <<

[10] La primera predicción occidental relevante de un eclipse la realizó, como es sabido, el griego Tales de Mileto en el año 585 a. C. según el historiador Herodoto. Este hecho pudo haber detenido una batalla entre jonios y lidios. <<

[11] Irónicamente, tuvo que ser la recién instaurada República de China la que adoptara oficialmente, por fin, el calendario gregoriano a su fundación, en el año 1912. Pero este no comenzaría a utilizarse hasta el 1 de enero del año 1929, una vez conseguida la unificación china. <<

[12] Posiblemente, uno de los mejores libros para ello sea el escrito por Benjamin A. Elman, *On Their Own Terms: Science in China 1550-1900*, Harvard University Press (2005). <<

[13] Un completísimo libro de estas y otras cuestiones relacionadas con la cultura china y los jesuitas puede encontrarse en la obra de D. E. Mungello *Curious Land: Jesuit Accommodation and the origins of Sinology*, publicada inicialmente en 1985.

<<

[14] El nombre de la rosa (Umberto Eco, 1980) es, para muchos, una de las mejores novelas del siglo xx. Comparto esa opinión y admiración. <<

[15] Como la del pícaro inglés Edward Kelley y su amigo, el astrólogo John Dee, durante su estancia en la corte bohemia de Rodolfo II. Además resulta anterior al descubrimiento de América por Cristóbal Colón (1492), lo que incluye su enigmática flora. <<

[16] Por ejemplo, El Manuscrito Voynich: El libro más enigmático de todos los tiempos, por Marcelo Dos Santos (2005) o The Voynich Manuscript, de Gerry Kennedy y Rob Churchill (1988). Más reciente es el libro The Course of the Voynich, por Nicholas Pelling (2006). <<

[17] Aunque ya quedan menos. Investigadores de la Universidad de Uppsala y la USC estadounidense han «reventado» en el año 2011 un famoso libro cifrado del siglo XVIII, el llamado Copiale Cipher, que contenía rituales y otras cuestiones de una sociedad secreta de la época. <<